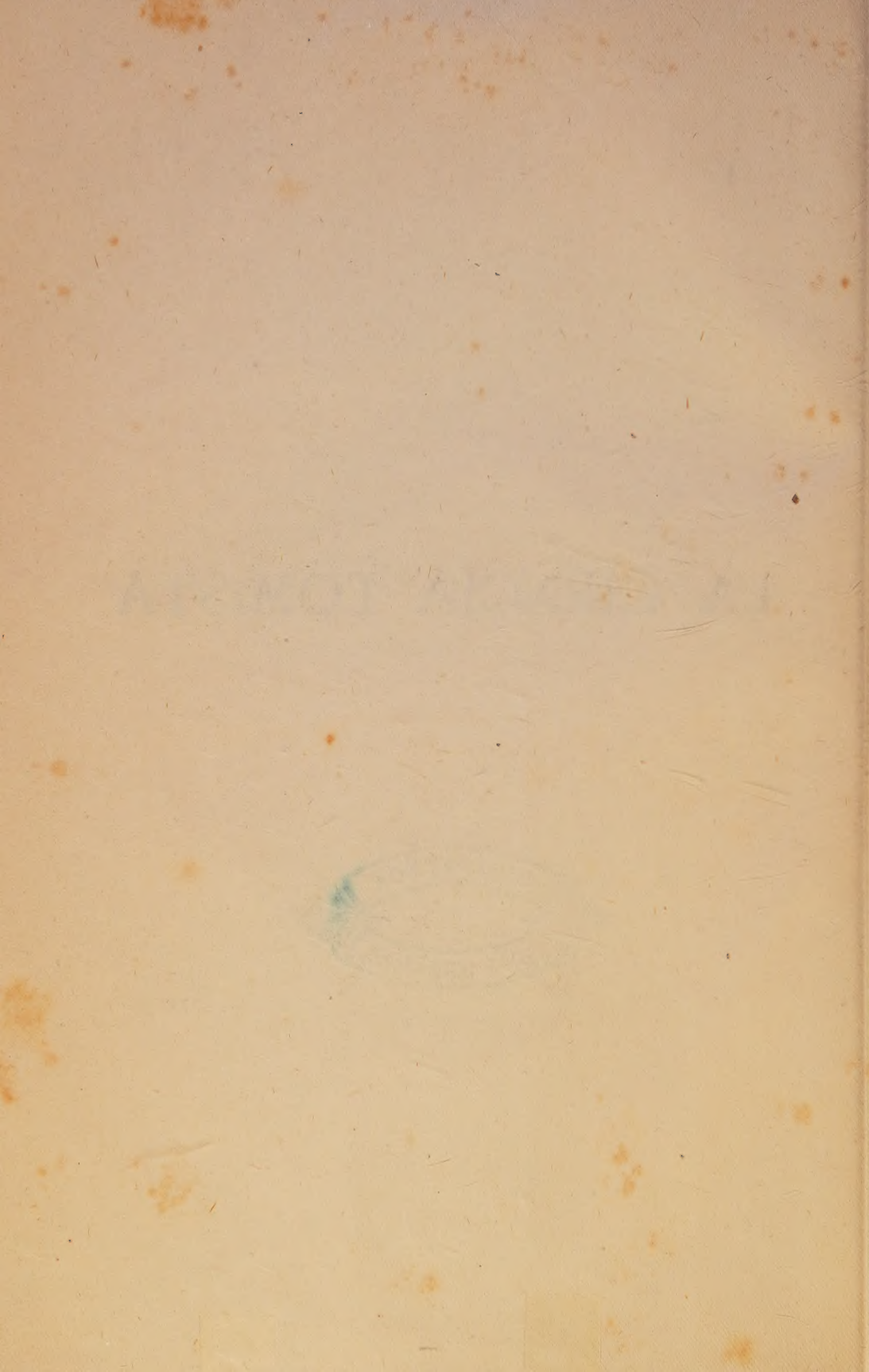


1916

LA CIENCIA TOMISTA





LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DE LOS

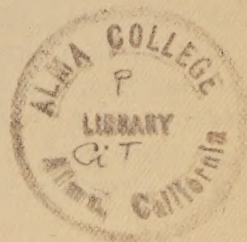
DOMINICOS ESPAÑOLES



SUPERIORUM PERMISSU

ANO VII — TOMO XIII

MARZO A AGOSTO DE 1916



MADRID

SANTO DOMINGO EL REAL

Claudio Coello, 114.

1916

40368

v.13

1916

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

MARZO-ABRIL 1916. — NÚMERO 37.

EL DÍA LITÚRGICO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

La oración entra en las leyes de la Providencia divina como una condición necesaria para el cumplimiento de las eternas disposiciones de Dios sobre el hombre ⁽¹⁾. Lo cual se debe entender tanto de la oración privada como de la pública, ya que, no sólo los individuos, sino también los Estados, dependen de Dios y están sometidos a las mismas leyes providenciales.

Por esto, el ateísmo político es un atentado contra la vida misma de la sociedad, cuya primera fuente de salud se halla en Dios, no de otro modo que la salud del individuo ⁽²⁾. Pero la oración pública tiene, además, otro fin que brota de la misma naturaleza de la sociedad, el de procurar a los ciudadanos los medios de cumplir sus obligaciones de orar.

Los estados paganos tenían gran cuidado con el culto público y privado y castigaban con duras penas las infracciones de las leyes religiosas, como quienes pensaban que de su observancia pendía la conservación de la república ⁽³⁾. La Iglesia católica, heredera de la obra de Jesucristo, ha venido a librar a los estados de esta carga, tomando sobre sí el oficio de la oración pública y la educación del pueblo por el fomento de la oración privada ⁽⁴⁾. A los estados cristianos, no les queda hoy otra obligación que la de apoyar y favorecer con los medios, que les sean propios, el ministerio de la Iglesia.

(1) *Sum. Theol.*, II. II q. 87, a. 2.

(2) LEÓN XIII: Encíclica *Immortale Dei*.—DENZINGER: *Enchiridion*, 1700 ss.

(3) LEÓN XIII: *ib.*—DENZINGER: *ib.* nis. 1704, s.

(4) Hebr. IV. 14 ss.; V. 5 ss. Rom. VIII. 34.

Esta, que en nombre de Jesucristo, renueva cada día el sacrificio del Calvario por la salud del mundo, tiene también el encargo de ofrecer al Señor el otro sacrificio de alabanza y de plegaria en nombre de Jesucristo, nuestro fiel Pontífice, que incesantemente intercede por nosotros el Padre ⁽¹⁾.

En la primitiva Iglesia, todavía pequeña y llena de fervor, era la comunidad entera de los cristianos la que desempeñaba este oficio. Más tarde, cuando el número de los fieles creció, y se aumentó la distinción de las funciones en el cuerpo social de la Iglesia, se encomendó este oficio de la oración a las personas especialmente consagradas al ministerio sagrado, a los sacerdotes y religiosos, como ministros públicos de la Iglesia. A ellos deben los fieles asociarse, ya para cooperar á la oración pública, ya para aprender y practicar la oración privada.

De esta noción de la plegaria de la Iglesia se deducen sus condiciones. La primera, que sea *vocal*, porque es preciso que sea conocida del pueblo por quien se ofrece ⁽²⁾. La segunda, que se *prolongue* tanto cuanto sufra la atención de los ministros que la hacen y de los fieles que a ella se asocian ⁽³⁾. La tercera, que sea *continuada* por la regular sucesión de las horas de oración, que mantiene y fomenta la devoción del ánimo y el continuo deseo de Dios ⁽⁴⁾.

Las páginas que siguen servirán de comentario histórico a esta doctrina de Santo Tomás.

* * *

Para apreciar debidamente el sentido de los documentos históricos que pensamos poner ante los ojos del lector, es preciso tener presente la división del día en la antigüedad.

(1) BAUMER: *Histoire du Breviaire*, pág. 22, trad. franc. de Dom Reg. Biron.

(2) «Communis quidem oratio est quae per ministros Ecclesiae offertur; et ideo oportet quod talis oratio innotescat populo, pro quo profertur; quod non potest fieri nisi esset *vocalis*». *Sum. Theol.*, II. II. q. 83 a. 12.

(3) «Unde et convenias est ut oratio tantum duret, quantum est utile ad excitandum interioris desiderii fervorem. Cum vero hanc mensuram excedit, ita quod sine taedio durare non possit, non est ulterius oratio protendenda... Et sicut hoc est attendendum in oratione singulari per comparisonem ad intentionem orantis, ita etiam in communi oratione per comparisonem ad populi devotionem». *Ib.* a. 14 c.

(4) «Aliquis continue orat, vel propter continuitatem desiderii, vel quia non intermittit quin temporibus statutis orat, vel propter effectum sive in ipso orante, qui etiam post orationem remanet magis devotus sive etiam in alio, puta cum aliquis suis beneficiis provocat alium ut pro se oret, etiam quando ipse ab orando cessat et quiescit». *Ib.* ad 4. (Véase en Dom BAUMER, *Histoire du Breviaire*, pág. 23 s., los testimonios de los Padres conformes con esta doctrina de Santo Tomás.)

El *día natural* significa el tiempo que el sol está visible en el horizonte y derrama su luz sobre la tierra. Su duración se extiende desde la *mañana* hasta la *tarde* (Is. XXXVIII, 12 s.; Ecclo. XVIII, 26), desde la salida del sol hasta el ocaso, y se contrapone a la *noche* que dura desde el ocaso hasta la salida del sol. El *día civil* es la suma del día y de la noche, el *νοχθήμερον* que decían los griegos (Gen. I, 5, 8, etc. Dan. VIII, 14). Pero no era uno mismo el modo de contar este día en la antigüedad. Los babilonios contaban desde una salida del sol hasta la siguiente; los umbros, desde un mediodía hasta el otro; los hebreos, los griegos, y hasta hace pocos años los italianos, desde una a otra puesta del sol; los romanos, desde la media noche hasta la media noche siguiente, que es el uso universal en la actualidad.

La división más antigua del día y de la noche parece haber sido en tres partes. El *día* se repartía en *mañana*, *mediodía* y *tarde* (Salm. LV, 55, 18), correspondientes al principio, medio y fin, que en todas las cosas se puede hallar ⁽¹⁾. La *noche* se dividía en tres *vigilias* (Sam. II, 19; Salm, LXIII, 7), la *noche* que comenzaba a la puesta del sol, la *media noche* (Iud. VII, 19; XVI, 3; Rut. VII, 8; Salm. CXVIII, 62) y la *mañana* que terminaba con la venida de la aurora (Ex. XIV, 24; I Reg. XI, 11). Entre los hebreos, estas tres *vigilias* señalaban los varios tiempos de guardia en los campamentos (Iud. VII, 19 ss.; I Reg. XI, 10 ss.) e igual acontecía en Grecia. Los romanos se conformaron, al principio, con este uso ⁽²⁾; pero luego introdujeron otro que vino a ser universal, y que dividía el día en cuatro *excubie* y la noche en otras tantas *vigilias*. Pero la división anterior, aunque vaga, persistió siempre por fundarse en los mismos fenómenos naturales y en las necesidades de la vida humana ⁽³⁾.

La nueva división pasó de los campamentos a la vida civil. El día constaba de cuatro horas que se llamaban: *prima*, *tertia*, *sexta*

(1) «In omni humano studio est accipere principium, medium et terminum...» Sum. Theol., II. II. q. 783 a. 4.

(2) CARD. BONA: *Divina Psalmodia*, cap. III § IV, n. 2.

(3) «Partes diei tres sunt: mane, meridies et suprema. Mane lux matutina et plena nec jam crepusculum... Meridies, dictus quasi medidies, hoc est, medius dies, vel quia tunc purior dies est... Suprema, est postrema pars diei quando sol cursum suum in occasum vertit». — S. ISIDORO: *Etymologiarum*, l. V, c. XXX cf. *De rerum natura* c. I. Rab. Mauro precisó mejor la duración de estas tres horas: «Mane est prima diei pars ab ortu videlicet solis usque ad horam quartam... Meridies pars media diei ab hora quinta usque ad horam octavam... Supremum pars diei extrema, ab hora scilicet nona usque ad occasum solis pertingens».

y nona (Mt. XXVII, 45 s.; Mc. XV, 25). Las dos primeras horas se repartían por partes iguales, la primera mitad del día, o sea desde la salida del sol hasta el mediodía; las otras dos se dividían la segunda parte, desde el mediodía hasta el ocaso del sol. Esta división vino a ser la más importante de la vida civil, y por eso en las ciudades se anunciaba a toque de trompeta el comienzo de ellas ⁽¹⁾. Las vigiliass de la noche se dividían de la misma suerte el tiempo que corre desde la puesta del sol hasta su salida. «Prima custodia a vespere incipit, secunda ad medium noctis attingit, tertia pullo- rum cantus transit, quarta vigilia matutina quae in ortum luminis ad impletur» ⁽²⁾. En la vida común se empleaba también otra división que repartía la noche en siete partes desiguales, las cuales Macrobio enumera en esta forma, empezando desde la media noche: «Primum tempus diei dicitur *media noctis inclinatio*; deinde *gallicinium*, inde *conticium*, cum et galli contiuscunt et homines etiam tum quiescunt; deinde *diluculum*, id est, cum incipit dies dignosci... deinde *vespera*, quod a Graecis tractatum est, illi enim ἑσπέραν a stella hespero dicunt: unde et Hesperia Italia, quod occasui subjecta sit, nominatur. Ab hoc tempore *prima fax* dicitur; deinde *connubia*; et inde *intempesta (nox)*, que non habet idoneum tempus rebus gerendis» ⁽³⁾. Esta división era todavía usual en la Edad Media, si bien los nombres no coincidiesen del todo ⁽⁴⁾.

Finalmente, otra división, ya de muy antiguo introducida por los babilonios ⁽⁴⁾, repartía, tanto el día como la noche, en *doce horas* iguales, de modo que la hora sexta correspondiese al mediodía y a la media noche, respectivamente. De los babilonios la tomaron los griegos y los judíos ⁽⁵⁾ y más tarde los romanos, viniendo a dar los nombres a las cuatro horas de la antigua división.

(1) TERTULIANO: *De jejuniis*, c. X, cf.—CARD. BONA l. c. y Mc. XIII, 35.

(2) AMBROSIO EL JOVEN: *In psalmum*, CXLVIII.

(3) *Conviviorum primi diei saturnalia*, l. I, c. 3.

(4) «Noctis partes septem sunt: vesper, crepusculum, conticinium, intempestum, gallicinium, matutinum, diluculum».—S. ISIDORO: *Etymologiarum*, l. V, c. XXXI, cf. *De natura rerum*, c. II. Rab. Mauro explica el sentido de cada hora en la siguiente forma: «Crepusculum est dubia lux; nam creperum dubium dicimus, hoc est, inter lucem et tenebras. Vesperum ab apparente stella ejusdem nominis dicitur, de qua poeta ait:

Ante diem clauso componet Vesper Olympo.

Conticinium, quando omnia contiuscunt, id est, silent. *Intempestum*, media nox, id est, quasi inactuosum, quando omnibus sopore quietis, nihil operandi tempus est. *Gallicinium*, quando galli cantum levant. *Matutinum*, inter abscesum tembrarum et aurorae adventum. *Diluculum* quasi incipiens parva diei lux. Haec et aurora pertingent usque ad solis exortum».

(5) «Nonne sunt hora dici». In. XI, 9.

Varias cosas son de notar en estas diferentes divisiones del día. La primera, es que las horas, aun cuando teóricamente son iguales entre sí dentro del mismo día, variaban tanto como la duración de los días y de las noches en las varias latitudes. En el solsticio de verano, por ejemplo, el día abarca una duración de quince horas, mientras la noche no tiene más que nueve. La inversa sucede en el solsticio de invierno. Las horas del día, en el primer caso, resultan de setenta y cinco minutos y las de la noche de cuarenta y cinco. En invierno, ocurre lo contrario. La segunda, es que el nombre de cada hora no se aplica, como hoy es uso, al primer momento de ella, sino también a toda su duración. Así se llamaba la hora *prima* todo el tiempo desde la salida del sol hasta la hora tercera, cerca de las nueve, y la *media noche* no era sólo el punto en que comenzaba el día civil, sino toda la vigilia tercera, hasta después del canto del gallo. Por fin, estas divisiones teóricas no se han de tomar en la práctica muy por lo fino. Los antiguos carecían de cronómetro: el sol, las estrellas ⁽¹⁾ y el gallo ⁽²⁾, eran los medios más ordinarios para contar el tiempo. La clepsidra podía ser algo más precisa, pero con mucha molestia y sólo durante el tiempo del trabajo porque la mayor no podía medir más de un tercio de hora, próximamente una hora nuestra ⁽³⁾.

*
**

La Sagrada Escritura nos amonesta, sin cesar, de la necesidad de la oración continua. «Oportet semper orare et nunquam deficere» (Lc. XVIII, 1). «Vigilate itaque omni tempore orantes» (Lc. XXI, 36). «Orationi instantes» (Rom. XII, 12; col. IV, 2). «Sine intermissione orate» (I Thes. V, 17). «Orantes omni tempore in spiritu» (Eph. VI, 18). Algunos herejes han querido intentar materialmente este precepto. Los Padres y la Iglesia los han justamente condenado ⁽⁴⁾. Las necesidades de la vida humana, no consienten, durante la vida presente, este modo de orar. Dos modos

(1) Véase en DOM MARTENE: *De antiquis monachorum ritibus*, l. I, c. I, números VIII-XII los varios modos ideados para fijar las horas del oficio nocturno, las estrellas, un número de oraciones, el gallo, el cirio, etc.

(2) Sobre la observación del canto del gallo, véase en las notas de Alarda Gaza a las obras de Casiano. Pat. Lat. de Migne, vol. 49, col. 140-143.

(3) CARD. BONA: *Divina Praximadía*, cap. III, § II, n. 2.

(4) S. AGUSTÍN: *De haeresibus*, c. LVIII. Migne Pat. Lat., vol. 42, col. 40.

señalan los Padres de cumplir el mandamiento divino, la intención de la caridad que de continuo suspira hacia Dios y a su gloria ordena todos los actos de la vida y la oración practicada en *todos los tiempos*, es decir, en todas las horas del día. Este segundo es el que conviene a la oración pública y el más apropiado para fomentar en los fieles el continuo pensamiento de Dios. Veamos cómo se cumple en la Iglesia Católica.

En la antigua Alianza se santificaba el día ofreciendo el sacrificio de un cordero que se acompañaba de una oblación y del canto de los himnos sagrados en los dos principales momentos del día, por la mañana y por la tarde. Semejante sacrificio, se ofrecía por la salud del pueblo, se llamaba *sacrificio continuo* (Num. XXVII, 3 ss.), y a él se creía ligada la conservación del pueblo. Así se explica que éste mostrase tanto celo por su celebración no interrumpida ⁽¹⁾, y que se asociase a él asistiendo al templo a cumplir sus oraciones privadas o recitándolas en casa a las horas del sacrificio (Salm. LIV, 18; Dan. VI, 10). El sacrificio matutino podía prolongarse hasta media mañana (Act. II, 1, 15), y el de la tarde comenzaba ya a la hora de nona en los tiempos del Salvador (Act. III, 1). Casi el mismo horario se observaba en las sinagogas para las oraciones comunes, ya que los sacrificios no podían celebrarse fuera del templo ⁽²⁾.

El Salvador y los Apóstoles, aunque hayan con tanta insistencia recomendado la frecuencia de la oración, no nos dejaron ningún reglamento escrito. No obstante, San Clemente Romano advierte ⁽³⁾ que «cuncta ordine debemus facere, quae nos Dominus, statutis temporibus peragere jussit, oblationes scilicet et officia perfici (τάς τε προσφορὰς καὶ λειτουργίας), neque temere et inordinate fieri, sed praefinitis temporibus et horis... Qui ergo assignatis temporibus oblationes suas faciunt, accepti et beati sunt». Estas palabras indican ciertamente una ordenación de los tiempos de oración recibida de la tradición apostólica. En el precioso libro titulado *Doctrina de los Apóstoles* se prescribe que «tres veces en el día se debe orar en la forma prescrita por el Señor» (VIII, 2 s.). Aquí se trata de la oración hecha en privado. Estas tres horas no son, sin duda, las tres del día civil, tercia, sexta y nona, como algunos han

(1) I Esd. III, 3 ss; Dan. IX, 27; XI, 31; XII, 11; I Mac. IV, 36 ss.; II Mac. X, 1 ss.

(2) DOM BAUMER, obr. cit., t. I, p. 51 ss.

(3) Epist. I ad Cor. c. XL en MIGNE: Pat. Gr., vol. I, col 287, ss.

pretendido, sino los tres momentos principales del día natural, la mañana, el mediodía y la tarde, que eran ya las horas de oración mencionadas por el salmista, «*vespere et mane et meridie narrabo et adnuntiabo et exaudiet vocem meam*» (Sal. LIV, 18).

Clemente de Alejandria parece señalarnos ya a fines del siglo II un progreso en la frecuencia regular de la oración. El verdadero y místico cristiano «*per totam orat vitam, dum preces suas cum Deo studet versari*». Hasta repite sencillamente el Evangelio. Pero luego añade: «*Jam vero triplicem horarum divisionem, quae totiden sunt honoratae precibus, sciunt, qui norunt beatam sanctorum mansionem trinitatem*» ⁽¹⁾.

Sin embargo, no es fácil precisar si aquí habla Clemente de la triple oración conocida ya por los anteriores documentos o de otros nuevos. Esto último es, acaso, más probable. En cambio no deja lugar a duda el siguiente pasaje de Tertuliano en el libro *De oratione*: «*De tempore vero (orationis) non erit otiose extrinsecus observatio etiam horarum quarundam. Istarum dico communium, quae diu inter spatia signant, tertia, sexta et nona, quas solemniores in Scripturis invenire est... Etsi simpliciter se habeant sine ullius observationis praecepto, bonum tamen sit aliquam constituere praesumptionem, quae et orandi admonitionem constringat, et quasi lege id tale munus extorqueat a negotiis interdum, ut quod Danieli quoque legimus observatam, utique ex Israelis disciplina, nec minus *ter* diem adoremus debitores Patris et Filii et Spiritus Sancti. *Exceptis utique legitimis orationibus*, quae sine ulla admonitione debentur ingressu lucis et noctis. Sed et prius non cibum sumere et lavacrum non prius adire quam interposita oratione, fideles decet. Priora enim habenda sunt spiritus refrigeria et pabula quam carnis, et priora coelestia quam terrena*» ⁽²⁾. Ya tenemos añadidas a la triple oración de la Doctrina de los Apóstoles, correspondiente a la división natural del día, otros dos tiempos de oración según la división civil en la hora tercera, sexta y nona. La hora del mediodía coincide con la de sexta, que era además la hora de la comida en el tiempo ordinario, y que por lo mismo debía ser con especiales oraciones santificada ⁽³⁾.

Orígenes explica, del mismo modo que su maestro Clemente, el

(1) Strom. I. VII, c. IX, en Migne Pat. Graec., vol. IX, col. 455 ss.

(2) *De oratione*, c. XXVI. Ptr. Lat. I, c. 1.300 s.

(3) CLEMENTE DE ALEJ.: Strom. I. VII, c. VII, Patr. Graec. t. IX, col. 469.

precepto evangélico de la oración continua. «Istud enim «sine intermissione orate» hoc uno modo ut praeceptum possibile possum accipere, nempe si dixerimus totam viri sancti vitam unam aliquam magnam esse continuam orationem, cujus etiam pars si quae solet oratio vocari, et qua non minus quam *ter quaque die* fieri debet» ⁽¹⁾. Aquí tenemos la tradición de la *Doctrina de los Apóstoles* sobre los tres tiempos de oración, de donde resulta lo que ya indica bien claro Tertuliano, que las otras dos de tercia y nona eran de consejo para los fieles. San Cipriano concuerda con Tertuliano en el número de los tiempos de oración, si bien se equivoque al interpretar las horas de oración en el Viejo Testamento, según la división romana del día. «In orationibus vero celebrandis invenimus observasse cum Daniele tres pueros in fide fortes et in captivitate victores horam tertiam, sextam et nonam sacramento scilicet Trinitatis» ⁽²⁾. El santo no está en lo justo al hacer coincidir las horas tercia y nona de su tiempo con la mañana y la tarde del Viejo Testamento. Están, en cambio, bien aplicados los ejemplos del Nuevo Testamento que añade luego. «Sed nobis, fratres dilectissimi, praeter horas antiquitus observatas orandi nunc et e patia et sacramenta creverunt. Nam et *mane* orandum est ut resurrectio Domini *matutina oratione* celebretur... *Recedente item sole ac die cessante* necessario rursus orandum est, quando oramus el petimus ut super nos lux denuo veniat, Christi precamur adventum lucis aeternae gratiam praebiturum» ⁽³⁾.

De esta pisma época son, en su mayor parte, las dos compilaciones canónicas conocidas con el nombre de Cánones de San Hipólito y Constituciones Apostólicas, si bien hayan sido luego interpolados y no sea siempre fácil la distinción.

En resumen, desde los tiempos apostólicos era uso en la Iglesia orar en los tres momentos culminantes del día, al principio de la jornada, al mediodía y al fin de la misma. Con esta triple oración, en las principales horas del día, los fieles sanificaban sus ocupaciones y cumplían el precepto divino de orar *en todo tiempo*. Las Constituciones Apostólicas explican las plegarias que debían decirse en cada una de estas horas. En el libro VII, capítulo XXIV, señalan la oración dominical para cada hora y esta constitución

(1) *De oratione*, c. XII. Pat. Graec., t. XI, col. 451 ss.

(2) *De oratione dominica*, c. XXXIV. Pat. Lat., t. IV, col. 541.

(3) *Ibid.*, ib.

está tomada de la Doctrina de los Apóstoles. En los capítulos XLVII a XLIX del mismo libro se contienen otras oraciones, himnos y salmos para las mismas horas y que concuerdan con los datos de los Padres. De estas tres oraciones, dos eran las principales, las *legítimas*, según la expresión de Tertuliano, y que se celebraban comúnmente en la iglesia, la de la mañana y la de la tarde. No cabe duda que el uso bíblico del doble sacrificio, matutino y vespertino, haya tenido su influjo en la práctica cristiana; pero el motivo principal de esto debe buscarse en el hecho que estas horas son las principales de la jornada y las que más influjo tienen en el buen gobierno de la vida humana, a cuya santificación se ordena la plegaria. En el fondo, ésta era la razón del precepto mosaico del doble sacrificio. Las Constituciones Apostólicas recomiendan, con especial interés, la asistencia a la iglesia en estas horas. «Cum autem laus, episcopo, jube et persuade populo, ut singulis diebus mane et vespere ecclesiam frequentet, nec ullatenus desistat, sed assidue conveniat; utque nullus subducendo se, Ecclesiam mutilet corpusque Christi mancum faciat... sed singulis diebus congregemini mane et vespere psalentes et orantes in aedibus dominicis, mane quidem dicentes psalmum sesagesimum secundum, vespere vero centesimum quadragesimum» ⁽¹⁾.

Fuera de estos tiempos de oración, en las horas principales del día, se introdujeron ya en el curso del siglo II otras dos de devoción privada en las horas tercia y nona, ya que la hora de sexta coincidía con la del mediodía y de la comida en los días que no eran de ayuno. Los Padres suelen citar, como razón de estas nuevas horas de oración, los ejemplos bíblicos; pero, más que estos ejemplos, en los cuales por ser tan varios pudiera apoyarse cualquier uso, la razón fundamental está en el deseo de realizar con mayor perfección el precepto evangélico «sine intermissione orate», «vigilate, omni tempore orantes», y acercarse más a su sentido pleno, que constituye el ideal de la vida cristiana, la unión perfecta y actual con Dios cuanto en esta vida es posible.

Esto es lo que toca a la oración cotidiana. La noche del sábado al domingo, lo mismo que en algunas solemnidades, la oración de la mañana comenzaba antes y se prolongaba hasta más tarde. Ha-

(1) L. II, c. LIX Pat. Graec., t. 1, col. 471 ss. El salmo 62 que comienza: Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo, y el 140 dice en el versículo segundo: Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo: elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum.

cia media mañana se celebraba otra reunión de los fieles para el santo sacrificio. Tal era el uso primitivo de que da testimonio Plinio el Joven en su carta a Trajano «quod essent soliti stato die ante lucem convenire hymnumque Christo quasi Deo canere secum invicem... quibus peractis, morem sibi discedendi fuisse rursumque coeundi ad capiendum cibum promiscuum tamen et innoxium». La vigilia de Pascua la pasaban toda en la iglesia los fieles, ocupados en la oración, lección de las Escrituras y en la administración del bautismo. Era la verdadera παννύκτα.

* * *

Con la paz de la Iglesia se desarrollan sobre manera las instituciones litúrgicas, como todo lo que toca a la vida externa de la Iglesia. En el desenvolvimiento de la oración litúrgica tuvo gran influencia el monacato, que por entonces adquirió tanta importancia. Los monjes, consagrados en la soledad a la vida de oración, aspiran a realizar, con la mayor perfección posible, el precepto evangélico de la oración continua. Para ellos, las horas antiguas de la oración vespertina y matutina adquieren una forma más solemne y se imponen como de obligación especial. Las otras horas, que eran para los simples fieles actos de devoción, vienen a hacerse obligatorias para las personas consagradas al servicio divino; y como si éstas no fueran suficientes al fervor de aquellos primeros Padres de la vida religiosa, se añaden nuevas horas hasta constituir el círculo de las ocho horas canónicas. El principio que a todo este desenvolvimiento de la vida litúrgica preside es siempre el mismo, el deseo de actuar el ideal de la vida cristiana que está en la unión con Dios y convertir la Iglesia militante en una imagen perfecta de la Iglesia triunfante, que sin cesar eleva su voz para alabar a la Beatísima Trinidad y pedir sus bendiciones sobre el mundo. De los monjes este desarrollo pasó luego a las iglesias episcopales y parroquiales, donde los mismos monjes, el clero y el pueblo competían en devoción por celebrar los oficios divinos, que eran a sus ojos una expresión auténtica del Evangelio.

Para estudiar este desarrollo de la oración litúrgica, entre los monjes tenemos una fuente autorizadísima en la obra de Casiano *De Coenobiorum institutione*. Casiano comienza por señalar una diferencia notable entre los monjes de Egipto y los de las demás regiones de Oriente. Entre los egipcios «exceptis vespertinis ac noc-

turnis congregationibus, nulla apud eos per diem publica solemnitas, absque die sabbati vel dominica, celebratur, in quibus tertia hora sacrae communionis obtentu conveniunt»⁽¹⁾. Para el oficio nocturno se levantan al canto del gallo y aun algunas veces antes⁽²⁾. Terminado el oficio de doce salmos con sus colectas, lecciones y oraciones secretas, que entre los salmos intercalan, se retiran en silencio a las celdas y prosiguen en privado su oración hasta la venida de la luz que les permite dedicarse a sus ocupaciones manuales⁽³⁾. Este oficio nocturno no es *propriamente* el primitivo oficio de la mañana, las *laudes matutinae*, sino una abreviación de las vigiliias ú oficio nocturno que solía celebrarse los sábados y las otras solemnidades. Las *laudes matutinae*, como su nombre indica, y los salmos y oraciones que en esta hora se rezaban, debían celebrarse al despuntar el alba. Los monjes de Egipto celebraban esta hora en particular lo mismo que las otras del día, o tal vez las dejaban del todo creyéndolas cumplidas en el oficio de la noche y en las oraciones privadas que tenían de uso⁽⁴⁾.

No es difícil explicar el por qué de esta anticipación de la oración matutina. En las ciudades, el tráfico de la vida, los quehaceres de la casa y la vela nocturna de las familias no permitían a los fieles irse a reposar tan pronto ni levantarse antes de la aurora para asistir a los oficios de la iglesia. En cambio, en los monasterios, después del ocaso del sol y de la oración vespertina, cesaba el trabajo y comenzaba el reposo. Dormir la noche entera, para quien cena ligero y hace voto de penitencia y perfección, era demasiado. Resultaba, pues, natural que al canto del gallo, y después de dar al cuerpo el suficiente reposo, se levantasen los solitarios a la oración. De esta suerte, por virtud de la distribución de vida de los monjes, la primitiva oración de la mañana se anticipó, o, por mejor decir, la vida de los monjes consagrados al servicio divino permitió extender a todos los días de la semana el antiguo oficio nocturno del domingo. En ningún tiempo era lícito volver al

(1) *De cambiorum institutione*, l. III, c. XII, Patr. Lat., t. 49, col. 112 ss.

(2) *Ibid.* ib. c. V.

(3) *Ibid.* l. II, c. XII.

(4) En la primitiva regla de San Pacomio, traducida por San Jerónimo, se hallan tres oraciones a la mañana, o mejor, de noche, al mediodía y a la tarde. Patr. Lat., t. 23, colecciones 63-86. Estas tres son, sin duda, las antiguas mencionadas por la Doctrina de los Apóstoles y por Clemente y Orígenes. Los monjes de Egipto, que pasaban por sumamente tenaces en conservar las tradiciones, no admitieron en este punto mutación alguna.

sueño despues de las santas vigilijs. Las razones alegadas por Casiano de este uso, tenido por ley santísima en la antigüedad, tocan tanto a la vida espiritual quanto a la fisiológica; y porque creemos que conservan aún toda su fuerza, las copiamos literalmente: «Prima ne forte purificationem nostram nocturnis psalmis et orationibus requisitam, invidus inimicus livens puritati nostrae, cui maxime insidiatur semper, et indesinenter infestus est, quadam somni illusionem contaminet... Secunda vero, quod tametsi nulla talis verenda diaboli emergat illusio, intercedens etiam purus sopor inertiam monacho mox evigilaturum parturiat, segnemque soporem inferens menti per totum dici spatium vigorem ejus obtundat illamque hebetet perspicaciam seusus et pinguedinem cordis exhauriat, quae nos possit per totum diem adversus omnes insidias inimici cautiores robustioresque servare. Quamobrem canonicis vigiliis privatae ab eis subjunguntur excubiae ac majore illis observationi succedunt ut et illa purificatio, quae psalmis et orationibus est acquisita, non pereat, et intentior sollicitudo diligentius nos per diem custoditura, praeparetur meditatione nocturna» ⁽¹⁾. La distribución de la vida monacal permitía tomar antes del oficio el necesario reposo, de suerte que nadie tuviese necesidad de acostarse nuevamente. El encargado de llamar a los monjes, debía tener cuidado de no despertarlos demasiado pronto, que luego el sueño les impidiese la oración, ni demasiado tarde que excediese la ley de la templanza ⁽²⁾. Durante el día, no tenían oficio en común, sino es el domingo que celebraban a media mañana la misa y recibían la comunión ⁽³⁾. Las horas del día debían ocuparlas en el trabajo manual, en piadosas lecturas, siempre observando riguroso silencio y acompañando el trabajo de oraciones breves pero continuas «ita ut quid ex quo pendeat haud facile possit a quoquam discerni, id est, utrum propter meditationem spiritualem incessabile manuum opus exerceant, an propter operis jugitatem tam praeclarum spiritus profectum, scientiaeque lumen acquirant» ⁽⁴⁾.

En las otras regiones del Oriente, los monjes no se creyeron obligados a mantener el antiguo uso en lo tocante al número de las horas comunes. Retuvieron, por una parte, las dos horas primitivas de oración común en la primera y última hora del día; pero

(1) Ibid. l. II, c. XIII.

(2) Ibid. ib. c. XVII.

(3) Era también el antiguo uso. Véase la carta de Plinio citada más arriba.

(4) Ibid. ib. c. XIV.

convirtieron también en oficio público la oración de tercia, sexta y nona, que en los tiempos primitivos eran sólo privadas y siguiendo el espíritu que a la primera adición había presidido, añadieron algunas otras hasta completar el número actual de las horas canónicas.

En los monasterios de Palestina, Siria, Mesopotamia y Capadocia, las vigiliias nocturnas se celebraban como en Egipto al canto del gallo, con el mismo número de doce salmos, lecciones y coleccionas ⁽¹⁾. Esta hora del canto del gallo la llaman con frecuencia los Padres *media nocte*. Semejante expresión viene sin duda de las palabras del salmo «*media nocte surgebam ad confitendum tibi*», que se encuentran en la pluma de los autores, siempre que hablan del oficio nocturno ⁽²⁾. Por otra parte, la expresión es exacta porque la *media nocte* era la tercera vigilia, que comenzaba con el día civil y se prolongaba hasta pasado el canto del gallo, *pullorum cantum transit*, dice Arnobio el Joven. Habiendo los monjes, llevados de su fervor y de la conciencia de su profesión, convertido en cotidianas las vigiliias que antes sólo en las fiestas se celebraban, no por eso suprimieron la oración de la mañana, a que el pueblo cristiano tenía gran devoción. A las vigiliias seguían luego las *laudes matutinae* en la aurora, si bien a veces las decían a continuación del oficio nocturno, como hoy es costumbre, o con un pequeño intervalo, como en las Galias ⁽³⁾. Este oficio corresponde al antiguo oficio de

(1) Ibid. l. III, c. VI. San Basilio dice en su regla «*Matutinum* quidem, ut animi ac mentis nostrae primi motus Deo conserventur... Rursus vero hora *tertia* surgatur ad precandum, fratresque convocentur etiamsi divisi alii aliis operibus fuerint occupati, *Sexta* quoque hora necessariam esse praecationem, sanctorum exemplo judicavimus... *Nonam* autem horam ad orandum necessariam esse Apostoli ipsi nobis prodiderunt in Actis... Jam *completa die*, de his quae in ipsa data sunt nobis, aut recte si nobis gesta sunt persolvantur gratiae, itemque ea quae praetermissa sunt, confiteamur... *Mediam autem noctem* nobis ad orandum necessariam esse tradiderunt Paulus et Silas... Ex quibus temporibus nullum est negligendum ab iis qui diligenter ad Dei et Christi ipsius gloriam vivere instituerunt». Regula fus. tractata, interrog. XXXVII. Pat. Graec., t. 31, col. 1.014 s. Cfr., *Const. apost.*, l. VIII, c. XXXIV. Pat. Graec., t. I, c. 1.135 s.

(2) Cum ante lucem gallus emittit vocem omnes cum reverentia discusso somno consurgunt a proesule excitati suo; astantque sacro choro, protinusque expansis manibus sanctos concinunt hymnos». Así explica San Crisóstomo (hom. in. Tim. XIV, Pat. Graec.) el uso de los monasterios de Siria que por experiencia conocía Y en otra parte: Oportere monachum *media nocte ante diluculum* ad doxologiam congregari ad principium hymnodiae attentum esse, ad hexapsalmum, ad versículos, ad lectiones». Simeon. oratione XXIII de fide et moribus. Pat. Graec., t. col.

(3) De virginitate, c. 12?, entre las obras dudosas de San Atanasio, Pat. Graec., t. 23 col. CASIANO, l. III, c. IV. En la regla de San Aureliano de Arlis, se lee: «*completis nocturne dicitur matutinos*». Pat. Lat., t. 68, col 394.

la mañana que dijimos ser obligatorio para los fieles; lo cual resulta evidente de la hora y de la composición del oficio, que son las mismas. La costumbre general reprobaba que después de esta hora fuese nadie a dormir ⁽¹⁾. En algún monasterio de las Galias parecía había en esto alguna mayor indulgencia, que Casiano reprueba, tomando ocasión de aquí para contarnos el origen del oficio de prima, llamado también *altera matutina*. Esta costumbre de irse a dormir y aun de prolongar el sueño después de laudes, existía en el monasterio de Belén donde el mismo Casiano pasó sus primeros años de vida religiosa; pero «*quorundam illic fratrum ferventium spiritu, quibus hoc negligentiae genus haud leviter displiceret, ad seniores querela delata, decretum est ab eis diutino tractatu et consultatione sollicita, ut usque ad solis ortum, quo jam sine offensione vel lectio parari, vel opus manuum posset assumi, fessis corporibus refectione concessa, invitati post hac religionis hujus observantia, cuncti pariter e suis stractis consurgerent ac tribus psalmis et orationibus celebratis, secundum modum, qui antiquitus in observatione tertiae vel sextae, trinae confesionis exemplo statutus est, et somno deinceps finem et initium operationi aequali simul moderamine facerent*» ⁽²⁾. Esta nueva hora, así establecida con ocasión de un abuso, fué en seguida aceptada en todo el Oriente y más tarde en Occidente, como que tan bien se adaptaba a cubrir el espacio demasiado grande que mediaba entre los laudes y tercia. A prima siguen luego las horas menores, que respondían a las principales horas del día y que en las ciudades eran anunciadas al toque de trompeta. Lo que en el período anterior era cosa de simple devoción, vino a ser en éste un deber para los que hacían profesión de vida espiritual ⁽³⁾. La jornada se terminaba con el oficio solemne de vísperas al atardecer. Esta hora corresponde a la antigua oración vespertina ⁽⁴⁾. Del oficio de completas son escasos los documentos que poseemos y éstos oscuros. Si el institutor verdadero de este oficio no es San Benito, como algunos han creído, es indudable que fué su verdadero propagador en Oriente, según luego veremos ⁽⁵⁾. Las naciones occidentales que aprendieron del Oriente las instituciones monásticas aprendieron con ellas la nueva organi-

(1) CASIANO, l. III, c. V.

(2) Ibid. ib. c. IV.

(3) CASIANO, l. III, c. III.

(4) CARD. BONA: *Divina psalmodia*, c. X, § V.

(5) Cfr. en BAUMER, *Histoire du Brev.*, t. I, p. 255 s.

zación del oficio divino. Pero en unas como en otras fué necesaria una adaptación a las condiciones climatológicas. En Occidente es mayor que en Oriente la diferencia entre la noche y el día en las varias estaciones; por esto, desde el siglo V, los maestros de la vida monástica, manteniendo el tipo duodenario en doce salmos para el oficio nocturno, le alargan o abrevian según las noches sean más o menos largas. San Cesario, en su regla inspirada en los usos del monasterio de Lerins, dice: «Vigilias a mense octobris usque pascha duos nocturnos faciant (probablemente de doce salmos cada uno), et tres missas (lecciones); ad una missa legat frater folia tria, et orate; legat alia tria, et orate; legat alia tria el levet se, et dicite antiphonam, responsorium, et alia antiphona, et antiphonas ipsas de ordine psalterii, post hoc dicant matutinas (laudes)» ⁽¹⁾. En verano, los maitines constaban de un sólo nocturno de doce salmos. La regla un poco posterior de San Aureliano sigue el mismo principio: en estío, un nocturno con diez y ocho salmos; en invierno, dos nocturnos con diez y ocho salmos cada uno ⁽²⁾. San Columbano establece tres series de doce, veinticinco y treinta y seis.

El oficio nocturno del domingo, después de haber dado origen a las vigiliass euotidianas no desapareció, antes adquirió mayor solemnidad, viniendo casi a convertirse en un verdadero παννύχια o vigilia nocturna completa. En estos días el oficio de vísperas se juntaba con las vigiliass y se prolongaba hasta el canto del gallo en que se iban todas a descansar a última hora de la noche ⁽³⁾. Luego, antes de mediodía, se celebraba la misa solemne «in qua psalmorum atque orationum seu lectionum pro ipsius collectae vel communio- nis dominicae reverentia solemnius aliquid ac propensius impen- dentes, in ipsa tertiam sextamque pariter consumatam repu- tant» ⁽⁴⁾.

De este modo se celebraban las seis horas del día y las vigiliass de la noche, que los Padres de esta época testifican ⁽⁵⁾. Casiodoro resume admirablemente el pensamiento de la tradición, cuando

(1) BAÜMER: *Histoire du Brev.*, t. I, p. 16.

(2) Patr. Lat., t. 63, col. 393 ss.

(3) BAÜMER, ob. cit., p. 236.

(4) CASIANO, l. III, c. VIII.

(5) San Atanasio o quien sea el autor del tratado *De virginitate* arriba mencionado, San Basilio en la regla citada ya: San Efrem *Serm. de beatitudinibus*, I. San Jerónimo en el *Epitaphium Sta. Paulae*. Patr. Lat., t. 22, col. 878 ss.

en el prefacio al Salterio escribe: «Psalmi sunt denique, qui nobis gratas faciunt esse *vigilias*, quando silenti nocte psallentibus choris humana vox erumpit in musicam, verbisque arte modulatis ad illum redire facit a quo pro salute humani generis divinum venit eloquium.... Ipsi enim diem venturum *matutina* exultatione conciliant, ipsi nobis *primam* diei horam dedicant, ipsi nobis *tertiam* horam consecrant, ipsi *sextam* in panis confractione laetificant, ipsi nobis *nona* jejunia resolvunt, ipsi diei postrema concludunt, ipsi *noctis adventu* (completas), ne mens nostra tenebretur efficiunt, sicut ipsi dicunt: Nox illuminatio mea in deliciis meis, quoniam tenebrae non obscurabuntur abs te, Domine (ps. 138,11) ut merito se a vera vita credat alienum, quisquis hujus muneris jucunditate non fruitur» ⁽¹⁾.

Los himnos que hoy cantamos en el oficio divino y que en parte remontan a esta época de tanto fervor por la oración litúrgica, se inspiran en la regular sucesión de las horas del día, y son un argumento más del pensamiento de la tradición eclesiástica. El himno común de dominica a maitines comienza:

Nocte surgentes vigilemus omnes.

con el cual concuerda el invitatorio de la primera Dominica de Cuaresma. «Non sit vobis vanum mane surgere ante lucem, quia promissit Dominus coronam vigilantibus». Igualmente, el himno de laudes, hace alusión a las tinieblas, que se disipan y a la aurora que comienza a brillar:

Ecce jam noctis tenuatur umbra,
Lucis aurora rutilans coruscat.

y el himno de Cuaresma se inspira en el mismo fenómeno para invocar a Cristo:

Jam, Christus, sol justitiae,
Mentis dehiscant tenebrae,
Virtutum ut lux redeat
Terris diem cum reparas ⁽²⁾.

(1) Pat. Lat., t. 70, col. 10 s.

(2) Hermosamente desarrolla esta idea Prudencio en un himno:

Nox et tenebrae et nubila;
Confusa mundi et turbida,
Lux intrat, albescit, polus,
Christus venit, discedite.

Los himnos de las cuatro horas menores aluden todos el tiempo de su recitación: «Jam lucis orto sidere» comienza el de prima, y la oración de feria menciona el «principium hujus diei». El de tercera recuerda la venida del Espíritu Santo verificada a esta misma hora; el de sexta aclama a Dios ordenador de las cosas, que la mañana adorna con la luz y con los calores al mediodía; el de nona menciona los varios tiempos de la luz que caminan a su término. Con más solemnidad, como correspondía a la del oficio, hablan los himnos de vísperas de la luz que fenece, de la noche que comienza, de las estrellas y de la esperanza de la nueva mañana, y, en medio de estas consideraciones, proclama a Cristo luz del mundo, sol verdadero que alumbra las almas. El himno común de dominica, comienza:

Lucis Creator optime,
 Lucem dierum proferens,
 Primordis lucis novae
 Mundi parans originem.
 Qui mane junctum vesperi
 Diem vocari praecipis:
 Tetrum chaos illabitur,
 Audi preces cum fletibus.

Y el de Adviento:

Conditor alme siderum
 Aeterna lux credentium
 Christe redemptor omnium
 Exaudi preces supplicum.

Caligo terrae scinditur,
 Percussa solis spiculo,
 Rebusque jam color reddit,
 Vultu intentis sideris.
 Haec hora cunctis utilis,
 Qua quisque, quod studet, gerat.

.....
 At nos lucelli ac faenoris,
 Fandique prorsus nescii,
 Nec arte fortes bellica,
 Te Christum solum novimus.
 Te mente pura et simplice,
 Te voce, te cantu pio,
 Rogare curvato genu,
 Flendo et canendo discimus.

Hymn. II Cathimer.

Vergente mundi vespere,
 Uti sponsus de thalamo,
 Egressus honestissima
 Virginis matris clausula.

No menos inspirados son los himnos y las otras partes de completas cuando hablan de las tinieblas de la noche, de su quietud, del reposo corporal y de los peligros contra los que implora la protección divina ⁽¹⁾.

* * *

La liturgia monástica, que brevemente dejamos expuesta, no es sino el desarrollo de la liturgia común de la Iglesia antes de la paz, verificado bajo el impulso del espíritu evangélico. Por esto no es de maravillar que la nueva ordenación de la oración litúrgica se difundiese rápidamente por las iglesias episcopales y parroquiales.

El principio de esta difusión es debido a las personas de uno y otro sexo consagrados a Dios, que moraban en las ciudades. Naturalmente éstas aspiraban a la imitación de aquellas que representaban el ideal de la vida religiosa y seguían sus usos litúrgicos ya en sus propias iglesias, si vivían en comunidad ya en las iglesias públicas, si llevaban vida privada. Es singularísimo sobre este argumento el testimonio de Santa Eteria ⁽²⁾ en el relato de su peregrinación a Jerusalem, cuyos ritos nos describe muy por menudo. En la santa ciudad, antes del canto del gallo, se abren las puertas de la basilica de la Resurrección «et descendunt omnes monazontes (monjes) et parthenae (vírgenes), ut hic dicunt, et non solum hii

(1) En el oficio mozárabe los himnos son más numerosos y más largos y así en ellos tienen más parte estas alusiones a las varias horas del día y a los fenómenos naturales siempre considerados a la misma luz de la mística cristiana.

(2) Se ha disputado mucho en estos últimos años sobre el verdadero nombre y la identificación de la piadosa peregrina, que tan curioso recuerdo nos dejó de su viaje al Oriente: hoy está demostrado que se llamaba Eteria y era una religiosa de Galicia, que hacia el año 385 hizo peregrinación. Véase Dom Ferotin en la *Revue des questions historiques* (1903). La véritable auteur de la *Peregrinatio Silviae*, la vierge espagnole *Ethéria*. Contra la fecha comúnmente asignada escribió KARL MEISTER: *De itinerario Aetheriae abbatissae perperam nomini sanctae Sylviae addicto* en el «*Reinisches Museum für Philologie*», nueva serie, LXVI, 3, 1909, p. 337 ss., pretendiendo hacerla más reciente, del siglo VI; pero la tesis del escritor alemán fué rechazada como destituida de fundamento. El interesante documento fué descubierto y publicado por Gamurrini en 1887 en el IV tomo de la *Biblioteca della Accademia storico-giuridica*. Una edición más correcta en 1888, Roma, en la tipografía vaticana.

sed et laici praeter viri aut mulieres, qui tamen volunt maturius vigilare. Et ex ea hora usque ad lucem dicuntur ymni (cánticos bíblicos ú otros) et psalmi responduntur (se rezan alternativamente), similiter et antiphonae; et cata singulos ymnos fit oratio. Nam presbiteri bini vel terni, similiter et diaconus, singulis diebus vi-ces habent simul cum monazantes, qui cata singulos ymnos vel antiphonas orationes dicunt». Estas son las vigiliias nocturnas celebradas por los religiosos y otras personas pías y en los cuales el clero no tiene otra parte sino la de oficiantes hebdomadarios. Concluido este oficio vienen los laudes con la asistencia del Obispo, de^l clero y del pueblo. «Jam autem ubi coeperit lucescere, tunc incipiunt matutinos ymnos dicere. Ecce et supervenit episcopus cum clero, et statim ingreditur intro spelunca (el sepulcro del Señor), et de intro cancellos primum dicet orationem pro omnibus; commemorat etiam ipse nomina, quorum vult; sic benedicet cathecuminos. Item dicet orationem et benedicet fideles. Et post hoc, exeunte episcopo de intro cancellos, omnes ad manum ei ac-
dunt, et ille eos uno et uno benedicet exiens jam, ac sic fit missa (despedida) jam luce».

Como en la basilica de la Resurrección estos oficios eran largos, no se celebraba terciia, sino los domingos y en tiempo de Cuaresma. En cambio, se celebraba sexta al mediodía con la asistencia del pueblo y el Obispo bajaba también a decir la oración final y dar la bendición a los fieles. De idéntico modo se rezaba nona. Las visperas son más solemnes y más largas y a ellas los fieles concurren con gran premura. «Hora autem decima (quod appellant hic licinicon nam nos dicimus lucernare), similiter se omnis multitudo colliget ad Amostasim (la basilica de la Resurrección), incenduntur omnes candelae et cerei et fit lumen infinitum. Lumen autem de foris non affertur, sed de spelunca interiori eicitur, ubi noctu ac die semper lucerna lucet, id est, de intro concellos. Dicuntur autem psalmi lucernares, sed et antiphona diutius. Luego viene el Obispo con los presbíteros y diáconos; un diácono reza las letanias, a las cuales responde todo el pueblo; el Obispo dice las oraciones y da la bendición a los fieles y a los catecúmenos.

Jerusalem, por la abundancia de religiosos y la devoción de sus santuarios, es una ciudad singular, y no puede afirmarse que las demás iglesias tuviesen desde el principio las mismas costumbres. En éstas es de observar, como nuevo, el uso de las vigiliias nocturnas y la parte que el mismo pueblo tomaba, y luego la oración ma-

tutina, del mediodía y de la tarde. De la universalidad de las primeras, antes de la época en que Santa Eteria escribe, tenemos un testimonio interesante en la carta de San Basilio al clero de Neocesárea del Ponto. El santo había introducido en su iglesia el oficio de las vigiliias cuotidianas y los clérigos de Neocesárea tomaron de aquí ocasión para acusar de novedad a San Basilio y romper con él las relaciones. La carta que con este motivo escribió testifica, de una parte, la novedad de la institución, y de otra, su universalidad. «Quod autem spectat ad psalmodiae recriminationem, qua maxime simpliciores terrificant ii, qui nos calumniantur, illud dicere debeo, recepta nunc instituta omnibus Dei ecclesiis consona esse et consentientia. De nocte siquidem consurgit apud nos populus ad domum precationis, et in labore, in afflictione ac jugibus lacrymis confitentur Deo, tandem a precatione surgentes ad psalmodiam transeunt... Ceterum, horum gratia, si nos fugitis, fugietis aegyptios, fugietis et utrosque libyes, thebaeos, palestinos, arabes, phoenices, syros, et eos qui ad Euphratem habitant ac omnes, uno verbo, apud quos vigiliae precesque et communes psalmodiae in pretio sunt» ⁽¹⁾.

Las otras dos horas del día, laudes y visperas, se celebraban en todas partes con mayor solemnidad y con mayor concurrencia del pueblo. Eusebio nos presenta, como una señal del poder de Dios, estas alabanzas ofrecidas al Señor al principio y al fin de cada día. «Nam quod per universum orbem in ecclesiis Dei in matutino solis exitu et vespertinis horis hymni, laudes et divinae vere delectationes Deo constituentur, id sane Dei virtutis non modicum signum est. Dei vero delectationes sunt hymni ubique terrarum in Ecclesiae ejus matutinis et vespertinis horis ⁽²⁾ emissi». Para San Epifanio son una nota de la Iglesia que «matutinae insuper laudes in Ecclesia catholica, matutinaeque preces assidue celebrantur; lucernares item psalmi et orationes» ⁽³⁾.

Esta costumbre era ya tan universal y estaba tan arraigada en el pueblo que hacia 528 el emperador Justiniano publicó un edicto contra los clérigos negligentes del siguiente tenor: «Sanctimus ut omnes clerici per singulas ecclesias constituti perseipsos nocturnas, et matutinas et vespertinas preces canant... Si enim

(1) Epist. ad cler. neocaes. CCVII. Patr. Graec., t. 37, col. 37, col. 762. Véase también las *Constituciones Apostólicas*, l. VIII, c. 34. Patr. Graec., t. 1, col. 1.135.

(2) In psalm. LXIV. Patr. Graec., t. 23, col. 649.

(3) *Adv. Haereses.*, l. III, c. 23. Patr. Graec., t. 42, col. 830.

multi laicorum, ut suae animae consulant, ad sanctissimas ecclesias confluentes, studiosos circa psalmodiam se ostendunt, quomodo non fuerit indecens, clericos ad id ordinatos non implere munus suum» ? ⁽¹⁾.

Los precedentes documentos nos muestran cuál era el uso de las iglesias orientales hasta el siglo VI. Cuanto a las occidentales, así como desde el principio imitaron las instituciones monacales del Oriente, así debieron seguirle en la organización del oficio litúrgico. Sin embargo, parece claro que en esta época el clero no celebraba regularmente en las iglesias episcopales y parroquiales, sino el oficio de la mañana y de la tarde, según la costumbre antigua. De esta doble oración abundan los testimonios de los Padres y de los Concilios. San Hilario, por ejemplo, se complace en el pensamiento de cuán agradables son a Dios las preces de la Iglesia ofrecidas a la mañana y a la noche. «Progressus Ecclesiae in matutinorum et vespertinorum hymnorum delectationes maximum misericordiae Dei signum est. Dies in orationibus Dei inchoatur, dies in hymnis Dei clauditur; secundum quod dictum est: suavis sit ei laudatio mea; et rursum: elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum» ⁽²⁾. San Agustín nos cuenta la devoción de su madre en asistir cada día a la iglesia. «Nullum diem praetermittentis oblationem ad altare tuum; bis in die, *mane* et *vespere* ad ecclesiam tuam sine ulla intermissione venientis, non ad vanas fabulas et aniles loquacitates, sed ut te audiret in suis sermonibus et tu illam in suis orationibus» ⁽³⁾. Los Concilios provinciales y nacionales de esta época, se ocupan con gran celo, de la ordenación del oficio matutino y vespertino y de obligar a los clérigos a la asistencia. Así el Concilio de Vannes (465) priva de la comunión por el tiempo de una semana al clérigo que deje de asistir a los oficios de la mañana, como no sea por motivo de enfermedad ⁽⁴⁾. Otro Concilio de Agde (506), presidido por San Cesario de Arlés, decreta que el oficio se diga como en las demás iglesias, es a saber, «ut, *sicut ubique fit*, et post antiphonas collectiones per ordinem ab episcopo et presbiteris dicatur; et hymni matutini et vespertini diebus omnibus decantentur; et in conclusione matutinarum val vespertinarum missarum, post hymnos capitella de psalmis dicantur, et plebs collecta oratione

(1) Cod. Teod., l. I, tit. III, l. 42. *De episcopis et clericis*.

(2) In psalm. LXIV. Patr. Lat., t. 9, col. 420.

(3) Confess., l. V, c. 9. Patr. Lat., 32, col. 714.

(4) MANSI: t. VII, col. 955.

ad vesperam ab episcopo cum benedictione dimittatur» ⁽¹⁾. Es éste, en substancia, el orden de Jerusalem y de las Constituciones Apostólicas. Semejante precepto se encuentra en algunos otros Concilios de la época ⁽²⁾.

Por lo que toca a España, la disciplina de la Iglesia y el espíritu litúrgico que la informaba era el mismo. El canon séptimo del Concilio de Tarragona (516) prescribe que en las iglesias diocesanas «presbyteri... cum clericis septimanas observent... die dominico solemnitas cum omnium praesentia celebretur... omnibus diebus vespersas et matutinas celebrent» ⁽³⁾. El de Gerona, celebrado en 517, manda que todos los días, después de visperas y laudes, se diga el paternóster ⁽⁴⁾. Es de singular importancia, sobre este punto, el Concilio de Braga (567) donde se comunica la carta del Papa Vigilio al Obispo Profuturo, y en conformidad con ella se establece que en la celebración de los oficios de visperas y laudes se observe la uniformidad ⁽⁵⁾. Este decreto se encuentra más tarde repetido en el IV Concilio de Toledo (633), donde se mandó que «Unus igitur ordo orandi atque psallendi nobis per omnem Hispaniam atque Galliam (la Narbonense sujeta a los godos) conservetur; unus modus in missarum solemnitatibus, unus in vespertinis matutinisque officiis, nee diversa sit in nobis ecclesiastica consuetudo, qui in una fide continemur et regno: hoc enim et antiqui canones decreverunt et unaqueque provincia et psallendi et ministrandi parem consuetudinem contineat» ⁽⁶⁾. Las vigiliias nocturnas se celebraban también, pero sólo en las grandes solemnidades ⁽⁷⁾, aunque no faltan indicios de que en algunas iglesias se celebraban todos los días.

En resumen: en este periodo, que corre desde la paz de la Iglesia hasta que San Benito aparece y su Orden comienza a ejercer su influjo en la Iglesia, podemos reunir la historia del oficio divino en los siguientes puntos: 1.º En los monasterios de Oriente (fuera del Egipto), las horas de la oración litúrgica crecen hasta siete: las vigiliias en la noche, los laudes a la aurora, prima, tercia, sexta y nona en el curso del día, y visperas al atardecer ⁽⁸⁾. En algu-

(1) MANSI: t. VIII, col 329 s.

(2) Cf. BAUMER: *Histoire du Brev.*, t. I, p. 221 ss.

(3) MANSI: t. VIII, col. 542.

(4) MANSI: t. VIII, col 550.

(5) MANSI: t. IX, col. 777.

(6) Ib. t. X, col. 616.

(7) Véase el Concilio de Autum (578), can. 11. MANSI: t. IX, col. 913. BAUMER, loc. cit.

(8) SAN ISIDORO: *Regula*, c. VII. Patr. Lat., t. 103, col. 562.

nas partes existía también una oración: conferencia espiritual que puede considerarse como el principio de las completas. Aún en algunas partes los laudes se decían inmediatamente después de las vigilijs nocturnas ⁽¹⁾. 2.º En los monasterios de Occidente se adoptó comúnmente la distribución del Oriente con la pequeña modificación del oficio nocturno alargado o abreviado, según la longitud de las noches. También aquí se halla el uso de la oración o conferencia espiritual después de vísperas ⁽²⁾. 3.º En las iglesias episcopales y parroquiales, crece la devoción por el oficio. En Oriente, muchas iglesias, servidas por monjes, celebran todas las horas como en los monasterios; en otras, servidas sólo por el clero, se celebran al principio sólo las dos horas primitivas de vísperas y laudes, pero más tarde se introducen los nocturnos que, con el decreto de Justiniano (528), vienen a hacerse obligatorios para todo el clero. 4.º En las iglesias de Occidente se rezaban comúnmente sólo las vísperas y los laudes, y las vigilijs nocturnas en las grandes solemnidades.

* * *

En la ordenación del oficio divino, como en las otras instituciones monacales, San Benito no fué un creador *ex nihilo*. Destinado por Dios para ser el Padre de la disciplina monástica en Occidente y para eclipsar con su claridad la gloria de los antiguos fundadores de Oriente, tomó las instituciones ya existentes, se penetró de su espíritu, las corrigió y perfeccionó, imprimiéndoles el sello de su discreción y suavidad. Su regla llegó pronto a sustituir todas las otras dominantes en la Iglesia latina, viniendo así a hacerse general en los monasterios la distribución del oficio establecido en la misma regla. Los monjes, llamados desde el principio a celebrar las divinas alabanzas en las basílicas romanas, difundieron por esta vía sus instituciones litúrgicas en las iglesias de Roma y luego por las demás que tomaban la de Roma como modelo ⁽³⁾.

En consonancia con la tradición occidental San Benito, distingue para la ordenación de las vigilijs dos tiempos: «el de invierno», desde el 1.º de Noviembre hasta Pascua, y «el de verano»,

(1) Ibid. ib. c. VI.

(2) Ibid. ib. c. VI.

(3) BAUMER, obr. cit., t. I, p. 260 ss.

desde Pascua hasta el 1.º de Noviembre. En la primera época «juxta considerationem rationis octova hora noctis surgendum est; ut modice amplius de media nocte pausetur, et jam digesti surgant. Quod vero restat post vigiliis a fratribus, qui psalterii vel lectionum aliquid indigent, meditationi inserviat. A Pascha autem usque ad praedictas calendas novembris sic temperetur hora vigiliarum agenda; parvissimo intervallo, quo fratres ad necessaria naturae exeant, custodito, mox matutini (laudes), qui incipiente luce agendi sunt, subsequantur» ⁽¹⁾.

La distinción de tiempos se funda en la misma naturaleza de las cosas, de la cual no puede prescindir una prudente ordenación de la vida. En uno y otro tiempo los monjes deben levantarse en el curso de la hora octava, cuando ya hayan descansado más de la media noche, o sea unas siete horas, *et jam digesti surgant*. Las palabras del Santo Legislador «juxta considerationem rationis» significan, según los más autorizados comentadores, que sin pasar el límite de la hora octava, que él cree suficiente para el reposo, se levanten al principio o al fin de ella según los meses, al principio en invierno y al fin en verano ⁽²⁾. En invierno, el oficio nocturno constaba de doce salmos divididos en dos nocturnos con tres lecciones en el primero y una en el segundo. Estas lecciones eran muy largas ⁽³⁾. En verano, el número de salmos era igual, pero las lecciones se reducían a una brevísima y dicha de memoria como el «Fratres, sobri estote», de completas o el evangelio de la *Pretiosa* ⁽⁴⁾.

Terminados los nocturnos a ninguno era lícito volverse al lecho, habiendo descansado ya lo suficiente. Los consuetudinarios de los monasterios benedictinos nos dan noticias curiosas sobre las medidas que se tomaban para evitar abusos en este punto. En invierno, los religiosos dedican este tiempo a la oración privada en la iglesia ⁽⁵⁾ o a la lectura espiritual en una sala que para este fin se acomodaba cerca del coro ⁽⁶⁾. Cuando se acercaba la aurora, los religiosos volvían al coro para rezar los laudes (hymni matutini). En verano, sólo se

(1) *Regula*, c. VIII. Patr. Lat., t. 66.

(2) *Ibid.* ib.

(3) Tres o cuatro páginas cada lección, según la Regla de San Cesareo. Patr. Lat., tomo 67, col. 1.102, de San Aureliano de Arlés. Patr. Lat. t. 68, col 394. En Cluny, más tarde, se leía el Génesis en una semana. Isaías en seis días y así de los demás. Patr. Lat., tomo 149, col. 643.

(4) Cap. X.

(5) Cap. VIII.

(6) Cf. CASIANO, l. II, c. XII. El comentarlo del mismo. Patr. Lat., t. 66, col. 413 ss.

daba un momento libre entre el oficio de las vigilijs y el de laudes.

Las cuatro horas menores se dicen en el curso del día, y el tiempo de su recitación varía según las estaciones ⁽¹⁾. Por el verano, a causa de la brevedad de las noches, concede la Regla que «*post sextam autem surgentes a mensa, pausent in lectis suis, cum omni silentio; aut forte qui voluerint legere, sibi sic legat ut alium non inquietet*» ⁽²⁾.

En las vísperas introdujo San Benito alguna modificación, que se opone al uso tradicional, pero que él creyó indispensable para el buen régimen de la vida monástica. En primer lugar, redujo el oficio de vísperas a cuatro salmos, en vez de los doce tradicionales, número que le pareció excesivo para quien pasaba la jornada ocupado en el trabajo y la oración. Además, adelantó la hora de vísperas, de modo que el oficio se pudiera celebrar con la claridad del día y lo mismo la cena o colación que se tomaba concluido el oficio. «*Ipsa tamen vespera sic agatur, ut lumine lucernae non indigeant reficientes; sed luce adhuc diei, omnia consummentur. Sed et omni tempore, sive canae, sive refectionis hora sic temperetur ut cum luce omnia fiant*» ⁽³⁾. Esta modificación, introducida en las vísperas, hacia casi necesario el otro oficio de la tarde, las completas, ya en uso en algunas partes, pero no universalmente contado entre las horas canónicas. Mientras los religiosos, ocupados en los quehaceres domésticos, quedan libres para venir a completas, la comunidad asiste a una lectura piodosa. «*Et ideo omni tempore, sive jejunii, sive prandii, mox ut surrexerint a caena, sedeant omnes in unum, et legat unus collationes vel vitas Patrun, aut certe aliquid quod aedificet audientes... Omnes ergo in unum positi compleant (completorium dicant), et exeuntes a completoriis nulla sit licentia denuo cuiquam loqui aliquid*» ⁽⁴⁾.

Así termina la jornada litúrgica en la Orden de San Benito. El santo halla en esta ordenación el perfecto cumplimiento de aquella sentencia profética tan frecuentemente repetida a propósito de las horas canónicas. «*Septies in die laudem dixi tibi*» (ps. CXVIII, 164) que debe entenderse de las horas del día, porque de las vigilijs nocturnas el mismo salmista dice en otra parte: *Media nocte surgebam ad confitendum tibi* (ib. 62). «*Ergo his temporibus referamus*

(1) Cap. XLVIII.

(2) Ibid. ib.

(3) Cap. XLI cf. CARD. BONA, *Div. Psalm.*, c. IX § III, n. 3.

(4) Cap. XLII.

laudes Creatori nostro super judicia justitiae suae, id est, matutinis (laudes), prima, tertia, sexta, nona, vespera, completorio, et nocte surgamus ad confitendum ei» ⁽¹⁾.

En los domingos y demás solemnidades de los santos, San Benito conserva la antigua tradición de que las vigiliass sean más largas, sin que lleguen por eso a la *πρηνύχια* de los primeros siglos y de los monjes de Oriente. El oficio consta de dos nocturnos con los doce salmos de costumbre y en cada nocturno cuatro lecciones con sus responsorios. Luego se añaden tres cánticos y otras cuatro lecciones del Nuevo Testamento, el *Te Deum* y el evangelio del día cantado por el mismo abad. Las vigiliass se terminan con la solemne bendición del abad, y después siguen los laudes inmediatamente. «Qui ordo vigiliarum, omni tempore tam aestatis quam hiemis aequaliter in die dominico teneatur: nisi forte (quod absit) tardus surgant, aliquid de lectionibus breviandum est aut responsoriis, quod tamen omnino caveatur ne proveniat» ⁽²⁾. En las fiestas de los santos se hace el oficio como el domingo, con esta diferencia, que las lecciones son de los santos ⁽³⁾.

Con San Benito queda completo el oficio divino. En la Edad Media se añadirán nuevas devociones (oficio de la Virgen, oficio de difuntos, salmos penitenciales, etc.), pero el número de las horas quedará invariable.

Al terminar este artículo es preciso que dejemos bien explicitos los puntos substanciales del horario litúrgico. Las vigiliass se dicen *de nocte* o *a media nocte*, es decir, en la tercera vigilia que comenzaba con el día civil *puncto mediae noctis* y pasaba el canto del gallo. De aquí su nombre de *nocturnos*. Los laudes se celebran al aparecer la aurora: es la antigua oración matutina, de donde su nombre de *matutinum*. El tiempo que mediaba entre estas dos horas, debía consagrarse a la oración privada o a la lección espiritual, nunca al sueño. Las cuatro horas menores se distribuían en el curso de la jornada. Esta se cerraba con las visperas al principio de la hora undécima, y las completas al final del crepúsculo o si nos atenemos al himno, *lucis ante terminum*. Esta distribución realizaba el precepto divino de la oración perpetua sobre la base de una conveniente repartición del tiempo entre el trabajo, la oración y el reposo.

FR. A. COLUNGA O. P.

(1) Cap. XVI.

(2) Cap. XI.

(3) Cap. XIV.

DIFERENCIA ENTRE LA MÍSTICA Y LA ASCÉTICA

(CUESTIONES MÍSTICAS: 5.^a CUESTIÓN)

En realidad, esta cuestión apenas necesita ya resolverse: basta proponerla debidamente para que pueda darse por resuelta, pues cuanto a ella se refiere es un verdadero corolario de todo lo que dejamos expuesto.

Hemos ya, en efecto, podido muy bien comprender, cómo la vida ascética y la mística, aunque realmente distintas en el grado de perfección y en el modo de manifestarse, no lo son en el fondo de su íntima esencia, ni constituyen dos vías independientes o bien separadas, sino que están del todo subordinadas una a otra, y tan íntimamente unidas y compenetradas, que de lo más característico de la primera a lo de la segunda, se pasa por grados completamente insensibles. Con esto podríamos darnos ya por satisfechos. Mas la excepcional importancia de estas afirmaciones bien merece que nos detengamos un poco a examinarlas por partes.

§ I.—*Subordinación de la ascética a la mística.*

Si, conforme acabamos de ver, la *ascética*—ya se la considere como *ciencia de la salud*, como *vía* o como *vida*—no se basta por sí sola, ni basta para llevarnos a la perfección, a que todos debemos tender, sino que se ordena a disponernos para encontrar esta plena perfección en la *mística*, en la cual se empieza a entrar, más o menos, desde la *vía iluminativa* para engolfarse en ella durante la *unitiva*; si, en suma, la *vida ascética* se confunde casi totalmente con la *vía purgativa* y los comienzos de la *iluminativa*, quedando todo lo restante para la vida que llamamos propiamente *mística*, y sabiendo, por fin, que esas tres vías no están separadas, sino del todo compenetradas y subordinadas ⁽¹⁾; síguese de ahí que también lo deben estar las dos maneras de vidas que se llevan en dichas tres llamadas *vías*, y que mejor se llamarían *fases* de una misma *vía*, de la *vía santa*, ce-

(1) «Constat hos tres status nunquam esse in via ita condistinctos, quin unusquisque illorum aliquid de caeteris participet. Cuilibet ergo illorum, ab eo quod in ipso prae-dominatur, nomen et rationem accipit». Suárez, *De Orat.*, l. 2, cap. XI.

lestial y divina (Is., 35, 8), que es la perfecta imitación de Cristo, nuestro Salvador y único *camino de Dios*, donde verdaderamente podemos ser *iluminados* (Ps. 85, 11; Luc., 1, 79), y *vivificados* (Ps. 118, 17, 37, 50, 93, 107), por ser, a la vez, el *camino*, la *verdad* y la *vida* ⁽¹⁾. El ilumina (Jn. 1, 9) a todos, y a todos quiere encender en su amor, y, cual dulce esposo, arrebatada y alegra los corazones y atrae a sí las almas humildes y les enseña esa mística sabiduría que empieza en el santo temor de Dios ⁽²⁾.

Siguiéndole, no andamos errados y vamos siendo, bajo su influjo, cada vez más purificados—*ab omni inquinamento carnis et spiritus*—e iluminados y santificados con el don de temor, *perficientes sanctificationem in timore Domini* (II Cor. 7, 1.). Oyéndole y atendiéndole, acercándonos bien a Él, nos iluminaremos más y más (Ps. 33, 6), a la vez que nos encenderemos en su amor; con que proseguiremos aún purificándonos más hondamente ⁽³⁾. Y abrazándole con perfecto amor, al abrazar de veras su cruz, quedaremos con Él unidos y convivificados ⁽⁴⁾; y sólo así es como podremos subir hasta la cumbre de nuestra perfección, que es el mismo Cielo ⁽⁵⁾.

Pero todas estas cosas, el fiel seguimiento y la purificación, el estudio de la verdad y la iluminación, y, hasta cierto punto, la misma unión y

(1) «¡Oh divino Verbo!, exclama San Agustín (*Soliloq.*, c. 4), que sois el *camino*, *verdad* y *vida*, en quien no hay tinieblas, *error*, *vanidad* ni *muerte*; luz sin la cual *todo es* tinieblas; camino sin el cual todo es error; verdad sin la cual todo es vanidad; vida sin la cual todo es muerte...; alumbrad a este ciego..., y dirigid sus pasos al *camino de la paz*, para que por este camino pueda entrar yo al lugar de aquel *tabernáculo admirable* con voces de alegría y alabanza». Cfr. Kempis. III, 0,56.

(2) «In sole posuittabernaculum suum: et ipse *tangam sponsus*... Nec est qui se abscondat a calore ejus... Testimonium Domini fidele, sapientiam praestans parvulis. Justitiae Domini rectae, laetificantes corda; praeceptum Domini lucidum illuminans oculos. Timor Domini sanctus». Ps. 18, 6-10.

Quien no logre, pues, gozar de su íntima *unión*, es porque no le ama como debe, ni quiere corresponder a sus dulces invitaciones.

«Al alma amante, decía el mismo Salvador a Santa Matilde (1.^a p., c. XX), le dirijo Yo tres palabras: la primera es *Ven*, es decir, *sepárate* de todas las criaturas; la segunda es *Entra*, con la confianza de una esposa; la tercera, *en el lecho nupcial*, que es el Corazón divino».

(3) Santa Angela de Foligno (*Visiones*, c. 47) vió que había tres grados de purificación o tres maneras de purificaciones progresivas: «la primera comunicaba graciosamente al alma una gran fortaleza que le hacía fácil la fuga del mal; la segunda, un gran gozo en el cumplimiento del bien, y la tercera es ya la plenitud de la *perfección* y la transformación del alma en Dios... Tan transformados en Él, decía, me parecen los justos en ese grado, que en ellos ya no veo más que al mismo Jesús, ora sufriendo, ora glorificado».

«Nuestro Señor, refiere la B.^a Margarita M.^a (*Oeuvres*, t. II, p. 187), me dijo que me daría su amor... para *purificarme*, consumirme y transformarme en Él».

(4) «Nam si commortui sumus, et convivemus: si sustinebimus, et conregnabimus. II Tim., 2, 11-12».

(5) «Nemo *ascendit in coelum nisi unus cum eo factus*, et tanquam membrum compactus in ejus corpore qui *descendit*». S. AUGUST., *Serm. 61 de Verb. Domini*.

vivificación, pueden hacerse de un modo humano, proporcionado a la condición de los aún *pequeñuelos en Cristo* (I Cor. 3, 1-3; Hebr. 5, 11-13), como es el de las consideraciones, devociones y prácticas ordinarias, en la generalidad de los fieles; y de un modo verdaderamente *sobrehumano*, propio de los ya adultos en gracia, varones espirituales y *perfectos en Cristo*; el cual modo se logra cuando, como verdaderos hijos de Dios, nos encontremos del todo animados, poseídos, movidos y dirigidos y gobernados por su mismo Espíritu (Rom. 8, 14; cf. *S. Thomam in h. l.*). Entonces ya no procederemos ni obraremos como «carnales», de un modo humano y rastrero, sino como los verdaderos «espirituales»: es decir, como los que ya tienen desarrollados y ejercitados los sentidos y saben sentir, desear y apreciar las cosas de lo alto, conociendo, por experiencia, la renovación del espíritu, los misterios de la cruz y el lenguaje de la divina Sabiduría (I Cor. 1, 18; 2, 2-6, 12-16; Hebr. 5, 14); así tenderemos a proceder, si es que en realidad hemos gustado ya la dulzura y suavidad de Nuestro Señor (I Petri, 2, 3) y, por lo mismo, deseamos crecer en santidad y unión con Él ⁽¹⁾.

Este sentimiento, no «humano», ni mucho menos «carnal», sino del todo «espiritual», y ese proceder, no *secundum hominem*, sino *secundum Spiritum*, *secundum Deum*, o sea *in Spiritu Sancto*, *in suavitate et longanimitate*, *in caritate non ficta*, *in verbo veritatis et in virtute Dei*, con plena

(1) «Nullum omnino praesentiae ejus certius testimonium est, dice San Bernardo (*Serm.* 2 de San Andrés), quam desiderium gratiae amplioris».

«Si tenéis hambre y sed de las cosas espirituales y de Dios, añade Rodríguez (1.^a parte tr. I, c. V), alegraos, que esa es señal y testimonio muy grande de que mora Dios en vuestra alma; Él es el que pone esa hambre y causa esa sed; topado habéis con la vena de este divino tesoro... Dios, que está dentro de vos, os lleva tras sí; y si no sentís en vos esta hambre y sed, temed no sea por ventura porque no mora Dios en vuestro corazón; que eso tienen las cosas espirituales y de Dios, como dice San Gregorio (*Homil.* 39 *in Evang.*), que cuando no las tenemos, entonces no las amamos, ni deseamos, ni se nos da nada por ellas».

A los que de ningún modo perciben aún en sí a Cristo Salvador, ni por experiencia le reconocen como principio de salud y de vida, sintiendo el hambre y sed de justicia que en los corazones donde vive provoca, el Apóstol les dice estas terribles palabras, muy dignas de ponderación (II Cor. 13, 5): «An non cognoscitis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est? nisi forte réprobi estis».

«Con la vehemencia del amor, dice San Agustín (*Manual*, c. XX), se aparta un alma y se enajena de los sentidos corporales, de tal modo, que no se siente a sí misma, sintiendo a Dios solamente... Un alma que está tocada del amor de Dios, ninguna otra cosa puede pensar ni apetecer».

«El amor, observa S. Alfonso Rodríguez (*Unión*, c. II), no es ocioso, sino que adonde está, obra como fuego, comunicando al alma todas las virtudes, y así, no consiente en ella faltas grandes ni pequeñas; limpia las imperfecciones, corrige las inclinaciones y no la deja buscarse a sí misma, pero incítala y muévela a grandes y santísimas obras, y fortalécela contra las tentaciones, y desnúdala de sí misma, y, finalmente, trae todos los bienes al alma y apártala de todos los males; y por este alto camino del amor de Dios se camina más en pocos días que por otros en mucho tiempo».

indiferencia a ir *per infamiam, et bonam famam* (II Cor., 6-8), se tienen, no cuando nosotros queremos ni del modo que queremos, sino cuándo y cómo Dios lo da, haciéndonos sentir, mediante los místicos dones, la oculta obra de aquel soberano Espíritu renovador y santificador, que inspira donde quiere y hace oír su voz, sin que sepamos de dónde viene ni adónde va (Jn. 3, 8); pero que viene siempre a saciar sobreabundantemente nuestros deseos, renovándonos y transformándonos, a veces, como por completo, y obrando en nosotros, en muy breves momentos, lo que con nuestros pobres esfuerzos no hubiéramos podido lograr en muchos años⁽¹⁾.

Mediante esta *inspiración* divina, que a nadie se niega⁽²⁾ y que, bien recibida, dilata nuestros corazones, podemos, ora correr, sin fatigarnos, por el camino de los mandamientos de Dios (Ps. 118, 32); ora navegar, viento en popa y a vela desplegada—o al irresistible impulso de este misterioso «vapor de la virtud de Dios» (Sap. 7, 25)—, hacia el puerto de salvación, bajo la dirección del divino Piloto (Ps. 142, 10); ora volar, como palomas, a descansar y anidar en los «agujeros de la piedra» (Ps. 54, 7; Cant. 2, 14), o bien, como águilas reales, remontándonos hasta las cumbres de la santidad (Is. 40, 31). Pero mientras no sintamos claramente ese divino soplo, y cada vez que cese, tendremos que esforzarnos por caminar, como mejor podamos, a *nuestro modo* y valiéndonos de nuestros métodos e industrias, ora entre aprietos y dificultades por la «estrecha senda» del fiel seguimiento de Cristo; ora remando, contra viento y marea, por el piélago de este mundo donde ejerzamos nuestro ministerio; ora procurando trepar animosos, sin arrimo ninguno, en pura fe, y sin tener «nada, nada», a qué poder asirnos, ni aun apenas en qué apoyarnos (pero asistidos ya, aunque muy ocultamente, del Espíritu de temor o de piedad, de ciencia, consejo o fortaleza), por la escarpada «subida del monte Carmelo», hasta que logremos recibir las deseadas alas con que podamos salvar obstáculos y precipicios, corriendo siempre sin cansancio ni desfallecimiento⁽³⁾, y a veces—precisamente cuando se cree uno como per-

(1) Cf. Lallemant, *Doctrine spirit.*, pr. 4, ch. 1, a. 1; pr. 7, ch. 4, a. 4: «Lo que la pobre del alma, con trabajo, por ventura, de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto». Santa Teresa, *Vida*, c. XVII.

«Me sentía, dice la V. M. María de la Encarnación (Vie, por Chapot, 1.^a P., c. 3), como trocada en otra criatura, hasta el punto de no reconocerme a mí misma. Todas mis pasadas ignorancias quedaban disipadas, y muchas acciones que yo había hasta entonces considerado como justas y buenas en sí mismas, me parecían ahora defectuosas».

(2) *Apoc.* 3, 20: «No hay nadie en el mundo, decía el Salvador a Santa Brígida (*Revel.* 1, 1.^a, c. 54), por arraigado que esté en el mal, a quien no visite, a veces, el Espíritu bueno, y le excite y le mueva el corazón. Así como tampoco hay nadie, por bueno que sea, a quien el diablo no atormente con alguna tentación». Cf. Kempis, III, c. 3, n. 3.

(3) «Assument pennas ut aquilae, current, et non laborabunt, ambulabunt, et non deficient» (Is. 40, 31). «Ubi non absurde notandum, advierte Juan de Santo Tomás (in. 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1, § 8), pennas aquilae promitti, non tamen dicitur quod semper vo-

dido, o en el aire, sin ningún apoyo—, volar y remontar el vuelo, a fin de poder llegar a lo más elevado de la perfección y santidad, o sea a la cumbre misma de ese altísimo monte en que Dios tiene su habitación predilecta: *Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo: Mons Dei, mons pinguis*.

Así es como el alma generosa y fiel va pasando ordinariamente del modo humano al divino, saliendo, poco a poco y penosísimamente, de sí misma, en pobreza, estrechez, obscuridad, amargura y desarrimo de todo, para encontrarse luego toda enriquecida, dilatada, iluminada, consolada y reposada en Dios (1). Y así irá poco a poco, sin ella apenas darse cuenta, pasando de la vida ascética a la mística; es decir, a esta misteriosa manera de vida, *oculta* a los hombres y escondida con Cristo en Dios, que llevan cuantos van muriendo de veras a sí mismos y al mundo, y viviendo espiritual y divíamente, en estado de unión y perfección, que es a lo que se ordenan todas las fases de la vida cristiana.

§ II. — La distinción es modal y no esencial.

La vida ascética es, pues, la misma vida *sobrenatural* de que viven los Santos y los grandes contemplativos; pero todavía en estado incipiente, por vivirla los simples *ascetas* de un modo imperfecto, connatural y humano, mientras los místicos la viven ya plenamente, o sea de un modo perfecto, espiritual y divino. Y así, la vida mística es la mismísima vida de la gracia, recibida en el bautismo, pero llevada ya a su plena expansión y desarrollo (Cf. S. Bonavent., *De 7 donis S. S.*, 1.^a p., cap. III): es la misma vida sobrenatural de que vivían los ascetas; pero vivida ya «sobrenaturalmente», o sea con perfección y de un modo sobrehumano.

Por tanto, la vida mística es «sobrenatural» *reduplicative*, o sea *quoad substantiam*, et *quoad modum*, mientras que la ascética lo es tan sólo *simpliciter*; pues no es *supernaturalis quoad modum*, aunque sí lo es *quoad substantiam*, por ser substancialmente la misma vida de la gracia, adornada como está, desde un principio, con las virtudes infusas y los dones (2).

labunt, sed quod current, et ambulabunt, scilicet tanquam homines adhuc in terra viventes, acti tamen et moti pennis aquilae... quia dona Spiritus, etsi in terra exerceantur, et actionibus consuetis videantur fieri, tamen pennis aquilae ducentur, quae superiorum spirituum, ac donorum communicatione moventur et regulantur.

(1) Cfr. San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, l. II, cap. IV.

(2) Confundiendo lastimosamente lo «sobrenatural» *reduplicative*, o *quoad modum*, con lo sobrenatural *simpliciter*, o sólo *quoad substantiam*, un autor reciente no repara en decir que la oración ascética no es — ni aun *simpliciter* — «sobrenatural», mientras, la mística sí. «De donde—añade con increíble obcecación—podremos inferir que, como lo sobrenatural no es la expansión ni el complemento de lo natural, sino que difiere esencialmente de él, la vida mística («sobrenatural» *quoad modum*) no es la espiritual ordinaria (ya «sobrenatural» *quoad substantiam*) perfeccionada, ni su complemento, ni su extensión, sino que trasciende a otro orden diverso.» Pero es evidente que no es

Si bien éstos apenas se ejercitan aún sino raras veces, y esas casi siempre de un modo imperfecto, incipiente y con cierta subordinación a las pobres normas de nuestra razón, que es la que en un principio — auxiliada e ilustrada como está de la fe y de la prudencia cristiana — dirige y domina, «usando, como dice Santo Tomás ⁽¹⁾, del Espíritu Santo y de sus dones», hasta que, una vez muy adelantados en la práctica de las virtudes, esos mismos dones se desarrollen y empiecen a funcionar normalmente, de suerte que, mediante ellos, ya nos dejemos poseer, dirigir, mover y dominar del mismo Divino Espíritu; el cual así empezará de hecho a «reinar y gobernar» en nosotros como verdadero «Señor y vivificador» de nuestras almas; pues antes, aunque con tanto derecho y por tantos títulos «vivía y reinaba», apenas le dejábamos nosotros ejercer pacíficamente su dominio y gobierno ⁽²⁾. Y así es como entonces procedíamos *activamente* o a nuestro propio modo, valiéndonos de esfuerzos e industrias, como verdaderos «ascetas», mientras después, bajo su dulce moción y dirección, vendremos a proceder de una manera *pasiva*, pero misteriosa y *divina*, como sucede a los «místicos» ⁽³⁾.

otra vida «espiritual» o cristiana, sino la misma de antes, aunque vivida o manifestada de otro modo más excelente. De lo contrario, resultaría que la vida ascética permanecería en el simple *orden natural* y sería *vida natural*, como la de un pagano. Esta es la que, en realidad, pertenece a «otro orden diverso» y la que, por lo mismo, «difiere esencialmente de la mística». Mas «la contemplación mística—según reconoce, por fin, el mismo autor— es el ejercicio de las virtudes cristianas, principalmente de la fe, esperanza y caridad, en virtud de los dones del Espíritu Santo.» Y todas estas facultades sobrenaturales las hemos recibido ya en el bautismo.

(1) 1.^a p., q. 43, a. 3; in I *Sent.*, D. 14, q. 2, a. 2, ad 2.

(2) Cf. S. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, canc. 4, v. 3.

(3) «Obrando por las virtudes infusas, observa el P. Nouet (*Introd. a la Vie d'oraison*, l. 1, 7 entret.), nos hallamos en un estado *más activo que pasivo*, porque el Espíritu Santo se acomoda entonces a nuestra manera de obrar. Mas cuando obramos por los dones, nos vemos en un estado *más bien pasivo que activo*, porque entonces el divino Espíritu, apoderándose de nuestras potencias, las eleva y las hace obrar a su manera. *Todos los que son movidos y conducidos por el Espíritu de Dios*, dice S. Pablo (*Rom.* 8, 14), *son hijos de Dios.*»

Y así es como todos los perfectos hijos de Dios son contemplativos o místicos, pues oran y adoran ya «en espíritu y en verdad», como realmente poseídos del Espíritu Santo.

«Hay, dice Lehoudey (*Los caminos de la orac. ment.*, 1.^a p., c. 2, § 1), oración ordinaria y oración mística: en otros términos, *oración activa* y *oración pasiva*... En la oración activa domina el esfuerzo del alma, siendo menos evidente la operación de Dios... En la oración pasiva es la acción de Dios la que domina, llegando a reducir al alma a cierta pasividad, más o menos acentuada, según el grado de unión mística; y cuando esta unión es muy señalada, lo sobrenatural está patente, se toca casi con la mano. Esta pasividad, sin embargo, no impide sino ciertas operaciones del espíritu y de los sentidos; el alma, bajo la acción de Dios, queda libre para merecer, aun en el éxtasis, y puede ocuparse en contemplar y amar a Dios, a veces con una intensidad maravillosa». Y, en efecto, es grandísimo error suponer que en ese sublime estado, en que tanto se ama, no se merece. «Deus suis amicis, dice muy bien Antonio del Espíritu Santo (tr. 3, d. 3,

En efecto, *ascético y místico* — *ασκητικός* y *μυστικός* —, «según su valor, no solo etimológico, sino real, histórico y tradicional, dice oportunamente el P. V. Peralta (*Estudios Franciscanos*, Marzo 1911, pág. 172), no han significado otra cosa sino esfuerzo atlético o ejercicio de propia industria el primer término, y operación invisible, arcana, secreta, el segundo; lo cual deja de ser de tan difícil y pesada inteligencia, desde el momento que no vemos en ello sino el alma mística puesta con sus potencias en una • comunicación especial, oculta y no visible con el Invisible, pues tienen que comunicarse sus secretos de parte a parte, en el santuario o centro más profundo del castillo interior de Santa Teresa.

»*Substancialmente* considerados, uno y otro estado son *sobrenaturales*, pues la caridad es la misma, no sólo en todos los viadores, sino en los comprensores y aprensos; y el conocimiento ascético y místico, el mismo, es decir, de fe y de obscuridad (sin perjuicio de cierta *claridad* que a veces añade el don de inteligencia); pero, atendido el *modo* de obrar, con razón se llama *natural* el primero y *sobrenatural* el segundo. Ambos estados son infusos en cuanto producidos con las virtudes y auxilios de la divina gracia; pero en el ordinario o ascético son infusos los medios sobrenaturales que para él se requieren, y en el místico es infuso, además, el acto mismo de la contemplación, pues, aunque no sin el concurso de las potencias del alma, Dios es el que las sube a tal elevación. Los ascéticos *agunt*, los místicos *aguntur*, son *divina patientes*.»

Y tal es, conforme hemos ya indicado y luego mostraremos, lo que mejor caracteriza y distingue la vida ascética y la mística; las cuales, por lo mismo, sólo pueden diferir en el modo y no en la naturaleza o esencia y especie, aunque otra cosa suceda o pueda suceder con las respectivas ciencias, en cuanto especulativas (1).

Así, la *Teología mística*, en su acepción más amplia, abraza toda la *vida espiritual* en todas sus fases y desarrollos; mientras la *ascética* sólo trata de las primeras fases de esa misma vida (2). En esta acepción, la *Teología ascética* es como una primera parte de la *mística*, y así se distinguen como la parte y el todo. Pero, tomadas en sentido estricto, aunque

s. 11), taliter in hac vita suos favores communicat, ut simul in eis fruuntur et mereantur. Non enim credendum est, quod tantam gratiam in raptu eis communicet, ut sit eis inutilis ad meritum.»

(1) Si se trata de la Teología mística práctica o experimental, ésta, en realidad, viene a identificarse con la misma contemplación o con la vida mística, puesto que se identifica con los dones del Espíritu Santo, y especialmente con el de sabiduría, ya en estado de funcionar normalmente. «La mística Teología o sabiduría unitiva, decía Dionisio Cartujo (*De Fonte lucis*, a. 13), es, en realidad, el mismo don de sabiduría, esto es, aquella sabiduría que, entre los siete dones del Espíritu Santo, es el primero y más excelente; y es un hábito sobrenatural infuso que da a conocer a Dios, *gustándole interiormente*...» Lo mismo dicen en substancia Antonio del Espíritu Santo (*Direct. myst.*, tr. 1, d. 1, s. 1) y el Cardenal Bona (*Via compendii*, cap. 3).

(2) Cf. *Evolución mística*, pág. 608; Weiss, *Apología*, t. 9, Cf.^a IV, 4.

la *ascética* se subordina siempre a la *mística*, hacia la cual debe conducir, se distingue, sin embargo, de ella, o podrá distinguirse específicamente, porque su objeto propio y formal es precisamente ese *modo humano* que al respectivo estado caracteriza; mientras que el de la *mística*, *stricte sumpta*, es el *modo sobrehumano*. Aquella estudia los caminos de Dios en cuanto se puede empezar a andar por ellos esforzándonos o ejercitándonos a nuestro modo y según las simples normas de la razón cristiana; la *Teología mística* los estudia en cuanto se elevan infinito sobre los nuestros, y se deben andar de un modo del todo *sobrenatural* y *divino*, y, por tanto, *misterioso*, *místico*.

Pero, aunque esas dos *ciencias* puedan distinguirse así por solos esos diversos *modos*, el *humano* y el *sobrehumano*, tomados como sus respectivos *objetos formales* ⁽¹⁾, no por eso podrá decirse — como alguien se empeña en decir y repetir sin pruebas — que las respectivas *vidas*, ascética y mística, también se distinguen *esencialmente* ⁽²⁾. Pues éstas ya sabemos que son, en *substancia*, *idénticas*, y sólo pueden diferir, y difieren en cuanto al simple *modo* de proceder y manifestarse, como se distingue la vida de un niño de la del mismo ya adulto y en pleno desarrollo, siendo, a pesar de esto, *esencial* y numéricamente idénticas y tendiendo de suyo la primera a manifestarse en la segunda.

Pues lo mismo sucede, proporcionalmente, con la vida de la gracia en sus progresivas manifestaciones; idéntica es, en *substancia*, aunque muy diversamente desarrollada, utilizada y manifestada, en los principiantes o *pequeñuelos en Cristo* y en los venturosos adultos que han llegado a la plenitud de su edad espiritual y a la talla del *varón perfecto* (*Eph.* 4, 13).

«La gracia, con todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, observa el P. Vicente Peralta (*l. cit.*, pág. 175), es vida, y la vida nos es dada para vivir; es fuerza, y la fuerza nos es dada para ejercitarla; es semilla, y la semilla nos es dada para que fructifique. La vida humana, que comienza en el niño, según la intención de la Naturaleza y de Dios, que la da, tiene por término natural la perfección de la misma en la virilidad, pasando por la juventud. ¿Por qué el término de la vida sobrenatural de la gracia, por ley ordinaria de la misma y por la bondad de Dios, que la da, no ha

(1) Decimos que *acaso puedan distinguirse* y no que se distingan, porque, de hecho, apenas habrá un tratado de Ascética que no tenga algo y aun mucho de Mística, ni viceversa. Y así estas mismas ciencias andan realmente muy unidas y compenetradas.

(2) Sostiene además que la vía mística y la ascética son «como dos líneas paralelas que nunca se encuentran». Y, sin embargo, hablando de la moral cristiana, asegura que «la mística es su parte esencial... La ascética ocupará su lugar, a manera de roca granítica que sirve de fundamento al edificio... Y la mística brillará como cima sublime de toda la moral cristiana». «Donde acaba el asceta — añade — empieza el místico.» Y, no contento con esto, asegura que «los Santos Padres consideraron (la mística) como la quinta esencia de la moral católica». ¡Y esta quinta esencia difiere esencialmente de lo que así forma parte fundamental de la misma cosa!...

de ser la virilidad de la misma, que es el estado místico, pasando por la juventud, que es el estado ascético?»

«Los principiantes en la virtud y en su recogimiento, dice Fr. Juan de los Ángeles (*Conquista*, diál. X, § XI), son como niños para Dios, que, como alma suya, mora y está en la de ellos, encogido y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero, como el alma va creciendo y se va entregando al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma, Él también se extiende y crece y *toma en ella el gobierno*; y es el alma del alma y espíritu del espíritu y vida de la vida; y viene a verificarse lo de S. Pablo (*Gal.*, 2): que vivía más Cristo en él que él en sí mismo. Dios no fuerza nuestra voluntad, mas toma lo que le damos; pero no se da a Sí todo ni obra como *señor de la posada hasta que nos damos todos a Él y entramos en su pleno dominio y señoría.*»

Y con esto se pasa de las propias iniciativas y maneras de obrar a las divinas: del proceder activo y humano, al pasivo y sobrehumano; en una palabra, del *estado ascético*, al *místico*.

«Para todo lo que en este estado se ha de obrar, añade el mismo autor (*Vida perfecta*, diál. V, § II), la llave la tiene Dios: Él abre y Él cierra cómo y cuándo le parece. Aquí es donde sin medios propios está el alma dispuesta para recibir los dones y mercedes del Altísimo Señor. Es *estado de recibir y no de investigar ni discurrir*. En este estado, el ánima recibe de Dios una *luz clara* en los ojos intelectuales, cuando Él tiene por bien dársela, en la cual ve claramente las cosas que por vía natural es imposible saber ni alcanzar. Es un enseñamiento que, junto con la claridad, trae una *reforma* del hombre interior, con un *sabor* que atrae y endereza el alma *para amar*, seguir y perseverar en todo bien y huir de todo mal, por pequeño que le considere.»

Y así como, con ser una misma la vida natural, puede haber acerca de ella diversas ciencias distintas, aunque más o menos subordinadas, que la traten cada cual en una de sus fases — como la higiene de la infancia se distingue de la ordinaria de los adultos —, asimismo puede también la vida sobrenatural ser objeto de otras dos ciencias sagradas: una, la Ascética, que la considere en su fase incipiente, en que el modo de vivir aún suele, casi siempre, ser muy humano e imperfecto; y otra, la Mística, que la estudie principalmente en la fase perfecta y bajo el punto de vista sobrehumano ⁽¹⁾.

(1) Pero esto sea dicho, repetimos, de la *Mística especulativa*, que de algún modo puede estudiarse o aprenderse en los libros, como la *Ascética*, y donde, en cuanto les sea posible, deben procurar imponerse en ella todos los directores de almas y todos los verdaderos amantes de la sublime «ciencia de los caminos de Dios», haciendo a la vez cuanto está de su parte para lograr que se les dé a conocer también *prácticamente*, o sea por viva experiencia. Esta mística teología práctica, puesto que en el fondo se confunde con la misma divina contemplación, nadie puede conocerla sino gustándola y saboreándola bajo la interna acción del Espíritu Santo, que es su único Maestro. Pues es el

Por tanto, la vida ascética y la mística mal pueden diferir específica ni aun numéricamente, siendo, como son, la mismísima vida espiritual, realizándose ahora de un modo, ahora de otro; pero siempre y en todo con la sobrenatural virtud del Espíritu Santo, si bien, en un principio, casi siempre bajo nuestra propia iniciativa y dirección, que, en cierto modo, la aprisionan y coartan, dándole un aspecto rastrero, natural y humano; y luego, cada vez más, bajo la soberana moción, dirección y normas del mismo Espíritu santificador, con las cuales podrá brillar con su propio esplendor divino.

verdadero *maná* escondido, que nadie conoce, sino el que lo da y quien lo recibe. Y en esto difiere de la ascética y de todas las otras ciencias.

Así, esta sublime que llamamos *Teología mística*, dice el autor de *Conocimiento obscuro de Dios* (cap. 2), «es diferente de las demás, porque, en cualquier ciencia, aunque sea práctica, que se ordena para obrar, primero es menester saberla que ejercitarla; pero acá es al contrario, porque precede la práctica a la Teología mística, y primero se obra y se experimenta que se entienda, como lo dicen muy bien Casiano y S. Buenaventura. También difiere de las demás ciencias porque esas las enseñan y declaran los doctores del mundo; pero ésta es inmediatamente enseñada por el Espíritu Santo, no por hombres, sino por Dios; las demás se escriben con pluma y tinta, ésta con rayos de luz divina y rocío de la gracia que se infunde en el corazón. Y habiendo el alma llegado a beber de esta fuente divina, se quieta y harta y dice que basta, porque dice que no tiene más que desear; las demás ciencias nunca hartan ni satisfacen, porque son aguas frías por falta de la caridad, y, en fin, hinchán y desvanecen, como lo dice el Apóstol; pero la *Mística edifica, une y enciende y aumenta el edificio espiritual*; y así la llama la divina Escritura *agua de sabiduría saludable y ciencia saludable y ciencia de Santos*; porque quien la deprende queda juntamente *docto y santo*, alumbrado en el entendimiento con la noticia de la verdad e inflamada la voluntad en el amor divino. Y, según esto, esta contemplación es el acto del don de la sabiduría divina, que es uno de los principales del Espíritu Santo...

«Esta sabiduría y contemplación... es totalmente infusa de Dios, la cual no se alcanza por industria humana, bien que nos podemos *disponer para hacernos capaces de ella*; porque el poseerla y gozarla es primero que el conocerla, y lo uno y lo otro lo da el Espíritu Santo, que es el maestro interior de esta maravillosa teología, el cual, asentado en la cátedra del corazón, cerradas las ventanas de los sentidos exteriores, por un modo que es más para gustarse que decirse, la revela e infunde.»

«Esta ciencia, decía Nuestro Señor a Sor María de la Antigua (*Desengaño*, l. 9, capítulo XV), sólo soy Yo el Maestro; y es ciencia de ciencias y la guardo para mis hijos... Esta es la Sabiduría con que Yo ruego a las almas con quien deseo tener trato familiar; y son los dones de mi desposorio con ellas, la cual Yo envío algunas veces antes que traten de mi verdadero amor, dándoles a conocer lo que les interesa buscar este tesoro, para, con estas mercedes, ponerles disgusto en todas las cosas de la tierra... A estos tales dichosos hijos míos la misma Sabiduría los busca antes que ellos a ella, y, sólo con abrir la puerta, la hallarán en ella sentada, pidiéndoles que le abran la puerta, para entrar, que es la voluntad libre...; que cosa tan grande ha menester casa desocupada...

«Esta es la que Yo tengo guardada y escondida de los sabios del mundo; y no la verán en sí jamás, si no la pidieren y la buscaran así como uno de mis pequeñuelos hijuelos. Hanse de desnudar de su sabiduría, esto es, del espíritu que trae consigo llamarse sabios y maestros; y luego juntarse, como pequeñuelos, con los que lo son en espíritu en sus mismos ojos; y así no serán engañados de la sombra de sabios, porque los verdaderos sólo son los que Yo enseño *ciencia infusa*.»

§ III.—*Transición gradual y compenetración.*

Y así como en la adolescencia se va pasando gradualmente de los ligeros modos de pensar y proceder propios de la niñez a los maduros y graves de la virilidad, intercalándose unos con otros, pero sin que en la misma ancianidad falten a veces algunas cosas propias de los niños, ni en la niñez presagios de virilidad; así también en la vida espiritual, durante la fase de principiantes, el predominio del modo humano, que la caracteriza, no excluye ciertos actos sobrehumanos; ni el predominio de este modo sobrehumano, en el estado místico o de perfectos, excluye ciertos actos ascéticos, hechos *modo humano*; y en la fase intermedia de *aprovechados*, se combinan e intercalan de continuo esos dos modos de vivir y proceder, o sea la *vida ascética* y la *mística*.

Este vivir sobrehumano y divino, antes de hacerse como *habitual*, se inicia, pues, y se desarrolla con repetidos *actos*, que empiezan con la mística vida de la gracia, y van siendo tanto más enérgicos y, por lo común, más frecuentes también, cuanto mayor sea la fidelidad a las divinas inspiraciones, la pureza de conciencia que permite distinguir y seguir las, y el consiguiente desarrollo de los dones que, a manera de los otros hábitos infusos, crecen con el fiel ejercicio, o sea con la frecuencia y perfección de sus actos ⁽¹⁾. Estos, aunque no podemos producirlos a nuestro arbitrio, siempre que queremos—como producimos los de las virtudes—, sino sólo cuando sentimos para ello la moción especialísima, podemos, con todo, por desgracia nuestra, impedirlos, retardarlos y entorpecerlos o dificultarlos con nuestra sordera espiritual, infidelidad a la gracia y resistencia a las divinas mociones e inspiraciones ⁽²⁾. Y tantísimas veces y tan lastimosamente lo hacemos sin reparar, o nos exponemos a hacerlo, por causa de nuestros apegos, vicios e imperfecciones, que nos tienen presos, atados y como tullidos e insensibles espiritualmente; y también por el gusto y empeño que tenemos en proceder a nuestro modo, *activamente*, por iniciativa propia, ejercitando nuestras potencias y apoyándonos en nuestra habilidad e industria, y no *pasivamente*, al modo y gusto de Dios, privados de todo apoyo humano y fiados tan sólo de la bondad divina, y siguiendo la moción que se digne imprimirnos ⁽³⁾.

(1) Cf. LALLEMANT, *Doctrine spirituelle*, pr. 4, c. 1 y 3, a. 3; pr. 7, c. 4, a. 4.

(2) «La que llamamos voz de la conciencia, advierte el P. Grou (*Manuel*, p. 12), es la voz del mismo Dios, que nos avisa, nos reprende, nos ilustra y dirige. Lo que importa es atender y ser fieles a esta voz, la cual no se deja oír en la disipación, en la agitación y el tumulto, sino en la soledad, en la paz, en el silencio de las pasiones y de la imaginación. El mayor paso que el alma puede dar hacia la perfección es el de mantenerse habitualmente en estado de escuchar la voz de Dios y poseer en paz su alma, evitando todo cuanto la disipe y la inquiete». Cfr. V. Ágreda, *Escala*, § 22, l. cit.; Fenelon, *Sentiments de piété: La parole intérieure*, en *Evolución Mística*, p. 635.

(3) «Cuando Yo derramo en ti mi gracia, decía Nuestro Señor a Santa Matilde (*Re-*

Con todo esto contristamos y resistimos al Espíritu Santo, y haciéndole dar a la puerta de nuestros corazones, tantas voces en vano, le obligamos como a retirarse contristado y a no atreverse a llamar de nuevo ni con tanta insistencia ni tan fuertemente—que es lo que suele pasar con el amor contrariado y resentido—: con lo cual nos será cada vez más difícil el oírle y atenderle del modo que conviene⁽¹⁾. Y entre tanto, no ejerciéndose los dones—que son los hábitos infusos con que podíamos corresponder a la divina moción—no pueden crecer; antes van quedando más ligados y entorpecidos con nuevos vicios y apegos terrenos.

De este modo es como tantasimas almas, no esforzándose a entrar por la angosta puerta del total despojo, endureciendo sus corazones al oír la voz divina, que dulcemente las invita a que se *apresuren a entrar*, y resistiendo así obstinadamente al Espíritu Santo, que las quería conducir por sí mismo a la tierra santa prometida, se hacen inhábiles para entrar en ella y gozar del místico reposo divino (*Luc.* 13, 24; *Hebr.* 4, 1-11), y, sobre todo, para participar del banquete nupcial (*Mt.* 22, 14; *Apoc.* 3, 20).

Pero, aun las mismas que son fieles, como a veces no suelen sentir ni aun recibir la inspiración sino de tarde en tarde, entre tanto deben hacer lo que es de su parte, ejercitando sus potencias y ejercitándose en todo como mejor puedan, según su pobre *modo humano*, y este modo será el más *habitual* entonces, aunque vaya intercalándose con *actos* cada vez más frecuentes del *modo sobrehumano*, hasta que, por fin, este último prepondere y, llegada el alma a la perfección, venga a ser el habitual.

Así, en un principio—a no ser en ciertas almas *privilegiadísimas* que, desde el primer uso de la razón, se encuentran prevenidas con bendiciones de dulzura y poseídas y dirigidas, ya como habitualmente, del Espíritu Santo—, suele preponderar la *vida ascética* ⁽²⁾. Pero ésta, en los verdaderos *fieles*, que no la pierden por el pecado grave, ni la entorpecen con leves deliberados—y en especial cuando, ayudados de un celoso y discre-

velac. 3 p., c. 11), déjalo todo, suspende tu actividad, para que, libre y desprendida, puedas gozar con plenitud de esa gracia. Ninguna cosa podrias hacer entonces que fuera mejor y más provechosa». Cf. Santa Catalina de Sena, *Diálogos*, c. 66; San Juan de la Cruz, *Subida*, II, 11; *Noche I*, cap. X; B.º Ávila, *Audi Filia*, cap. LXXV; Santa Teresa, *Camino de perfec.*, c. 31; V. Granada, *Comp. de doctr. espir.*, tr. 1 de la *orac. ment.* c. 27. § 7; Grou, *Maximes*, X, etc.

(1) «No hay que lisonjearse, decía la B. Margarita María (*Oeuvres compl.*, 1867, t. 2, p. 132), porque si pensamos resistir siempre a la gracia, ésta se cansará, por fin, de perseguirnos, y retirándose suavemente de nosotros, vendremos a quedar como insensibles a nuestra perdición. Por eso, *si hoy oís la voz del Señor, no endurezcáis vuestros corazones*».

(2) «Parecerá que para llegar a estas Moradas—dice Santa Teresa en la IV, c. 1, en que empieza a tratar de la oración infusa—se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo; y aunque lo *ordinario* es que se ha de haber estado en las que acabamos de decir, mas no es regla cierta, porque da el Señor cuando quiere, y como quiere y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a nadie.

to director, desde los albores de la niñez «madrugan a buscar la sabiduría»—, va siendo interrumpida cada vez más con *actos* verdaderamente *místicos*; hasta que éstos—alcanzado ya el don de oración con la fidelidad a las inspiraciones—vengan a ser los más frecuentes y *ordinarios* ⁽¹⁾, aunque, a su vez, se interrumpan con otros *ascéticos*; los cuales, por más que vayan siendo menos frecuentes, nunca en este mundo acaban de desaparecer, pues siempre hay momentos en que se retira la gracia especial del Espíritu Santo. Y por eso dice Santa Teresa (*Vida*, c. 13 y 18) que no hay alma tan elevada que no necesite a veces volver a *meditar*, y que debemos buscar un agua cuando nos falte la otra ⁽²⁾.

De ahí el que esas dos maneras de vidas se unan y compenetren, más o menos, desde el principio hasta el fin y se asocien del todo en el punto de transición, que es la *oración afectiva*, donde poco a poco, y casi sin darse cuenta, se irá pasando de la simple meditación a verdadera contemplación.

Después que el hombre de oración, advierte el P. Nouet (*Intr. a la Vie d'oraison* l. 3, 1.^{er} entret.), ha hecho en la meditación un progreso considerable, *pasa insensiblemente a la oración afectiva*, la cual, por estar entre la meditación y la contemplación, como la aurora entre la noche y el día, *participa de una y otra*. Al empezar, aun tiene bastante de meditación, porque aun se sirve del discurso, aunque poco, en comparación del tiempo que emplea en los afectos... Luego, a medida que se perfecciona, deja el razonamiento y se contenta con una simple vista, un simple recuerdo de Dios y de su único Hijo, Jesucristo, y produce muchos afectos amorosos, según los diversos movimientos que *el Espíritu Santo le imprime*.—Mas cuando ha llegado al punto culminante de su *perfección*, simplifica sus afectos lo mismo que sus luces; de suerte que el alma permanecerá a veces una hora y a veces un día o más en un mismo sentimiento de amor o de contrición, o de reverencia, o de cualquier otro movimiento *que se le haya impreso*. Lo cual es ya manifiesta contemplación ⁽³⁾.

(1) «Este don de oración, dice San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. 3, c. 4), es liberalmente concedido a todos los que de corazón consienten en las divinas inspiraciones».

(2) «Tandiu in hoc amoris tripudiu, scilicet contemplatione, immorandum est, dice San Lorenzo Justiniano (*De discipl. et perf. vitæ monast.*, c. 18) quandiu perseverat affectus; quo deficiente aut tepescente, ad interposita meditationis studia redeundum est.»

«Videsne illum qui in spiritu ambulat, nequaquam permanere in uno statu, nec eadem semper facilitate proficere, et quod non sit in homine via ejus, sed quemadmodum ei Spiritus moderator prout vult dispensat, nunc segnius, nunc alacrius quæ retro sunt oblivisci, et ad anteriora se se extendere?» San Bernardo, *Serm.* 21 in *Cánt.*

(3) El mismo P. Poulain (*Des grâces d'oraison*, ch. 2, n. 3-9) viene a reconocer esta transición gradual de la meditación a la contemplación mediante la oración afectiva y la de simple vista amorosa. En aquélla, dice, «no deja de haber consideraciones, pero son poco variadas y menos numerosas que los efectos... El alma se simplifica en lo in-

Y, en efecto: «Entonces—prosigue—comienza a elevarse sobre la manera ordinaria que tienen de obrar el entendimiento y la voluntad... Por eso esta oración es tanto más excelente, cuanto más sencilla y más estable en sus afectos y sus miras; y en esto se acerca al don de contemplación, con el cual se mezcla de una manera tan delicada, que es difícil e imposible distinguirla exactamente... Ambos ejercicios provienen de un mismo principio y tienden a un mismo fin. *El Espíritu Santo es*, en efecto, *el maestro de esta oración afectiva*, y a Él sólo, como puro Amor, toca enseñar este ejercicio amoroso, del cual es el principal autor» (1).

Y si al principio, según acabamos de ver, suele predominar bastante la propia actividad, o sea la vida ascética, nunca por eso falta alguna que otra moción o inspiración sobrenatural más o menos fielmente admitida y secundada mediante el don de piedad o el de temor, el de ciencia, consejo, fortaleza, etc., ya que, según dice Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 2; III Sent. D. 35, q. 1, a. 3; D. 36, q. 1, a. 3, ad 5), sin cierto ejercicio, mayor o menor, de los dones—o sea «sin participar algo de la divina contemplación»—, ni aun salvarnos podríamos: siendo, por tanto, indispensable el *acto místico*, no ya para la santificación, sino también hasta para la misma salvación (2).

Y así es como pueden muy bien hacerse sentir, más o menos, durante la vida ascética, o de principiantes, ciertas dulzuras y amarguras y purgaciones pasivas, de que tanto nos hablan los místicos; y de ahí el que, en cierto modo, quepa y pueda ser comprendida en la Mística toda la Ascética (3).

telectual. La simplificación puede seguir adelante y llegar hasta la voluntad; los efectos vienen a ser tan poco variados como las ideas, y entonces tenemos la oración de simplicidad o simple vista... Estos estados no están del todo separados de la oración discursiva... Pueden relacionarse entre sí y con la meditación mediante una serie de transiciones insensibles... Es, pues, un engaño creer que hay como un muro entre estas maneras de oración más sencillas y las *metódicas*. Estas últimas no son una prisión de donde no se pueda salir. Son más bien un jardín abierto, comunicado con bosques adonde, los que se sienten atraídos, pueden ir libremente y penetrar en lo más hondo. Cuando San Ignacio escribía en Manresa una colección de métodos, seguramente que meditaba de una manera más sencilla y más elevada que aquellos a quienes después los había de explicar. Del mismo modo, la oración de simplicidad conduce suavemente a los estados místicos».

(1) «Es, este ejercicio de la oración afectiva—añade—, el lenguaje del corazón, que habla al Verbo, y el lenguaje del Verbo hablando al corazón. Unas veces pone al alma en una simple atención para escuchar a Dios, cuya palabra produce maravillosas impresiones; otras, la excita a hablar ella misma, conversando familiarmente con Dios, derramando su corazón en presencia de Él y consumiéndole en las llamas del amor. En este trato y conversación íntima trabaja poco el entendimiento; y así el alma, como dice Casiano (*Coll.* 10, c. 10), «se despoja de la riqueza de sus pensamientos y de sus discursos», para reducirse a este santo y venturoso estado de pobreza, de que habla David cuando dice (*Ps.* 37, 31): *El pobre y el indigente alabarán tu nombre*».

(2) Cfr. Weiss *Apología del Cristianismo*, t. 9, cf.^a 3, ap. 2, n. 5-6.

(3) «Quamvis ergo specialiter et principaliter sola *via unitiva theologiae mysticae* no-

Por eso los siete preciosísimos dones del Espíritu Santo nos han sido dados junto con la gracia y las virtudes, y crecen a proporción de la misma caridad; la cual, al ser perfecta, ayudada de ellos — que son los que la hacen ya producir los doce sabrosos frutos del mismo Espíritu Santo —, nos pone en estado de unión frutiva y gozosa y de contemplación mística ⁽¹⁾. Pero si las virtudes no llegan a su plena perfección — en que ya habitualmente obran sin dificultad y hasta con heroísmo — sin que a eso concurren de algún modo los místicos dones, sin embargo, para que éstos logren desarrollarse y ponerse en condiciones de entrar en ejercicio normal, necesitan, dicé Santo Tomás, o suponen una larga práctica de todas las virtudes, las cuales deben precederles en el acto, aunque no en el hábito ⁽²⁾. Y así, con la misma fidelidad en practicar como mejor podamos todas las virtudes, nos dispondremos con la perfección que es menester para ser movidos del divino Espíritu y ejercitar sus dones debidamente cuando Él tenga a bien irlos actuando, insinuándose en nuestros corazones ⁽³⁾. De ahí que la *Teología mística* tenga aplicación en todos los grados de la vida cristiana, aunque de un modo especial se refiera a la vía unitiva, propia de los perfectos ⁽⁴⁾.

De aquí también la suma importancia de velar desde muy temprano sobre estas preciosísimas mociones e inspiraciones divinas — de que de-

men, quasi *proprium*, obtineat, toti tamen huic operi praefigetur..., quia saepissime theologiae mysticae suavitatis aliis viis, etsi non perenniter, transeunter tamen admisceatur». Philip. a SS. Trinit. *Theol. myst.* Prolog. t. 1.

(1) Cfr. S. Francisco de Sales, *Amor de Dios*, XI, 15; Granada, *Amor de Dios*, c. 1.

(2) Cf. Casiano, *Collat.* IX. «Quantum ad actum, observa Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 8, ad 2), sic virtutes morales et intellectuales praecedunt dona; quia per hoc quod homo bene se habeat circa rationem propriam, disponitur ad hoc quod se bene habeat in ordine ad Deum.»

(3) «Ad altiolem motorem oportet majori perfectione movilem esse dispositum. Unde perfectiora sunt dona virtutibus.» Id. *ib.* c.

(4) «Theologia mystica, dice Antonio del Espíritu Santo (tr. 1, d. 1, s. 7), in triplicem gradum dividitur, juxta tres gradus charitatis, quos ponit D. Thom. (1-2, q. 24, a. 9), et vocantur *incipiens*, *proficiens* et *perfectus*. Nam in *primo* incumbit homini studium principale ad recedendum a peccato et resistendum concupiscentiis ejus... et hoc pertinet ad *incipientes*, in quibus charitas est nutrienda et fovenda, ne corrumpatur. In isto gradu jam purgantur purgatione *passiva* partis sensitivae et mens dicitur intrare aliquantulum divinam aaliginem, et *aliquantulum conquiescunt per amorem et contemplationem*. *Secundus gradus* est illorum qui principaliter intendunt ut in bono proficiant et in eis gratia per augmentum roboretur, qui gradus est proprius *proficientium*... *Tertius gradus* est illorum, qui Deo inhaerent et Deo fruuntur, et est perfectorum qui cupiunt dissolvere et esse cum Christo. In isto gradu mens totaliter transformatur per unionem affectivam et experimentalem, frutivam et realem, quantum praesens status hujus vitae patitur, ita ut ex parte Dei oporteat concipere ipsius Dei in animam illapsum sive deosculacionem et amplexum unitivum; ex parte vero animae unionem amoris et *perceptionem frutivam et suavissimam ipsius Dei*. Ad hanc igitur deosculacionem sive amplexum et animae frutivam unionem resultat in intellectu *altissima et perfectissima de Deo cognito*, in qua formaliter consistit *theologia mystica*... Hi tres gradus theologiae mysticae correspondent tribus viis, quae dicuntur *purgativa*, *illuminativa* et *unitiva*...»

pende toda nuestra perfección — para que nunca resulten vanas, conforme nos encarga el Apóstol (II Cor., 6, 1), sino siempre fructuosas, y para que, bien cultivadas y utilizadas, se acrecienten, haciéndose cada vez más frecuentes y más intensas, de modo que nos permitan luego llegar a plena madurez espiritual, o sea a perfectos cristianos (1).

Así es como, empezando desde la niñez, ayudados de un buen director, a buscar esta divina sabiduría, hay tanta seguridad de hallarla pronto y casi sin ningún trabajo; pues, a las dichosas almas que de esa manera maderugan a buscarla, ella misma les sale al encuentro, previniendo sus diligencias, con tal que sinceramente procuren quitarle los estorbos que encuentra a su paso y la impiden entrar en sus casas: y por eso el Sabio nos la presenta como asentada a la puerta de esos tiernos corazoncitos para aprovechar la primera ocasión de entrar en ellos y poseerlos de lleno y hacerlos participantes de sus dones y tesoros, que son los encantos de la vida mística (2). Y así es como, a veces, algunas de ellas, inocentemente, se lamentan de no haber podido nunca *meditar*, no advirtiendo que eso provenía precisamente de una gracia especial del Señor, que desde un principio se dignó admitirlas a su íntimo trato mediante la contemplación infusa.

De ahí que cuando acierta a haber una buena dirección, cuando se vive bajo el gobierno de un sabio director verdaderamente *espiritual* o se siente el benéfico influjo de almas fervorosas que con sus ejemplos y palabras animan y alientan, o, a falta de ellas, se lean con frecuencia buenos libros místicos que de algún modo puedan suplir las deficiencias de la dirección, entonces abundan grandemente las almas contemplativas; mientras donde eso falta, escasean sobremanera.

Así se ha visto siempre en el primitivo fervor de todas las grandes fundaciones, mientras vivieron los Santos o grandes siervos de Dios a quienes fueron confiadas; y en el decaimiento que suele sobrevenir cuando faltan aquéllos y no hay quien dignamente los supla. Así se comprobó

(1) «Así como, en cuanto hombres, observa el P. Grou (*Le don de soi-même*, X), debemos seguir en todo la razón, sin permitirnos jamás cosa alguna que ella repruebe; así, en cuanto cristianos, debemos en todo seguir al Espíritu de Dios, sin separarnos de Él jamás. Cualquier disposición interior o acción exterior que el divino Espíritu no reconozca por suya, es censurable en un cristiano, o, por lo menos, no le merece ninguna alabanza y le es del todo inútil para la salud. Según esta regla, que es indiscutible, ¡cuántas obras resultarán perdidas para el Cielo! ¡Cuántas horas vacías en la vida de la mayor parte de los cristianos! ¿Y de dónde les viene esta inmensa pérdida, sino de no haberse entregado a Dios para ser en todo gobernados de su Espíritu?»

(2) «¡Cuántas almas, exclamaba la angelical Sor Teresita del Niño Jesús (*Sa Vie*, ch. 5), llegarían a un altísimo grado de santidad si desde un principio fueran bien dirigidas! Bien sé que Dios no necesita de nadie para realizar su obra de santificación; mas así como permite a un hábil jardinero criar plantas raras y delicadas, dándole para eso la ciencia necesaria, aunque reservándose el cuidado de dar fecundidad, así quiere también ser ayudado en el divino cultivo de las almas.

muy bien en las primeras hijas y fieles imitadoras de Santa Teresa y Santa Juana Chantal, según ellas mismas exprexamente declaran ⁽¹⁾. Y así se pudo reconocer en los felices resultados de cuantos siguieron fielmente la atinadísima dirección de San Juan de la Cruz, y en el desconcierto y decaimiento de los que luego la olvidaron.

De sus continuas enseñanzas, refiere el P. José de J. María (*Don que tuvo S. Juan de la Cruz para guiar almas*, c. 22), «seguíanse en esta nueva congregación los mismos efectos de este ejercicio celestial, que se habían experimentado por tantos siglos en las congregaciones antiguas; y como abundaron tanto de tantos y tan altos contemplativos, de varones heroicos y de grandes Santos, de que nos dan a cada paso gran noticia las historias de la Iglesia, lo mismo se experimentaba en esta reforma-ción mientras los frailes y monjas de ella se gobernaban por el espíritu de N. S. P. Fr. Juan de la Cruz... Toda la pretensión de N. S. P. en el gobierno de las almas de oración era quitarles los estorbos de los recibos sobrenaturales de Dios y encaminarlas a su unión, como al paradero de su felicidad, por el camino de espíritu y en quietud y pureza de las potencias...

»Cuanto, pues, valga para aventajarse las almas contemplativas la guía de Maestro espiritual experimentado, lo ha enseñado la misma experiencia en esta Congregación; porque en faltando en ella la influencia y magisterio de Nuestro Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, entraron otros maestros, que, *favoreciendo más al discurso de la razón* y a la operación inquieta del alma, que los actos sencillos espirituales, *donde se recibe la operación divina* y los efectos de la influencia sobrenatural, que *obran nuestra perfección*, hacían en sus discípulos tan diferente labor, que, saliendo de ellas muchas veces *con las cabezas lisiadas*, se conocían pocos

(1) «Preciso es, advertía Santa Chantal (*Réponses sur le Contumier de la Visit.*), que diga sencillamente lo que por buenas razones venía callando, pero que la necesidad de las almas me obliga ahora a decir con toda franqueza; y es que voy viendo cada vez más claramente que Nuestro Señor conduce a *casi todas* las hijas de la Visitación a la oración de una sencillísima unidad y única simplicidad de presencia de Dios por un entero abandono de ellas mismas en su santa voluntad y en los designios de su Providencia... Sé que esta oración es *muy combatida por los que caminan por la vía de las consideraciones*, y muchas de nuestras hermanas han sido por ellos inquietadas, como si estuvieran ociosas y perdiendo el tiempo. Mas, sin querer faltar al respeto debido a esos tales, os aseguro, carísimas hermanas, que por nada os debéis apartar de vuestro camino.»

Y escribiendo a una superiora, le dice: «El atractivo caso general de las hijas de la Visitación es hacia una simplicísima presencia de Dios y un completo abandono... Y bien podría decir *sin casi*, porque verdaderamente he reconocido que *todas* aquellas que desde el principio se aplican debidamente a la oración, luego sienten ese atractivo.»

Por lo que hace a las Carmelitas, son en extremo dignas de ponderación las declaraciones que Santa Teresa hace en el cap. IV de *Las Fundaciones*, donde dice que «teman las que están por venir, si no vieren lo que ahora hay», que era llegar casi todas a «contemplación perfecta».

espíritus elevados. Y como en los noviciados no les enseñaban cómo habían de caminar a la contemplación, cuando estuviesen sazoados para ella, salían de la escuela sin saber lo principal de su vocación, y después se quedaban lo demás de su vida sin saberlo, *trabajando en la oración con su operación natural, sin dar lugar a la divina, que introduce la perfección en el alma*» (1).

Del increíble daño que causa en todas partes, y muy especialmente en las casas religiosas, esta falta de instrucción verdaderamente espiritual y mística, y la consiguiente ignorancia de la Ciencia de los caminos de Dios, se lamentaron siempre, junto con los profetas, todos los grandes santos y varones apostólicos. Y casi no es menos de lamentar el funesto apego, que de ahí suele seguirse, a la propia acción e inieliativa y a los acostumbrados métodos e industrias, con que, en vez de facilitar la obra del Espíritu Santo, no se hace más que resistirle y ponerle obstáculos e incapacitarse para entrar en el místico reposo cuando es llegada la hora. Así lo lamentan y reprueban grandemente todos los buenos maestros de espíritu, desde B.º Susón, Taulero y Santa Catalina de Sena, hasta el B.º Avila, el V. Granada y Santa Teresa y San Juan de la Cruz, insistiendo mucho en encargarnos que estemos siempre muy atentos a las interiores mociones e insinuaciones del Divino Consolador, para seguir las con toda docilidad, fundando en ellas la esperanza de nuestro aprovechamiento, y no en el apego a nuestras prácticas, habilidades e industrias.

A los negligentes en atender a sus santas inspiraciones o poco fieles en corresponder a sus amorosos llamamientos, suele el Señor castigarlos haciéndose luego Él también sordo a sus clamores. Muy justo es que se haga esperar mucho más tiempo de quienes primero no quisieron escucharle o le obligaron a Él mismo a esperar en vano. Y como suelen ser tan pocos los que desde un principio le atienden y le corresponden fielmente, y menos quizá los que después perseveran llamándole y buscándole todo el tiempo que les será menester, de ahí la escasez relativa de los *actos místicos* en muchísimas almas, y, sobre todo, la de las almas que, por su fidelidad y perseverancia, logran ser introducidas en el *estado místico*, a pesar de que todas, permaneciendo fieles, irían, de un modo o de otro, recibiendo, a su debido tiempo, la correspondiente invitación.

Mas cuando un alma, sinceramente arrepentida de sus negligencias, descuidos y extravíos, se vuelve al Señor de veras y con todo su corazón,

(1) Muchos son, por desgracia, los que de este engaño han participado y participan. Así, entre las diversas causas de ser tan pocos los contemplativos, observa Sauréua (*Vie d'union*, n. 26, p. 43), «según lo declaran los Santos y lo comprueba la experiencia, hay que contar la enseñanza de una doctrina espiritual incompleta o errónea. ¿Cuántas almas sacerdotales y religiosas hay que, por haber recibido una formación insuficiente y no haber comprendido en qué consiste la vida unitiva y cuáles son los caminos que para llegar a ella hay que seguir, no alcanzan la perfección a que Dios las llama?»

como el hijo pródigo, resuelta a no disgustarle más en adelante, cueste lo que costare, y a servirle fidelísimamente como sus mejores criados, creyéndose indigna de tratarle y ser tratada como hija, entonces no suele tardar mucho en ver también cómo aquel tierno Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, olvidando todo lo pasado, le sale al encuentro, prodigándole mil caricias y colmándola con exceso todos sus deseos y esperanzas.

Así vemos, en efecto, cómo los actos místicos suelen ser más frecuentes de lo que se cree a raíz de las grandes conversiones, donde el corazón contrito y humillado, a quien Dios nunca desprecia, se deshace en dulces lágrimas bajo la presión de los dones de temor y piedad. Tampoco es del todo raro que, aun las almas tibias, que tantas veces al día contristan al Espíritu Santo, alguna que otra vez, siquiera como por casualidad, sigan su santa moción o inspiración: lo cual basta para constituir en ellas, como en los demás, un verdadero *acto místico*, aunque esto a ellas mismas les choque y les extrañe, por creerse—y con sobrada razón, por desgracia suya—, del todo *refractarias a la mística*.

Pero si dejan de ser *tibias*, dejarán también de ser refractarias a la moción divina y a ese vivir sobrehumano, y, poco a poco, irán haciéndose cada vez más dóciles a la gracia y más deseosas de proceder en todo según el Espíritu de que viven (*Gal.* 5, 25); y así, de *fervorosas* en todos los santos ejercicios de la ascética, irán, insensiblemente, pasando a almas interiores, a verdaderas contemplativas, a *místicas* en todo rigor, sin por eso dejar nunca de ser rígidas «ascetas» y de proceder a sus tiempos al modo de tales (Cfr. Grou, *Maximes*, XXIV).

Así es como se asocian y se compenetrán estas dos formas de la vida cristiana, y así, por grados insensibles, se pasa de la una a la otra, como pasamos de niños a adultos.

Decir, pues, que son del todo *independientes* y difieren *esencialmente*, es como decir que difieren *substancialmente* y no guardan entre sí dependencia ninguna los simples *modos* de uno mismo sér, el *mayor* o *menor* grado de su desarrollo, o las sucesivas fases de una misma vida, ya sea ésta natural y humana, ya sobrenatural o cristiana.

FR. J. G. ARINTERO.

(Concluirá.)

CARIDAD Y ORGANIZACION

Estamos observando en las principales capitales de España un gran esfuerzo por organizar y poner en mútua comunicación todas las instituciones caritativas y benéficas para que, unidas, consigan dar la batalla a los males y miserias que a tantos hermanos nuestros aquejan y rediman a los muchos que aun sufren los rigores de la penuria y las tinieblas de la ignorancia. La empresa es tan cristiana como patriótica; y si de esta vez lográsemos hacer desaparecer de nuestra patria, en la medida de lo posible, la vagancia, la mendicidad profesional, la golfería con todas sus funestas consecuencias sociales, se habría dado un paso de gigante para ponernos a la altura de las naciones más adelantadas, porque, indudablemente, nuestra patria, con toda su grandeza, y a pesar de sus muchas virtudes, presenta una fachada algo fea en comparación de otras naciones, por tolerarse ciertos vicios tan antiestéticos como antisociales, que se exhiben de sobra por las calles y plazas de nuestras principales poblaciones.

Para desterrar de una vez los males inherentes a libertad de mendigar cuantos quieran, se intenta suprimir del todo la mendicidad callejera, y en cambio se fundan asociaciones llamadas de caridad, las cuales, poniéndose en relación con las demás instituciones benéficas, se proponen formar un padrón de los verdaderos pobres y proveerlos de todo lo necesario, quitándoles los pretextos para mendigar. La empresa es difícil, no tanto por lo que cuesta empadronar a los verdaderos pobres y encontrar medios para socorrerlos, cuanto por lo costoso que es apartar a los mismos pobres de su manía de pordiosear y convencer al público para que cambie de rutina y se convenza de que ganaremos todos con establecer un sistema más científico y racional para remediar a los necesitados. No hemos de extrañarnos de que la reforma encuentre oposición: toda rutina, por irracional que sea, tiene formada costumbre

y creados intereses; y por lo mismo, no es cosa de un día desterrarla. Pero, habiendo constancia, al fin se consigue y entonces todos se convencen de las ventajas de unir la caridad con la discreción, y con la higiene, y con la estética. Quienes hayan conocido algunas poblaciones del Norte de España, hace años, y vean ahora el cambio, no podrán menos de admirarse de lo que ganó la higiene y la educación pública; y si procuran enterarse mejor, sabrán que han ganado no menos los pobres con tener más seguro y sin tantas molestias y vejaciones lo necesario para la vida. En todas las cosas la unión, el orden y concierto, la organización, en una palabra, producen admirables resultados.

Pero mientras en muchas naciones extranjeras y en varias ciudades de España se están viendo tan excelentes resultados y otras se esfuerzan por lograr la misma dicha, no faltan personas que combaten el procedimiento y pretenden que el sistema de la libertad, en esto de mendigar, es el único conforme con el Evangelio, y que el quitar a los mendigos la manía de pedir y el afán de exhibir sus andrajos y lacras por las calles y plazas es cruel y anticristiano. Habré de confesar que las personas que tienen estas ideas suelen ser de las más caritativas, y movidas de caridad defienden estas ideas. No todas, sin embargo, piensan así por caridad: en algunas, es el apego a la rutina y el excusarse de todo trabajo para remediar la situación del pobre. En todas las cosas es conveniente la unión, y más en cosas tan prácticas como esta sobre la manera de dar limosna. Por eso quisiera que esas personas tan caritativas pensasen bien este asunto y vieran de convencerse de que la manera que se va introduciendo para remediar a los pobres es más racional y eficaz y la que se impone en estos tiempos, en los cuales, por muchas razones, le es imposible al individuo conocer a los mendigos que en busca de limosnas recorren calles y plazas é invaden todos los lugares públicos. En el terreno de la economía política como en el de la legislación civil es ocioso discutir la cuestión: todos los economistas están conformes en que la mendicidad profesional y libre trae muy funestas consecuencias sociales y la legislación de todos los países civilizados la prohíben, aunque no en todos se cumplan con rigor los prescripciones de la ley. Pero muchas personas piadosas pretenden que este es uno de los muchos puntos en que la sociedad moderna y la cultura moderna se apartan del espíritu cristiano, y por eso no está demás tratar esta cuestión desde el punto de la moral de Cristo. Tres son las

cuestiones que brevemente trataremos. ¿Es lícito, desde el punto de vista del Evangelio, prohibir a los pobres andar mendigando, suponiendo que se les provea de otra manera de lo necesario? ¿Es conveniente en los actuales tiempos prohibir la mendicidad callejera? ¿Será posible en la práctica encontrar medios de socorrer a los pobres sin permitirles a ellos andar vagando en busca de lo necesario?

Parece claro que en los buenos siglos de la Iglesia los cristianos no mendigaban. Los Obispos tenían cuidado especial de los pobres y procuraban proveerles de lo suficiente para quitarles el pretexto de mendigar. De muchos Obispos y Papas pudiera probarse esto, siendo, entre todos, célebre por el cuidado de los pobres San Gregorio Magno. Pero con el tiempo, fuese por el aumento de los pobres, fuese porque ya muchos no quisieran contentarse con lo que les daban, fuese porque no todos los Pastores tuvieron la caridad de San Gregorio, fueron apareciendo los mendigos entre los cristianos. A pesar de todo, las iglesias y monasterios siguieron siendo durante toda la Edad Media el principal refugio de los pobres, como es notorio. En estas circunstancias, las leyes civiles, generalmente, se limitaron a castigar a los vagabundos y pobres fingidos; y como los castigos de entonces eran duros, quizás esto bastara para que no se metiesen tantos a explotar la caridad como ahora. En España, las leyes de Partida autorizaban para expulsarlos de donde se presentasen a los mendigos que podían trabajar; y D. Juan I de Castilla aun dió otra ley más rigurosa. Por un ordenamiento, fechado en Briviesca en 1358, manda que cualquiera pueda tomar al vagabundo que es sano para trabajar y servirse de él durante un mes sin soldada; o si no, que le den 60 azotes y le destierren. A pesar de todas las leyes, en España se fué agravando cada vez más el problema de la mendicidad, y según iba creciendo el poderío nacional, se iban aumentando los mendigos, los pícaros y vagabundos. Nuestra literatura de entonces lo indica suficientemente; y hasta se escribieron libros para pintar la vida de esos pillastres, siendo famoso entre todos *El Lazarillo de Tormes*. Nuestros Monarcas y las Cortes no dejaron de preocuparse de este problema; pero, generalmente, se quedaba todo por cumplir, por pereza o por dificultades. Pero, en 1540, el Consejo Real planteó el problema de una manera más concreta y muy parecida a la actual. Además de recordar las leyes ya dadas, publicó una instrucción para su mejor cumplimiento, cuyo resumen hace así fray

Domingo de Soto en su *Deliberación en la causa de los pobres*: «La suma de lo que hace al caso consiste en seis puntos: El primero, que ninguno demande por Dios sin que sea examinando si es pobre. El segundo, que, aunque sea pobre, nadie pida sino en su naturaleza dentro de ciertos límites; salvo si fuese en caso de pestilencia o grave hambre. El tercero, que esos mismos en sus naturalezas no puedan pedir sin cédula del cura o del diputado. El cuarto, que estas cédulas no se las den sin que sean primero confesados, como lo manda la Iglesia. Y el quinto, que los peregrinos que van a Santiago no pueden salir a pedir más de cuatro leguas del camino derecho. Todas las demás cosas que allí se añadieron fueron sanctas y buenas, e no tienen necesidad de más examinación. El postrer artículo que se puso fué: que porque, si se pudiese hacer que los pobres se alimentasen sin que anduviesen a pedir por las calles, los Provisores y Corregidores tuviesen cuidado, cada uno, en lo tocante a su oficio; y pusiesen cuidado como los hospitales dotados se reformasen para que allí fuesen alimentados y curados.»

Publicada esta instrucción, en algunas ciudades comenzaron a cumplirla al pie de la letra; y para que las cosas no quedaran a medio hacer, acogiéndose al último artículo determinaron fundar una sociedad, orden o cofradía que tuviese por objeto pedir para los pobres y proveerlos de lo necesario, prohibiendo, por consiguiente, la mendicidad. La primera ciudad que implantó el nuevo régimen fué Zamora, la segunda fué Salamanca. Pero como no podía menos de suceder, se levantaron no pocas protestas y hubo diversidad de pareceres: los habituados a ver mendigos no éra fácil se conformasen con el nuevo orden, y los mendigos y vagabundos natural era que diesen ayes lastimeros. Entre los muchos que de palabra y por escrito darian su opinión, se distinguieron dos notables teólogos residentes en Salamanca: fray Domingo de Soto, que abogó por la libertad de mendigar y fray Juan de Robles, que defendió enérgicamente el nuevo gobierno⁽¹⁾.

(1) «Al muy alto y muy poderoso Señor el principe de España don Philippe Primogénito del invictissimo César don Carlos Quinto, *Deliberación en la causa de los pobres* del maestro fray Domingo de Soto Cathedrático de theología en Salamanca y prior del convento de Santistevan de la orden de los Predicadores. En Salamanca en la officina de Juan de Junta a treynta de Henero. Año del Señor de 1545.»

«De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna: para remedio de los verdaderos pobres. Al muy alto y muy poderoso Principe Despaña & don Felipe nstro señor fray Juan de Robles alias de Medina Abbad del monasterio de sant

Cada uno mandó su alegato respectivo a Felipe II, entonces todavía Príncipe. Es de advertir que las diferencias entre los dos teólogos en principio son pequeñas: es más bien cuestión de apreciación práctica. Fray Domingo de Soto creía que, aunque la cosa en teoría estuviese muy bien, era prácticamente imposible; y con el nuevo sistema tendrían que padecer necesidad los pobres; fray Juan de Robles, que había tomado parte en fundar las cofradías encargadas de socorrer a los pobres, sostiene que era muy posible remediar así a los necesitados, como lo demostraba la experiencia; que la mayor dificultad que había era el que personas doctas y pudientes hiciesen la guerra a esta obra santa, y que todo sería fácil si hubiese unanimidad. Los dos contendientes se dirigían al Príncipe para que decidiese, y así todos estarían acordes aceptando su fallo.

Los españoles no solemos distinguirnos por la constancia, y, por otra parte, entonces todo contribuía a fomentar la mendicidad y la vida parasitaria, y, por lo mismo, no es de extrañar que aquel ensayo, en ensayo quedase. Al cabo de casi cuatro siglos nos encontramos con el mismo problema; pero hay que confesar que las corrientes de la opinión y la manera de ser moderna, manifestamente se inclinan del lado de fray Juan de Robles. Con todo, fray Domingo de Soto conoció mejor la realidad de entonces y bien podemos afirmar que aquellos tiempos no estaban preparados para la reforma; aunque nadie la hubiera impugnado, parece seguro que la pereza y los intereses creados hubieran dado al traste con ella.

Respecto de los seis puntos de la instrucción, la opinión de Soto es como sigue: Admite que ninguno pueda pedir sin que sea examinado si es o no es verdadero pobre; pero quiere que el examen se limite a este punto de la pobreza y no se haga en forma que el pobre sufra deshonra. El segundo punto de que ninguno pueda pedir si no es en su naturaleza o tierra dentro de ciertos límites, lo combate enérgicamente, siendo la razón más convincente que hay comarcas pobres y estériles donde casi todos los vecinos son necesitados, y si no se consintiese que saliesen de allí a buscarse le necesario, pasarían mucha hambre. El tercer punto que no puedan pedir sin cédula del cura o del diputado de los pobres, lo admite.

Vincente de Salamanca de la orden de sant Benito. Impreso en Salamanca en casa de Juan de Junta. A veynte de Marzo de 1545.

Debemos a la bondad del Padre fray Justo Cuervo, O. P., el haber podido consultar e tos dos opúsculos, hoy día muy raros.

El cuarto artículo de que no se les dé la cédula sin que primero sean confesados, como manda la Iglesia, le parece a Soto demasiado rigido. «La materia de la necesidad corporal es sola la miseria y la necesidad del pobre. Y por ende su oficio, no es sino dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, hospedar al peregrino y hacer así otras obras de este linaje.» «Volviendo al artículo cuarto, donde se ordena que a nadie le den cédula ni permitan pedir limosna sin que primero se confiesen, como manda la Iglesia, en esto más fácil me será confesar mi poco saber, que persuadirme a que tanto rigor será justo ni lícito. Porque aunque se deba predicar y grandemente amonestar a los pobres, como a los ricos, que se confiesen, empero poner a los pobres en tanta estrechura, que si no se confiesan, no coman, ya que no le demos otro peor nombre, no es justicia ⁽¹⁾.» Razona su manera de ver para concluir que por lo pronto se les debe remediar si son verdaderos pobres, y luego se puede entender en su instrucción y corrección. Por lo que dicen Soto y Robles de los pobres de entonces, se ve que en la parte moral y religiosa estaban tan abandonados o más que ahora.

Lo que se ordena respecto de los peregrinos que iban a Santiago, lo admite Soto con tal que se entienda con cierta equidad y discreción. «En esto, porque no parezca que quiero poner lengua en todo, no quiero hablar más de que se debe tener consideración, que la peregrinación de su linaje es obra de virtud y de religión; y, por eso, aunque haya algunos que mal usen della, no debe ser la obra tan desfavorecida. Principalmente siendo los peregrinos extranjeros, que a la verdad los más sin comparación vienen por celo de religión. Y podría ser tomar en otros reinos mal ejemplo de hacerlos ir *encañados* como ganado» ⁽²⁾. En resumen: que si se portan como verdaderos peregrinos, debe tenerse con ellos toda caridad y no estorbarles, si quisiesen visitar algún santuario más que Santiago; si se condujesen como vagabundos, se les deben aplicar las leyes dadas contra los tales por las Cortes del Reino.

Y ahora entremos en la cuestión principal que tanto se ventiló en el siglo XVI y nuestro siglo quiere resolver prácticamente. ¿Puede la Autoridad civil prohibir la mendicidad pública, con tal que por la misma Autoridad o por sociedades libremente organizadas, se provea suficientemente a los pobres? Cederé la palabra al

(1) Obra citada, cap. X.

(2) Ib. cap. VI.

sapientísimo Soto, seguro de que los lectores le oirán con gusto: «Somos llegados al postrer artículo en el cual, entre todos los otros, con más fuerza se insiste. Y es si después de averiguados los legítimos pobres, es mejor vedarles que anden por las puertas, o si es cosa de más equidad y piedad permitirles que ellos mismos representen sus necesidades y las pongan en los ojos de los cristianos. Y que sea mejor recogerlos, no es cosa tan averiguada, como algunos piensan. Y porque distingamos lo que es de rigor de derecho de lo que es de equidad y más fácil y conveniente, la primera conclusión es: que el Príncipe tiene autoridad para prohibir que nadie ande a pedir por Dios, con tal que por otra vía provea enteramente todas sus necesidades de comer y vestir y todas las demás que ninguna les quede y no de otra manera. Porque en el punto que cualquier pobre tuviere cualquier necesidad, nadie le puede estorbar que pida limosna. Esta conclusión es manifiesta ni nadie la puede negar. La razón es, porque, como dice Aristóteles en el segundo de las *Ethicas*, al Príncipe para eso le hizo Dios, para que con sus leyes y gobernación hiciese buenos los súbditos, y por eso ni les puede mandar sino lo que es bueno y virtud, ni vedarles sino lo que es malo y pecado. A lo menos después que él lo mandare, es malo hacer contra su mandato; y los pobres en cualquier necesidad que tuvieren, no les es malo usar del remedio que la ley natural y divina les dejó para socorrerse. Empero en estando bastantemente proveídos de sus necesidades, ya no les es lícito a título de pobres pedir más limosna. Y por ende en tanto que la República suficientemente no les proveyere, no les puede prohibir el mendigar: y en proveyéndolos, luego puede. Y no solamente esto es así lícito, empero si se pudiese congruamente hacer, en esto se manifestaría más la verdad del Evangelio y la caridad de los cristianos» ⁽¹⁾.

Es, pues, lícito, según Soto, prohibir la mendicidad pública, con tal que de otra manera se provea suficiente a los pobres. Así como el individuo está obligado a dar limosna si tiene de qué, pero a pesar de eso queda libre para escoger el tiempo, modo y personas, salvo el caso de necesidad grave o extrema, lo mismo la Sociedad tiene obligación de mirar por los pobres; pero es libre para escoger el modo que parezca más conveniente. Siendo tantísimas las razones que militan a favor de la supresión de la mendicidad, no cabe duda que las leyes, regulando en otra forma el alivio y soco-

(1) Ib. cap. XI.

erro de los pobres, son justas, y los ciudadanos deben cooperar a su cumplimiento. Sólo así resulta eficaz la acción social y se conoce por la experiencia lo beneficioso que es tener orden y discreción en todo.

He visto alegar contra la prohibición de la mendicidad el derecho a la libertad que todos dicen tenemos. Es de notar que la libertad está limitada por muchas leyes naturales y divinas y por los derechos de los demás. Todos tenemos derecho a ganarnos la vida, mendigos y no mendigos, y, sin embargo, leyes justas imponen trabas y normas a nuestra actividad. El que quiere desarrollar una industria, emprender un negocio o ejercer una profesión, tiene que atenerse a las leyes que prescribe la Sociedad. Y tenemos que guardar muchas leyes de policía e higiene, que exigen a veces no pocos sacrificios. ¿Cómo, pues, pretender que sólo el oficio de pedir, fácil de aprender, y tan barato, no ha de tener ley ni traba ninguna? ¿Por qué sólo el oficio de pedir no ha de exigir patente? Dicen algunos que el que se dedica a mendigar, es porque está necesitado. Que miren a la realidad y vean. Ni hace al caso el que los pobres quieran más mendigar que ser socorridos en sus casas, porque hay gustos que merecen palos; ni importa el que digan que pidiendo sacan más. El pobre tiene derecho a ser socorrido suficientemente como pobre; pero no a enriquecerse pidiendo. En general, debe atenderse a lo que sea razonable, no a lo que pretendan quienes necesitan ser enseñados. *Meritum dantis eleemosynam*, dice Santo Tomás, *attenditur secundum id in quo debet rationabiliter quiescere voluntas accipientis, non in eo in quo requiescit, si sit inordinata* ⁽¹⁾.

*
* *

Es, pues, lícito a la Autoridad civil prohibir la mendicidad pública; y si la prohíbe, los pobres, mientras les provea de lo necesario, deben guardar la prohibición; y los que dan limosna, deben considerar un deber de ciudadanía el cooperar al cumplimiento de estas leyes. ¿Pero sería conveniente quitar a los pobres de mendigar por sí mismos y en cambio fundar asociaciones a las cuales deban ellos dirigirse para ser socorridos? En esto no hay por qué detenerse mucho, porque todos estamos conformes en los grandes

(1) Sum. Theol. II-II. quaest. XXXII, art. III, ad. 3.º

males sociales que trae la mendicidad libremente ejercida y en las innumerables ventajas que tiene la caridad organizada. Sólo que mientras en unos países afrontan resueltamente la resolución del problema, en otros por mayor pobreza o por indolencia o por atraso social, consideran el problema como humanamente insoluble. Veinte provechos y todos bien ciertos y positivos trae fray Juan de Robles como consecuencia de organizar el sostenimiento de los pobres en esta forma. En nuestro tiempo las ventajas son mayores, por lo mismo que son más los males que consigo trae la mendicidad.

Los mismos pobres ganarían porque tendrían el socorro más seguro y más a tiempo y con menos trabajo y afrenta. Con el sistema de la libertad de mendigar, hay días que sacan y otros que pasan sin comer: unos andan hambrientos y casi desnudos, otros son ricos á pesar de sus harapos. Entre el ganarse la vida mendigando cada uno por sí y asistir a los pobres de una manera discretamente organizada, hay la misma diferencia que entre dar una batalla peleando cada uno por su cuenta, o darla a las órdenes de un jefe experto. Hace falta plan, es necesario el orden, ineludible la selección, si se quiere socorrer de veras a los verdaderos pobres y excluir a los vagabundos, granujas y holgazanes. Siempre tuvo inconvenientes la libertad de mendigar; pero en nuestros días han crecido sobre manera. Con la facilidad de comunicaciones y con el número enorme de mendigos que inundan las grandes ciudades, le es al individuo materialmente imposible saber a quién da limosna, y tiene tantas o más probabilidades de que la da a un ladrón, como de que la da a un pobre. Y por lo mismo que no podemos poner a cada uno la obligación de que examine quién es el que le pide, es natural que se tome ese cuidado la Sociedad, so pena de que la limosna no se convierta en sostén del holgazán y del parásito. La Iglesia nos da ejemplo en esto y tiene leyes muy precisas para que la piedad de los fieles no sea engañada. ¿Y qué cosa más irracional, más antihigiénica y antiestética que para que uno sea tenido por pobre haya de andar lo más sucio, andrajoso y llagado que pueda? ¿Cuánto más razonable y seguro es que baste dirigir una petición al presidente de alguna sociedad caritativa con la firma de algunas personas honradas afirmando que el solicitante no tiene medios de subsistencia ni manera de ganárselos? En este sistema podrá haber algunas equivocaciones, como en todo lo humano; pero la equivocación será una excepción, mientras en el sis-

tema de mendigar libremente, para el que da la limosna es tan casual acertar, como equivocarse, porque los mendigos en general lo mismo dicen verdad que mentira.

Aun hay otra cosa más importante; y es, que si es grande la pobreza y miseria corporal de los mendigos, aun es mayor su pobreza espiritual, su ignorancia, su desidia, su incapacidad de gobernarse; y este es un mal que todos debemos desear remediar, y que con el sistema de mendigar libremente y de dar la limosna a quien se tercie, jamás se remediarán. Imposible someterlos a ninguna disciplina con esa vida de vagabundos e imposible que aprendan a mejorar su condición, puesto que no quieren aprender. Saben llorar su miseria; pero lo hacen para sacar el centavo, no para aprender a vivir mejor. Es necesario tratarlos como a niños, cogerlos por donde les duele y enseñarles a vivir una vida digna de hombres y de cristianos. Les debemos, no sólo la limosna corporal, sino también la espiritual, no sólo el pan, sino también la doctrina. Y debemos de comenzar por hacerles comprender que no los creemos porque traigan muchos andrajos y porque finjan muchas lacerias, sino por los informes fidedignos que adquiramos. Por donde se ve que hay mayor caridad en socorrerlos sin dejarlos andar mendigando; porque de esta manera, no solamente les damos nuestro dinero, sino también nuestra abnegación, nuestro trato y nuestro sacrificio. ¡Cuánta mayor caridad muestran los que van a visitar a los pobres en sus tugurios, como hacen las admirables Conferencias de San Vicente, o van a servirles en los comedores de Caridad, que no los que se limitan a tirarles un centavo al pasar, muchas veces para librarse de su importunidad! Debe organizarse la caridad y suprimirse la mendicidad, porque si los mendigos son niños, se educan para el presidio y para la prostitución; si son adultos y sanos, es un crimen contra la Patria mantenerlos de vagos; si son viejos o inválidos, nuestros sentimientos cristianos no deben sufrir que anden arrastrados por las calles y plazas. Que el ser pobres no les quite de estar limpios; y si son capaces de ganarse la vida, que no anden explotando a los que tal vez estén tan pobres como ellos: que el ser pobres de bienes no les quite el ser ricos de virtudes.

* * *

¿Pero será posible extinguir la mendicidad y poner las cosas en

otra forma? Hoy día la supresión de la mendicidad es un hecho en las naciones más adelantadas; y ya no puede parecernos tan difícil lo que vemos en tantas partes realizado. Claro está que nunca se evitarán casos aislados, y en circunstancias extremas puede que reaparezca lo que había desaparecido. Muchos de nuestros antiguos no creían posible que desapareciesen los mendigos; y entiéndase bien que decimos *mendigos*, no *pobres*, porque pobres nunca faltarán, ya que nunca faltarán personas que por ser incapaces de ganarse el sustento, en una forma o en otra, tendrán que vivir de la caridad. Ya indicamos que fray Domingo de Soto fué de esta opinión, a pesar de admitir que en teoría sería mejor socorrer a los pobres sin que mendigasen. «Empero, dice, no obstante esto, es la segunda conclusión que no es posible, estando como está agora el mundo, que de tal manera se provean las necesidades de los pobres, que justamente se les pueda prohibir que no anden a pedir por Dios. Llamo posible lo que los teólogos dicen moralmente» ⁽¹⁾. No nos detendremos a examinar las razones en que se funda Soto: fray Juan de Robles las examina y responde satisfactoriamente. Pero ni uno ni otro podían en poco tiempo cambiar el ambiente social, y ese fué el que dió el triunfo a la opinión de Soto. Aun más; ni siquiera se cumplió lo que él admitía como muy justo, que nadie pidiese sin cédula del Cura o del Diputado de los pobres, ni se imitó la conducta del buen Sancho Panza, el cual, en su insula, «hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase, si lo eran; porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha». Entonces se miraba al mendigo como una institución necesaria, como un adorno de la vida social; y se calculaba la riqueza y piedad de los monasterios y de las casas de los magnates por el número de mendigos que se juntaban a la puerta. Hasta nuestros días han llegado algunas de aquellas costumbres, y así hay casas que en determinados días dan limosna a todos los pobres que vengan. Con esto hacen un flaco servicio a los pueblos, porque en esos días no pueden los vecinos reposar de tanto abrir y cerrar la puerta, pues luego se desparraman por el pueblo, ni cosa hay segura, hasta que marchen, ni deja de haber hacia el atardecer su tanda de borracheras. Mal sistema es llamar al pobre con bombo y platillos: lo mejor es buscarle sin que él lo

(1) Obra citada, cap. XI.

sepa; y cuando se le halle, darle la limosna sin que la mano izquierda pregone lo que hace la derecha.

A pesar de que los españoles de entonces parecían reconocer que era una inferioridad social el tener tantos mendigos, no quisieron cambiar de proceder, ni por razones ni por ejemplos. Es notable lo que dice Soto: «Ni ellos (los de Colonia), ni los de Hipré, ni ningunos alemanes pueden ser ejemplo para nosotros, porque allende que, como tengo dicho, son gente más política, tienen grandes rentas públicas, de donde apartan gran parte para los pobres, como parece en las mismas constituciones de Colonia y de Hipré. Y lo mismo oímos decir de la señoría de Venecia y de Génova y de algunos pueblos de Italia.» Realmente, lo que faltaba en España no era caridad ni dinero, sino el ser más políticos. En la mayor parte de las ciudades, con repartir los verdaderos pobres entre los conventos, los colegios y las casas de los grandes, obligando a los vagos a trabajar, estaba el problema resuelto. Pero había que entenderse, había que organizarse, había que molestar-se en discernir entre pobres y pobres, y no se hizo; sino que con la mejor buena fe, se fomentó la vida vagabunda y parasitaria. Digamos, sin embargo, que entonces esa manera de ver fué muy general, y aun hubo quien nos ganase; y actualmente, aunque las principales naciones de Europa nos llevan la delantera en la resolución del problema, otras, sin embargo, están más atrasadas que España. Los países germánicos, en particular Holanda y Alemania, se puede decir que no tienen mendicidad; de los llamados latinos, el que mejor está en esta materia es Francia. Italia y Portugal están bastante peor que España, y lo mismo hemos de decir de Rusia y de todas las naciones del Sudeste europeo. En la misma España hay mucha diferencia entre regiones y regiones, como es bien notorio para quien haya viajado algo, y se puede decir que las regiones más adelantadas son las que tienen menos mendicidad. Algunas que antiguamente tenían fama de pobres, ahora pueden quizás gloriarse de ser tan políticas como los alemanes.

En el siglo XVI había quienes tenían sobre la mendicidad y la posibilidad de sustituirla las ideas que ahora dominan; pero sin duda estaban en minoría, y no tuvieron la constancia necesaria para imponerse. Oigamos a fray Juan de Robles: «El fin que aquí se pretende, es que los que tienen legitima causa de mendigar, sean proveídos suficientemente, sin que ellos pasen trabajo ni afrenta en lo pedir; y que de lo que se recogiere por el pueblo para

remedio de éstos que mendigaban, se provean también (en cuanto la limosna bastare) las necesidades de los enfermos y de otros envengonzantes y de los huérfanos y de los que mueren sin dejar con que se enterrar cristianamente. Para esto se piden limosnas, y hasta agora, con el favor que Dios ha dado a su obra, no ha faltado suficiente limosna para todo lo susodicho, porque se ha ahorrado todo lo que solían llevar los que sin justa causa mendigaban.» Cree el docto benedictino que la experiencia demuestra sus afirmaciones, y que, por consiguiente, no hace falta discutir, sino obrar. «Y por experiencia también vemos que no es tan poco lo que se da, que no baste para lo que es menester para los que mendigaban. Y pues esto está en hecho y no en derecho, no hay necesidad de disputa, sino remitirlo a la experiencia.» Entonces, como ahora, la mayor dificultad estaba en la falta de unión, en el empeño de combatir la obra y seguir la rutina de dar la limosna más bien a los importunos que a los verdaderos pobres. «Los que públicamente, escribe fray Juan de Robles, dicen y enseñan que esto es imposible, esos son los que lo hacen imposible con sus contradicciones. Asi que no es buen medio para que esto sea posible hacer personas de letras y autoridad todo su posible, para que no sea posible. Y plega a Dios que no se pida cuenta a los que esto han entibiado con opiniones de lo que por ellas se ha diminuído y disminuirá de la limosna, hasta que Vuestra Alteza lo mande determinar. Si no, muestren cómo han ayudado y trabajado en ello, y cómo por experiencia han hallado, que no basta por mucha diligencia que han puesto, a allegarse lo que es menester, y entonces callaremos y será razón que se deje este negocio por muy dificultoso o imposible llevar adelante. Mas pues hasta agora lo que más ha estorbado ha sido su contradicción, confíase en Dios que después que Vuestra Alteza haya mandado ver y determinar, si cumple que esto se lleve adelante o no, que entonces la conformidad de todos en decir, predicar y enseñar una misma cosa, hará muy ligero lo que agora les parece tan dificultoso» (1).

Efectivamente, es posible remediar a los pobres, sin que ellos anden mendigando por puertas y calles. Vemos que actualmente ellos se sostienen, y hasta algunos hacen buenos negocios con lo que produce la caridad. Si suponemos que se implanta un régimen

(1) Obra citada, *Del segundo inconveniente: que es que con esta orden se disminuyen las limosnas.*

razonable y que todo pasa por unas manos para que se distribuya equitativamente conforme a la necesidad de cada uno y a la imposibilidad en que se encuentre de ganarse el sustento, es claro que también bastará lo que produce la caridad para sostener a los verdaderos pobres. Dicen muchos que cesando la importunidad de los pobres y las mil mañas de que se valen para sacar la limosna, bajarán mucho los ingresos de la caridad, y, por consiguiente, no bastarán para atender a los necesitados. Concedamos primero esto; que cesando la importunidad de los pobres, disminuyen las limosnas; no se sigue que no basten para socorrer a las verdaderas necesidades. Porque con el régimen de caridad organizada se suprimen los pobres fingidos y los vagabundos, y, por consiguiente, con menos basta. La limosna no se pide para estrujar el bolsillo, sino para remediar males verdaderos; si a pesar de sacar menos, se remedian las necesidades, y por añadidura, se hace trabajar a los vagos, tanto mejor para todos. Que disminuyan los mendigos que viven de caridad con este sistema, cualquiera lo comprende, y lo dicen a las claras las naciones donde se ha implantado; y eso que suele socorrerse a muchos pobres que jamás hubieran ido a mendigar, a pesar de todas las necesidades.

Pero no está tan claro que disminuyan los ingresos suprimiendo la mendicidad callejera. Ciertamente que desaparecen las importunidades y artimañas de los mendigos en las calles; pero en cambio piden para la obra personas respetables, a las cuales no es tan fácil despedirlas con cinco céntimos o con un Dios le ayude. Y, a la verdad, a veces petitorios bien organizados dan resultados admirables con cantidades que jamás hubieran sacado los mendigos pidiendo a la desbandada. Y en vez de la importunidad del pobre, tenemos las Memorias de las Asociaciones piadosas y la voz de los que personalmente visitan a los pobres, que ciertamente merecen más confianza que las lágrimas y relatos de los mendigos. Tenemos los adelantos de la estadística, la facilidad de la intercomunicación, la información diaria de la Prensa, etc. Lo que hace falta es que la obra arraigue y adquiera la confianza del público, que entonces todos para sus donativos y testamentos a favor de los pobres se dirigen a estas Asociaciones, y no lo dejan al azar y a la suerte de los mendigos más listos o despreocupados, como sucede cuando se dan las cosas públicamente al primero que pida. Las ciudades de España que se han organizado para suprimir la mendicidad, pueden dar testimonio de esto. Lo que más falta hace

es constancia. Hay que tener en cuenta que se trata de cambiar una situación que lleva siglos de existencia y que tiene a su favor los intereses y artimañas de los mendigos y la mala rutina de la gente que, con su irreflexión, sostiene la mendicidad e influye en desvirtuar los mejores esfuerzos. Poco a poco y con firmeza se llegará al fin; y si por lo pronto se atenúan los males, no es cosa de desanimarse. «No es hacer nada, decía fray Juan de Robles, querer remediar todos los males de la República juntos, ni se debe dejar de comenzar a poner orden en algunos, porque muchos otros estén desordenados.» Comiencese por suprimir la mendicidad de los menores, cosa tan funesta; procúrese luego meter en cintura a los vagabundos y ladrones, y por fin se llegará a tener fondos para socorrer, sin que mendiguen, a los verdaderos pobres.

Siempre hablo en el supuesto de que son Asociaciones formadas por personas caritativas las que se proponen remediar el mal, contando, por supuesto, con el favor de las leyes y la ayuda de la Autoridad. Este parece el mejor sistema para nuestra patria para evitar los peligros de la burocracia y de la política, y al mismo tiempo fomentar las virtudes privadas. En algunas naciones, como Alemania y Francia, la asistencia y socorro de los pobres es un servicio público, lo cual no quita que haya muchas Asociaciones benéficas. El problema más difícil cuando son Asociaciones particulares las que atienden a los pobres, es la cuestión de los forasteros. Poner como principio que cada pueblo mantenga sus pobres, es muy sencillo, pero imposible de cumplir. Sobre esto ya vimos que Soto hizo una enérgica defensa de los pobres. Cuando los pueblos son de regular vecindario, es fácil de cumplir el principio; pero a veces hay territorios bastante extensos en que no hay pueblos regulares ni vecinos a quienes pedir, como son, por ejemplo, en España, las famosas Jurdes⁽¹⁾. En este caso, prohibir que pidan por los pueblos inmediatos será muy duro; y darles carta blanca, es abrir el camino a la mendicidad, que suponemos se trata de evitar. Si se les asegura la manutención en las ciudades por medio de

(1) Las Jundes o Hurdes, que ambas denominaciones andan en uso, son una comarca de 1.890 kilómetros cuadrados proximamente, enclavada entre las dos provincias de Salamanca y Cáceres en la vertiente meridional de la cordillera Carpeto-vetónica. Todo el territorio es sumamente escabroso y los poblados no pasan de alquerías o aldeas miserables. El difunto Sr. Jarrín, Obispo de Plasencia, fundó, siendo canónigo de Salamanca, una sociedad para la mejoría moral y material de esta región. *La Esperanza de las Hurdes*. Se ha conseguido no poco.

las Asociaciones caritativas, es dar motivo a que se aglomeren en ellas, con perjuicio de las ciudades, que se pueblan de holgazanes, y de las mismas comarcas pobres, que perderían la poca vida que tienen. Ahora lo que suelen hacer las Asociaciones caritativas, es socorrer a los que vienen a la ciudad en los meses de invierno, y luego obligarlos a volver a sus lugares cuando llega el tiempo de los trabajos del campo. De esperar es que cada vez se organice mejor la caridad y se llegue a poder mandar socorros a esas comarcas pobres en los meses malos, y así se les evite el tener que abandonar su hogar e irse a pedir por el mundo. Lo que debiera hacerse a todo trance mientras se llega a suprimir la mendicidad, es que nadie pida sin licencia. Y la licencia debieran llevarla en una forma sencilla, visible e inconfundible. Actualmente no llevan nada, o llevan un montón de legajos, que prácticamente no sirven para nada, porque no va cada uno a examinarlos; y aun examinándolos, generalmente nos quedamos como estábamos. Por eso es muy laudable la conducta de algunos Ayuntamientos, que a los pobres a quienes autorizan para pedir, les dan una placa con un número y una leyenda que dice: *Autorizado*. Esta medida acaba de tomar el señor Obispo de Madrid-Alcalá con los pobres a quienes haya de autorizar para pedir a las puertas de las iglesias. Si a la placa se añadiese la fotografía del que la lleva, se llegaría a la perfección en esto de asegurar la identidad de las personas y de evitar la usurpación o transmisión de las placas.

La caridad y beneficencia procuran remediar los males de la pobreza, pero no quitan la raíz, no secan la fuente. Teóricamente, sólo debieran ser pobres y vivir de la caridad sin prestar un servicio útil a la sociedad los que fueran pobres fisiológicamente, es decir, estuviesen incapacitados por algún defecto físico para ganarse el sustento, del cual carecen. Pero de hecho, por causas sociales e individuales, son muchos más los que necesitan vivir de caridad; y estas causas son las que hay que ir quitando, y así quedará muy facilitado el problema de la mendicidad, porque serán pocos los pobres. La instrucción (generalmente la mendicidad va unida con el analfabetismo), la educación del pueblo en los hábitos de trabajo, ahorro y previsión, los progresos de la industria y de la agricultura, más justicia en la remuneración del trabajo y otras varias reformas, irán disminuyendo las causas de la mendicidad. Que sólo el progreso trae consigo la disminución o desaparición de la mendicidad, lo dice el ejemplo de las naciones más adelantadas

y el hecho de que algunas provincias de España, antiguamente de reconocida pobreza, son hoy día, por efecto de los adelantos de la instrucción y de la industria, de las que menos pobres tienen. «Porque, piense Vuestra Alteza, dice Soto, qué hizo Dios cerca de las Asturias y Montañas a Campos y al Reino de Toledo, sino para que estas tierras mantuviesen los pobres de las otras.» Hoy día se han cambiado los papeles, y así, en San Sebastián, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, Avilés, etc., no hay mendicidad pública. Tampoco la tiene Barcelona, mientras que la Villa y Corte de Madrid aun está trabajando por resolver el problema. Lo mismo hacen otras ciudades de Castilla, donde el ensayo de fray Juan de Robles fracasó por la oposición y por el arraigo de las costumbres contrarias. Confiemos en que el progreso irá cundiendo en todos los órdenes, y así remediaremos estos y otros males. Lo que hace falta es tesón, constancia, unión y mucha fe en el porvenir de la Patria. Elementos tiene España en mayor abundancia que otras naciones, las cuales, sin embargo, por su gran esfuerzo y constancia están más adelantadas y mejor provistas. Hemos de procurar el adelanto positivo, y a la vez ir adecentando la fachada, para que los extranjeros no lleven una impresión desagradable y ya dejen de pintarnos como un pueblo de toreros y mendigos.

Sobre todo, que dejen de defenderse ciertos atrasos, como el de la mendicidad y el de los toros, en nombre de la tradición; en primer lugar, porque es falso que esas cosas sean tradiciones, puesto que ya grandes pensadores antiguos estuvieron en contra de ellas; y en segundo lugar, porque parecen dar a entender que la tradición está reñida con la civilización y el progreso. Y poco vale decir que no en teoría, si luego se pretende combatir los adelantos en nombre de la tradición. La vida cambia continuamente, y muchos cambios no cabe duda que son progresos, y es reacción funesta el trabajar por retrasarlos.

FR. E. COLUNGA, O. P.

CAPÍTULOS PROVINCIALES Y PRIORES PROVINCIALES

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO EN ESPAÑA

PREFACIO

Las Provincias dominicanas españolas. — Noticias del Padre Larrainzar. — Su estudio sobre las Asambleas legislativas o Capítulos de la «Provincia de España». Colección de Larrainzar y de Cristianópolis. — Colección nuestra.

Vamos a publicar en LA CIENCIA TOMISTA un importante manuscrito que sería un dolor se perdiese. Se refiere a los *Capítulos Provinciales* (o Provinciales Parlamentos, como diríamos hoy, para que los más profanos lo entendiesen), de la Orden de Santo Domingo en su demarcación o Provincia de España.

Trata también de los *Priores Provinciales* o Superiores que la rigieron bajo la suprema Dirección del *Maestro General* de la Orden y supeditados a las disposiciones de los *Capítulos Generales* de toda la corporación y a las de los *Capítulos Provinciales de España*.

Esta demarcación abarcaba, cuando Santo Domingo la fijó en 1220, toda la Península ibérica. Ochenta años más tarde fué dividida en dos, denominándose *Provincia de Aragón*, todo lo que pertenecía al Reino de este nombre y al de Navarra, y siguiendo con la primera denominación las restantes tierras ibéricas. Desgajóse después nueva *Provincia de Portugal* con el pequeño Reino lusitano y sus dependencias, que llegaron a ser inmensas; y más tarde, en los primeros años del siglo XVI, se formó de la Provincia madre, que continuó llamándose *Provincia de España*, la *Provincia Bética* o andaluza, que, aunque llegó más tarde a vida independiente, emuló la gloria de su madre y de sus hermanas mayores. Así

siguió llamándose *España* a Castilla y León con los dominios que heredó—no los que conquistó—Fernando el Santo, cual si se presintiera que esas Provincias habian de ser el eje de la Patria española. Los conventos de Navarra se volvieron a unir a la Provincia madre, con la cual tenían más fácil comunicación que con la aragonesa. En la descripción de las Provincias ibéricas de la Orden, para uso del Maestro General se describen así las Provincias: «Provincia Hispaniae confiniis habetur, a Meridie fluvio *Guadianae*, ab Oriente regnis *Valentiae* et *Aragoniae* et in parte montibus *Pirineis*, a Septentrione oceano *Cantabrico*, et a ab Occidente in parte oceano *Occidentali* parteque *Lusitania*. Maior eius longitudo est a *Galetia* ad *Navarram* intra septimum et decimum octavum longitudinis gradum: latitudo autem a fluvio *Guadianae* ad mare *Cantabricum* intra trigesimum nonum et quinquagesimum quartum gradum latitudinis».

«Fines Provinciae *Aragoniae* sunt: ab Oriente et Meridie *Mare*, ab Occidente utraque *Castella* et *Murcia*, a Septentrione *Pirenei* montes et in parte regnum *Navarrae*: longitudinis se extendit fere ad trigesimum secundum, et a trigesimo octavo latitudinis usque ad quadragesimum gradum».

«Provincia *Baethicae* post *Guadianam* versus Occidentem *Portugalliae* Provinciae, et versus Arctum Provicciam *Hispaniae* relinquens extenditur versus Orientem per *Extremaduram*, *Andalusiae*, *Granatae* et *Murciae* regna, imo, ultra *Europam* attingens sui iuris in *Africae* littore habet Conventum Oraniensem, et partem *Castellae* quam dicunt *Manciam*, usque ad Provinciam *Aragoniae* et regnum *Valentiae*. Eius longitudo est a Conventu *Lerenensi* usque ad *Murciensem*, latitudo, vero, a Conventu *Gaditano* ad *Almagrensem*: et intra trigesimum sextum gradum latitudinis clausa non excedit trigesimum nonum».

Se formó también la *Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas* a fines del siglo xvi, surtiéndose de personal de las otras Provincias, que a su vez, se surtieron de ella en la restauración de nuestros tiempos.

Todas ellas fueron principio de las constituidas en los dominios españoles y portugueses, llegando a sumar muchos cientos las casas de varones y de mujeres derivadas de aquella escasa media docena que Santo Domingo constituyó en *Provincia de España*, al dividir en ocho Provincias la Orden toda.

Este año celebra la Congregación Dominicana el séptimo cente-

nario de su constitución definitiva, y es de razón que cuantos se interesan por sus glorias, se apresten a estudiarlas de nuevo y hacer de ellas un más exacto y completo y adoctrinador inventario.

Una Orden religiosa es una sociedad muy compleja que ofrece muchas facetas que estudiar; las ofrece, en pequeño, una sola Provincia de ella bajo todos aspectos.

En este lugar nos interesa, sobre todos, el aspecto científico, que en una Orden docente, amamantada a los pechos de las Universidades de París y Bolonia y madre de otras muchas Universidades, ofrece al estudioso ancho campo de observación certera.

El numerario antiguo, con todos sus defecto, es fuente de insustituibles enseñanzas. Somos, forzosamente, hijos del pasado, y sólo el eco del pasado puede llenar muchas de nuestras ansias. Estudiar, por lo tanto, los fundamentos de una institución que influyó mucho en épocas pretéritas, no sólo es útil; es, hasta cierto punto, necesario. Todos los espíritus cultos, aun los que pudiéramos llamar descontentadizos y aun detractores, llevan algo de ese pasado en su mentalidad y acaso en su carácter. La ecuación personal va plagada de esos imperceptibles e inevitables exponentes.

Por ese motivo, parte de lo que pensaba publicar en libros sueltos, como recuerdo y homenaje de este séptimo centenario, he pensado que podía ser útil a los lectores de LA CIENCIA TOMISTA, aquello, al menos, que precisa el valer científico de la Orden y tiene vistas a su científica influencia. Al ofrecérselo, quisiéramos ofrecerles una reviviscencia cultural que, de querérsela procurar, hubieran tenido que proporcionársela en libros caros.

El primero que debemos hacer para conocer la Orden de Predicadores en su *Provincia de España*, ya que a ésta sólo se ordenarán nuestros trabajos, es el de su legislación, verdadero secreto de su vida, norma de sus acciones, y, en la parte disciplinaria, espejo de sus costumbres, que allí encuentran unas veces las alabanzas y otras el vituperio.

El estudio de la legislación, como vamos a hacerlo, tiene otra ventaja muy estimable tratándose de Congregaciones religiosas. Propenden éstas al panegirico, sin salir de los reales de la verdad, escogiendo las materias en las que el elogio tiene que saltar del relato; escollo no pequeño para la historia que haya de servir de enseñanza a hombres que vivan de la realidad. La rampa del descenso es tan digna de estudio como la del encumbramiento en toda sociedad, y es, además, condición de su vida y dato nece-

sario para que ésta se refleje integral y para que sirvan de aviso y precaución a los que no quisieran caer, las caídas pasadas.

Reducir la historia de la Orden de Santo Domingo en España a la de sus *Santos* y *Beatos*, de sus *Mártires* y *Doctores*, o resumirla en la Edad de Oro de sus más gloriosos conventos, Salamanca, Valladolid, Valencia, Barcelona, Córdoba, Sevilla, Manila, Ocaña, etc., etcétera, sería presentar al mundo un cuadro ideal que implicase una ficción, por muy verídicos que fuesen los detalles. Desgraciadamente, no suele ser así la historia cuando es larga. Si fuéramos a representarla en un gráfico, tendríamos que trazar muchas curvas, que, aunque a la larga marquen un camino ascendente, van señalando en numerosos retrocesos las dificultades de la vida y la debilidad de la humana naturaleza que, aun encauzada por una legislación sabia y constante y viviendo en apartamiento del mundo corruptor, no puede sustraerse enteramente al ambiente de los sucesos exteriores.

Por ahora ofreceremos a los lectores documentos importantes e inéditos de esos que, en cifra no muy larga, pueden darnos ideas de conjunto. Para empezar, nos parece el más a propósito entre los que tenemos entre manos, un *Estudio sobre los* CAPÍTULOS PROVINCIALES de España, acompañado de las ACTAS que conservamos de las tres primeras centurias, pues las de las cuatro restantes irán en volúmenes separados.

Este estudio tiene, sobre la edición misma de los primitivos Capítulos o Colecciones legislativas, una ventaja indubitable: la de que su autor, peritísimo en la legislación dominicana, contaba con documentos que han desaparecido y con una colección de *actas capitulares* muy superior a la existente. Por otro lado, el autor, en breves páginas, encuadra multitud de noticias (y nosotros hemos de procurar completarlas en notas marginales), que en las *actas* están dispersas y cuyo alcance en ellas es más difícil comprender.

Digamos algo del autor del preciado legajo, desconocido completamente, pues no sabemos haya habido nadie que trazara de él una pequeña biografía. No serán muchas, tampoco, las noticias que podamos proporcionar nosotros.

El P. Pascual Larrainzar—este es el autor del escrito—fué un dominico nacido en el primer tercio del siglo XVIII y que feneció con el siglo, pasando ya de los ochenta años, con el grado de Maestro en Teología, que es el supremo que en la Orden se concede a las personas doctas.

Era profeso, o *hijo*, como solía decirse, del convento de Santiago de Pamplona. El más notable de sus libros, que se conserva manuscrito y duplicado en el Archivo dominicano de la Provincia de España, lleva este título: *Constitutiones, Declaraciones, Ordinationes Capitulorum Generalium Sacri Ordinis Praedicatorum* ab anno 1650 usque ad annum 1790 emanatae. A. P. F. Pascali Larrainzar P^{to}. FILIO CONVENTUS S. JACOBI PAMPELONENSIS exscriptae, digestae atque compilatae.

Estudió en la Universidad que había en dicho convento de Pamplona, como puede comprobarse por otro manuscrito que obra en el mismo Archivo de Provincia, en el que se anotan los profesores y estudiantes de casa, y con respecto a los últimos, los cursos que dejan aprobados, si bien se advierten muchos huecos. En los folios 244, 245, 246 y 247, hallamos las siguientes anotaciones a nuestro propósito: «*Curso de Súmulas del mismo año (1741)*. Por el mismo tiempo fueron examinados y aprobados fr. Pasqual Larrainzar y fr. Francisco Cortes... *Curso de Lógica del mismo año (1742)*. Fueron aprobados fr. Pasqual Larrainzar y fr. Francisco Cortes... *Curso de Philosophia en dho año (1743)*. Fueron aprobados fr. Pasqual Larrainzar, fr. Cortes y fr. Juan Callexa... *Cursos del año 1744*. En theolg.^a p^r N. P. S.^{to} Thomas, fueron aprobados fr. Luis Arriazu, fr. Balthasar Garro, fr. Thomas Erauso, fr. Joseph Irurtia, fr. Martin de la Arraioz, fr. Pasq.¹ de la Rainzar, y fr. Francisco Cortes... *Santa Cruz del mismo año*. En theolog.^a fueron examinados y aprobados, fr. Thomas Erauso, fr. Joseph Ururtia, fr. Francisco Cortes y fr. Pasq.¹ de la Rainzar... *Cursos de 1745*. Fueron aprobados en Theologia por Sto. Tomás y Sta. Cruz. Fray Fran.^{co} Cortes, el P. Fr. Pasqual Larrayzar y fr. Manuel de San Millán... *Curso de Sto. Thomas de 1746*. En theologia, fr. Paschalis de Larrainzar, fr. Franciscus Cortes.» Copiamos con la misma ortografía para que se vea qué poco se les daba por ella a los universitarios del siglo XVIII, que la trocaban radicalmente en una misma página. El lector habrá observado que en el curso de 1745 a Larrainzar se le llama ya *Padre*, lo que no deja de extrañar, sabiendo que estudiaba Súmulas en 1741.

Después de cantar misa no cursó más que un año, ya porque sólo en ese se encuentra su matrícula, ya porque él mismo nos dice se trasladó a Tudela, que no era casa de estudios en aquella sazón. Bien pudiera ocurrir que hubiera entrado en la Orden con años estudiados y se le dispensasen algunos.

Su residencia habitual debió ser el convento de filiación, o sea Santiago de Pamplona. En los manuscritos suyos que conservamos, se dice que *pertenecen al convento de Pamplona*; en los Capítulos Provinciales que él coleccionó (como lo dice en varias notas), y que se encuentran hoy en el convento de Palencia, se dice que *pertenecen al convento de Pamplona*.

En el Archivo de Hacienda de dicha población, entre los muchos legajos pertenecientes al Convento-Universidad de Santiago de Pamplona, hay uno titulado: «*Memorial de maravedís y granos. Año de 1790*, en el cual se lee como *Prevencciones y advertencias para lo sucesivo*: «Importará mucho, en todo tiempo, registrar los memoriales del año de 1783 y del de 1784: el primero, ordenado por el Padre Presentado Fray Pascual de Larraynzar, y el segundo, por el Padre Presentado Fray Pedro Montes». Esos memoriales se conservan y son modelo de exactitud y esmero.

En una pequeña historia del convento dominicano de Pamplona que está en nuestro poder, encontramos muchas correcciones marginales del curioso y erudito P. Larrainzar. En el folio 12 hay cosida una hoja entera suya, al final de la cual con diferente tinta y en letra más delgada, asentó: «Esto escribí Yo fr. Pasqual de Larrainzar siendo Pred^r de Tudela por los libros de aquel convento por los años de 1751 asta el de 1754 que fui allí Pred^r o en el año 1747 que allí viví».

Sabemos ya que el P. Larrainzar profesó en Pamplona hacia el año de 1740 y estudió allí hasta el 46 inclusive; pasó el 47 en Tudela, donde fué predicador de la casa desde 1754 a 57, dándose ya por ese tiempo a su afición predilecta de registrar y recoger y corregir historias. La Providencia le iba a otorgar muchos años de vida para ser útil a su casa y Provincia con sus trabajos de erudición.

¿Cuándo recibió Larrainzar los grados y por qué? En 1790 se firmó *Presentado*, al escribir la portada de su trabajo sobre los Capítulos Generales; en el mismo año se lo llaman los autores del *Memorial de maravedís*. En las Actas del Capítulo Provincial de 1794 consta la aceptación de su Presentatura, título *Praedicationis*, lo que nos indica que no tuvo los grados por ser profesor, sino por ser predicador. El mismo año, por el mismo convento de Pamplona, fué aceptada la Presentatura del P. José Osés, título *lectionis*.

Como noticia postrera de su vida, tenemos la nota necrológica del Capítulo Provincial de Toro en 1801, especie de epitafio glorioso, que dice así:

Nomina fratrum qui a praecedenti Capitulo electivo obierunt. In conventu. S. Dominici de Estella... R. A. P. Mag. Fr. *Paschalis de Larrainzar*, boni communis Ordinis tam spiritualis quam temporalis Coenobiorum Zelantissimus, nullis parcens laboribus atque expensis pro illo procurando; infatigabilis in monumentis Ordinis investigandis, atque in ordinem redigendis; omnium horarum homo in legendo et scribendo utilia, quorum multa reliquit monumenta. Octog. maj. C. O. U.

En el mismo Capítulo se le da sucesor por estas palabras: «Ob obitum R. A. P. M. Fr. Paschalis Larrainzar, ex Pampilonensi proponimus ad Magisterium, primo loco R. P. Praes. Fr. Ludovicum Calvo ex conventu Sti Thomae Matritensi, propositum etiam primo loco in Capítulo praecedenti, cujus Praesentatura data est Romae 5^a Aprilis an. 1795. Secundo loco R. P. Praes. Fr. Franciscum Alcazar, ex Salmantino». *Acceptat. ad gradus supernumerarios TITULO PRAEDICATIONIS.*

No terminó sus días en Pamplona el venerable viejo que tanto había trabajado en ordenar papeles del convento. Parece el numen protector de las antigüedades de la casa: todo lo recoge, todo lo ordena, todo lo llena de glosas y comentarios sagaces. El formó colecciones de Actas capitulares, de cartas de Maestros Generales y Provinciales, de opúsculos, de papeles curiosos y demás medios de información histórica, copiando él lo que faltaba para tenerlo todo completo y a servicio. En el tomo de Papeles varios, que yo tengo, ordenado por él, se hacen varias llamadas a esos otros que probablemente han desaparecido, aun cuando todavía es Pamplona uno de los conventos de los que conservamos más abundancia de documentación. En medio de la devastación salvaje, de que fueron objeto los conventos durante la dominación napoleónica y todavía más bajo el poder de Mendizábal y congéneres, se han conservado algunos de los papeles de Pamplona, gracias a los innumerables que coleccionó Fr. Pascual Larrainzar. Cuán cierto es que la labor fecunda y persistente deja en el mundo tan honda huella que no es quien a borrarla la mala voluntad de los hombres, ni siquiera el huracán devastador de las revoluciones. El que en muchos lugares siembra, en alguno logrará frutos.

El bueno del P. Larrainzar no pedía más, al que se aprovechase de sus desvelos, que le rezasen un *Anima eius per misericordiam Dei requiescat in pace*, como pide en la portada de uno de los legajos de Palencia que termina con las Actas de 1770. Manifiesta allí

mismo que trata de reunir las posteriores. *Las Actas siguientes las voi recogiendo*, dice, pero si es que las recogió y existen, andan descabaladas de sus compañeras. Hasta 1794 llega el estudio resumen que vamos a copiar, y que será el primer trabajo impreso entre los muchos que dejó inéditos el P. Larrainzar. Para fijar la fecha en que lo concluyó no tenemos más que ese dato, que me parece llave en hombre tan diligente. De haber escrito después del siguiente Capítulo de 1796, hubiera resumido sus acuerdos o manifestado por qué los omitía. En un schema de todos los Capítulos, que pudiéramos llamar resumen del estudio del P. Larrainzar, los Capítulos desde ese año de 1796 inclusive, van en letra distinta de la suya. ¿Estaba ya enfermo? ¿Se había retirado ya a Estella, dejando en Pamplona el empezado manuscrito? ¿Murió, quizá, en seguida de celebrarse ese Capítulo, ya que en el siguiente, sin determinación de fecha, se le cuenta entre los difuntos? Nada podemos responder a esas preguntas; el velo del misterio cubre los últimos años de vida del que la ha dado a tantos documentos, poniéndolos a cobro.

En el trabajo que van a leer nuestros lectores, atisbarán el alma ingenua y noble de este navarro de verdad, medio castellano por su franqueza y carácter abierto, y medio vascongado por su honradez sin tacha.

El P. Larrainzar no conocía los elogios personales. Seco, esquelético, desenfadado, enemigo de convencionalismos, busca la verdad objetiva y la expone como la ve. En sus múltiples notas marginales, donde a cada paso se encuentra con personajes de calidades y humores tan diversos, sólo se le ocurre calificar de *esclarecido* al reverendísimo Bremond, que tanto se le parecía en la vocación literaria.

El trabajo del P. Larrainzar es un ensayo y un ensayo atrevido, razón por la cual, seguramente, nadie se resolvió a emprender otro similar. Es desagradable publicar un estudio sobre una serie de acontecimientos, teniendo que empezar por confesar nuestra impotencia con respecto al esclarecimiento de los que más intrigan nuestra curiosidad, que suelen ser los que como principio y punto de partida aparecen como causa y razón de los demás.

Sin negar importancia al trabajo del P. Larrainzar, que no publicaríamos si no se la reconociésemos, hay que confesar que en lo referente a los primeros siglos de la Orden, deja muchas lagunas sin llenar y llena algunas mal.

Con respecto a las *Actas Capitulares* contamos con otra *Colección*, más completa que la suya, que pone a nuestra vista una gran parte de nuestra legislación de los siglos XIII y XV, y puede considerarse como un complemento de la obra del escritor navarro.

Afortunadamente no fué el P. Larrainzar el único que se preocupó de coleccionar *Actas de Capítulos Provinciales*, ni quedaron todas las colecciones expuestas a la barbarie de nuestros revolucionarios. Por los años de 1760 vino a España, en compañía del General de la Orden, el P. Hermann Domingo Cristianópolis, y se pasó cuatro años rebuscando nuestros comicios, que algunas veces pudo lograr en sus propios originales. Como el P. Larrainzar (que debió consultar las mismas fuentes, acerca de los Capítulos de los tres primeros siglos), apenas transcribe la décima parte que el P. Cristianópolis, al publicar nosotros las *Actas Capitulares* lo haremos siguiendo a este último y anotando las variantes de Larrainzar, cuando las haya. En el año quinto de la ANALECTA ORD. PRAEDICATORUM se hace uso de parte de este trabajo del P. Cristianópolis y hasta se intercalan los acuerdos de Capítulos Generales relativos a España. No hay por qué desestimar esta nueva contribución que hoy podemos aportar fácilmente con la publicación de los Capítulos Generales hecha por Reicher en Roma desde 1898 en adelante. Para el siglo XIV nos será de absoluta necesidad. La colección de Cristianópolis, que en parte también había publicado Douai (1894) antes que La Analecta, estaba en el Archivo Generalicio de la antigua casa (sig. XIII, 163, h) cuando nosotros la estudiamos. Dicho Archivo fué trasladado al Colegio Angélico. La Colección de Actas de Cristianópolis se refería, si no nos hemos equivocado en la copia, a los Capítulos siguientes:

AÑOS

1241	1464	Desde esta fecha están impresas.	1525	1543	1565 original.	1591
42	89		26	45	69	93
43	93	1508	29	48	71 orig.	95
44	95	09	25 rep.	50	73 »	99
49	97	11	31	51 orig.	75 »	
50	500	13	33 orig.	53 »	77 »	
75	02	16	35	57	79	
81	04	18	37	59	81 orig.	
99	06	22	39	61	85	
434		23	41	63	87	

A los quince primeros Capítulos se refieren los trabajos de Douai y la *Analecta*.

Nuestra colección actual comprende, además de los indicados, los siguientes:

AÑOS

1601	1625	1649	1673	1699	1723	1746	1770
03	27	51	75	701	25	49	84
05	29	53	77	03	27	51	88
07	31	55	79	05	29	53	90
09	33	57	81	07	31	55	94
11	35	59	85	09	33	57	801
13	37	61	87	11	34	59	05
15	39	62	89	13	36	61	15
17	41	65	91	15	38	63	24
19	43	67	93	17	40	64	28
21	45	69	95	19	42	66	32
23	47	71	97	20	44	68	

Más de la tercera parte pertenecen a la colección *Larrainzar*, conservada en el convento de San Pablo de Palencia; veintitrés pertenecen al colegio de Corias, que guarda muchas otras.

Las *Actas de ciento cuarenta* reuniones legislativas y gubernativas a la vez (pues en ellas se designaba una gran parte del personal) aun cuando las primeras sean incompletas y no parezcan más, no puede dudarse que pueden formar el eje de la historia de los Predicadores en la primera de sus Provincias y servir de andamio firme a la *Crónica dominicana* que hace años y aun siglos debiera estar escrita.

Dios quiera que no estemos siempre repitiendo estas quemantes frases y que el Centenario de la muerte de N. P. Santo Domingo, que se avecina, no nos coja sin la *Crónica* muy adelantada.

Damos aquí estos datos en el Prólogo para no tener que andar repitiéndolos en el Cuerpo y por si acaso la lista sirve de recomendación, para que quien tenga algún *Acta* de las que ahí no constan, nos la remita para publicarla en apéndice y en la tirada aparte. Las *Actas* de los siglos XVII, XVIII y XIX imprimiéndose están. Publicadas todas y las antiguas Constituciones del Santo fundador y sus dos inmediatos sucesores, que también se editarán este año, Dios mediante, puede decirse, que el que cuente con la colección

de Reicher y la nuestra, no necesita más para conocer la legislación de los dominicos españoles desde el siglo XIII hasta ahora; la que conservamos, se entiende. En un apéndice se publicará lo que de nuevo vaya pareciendo. El no tenerlo todo junto, no debe retraernos de publicar lo que haya, siendo tan precioso como es. Tal cual está es mineral en bruto, y publicado, será moneda circulante.

Como las indicaciones del P. Larrainzar y los extractos más amplios recogidos por Cristianópolis, a pesar de contener cuanto se conserva de nuestros *Comicios Provinciales*, ofrecerían una lectura demasiado árida y muchas veces ininteligible, procuraremos completarlo todo, como verá el curioso lector.

Hasta el siglo XVI toda aclaración es muy útil por ser las *Actas* muy raras, como se habrá visto en la tabla, y muy incompletas, como se observará al transcribirlas en la integridad que hoy ofrecen; desde el siglo XVI en adelante, las *Actas* hablan solas, por faltarnos poquísimo de ellas.

Para mayor claridad e imparcialidad, el trabajo del P. Larrainzar irá todo entre comillas, lo mismo el texto que las notas.

**El régimen de Capítulos. — La Bula de Confirmación. —
 La Regla y los primeros dominicos que la aceptaron.
 Los primeros Provinciales de la Provincia de España.
 La orientación científica de los primitivos Capítulos.**

Santo Domingo fundó una Orden completamente democrática. Los *Capítulos Generales* anuales que estableció bastan para probarlo. En ellos se congregaba cada año lo más granado de la Orden para legislar acerca de ella. Los enviados al Capítulo eran elegidos por los otros hermanos, que tenían derecho a mandar por medio de ellos al Capítulo las quejas que tuviesen a bien. Puede decirse, que la Orden vivía en un régimen de perpetua legislación y que esa legislación era expresión del sentir de las masas, desde el momento en que estas elegían libremente sus compromisarios.

Las disposiciones de los *Capítulos Generales* fueron sometidas, en parte, al *referendum* de los *Capítulos Provinciales*, que no las aceptaban en su totalidad. Aún hay más; durante varios siglos los acuerdos de los *Capítulos Provinciales* no tuvieron la revisión del Maestro General. De manera, que si no fuese por la mayor extensión de los *Capítulos Generales* y por el derecho de hacer *Constituciones* y por la presidencia del Maestro General, se podría asegurar que la legislación provincial tenía más importancia que la otra. Para estudiar la historia, la vida de la Congregación, no son menos precisas dichas Actas.

Las *Actas* de los Capítulos son, antes que nada, monumentos legislativos, que esclarecen la historia y la explican mejor para un observador profundo, que unas cuantas afirmaciones de historiadores, sospechosas por el hecho mismo de ser tan perspicuas en la enmarañada conexión de los sucesos pendientes de nuestra voluntad veleidosa.

Careciendo, como carecemos (ya desde el siglo XIII, según asegura Bernardo Guidón) de las *Actas* de los quince primeros Capítulos Generales (1220-35) y de las de nuestros Capítulos Provinciales anteriores a 1241, y teniendo en cuenta que en los cuatro años que median entre la confirmación de la Orden y la celebración del primer Capítulo, no iban los religiosos a pasarse sin código, que regulase y uniformase sus costumbres, código breve, porque también sus costumbres eran sencillas, entendemos que es de necesidad en una *Colección Legislativa*, tomar el agua desde la fuente y encauzarla con los primeros monumentos oficiales, canon de las costumbres de los primeros dominicos y en gran parte de todos los que les siguieron. Aunque no son documentos *capitulares*, son base de ellos.

Ninguno puede anteponerse á la *Bula de confirmación* de Honorio III, que es el fundamento de la constitución de la Orden en la Iglesia Católica.

Sigue a la *Bula de confirmación* la *Regla de San Agustín*, propuesta por Santo Domingo a sus quince compañeros, aceptada por éstos, presentada al Papa Honorio y mencionada por él en la *Bula de confirmación* e inserta como primera regla de conducta en la legislación de la Orden.

El tercer monumento, base de la legislación dominicana es el *Liber consuetudinum*, empezado por Santo Domingo, continuado por el Beato Jordán y concluido por San Raimundo de Peñafort. En él se resumen las disposiciones de los primeros Capítulos Generales, por lo cual es menos de lamentar la pérdida de sus *Actas*; en él podemos distinguir, consagrándole un fino análisis, la parte que es debida al mismo Santo fundador.

He aquí la *Bula de confirmación*, dada en Santa Sabina a 22 de Diciembre de 1216:

Honorius episcopus servus servorum dei dilectis filiis dominico priori sancti romani tolosanem., ejusque fratribus tam praesentibus, quam futuris regularem vitam professis, salutem et apostolicam benedictionem.

Religiosam vitam eligentibus Apostolicum convenit adesse praesidium, ne forte cujuslibet temeritatis incursus, aut eos a proposito revocet, aut robur, quod absit, sacrae Religionis infringat. Ea propter, dilecti in Domino filii, vestris justis postulationibus clementer annuimus, et Ecclesiam S. Romani Tolosanem., in qua divino mancipati estis obsequio, sub B. Petri et nostra protectione suscipimus, et praesentis scripti privilegio communimus. Inprimis siquidem statuantes, ut Ordo Canonicus ⁽¹⁾, qui secundum Deum et *B. Augustini regulam* in eadem Ecclesia institutus esse dignoscitur, perpetuis ibidem temporibus inviolabiliter observetur. Praeterea quasunque possessiones, quaecunque bona eadem Ecclesia in praesentiarum juste et canonice possidet, aut in futurum concessione Pontificum, largitione Regum vel Principum, oblatione fidelium, seu aliis justis modis praestante Domino poterit adipisci, firma vobis, vestrisque successoribus, et illibata permaneant. In quibus haec propriis duximus expri-

(1) Los dominicos fueron denominados *canónigos* en diferentes documentos pontificios; en documentos particulares hasta las monjas dominicas son llamadas *canónigas*. Santo Domingo renunció las propiedades de los religiosos y el nombre de *canónigos* fué desapareciendo. Cuando se expidió la *Bula de Confirmación*, la Orden estaba reducida a San Román de Tolosa. Allí vivía ordinariamente Santo Domingo y desde allí atendía por medio de sus discípulos al gobierno de las otras Iglesias de que habla la Bula y al Monasterio de monjas de Prulla. Prulla (*Sainte Marie de Prouille*) fué la verdadera cuna de la Orden Dominicana. Diez años antes de la confirmación estableció Santo Domingo allí un convento de monjas.

En Tolosa se conservó el original de la *Bula* publicada por varios autores y reproducida en hermoso fotograbado por Balme L. en el *Cartulario de Santo Domingo*.

menda vocabulis, scilicet locum ipsum, in quo praefata Ecclesia sita est, cum omnibus pertinentiis suis. Ecclesiam de Pruliano cum omnibus pertinentiis suis. Villam de Casenolio cum omnibus pertinentiis suis. Ecclesiam S. Mariae de Lescura cum omnibus pertinentiis suis. Hospitale Tolosanen., quod dicitur Arnaldi Berardi cum omnibus pertinentiis suis. Ecclesiam S. Trinitatis de Lobens, cum omnibus pertinentiis suis. Decimas a Venerabili Fratre nostro Fulcone Tolosanen. Episcopo, de assensu Capituli sui, vobis pia et provida liberalitate concessas, prout in eorundem literis plenius continetur. Sane Novalium vestrorum, quae propriis manibus, vel sumptibus colitis, sive de vestrorum animalium nutrimentis, nullus a vobis decimas exigere vel extorquere praesumat. Liceat quoque vobis clericos vel laicos, liberos et absolutos e Seculo fugientes ad conversionem recipere, et eos absque contradictione aliqua retinere. Prohibemus insuper, ut nulli fratrum vestrorum, post factam in Ecclesia vestra professionem, fas sit, sine Prioris sui licentia, de eodem loco, nisi arctioris Religionis obtentu discedere: discedentem vero absque communi literarum vestrarum cautione nullus audeat retinere. In Parochialibus vero Ecclesiis quas habetis liceat vobis Sacerdotes eligere et Dioecesano Episcopo praesentare, quibus si idonei fuerint, Episcopus curam animarum committat, ut ei de spiritualibus, vobis vero, de temporalibus debeant respondere. Statuimus praeterea ut nulli liceat Ecclesiae vestrae novas et indebitas exactiones imponere, aut in vos vel praedictam Ecclesiam vestram sine manifesta et rationabili causa, Excommunicationis vel Interdicti sententias promulgare. Cum autem generale Interdictum terrae fuerit, liceat vobis, clausis januis, exclusis excommunicatis et interdictis, non pulsatis campanis, supresa voce, Divina officia celebrare. Chrisma vero et oleum sanctum, consecrationes altarium seu Basilicarum, Ordinationes clericorum qui ad Sacros Ordines fuerint promovendi a Dioecesano suscipiatis Episcopo, si quidem catholicus fuerit et gratiam et communionem Sacrosantae Romanae Sedis habuerit, et ea vobis voluerit sine pravitate aliqua exhibere; alioquin liceat vobis quemcunque malueritis catholicum adire Antistitem, gratiam et communionem Apostolicae Sedis habentem, qui nostra fretus auctoritate, vobis, quod postulatis, impendat. Sepulturam quoque ipsius loci liberam esse decernimus, ut eorum devotioni et extremae voluntati, qui se illic sepeliri deliberaverint, nisi forte excommunicati vel interdicti sint, nullus obsistat. Salva tamen iustitia illarum Ecclesiarum a quibus mortuorum corpora assumuntur. Obeunte vero te nunc ejusdem loci Priore, vel tuorum quolibet Successorum, nullus ibi, qualibet subreptionis astutia seu violentia praeponatur, nisi quem fratres communi consensu, vel fratrum pars majoris et sanioris consilii secundum Deum et B. Augustini Regulam providerint eligendum. Libertates quoque et immunitates antiquas et rationabiles consuetudines Ecclesiae vestrae concessas, et hactenus observatas, ratas habemus, et eas perpetuis temporibus illibatas permanere sancimus. Decernimus ergo, ut nulli omnino hominum

liceat praefatam Ecclesiam temere perturbare, aut ejus possessiones auferre, vel ablatas retinere, minuere, seu quibuslibet vexationibus fatigare, sed omnia integra conserventur, eorum pro quorum gubernatione et sustentatione concessa sunt, usibus omnimodis profutura, salva Sedis Apostolicae auctoritate et Dioecessani Episcopi canonica justitia. Si qua igitur, in futurum Ecclesiastica, secularisve persona hanc nostrae Constitutionis paginam sciens contra eam temere venire temptaverit, secundo, tertiove commonita, nisi reatum suum congrua satisfactione correxerit, potestatis honorisque sui careat dignitate, reamque se divino judicio existere de perpetrata iniquitate cognoscat, et a Sacratissimo Corpore et Sanguine Dei et Domini Redemptoris nostri Jesu Christi aliena fiat, atque in extremo examine districtae ultioni subjaceat. Cunctis autem eidem loco sua jura servantibus sit pax Domini nostri Jesu Christi, quatenus et hic fructum bonae actionis percipiant, et apud districtum Judicem proemia aeternae pacis inveniant. Amén. Amen.

Perfice gressus meos in semitis tuis (en el sello).

Ego Honorius Catholicae Ecclesiae Episcopus subscripsi
(*Siguen las firmas de diez y ocho Cardenales*).

Datum Romae apud S. Sabinam, XI kal. Jan. Indict. V. Incarnationis Dominicae Anno MCCXVI.

El Venerable Pontífice dió el mismo día otra *Bula de confirmación* más breve, que dice a la letra:

Honorius episcopus servus servorum dei, dilecto filio fratri dominico priori S. Romani de Tolosa, et fratribus tuis regularem vitam professis et professuris, salutem et apostolicam benedictionem.

Nos attendentes, Fratres Ordinis tui futuros esse Pugiles fidei et vera mundi lumina, confirmamus ordinem tuum, cum omnibus castris et possessionibus habitis et habendis; et ipsum Ordinem ejusque posesiones et jura sub nostra gubernatione et protectione suscipimus.

Datum Romae apud S. Sabinam, XI kal. Jan. An. MCCXVI. Pontif. nost. an. primo.

Al mes y cuatro días expidió el mismo benevolentísimo Pontífice nuevas y más encomiásticas Letras Apostólicas de este tenor:

Honorius Episcopus &&

Gratiarum omnium largitori dignas referimus gratiarum actiones in gratia Dei, quae data est vobis, in qua statis et stabitis finaliter, ut speramus, quia intus caritatis flamma flagrant, exterius famae fragrantis odore, qui et sanas delectat et reficit mentes infirmas: quibus etiam, ne remaneant steriles, spirituales mandragoras tanquam studiosi medici exhibentes, eas semine verbi divini vestra salutari facundia foecundatis. Sic velut servi fideles talenta vobis credita erogantes, ut eadem reportetis Domino geminata: sic sicut invicti Christi Athletae scuto fidei et galea salutis armati,

non timentes eos qui corpus possunt occidere, verbum Dei, quod est penetrabilius omni gladio ancipiti, magnanimiter contra fidei exeritis inimicos: sic in hoc mundo vestras animas odientes, ut in vitam eternam custodiatis easdem. Ceterum, quia finis, non pugna, coronat, et currentibus in stadio virtutibus universis sola perseverantia bravium accipit destinatum, caritatem vestram rogamus et hortamur attente, per Apostolica vobis scripta mandantes et in remisionem vobis peccaminum injungentes, quatenus magis ac magis in Domino confortati, evangelizare verbum Dei studeatis, opportune, importune instantes et opus Evangelistae laudabiliter adimplentes. Si quas autem propter hoc tribulationes passi fueritis, non solum eas aequanimiter toleretis, sed gloriemini cum Apostolo in eisdem gaudentes, quia digni habiti estis pro nomine Jesu contumelias sustinere: hoc enim leve et momentaneum tribulationis inmensum gloriae pondus operatur, ad quam non sunt condignae passiones hujus temporis. Nos quoque intendentes, vos tanquam speciales filios favorabiliter confovere, petimus, ut pro nobis offeratis Domino vitulos labiorum, si forte, quod nostris meritis non valemus, vestris sufragiis assequamur. Datum Laterani, VII kal. Febr. Pont. nostri an. primo. (Es del año de 1217, estando todavía en Roma Sto. Domingo).

En esta Bula, bien se ve que el Pontífice está obsesionado por la idea de que la nueva Orden, se consagre por entero al estudio y predicación de la palabra santa. Antes de los dos años le vemos dirigirse a todos los Obispos, recomendando a la *Orden de Predicadores*, a los *hermanos predicadores*. A ellos los había saludado con ese honroso nombre en la carta de 7 de Diciembre de 1217. Sin embargo, tal denominación se atribuye, generalmente, á Inocencio III, que fué el que aprobó la Orden antes del Pontificado de Honorio III. Se conservan tres documentos suyos, referentes á la Orden, uno dirigido al Santo fundador, y otro a su ilustre amigo el inmortal caudillo, Simón de Monfort; más como no hallamos en ellos normas de vida, no los creemos propios de este lugar.

A Inocencio III se le debe, en cierto modo, el que los dominicos profesen la regla de San Agustín. Cuando Santo Domingo fué a Roma, con ocasión del Concilio General, visitó al Pontífice y le pidió la confirmación de su Orden, ya establecida en Tolosa y en Prulla, con la bendición del Obispo Fulco y, en cierto modo, con la del mismo inocencio, que había escrito sus cartas sobre el particular, como dejamos indicado. El Pontífice, al que se le hacía duro por una parte la negativa, y por otra el dispensar una disposición acabada de dar por el Concilio, acerca de la prohibición de nuevas Ordenes, le manifestó que volviese a conferenciar con sus compañeros y, escogiesen una regla ya aprobada. Elegida la Regla, regresaría a Roma y se le daría la aprobación en todos los extremos que el deseaba. Así nos lo refiere el Beato Jordán, primer biógrafo y primer sucesor del Santo fundador.

Volvió Santo Domingo, y él y sus compañeros aceptaron, como la Re-

gla más acomodada a sus intentos, la de San Agustín, á la cual agregaron algunas observancias más estrechas sobre la comida, los ayunos, el lecho y el vestido, observancias trasladadas al *Liber Consuetudinum*, que después veremos.

Las razones que se alegan para haber preferido ésta a otra reglas aprobadas fueron su carácter apostólico, acomodado a los intentos de la nueva Congregación; su antigüedad, cerca de cien años anterior a la de San Benito; la autoridad de su autor Obispo, santo y sapientísimo; su moderación, su claridad, su ductilidad dentro de la caridad y espiritualidad que rebosa; su aceptación en la Iglesia de Dios, como lo espresa un dominico del siglo XIII, el ilustre predicador y escritor Fr. Esteban Salanaco, por estas palabras: «Sexto, ratione multitudinis Ordinum et locorum in quibus praedicta Regula observatur. Sub hac enim Regula Sancti Augustini militant Deo, Ecclesiae Patriarchales, Cathedrales, Religionesque diversae. Nam praeter illas quae communiter Canonici appellantur, sub ea militant Ordines quae sequuntur: videlicet, Ordo praemonstratensium, qui coepit florere anno Domini MCXX et habet circiter CCC abbatias; Ordo artigiensium, qui coepit in Lemovicensi dyocesi et habet Prioratus XXXVI; Ordo sanctae crucis in Lotharingia; Ordo de valle scholarium in Burgundia, qui coepit anno Domini MCCXIX sub Honorio III; Ordo santi victoris, et Ordo eremitarum sive augustiniensium, et multi alii ordines».

Los autores suelen omitir una razón que debió ser de mucho peso en la resolución de los primeros Hermanos Predicadores, y es el hecho, de que Santo Domingo había profesado y practicado dicha Regla en el Cabildo de Osma. Era, además, la general entre los canónigos, y *canónigos* fueron y se llamaron en los primeros tiempos los dominicos; y por ese motivo aun siguen obligados *sub gravi* sus conventos a la recitación *coral* del Oficio Divino, sin que puedan los Superiores dispensar en ésto como en los demás capítulos de la Regla y Constituciones.

Aunque aceptaron la Regla de San Agustín como está escrita y según el texto auténtico que luego exhibiremos, parece ser que aquellos primeros Padres así la Regla, como las Constituciones que entonces convinieron y las que más tarde habían de legislarse, las aceptaron con la condición precisa, consignada en el Capítulo Generalísimo de 1236, y luego en todas las disposiciones capitulares subsiguientes referentes al caso, de que a pesar de hablar la Regla de preceptos, ellos no se obligaban a culpa sino a pena, en cuanto la Regla mandaba y las Constituciones ordenasen.

Varian algo los textos de la Regla de San Agustín; para los dominicos es texto oficial el recogido cuidadosamente por el Beato Humberto y otros hermanos, y revisado por el Cardenal Hugo de San Caro, que se conserva todavía en el Archivo generalicio, con la notación y puntuación que entonces se estilaba, para poderlo cantar semanalmente en el refectorio. Está tomado, seguramente, de los ejemplares que usaron Santo Domingo y los quince compañeros que aceptaron la Regla y la profesaron en Tolo-

sa en 1216⁽¹⁾. El P. Mothon (*Analecta Ordinis Praed.* MDCCCXCVI-Fas.

(1) He aquí los nombres de los primeros compañeros de Santo Domingo, que aceptaron con él en Prulla la Regla de San Agustín:

1. *Fr. Manés*, hermano del santo, enviado después a París y más tarde a Madrid, como Vicario de las Religiosas de Santo Domingo el Real. Fué beatificado por Gregorio XVI. Según el P. Chapotín (*Histoire des Dominicains de la province de France*, 1898), los primeros religiosos enviados a París por Santo Domingo (Manés de Guzmán, Miguel de Fabra y Oderico de Normandía) llegaron a París el 12 de Septiembre de 1217. Tres semanas más tarde arribaron también a la capital de Francia Mateo de Francia, Bertrán de Garriga, Juan de Navarra y Lorenzo de Inglaterra. Cuando Santo Domingo pasó por París, en la primavera de 1219, todavía estaba en dicha ciudad su hermano, formando parte de una Comunidad de más de treinta religiosos. No fué, por lo tanto, el Beato Manés primer Vicario de las Dominicas de Madrid, cuyo convento data de 1217. Según el P. Chapotín, desde París, en esos mismos días de visita de su santo hermano, recibió la orden de venir a Madrid a encargarse de la dirección de la Comunidad de monjas, que estuvieron a su cargo hasta poco antes de su muerte. ¿Cuándo tuvo ésta lugar y dónde? Los autores señalan como lugar Caleruega o sus inmediaciones, con ocasión de ir a predicar por allí. En cuanto al tiempo, el Breviario dice que alrededor del año de 1230; pero ese alrededor, *circa*, lo hace llegar una antigua tradición consignada en el *Becerro de Caleruega* hasta cuatro años después o más; es decir, hasta la canonización de su hermano y algo más, pues se supone en ella que, al recibir esa, fausta noticia, trabajó para que se le erigiese en el pueblo de su nacimiento un templo donde rendirle culto.

2. *Fr. Miguel de Fabra*, que fué a París con el beato Manés y tenía el eneargo de enseñar Teología dentro del convento de Santiago de París. Cuando el beato Manés fué destinado a Madrid, fué Fabra destinado a Aragón, llegando a ser confesor del Rey Don Jaime el Conquistador. Con él entró en Valencia, llevando el estandarte regio. Era castellano; se unió a Santo Domingo en Tolosa; fué el primer profesor que tuvo la Orden; vivió en Aragón cerca de veinte años, siendo fundador de los grandes conventos de Palma y Valencia, dejando en todas partes fama de santo. De él escribe Medrano (*Hist.* t. 2.º, libro V): «Este insigne siervo de Dios era quien, acompañado de la guardia de cien caballos, llevaba el estandarte del Rey Don Jaime, cuya divisa fué una imagen de la reina de la Gracia, y el primero que guiaba a los asaltos y batallas, prometiendo a los fieles la victoria.»

3. *Fr. Domingo, español*. De este compañero de Santo Domingo hablan casi todas las crónicas antiguas, pero como aparecen tantos Fr. Domingos dominicos en el siglo xiii, es grande la dificultad que encontramos para dar a cada uno lo suyo. Con decir que en las Actas capitulares de España encontramos en ese siglo unos setenta Fr. Domingos, puede formarse el lector idea de la dificultad que esto entraña. No obstante, puede darse por cierto que es el Domingo Chico de quien habla el beato Jordán, con tanto elogio de su virtud, al numerar los compañeros de Santo Domingo, el Domingo compañero del santo en sus predicaciones de Albi, de quien reflere Esteban de Borbón un

IV) copia con todo esmero el precioso original del Archivo generalicio de la Orden. Por este texto debieran corregirse cuantos corren por ahí llenos de erratas y equivocaciones. Es como sigue:

Incipit regula beati augustini episcopi.

Ante omnia fratres karissimi diligatur deus. * deinde proximus: quia ista precepta sunt principaliter nobis data. Hec igitur sunt: que ut obseruetis precipimus in monasterio constituti. Primum. propter quod in unum estis congregati. ut unanimes habitetis in domo: et sit uobis anima una et cor unum in deo. Et non dicatis aliquid proprium: sed sint uobis omnia communia. Et distribuatur unicuique uestrum a preposito uestro uictus et tegumentum. * non equaliter omnibus. quia non equaliter ualeatis omnes: sed potius unicuique sicut cuique opus fuerit. Sic enim legitis in actibus apostolorum. * quia erant illis omnia communia: et distribuabatur unicuique sicut cuique opus erat. Qui uero aliquid habebant in seculo: quando ingressi fuerint monasterium. libenter uelint illud esse commune. Qui autem non abebant: non ea querant in monasterio. que nec foris habere potuerunt. Sed tamen eorum infirmitati quod opus est tribuatur: etiamsi paupertas eorum quando foris erant. nec ipsa necessaria poterat inuenire. Non tamen ideo putent se esse felices. quia inueniunt uictum et tegumentum quale foris inuenire non potuerunt: nec erigant ceruicem. quia sociantur eis ad quos foris accedere non audebant. * sed sursum cor habeant. et terrena uana non querant: ne incipiant monasteria diuitibus esse utilia non pauperibus. si diuitis illic humiliantur. et pauperes illic inflantur. Rursus etiam illi qui aliquid esse uidebantur in seculo: non habeant fastidio fratres suos. qui ad illam sanctam societatem ex paupertate uenerunt. Magis autem studeant: non de parentum diuitum dignitate. sed de pauperum fratrum societate gloriari. Nec extollantur si communi uite aliquid de suis facultatibus contulerunt: nec de

caso singularísimo, el Fr. Domingo español, provincial de Lombardía. Si es, además, el Fr. Domingo Vicario de las Dominicas de Madrid, Provincial de España, confesor de San Fernando, etc., etc., no es este lugar para aclararlo.

4. *Fr. Pedro de Madrid.* Parece ser que vino enviado a Madrid en 1217, y empezó a trabajar en Madrid la fundación, que llevaba bastante adelantada, cuando vino Santo Domingo a España. El beato Jordán dice de él y de fray Suero Gómez que continuaron en España *abunde proficientibus et disseminantibus uerbum dei.*

5. *Fr. Suero Gómez.* Los cronistas antiguos le llaman *español*; fué portugués y primer Provincial de España, del cual trataremos más largamente,

6. *Fr. Miguel de Uzero,* español. Enviado a España con Fr. Pedro de Madrid, Fray Suero Gómez y Fr. Domingo el Chico, volvió con éste a Roma, de donde el santo los envió a Bolonia. Es el español compañero de Santo Domingo de más obscuro nombre.

suis diuitiis magis superbiant. quia eas monasterio partiuntur. quam si eis in seculo fruerentur. Alia quippe quecumque iniquitas in malis operibus exercetur ut fiant: superbia uero etiam bonis operibus insidiatur ut pereant. Et quid prodest dispergendo dare pauperibus et pauperem fieri. * cum anima misera superbior efficitur diuitias contemnendo. quan fuerat possidendo? Omnes ergo unanimiter et concorditer uiuite: et honorate in uobis deum inuicem. cuius templa facti estis. Orationibus instate: horis et temporibus constitutis. In oratorio nemo aliquid agat nisi ad quod factum est. unde et nomen accepit. * ut si forte aliqui etiam preter horas constitutas. si eis uacat orare uoluerint: non eis sint impedimento. qui ibi aliquid agendum putauerint. Psalmis et ymnis cum oratis deum: hoc uersetur in corde quod profetur in ore. Et nolite cantare: nisi quod legitis esse cantandum. Quod autem non ita scriptum est ut cantetur: non cantetur. Carnem uestram domate ieiuniis et abstinencia esce et potus: quantum ualitudinem permittit. Quando autem aliquis non potest ieiunare. * non tamen extra horam prandii aliquid alimentorum sumat: nisi cum egrotat. Cum acceditis ad mensam. donec inde surgatis. quod uobis secundum consuetudinem legitur. sine tumultu et contentione audite. * ne sole uobis fauces sumant cibum; sed et aures esuriant uerbum dei. Qui infirmi sunt ex pristina consuetudine. si aliter tractantur in uictu: non debet aliis molestum esse. nec iniustum uideri eis. quos fecit aliqua consuetudo fortiores. Nec illos feliciores putent. quia sumunt quod non sumunt ipsi: sed sibi potius gratulentur. quia ualent quod non ualent illi. Et si eis qui uenerunt ex moribus delicatioribus ad monasterium. aliquid alimentorum. uestimentorum. operimentorumue datur. quod aliis fortioribus et ideo feliciores non datur. * cogitare debent quibus non datur. quantum de sua seculari uita illi ad istam descenderint: quamvis usque ad aliorum. qui sunt corpore firmiores frugalitatem. peruenire non potuerint. Nec debent uelle omnes quod paucos uident amplius non quia honorantur sed quia tolerantur accipere. * ne contingat detestanda peruersitas: ut in mo-

7. *Fr Juan de Navarra.* Le llaman algunos cronistas antiguos *Johannes hispanus*. Fué navarro, y de la capital de lo que hoy se llama *baja Navarra* y figura como el quinto testigo para la canonización del santo Patriarca. Su declaración, que es curiosísima, está hecha en Bolonia en 1233, diez y ocho años, dice él, después de haber recibido el hábito de manos del santo (*illo anno quo confirmatus est Ordo Praed. in Concilio Innocentii papae III, ipse textis intravit Ordinem istum, et in festo St. Augustini proximo venturo erunt octodecim anni quo recepit habitum de manu F. Dominici plantatoris Ordinis et primi Magistri*). Debíó vivir algún tiempo en Castilla, puesto que al hablar de la venta de los libros hecha por Santo Domingo, siendo estudiante, para socorrer a los pobres, afirma que ese caso lo oyó referir a los Canónigos compañeros del santo (*se audivisse a con-canonicis dicti fratris Dominici et a multis aliis fide dignis etc., etc.*). Fué el hermano que se negó en cierta ocasión a viajar sin nada de dinero, haciendo llorar al santo, que, al cabo, condescendió a que le entregasen una pequeña canti-

nasterio ubi quantum possunt sunt diuites laboriosi. fiant pauperes delicati. Sane quemadmodum egrotantes necesse habent minus accipere ne grauentur. * ita post egritudinem sic tractandi sunt. ut citius recreentur: etiamsi de humillima seculi paupertate uenerint. * tanquam hoc illis contulerit recentior egritudo: quod diuitibus anterior consuetudo. Sed cum uires pristinas reparauerint. redeant ad feliciorem consuetudinem suam. * que famulos dei tanto amplius decet quanto minus indigent: ne cibi eos teneat uoluptas iam uegetatos. quos necessitas leuarat infirmos. Illos estimant ditiores: qui in sustinenda parcitate fuerint fortiores. Melius est enim minus egere: quam plus habere. Non sit notabilis habitus uester: nec affectetis uestibus placere. sed moribus. Quando proceditis. simul ambulate: cum ueneritis quo itis. simul state. In incessu. statu. habitu. et in omnibus motibus uestris. nichil fiat quod cuiusquam offendant aspectum: sed quod uestram deceat sanctitatem. Oculi uestri. etsi iaciantur in aliquam feminarum: in nullam figantur. Neque enim quando proceditis. feminas uidere prohibemini: sed appetere vel ab ipsis appeti uelle. criminis est. Nec solo tacito affectu: sed affectu et aspectu quoque appetitur et appetit concupiscentia feminarum. Nec dicatis uos habere animos pudicos. si habeatis oculos impudicos: quia impudicus oculus impudici cordis est nuntius. Et cum se inuicem sibimet etiam tacente lingua. conspectu mutuo corda nuntiant impudica. * et secundum concupiscentiam carnis alterutro delectantur ardore: etiam intactis ab immunda uiolatione corporibus. fugit castitas ipsa de moribus. Nec putare debet qui in feminam figit oculum. et illius in seipsum diligit fixum; ab aliis se non uideri. cum hoc facit. Uidetur omnino: et a quibus se uideri non arbitratur. Sed etsi lateat et a nemine hominum uideatur. * quid faciet de illo desuper inspectore. quem latere nichil potest? An ideo putandus est non uidere. * quia tanto uidet patientius. quanto sapientius? Illi ergo uir sanctus timeat displicere: ne uelit femine male placere. Illum cogitet omnia uidere: ne uelit feminam male uidere. Illius namque et in

dad. Cuando la dispersión, fué mandado a París, como hemos indicado; aunque su estancia de entonces en París no fué larga, volvió más tarde como lector o profesor del célebre convento de Santiago.

8. *Fr. Mateo*, francés, llamado *el Abad*. Cuando Santo Domingo, al hacer la dispersión de hermanos en la Asunción de 1217, pensaba el mismo marcharse a predicar entre infieles, mandó a sus hijos que eligiesen un sustituto. Fué elegido *Fr. Mateo*, y llamado por esto *el Abad*, nombre que sólo él, entre los dominicos, tuvo. Como el santo no pudo marchar, el nombramiento no tuvo efecto. Fray Mateo fué el alma de la fundación de Santiago de París, y el primer Prior de Santiago. Cuando murió, el General de la Orden puso en su lugar al Provincial de la provincia, nombrando Provincial al después Cardenal Hugo de San Caro. Era ya entonces Santiago de París, y siguió siendo mucho tiempo, la Comunidad más importante de la Orden.

9. *Fr. Bertrán de Garriga*, francés. Antiguo compañero de Santo Domingo en

hac causa commendatus est timor: ubi scriptum est. abhominatio est domino defigens oculum. Quando ergo simul estis in ecclesia, et ubicumque femine sunt: inuicem uestram pudicitiam custodite. Deus enim qui abitat in uobis: etiam isto modo custodiet uos ex uobis. Et si hanc de qua loquor oculi petulantiam in aliquo uestrum aduerteritis. * statim admonete ne cepta progrediantur: sed de proximo corrigantur. Si autem et post admonitionem iterum uel alio quoque die id ipsum facere eum uideritis: iam uelut uulneratum sanandum prodat. quicumque hoc potuerit inuenire. Prius tamen et alteri uel tercio demonstrandum: ut duorum uel trium possit ore conuinci. et competenti seueritate coherceri. Nec uos iudicetis esse maleuolos: quando hoc indicatis. Magis quippe innocentes non estis: si fratres uestros quos indicando corrigere potestis. tacendo perire permittitis. Si enim frater tuus uulnus habet in corpore. quod uelit occultari dum timet secari. * nonne crudeliter a te sileretur. et misericorditer indicaretur? Quanto ergo potius debet manifestare. * ne deterius putrescat in corde? Sed antequam aliis demonstretur. per quos conuincendus est si negauerit. * prius preposito debet ostendi. si admonitus neglexerit corrigi. ne forte possit secretius correctus non innotescere ceteris. Si autem negauerit. * tunc neganti adhibendi sunt alii etiam coram omnibus: ut possit non ab uno teste argui. sed a duobus uel tribus conuinci. Conuictus uero: secundum prepositi uel etiam presbiteri ad cuius dispensationem pertinet arbitrium. debet emendatoriam subire uindictam. Quam si ferre recusauerit: etiamsi ipse non abscesserit. de uestra societate proiciatur. Nom enim et hoc fit crudeliter sed misericorditer: ne contagione pestifera plurimos perdat. Et hoc quod dixi de oculo non figendo. * etiam in ceteris inueniendis. prohibendis. indicandis. conuincendis iudicandisque peccatis, diligenter et fideliter obseruetur: cum dilectione hominum et odio uitiorum. Quicumque autem in tantum fuerit progressus malum. ut occulte ab aliquo litteras uel quodlibet munus acceperit: si hoc ultro

la predicación contra los albigenses, compañero suyo en muchos viajes, fué el primer Prior de Tolosa uno de los fundadores del de París y el primer Provincial de la Provenza. Fué beatificado por León XIII.

10. *Pedro Cellani*, francés. Era un rico caballero de Tolosa, que antes de ingresar en la Orden había cedido a Santo Domingo y sus compañeros su casa, por lo cual decía con mucha gracia que a él no le habían recibido los Predicadores, sino que los había recibido él a ellos.

11. *Fr. Tomás Tolosano*. Otro caballero de mucha distinción y piedad que se agregó a los primeros dominicos. En la dispersión de 1217, lo mismo éste que el anterior, quedaron en Tolosa, sin duda porque su posición ilustre, renunciada por la vida de mortificación, era un ejemplo vivo para los tolosanos.

12. *Fr. Guillermo Claretie*, francés. Fué destinado por el santo al cuidado de las monjas de Prulla, cuyas temporalidades estaban a su cargo, en tanto que las espirituales estaban al de Fr. Natal de Prulla, que algunos cuentan y otros no, entre los primeros compañeros de Tolosa.

confitetur. parcatur illi. et oretur pro illo. Si autem deprehenditur atque conuincitur: secundum arbitrium prepositi uel presbiteri grauius emendetur. Uestes uestras in unum habeatis. sub uno custode uel duobus. uel quot sufficere possint ad eas excutiendas: ne a tineas ledantur. Et sicut pascimi ex uno cellario: sic induamini ex uno uestiario. Si fieri potest. ad uos non pertineat quod uobis indumentum pro temporum congruentia proferatur. * utrum hoc recipiat unusquisque quod deposuerat. an aliud quod alter habuerat: dum tamen unicuique prout cuique opus est. non negetur. Si autem hinc inter uos contentiones et murmura oriuntur. * cum conqueritur aliquis se deterius accepisse quam prius habuerat. et indignum se esse quod non ita uestiatur. sicut alius frater uestiebatur: hinc uos probate. quantum uobis desit in illo interiore sancto habitu cordis. qui pro habitu corporis litigatis. Tamen si uestra toleratur infirmitas. ut hoc recipiatis quod posueritis. * in uno tamen loco sub communibus custodibus habete quod ponitis: ita sane ut nullos sibi aliquid operetur. * sed omnia opera uestra in unum fiant: maiori studio et frequentiori alacritate. quam si uobis singuli faceretis propria. Caritas enim de qua scriptum est quod non querit que sua sunt. sic intelligitur: quia communia propriis. non propria communibus anteponit. Et ideo quanto amplius rem communem quam propria uestra curaueritis. * tanto uos amplius proficere noueritis: ut in omnibus quibus utitur transitoria necessitas. superemineat que permanet caritas. Consequens ergo est. ut etiam cum quis filiis suis. aut aliqua necessitudine ad se pertinentibus. in monasterio constitutis. aliquam contulerit uestem. siue quodlibet aliud inter necessaria deputandum: non occulte accipiat. * sed sit in potestate prepositi: ut in rem communem redactum. cui necesse fuerit prebeatur. Quod si aliquis rem sibi collatam celauerit: furti iudicio condemnatur. Indumenta uestra secundum arbitrium prepositi lauentur. siue a uobis. siue a fullo-nibus: ne interiores anime sordes contrahat munde uestis nimius appetitus. Lauacrum etiam corpori. cum infirmitatis necessitas cogit: minime

13. *Fr. Lorenzo*, inglés. Fué a París con los primeros hermanos; se le atribuyó don de profecía y de milagros. El mismo beato Jordán manifiesta tener de él altísimo concepto. No se sabe que fuese a Inglaterra con los trece hermanos que mandó allí Santo Domingo el año de su muerte, capitaneados por el P. Gilberto de Fraxineto, nombrado Provincial.

14. *Fr. Odorico*, normando. Fué el primer hermano lego de la Orden, y tuvo la dicha de ser formado por el mismo santo Fundador.

15. *Fr. Esteban Metense*, francés. Otros cuentan a Fr. Tancredo, uno de los cinco compañeros que llevó a Roma Santo Domingo en 1217. Bernardo Guidón se inclina a suponer que admitieron la Regla con Santo Domingo y los citados, otros cuatro compañeros más, uno de los cuales es Fr. Natal de Prulla (*Noel de Prouille*), que también figura en 1215 en las Crónicas de Prulla. Con. HISTOIRE DU MONASTÈRE DE NOTRE-DAME DE PROUILLE, Grenoble, 1898, página 419.

denegetur. Fiat sine murmure. de consilio medicine: ita ut etiamsi nolit. iubente preposito faciat quod faciendum est pro salute. Si autem uelit. et forte non expedit: sue cupiditati non obediatur. Aliquando enim etiamsi noceat: prodesse creditur quod delectat. Denique si latens est dolor in corpore: famulo dei dicenti quid sibi doleat. sine dubitatione credatur. Sed tamen utrum sanando illi dolori quod delectat. expediat: si non est certum. medicus consulatur. Nec eant ad balnea siue quocumque ire necesse fuerit: minus quam duo uel tres. Et ille qui habet aliquo eundi necessitatem: cum quibus prepositus iusserit. ire debet. Egrotantium cura. siue post egritudinem reficiendorum. siue aliqua imbecillitate etiam sine febribus laborantium. uni alicui debet iniungi: ut ipse de cellario petat. quod cuique opus esse prospexerit. Siue autem qui cellario. siue qui uestibus. siue qui codicibus preponuntur: sine murmure seruiant fratribus suis. Codices certa hora singulis diebus petantur. Extra horam qui petierit. non accipiat. Uestimenta uero et calceamenta. quando fuerint indigentibus necessaria: dare non differant. sub quorum custodia sunt que poscuntur. Lites. aut nullas habeatis. aut quam celerrime finiatis. * ne ira crescat in odium. et trabem faciat de festuca: et animam faciat homicidam. Sic enim legitis. Qui odit fratrem suum: homicida est. Quicumque conuicio uel maledicto uel etiam criminis obiectu aliquem leserit. * meminerit satisfactione quantotius curare quod facit: et illi qui lesus est. sine disceptatione dimittere. Si autem se inuicem leserint. inuicem sibi debita relaxare debent. propter orationes uestras: quas utique quanto crebriores habetis. tanto sanctiores habere debetis. Melior est autem. qui quamvis ira sepe temptetur. tamen impetrare festinat. ut sibi dimittat cui se fecisse agnoscit iniuriam: quam qui tardius irascitur. et ad ueniam petendam tardius inclinatur. Qui autem nunquam uult petere ueniam. aut non ex animo petit: sine causa est in monasterio. etiamsi inde non proiciatur. Proinde uobis a uerbis durioribus parcite. Que si emissa fuerint ex ore uestro: non pigeat ex ipso ore proferre medicamenta. unde facta sunt uulnera. Quando autem necessitas discipline. moribus coerendis dicere uos uerba dura compellit. * si etiam ipsi modum uos excessisse sentitis. non a uobis exigitur ut a uobis subditis ueniam postuletis: ne apud eos quos oportet esse subiectos. dum nimium seruatur humilitas. regendi frangatur autoritas. Sed tamen petenda est uenia ab omnium domino: qui nouit eos quos plus iusto forte corripitis. quanta beneuolentia diligatis. Non autem carnalis: sed spiritualis inter uos debet esse dilectio. Preposito tamquam patri obediatur: multo magis presbytero. qui omnium uestrum curam gerit. Ut ergo cuncta ista seruentur. et si quid seruatum minus fuerit. non negligenter pretereatur. sed ut emendandum corrigendumque curetur: ad prepositum precipue pertinebit. ut ad presbyterum cuius apud uos est maior autoritas referat. quod modum uel uires eius excedit. Ipse uero qui uobis preest: non se existimet potestate dominante. sed caritate seruiente felicem. Honore coram uobis prelatus sit uobis: ti-

more coram deo substratus sit pedibus uestris. Circa omnes: se ipsum bonorum operum prebeat exemplum. Corripiat inquietos. consoletur pusillanimes. * suscipiat infirmos: patiens sit ad omnes. Disciplinam libens habeat: metuendus impunat. Et quamuis utrumque sit necessarium. * tamen plus amari a uobis appetat quam timeri: semper cogitans deo se pro uobis redditurum esse rationem. Unde uos magis obediendo. non solum uestri sed etiam ipsius miseremini: qui inter uos quanto in loco superiore. tanto in periculo maiore uersatur. Donet dominus ut obseruetis hec omnia. tanquam spiritualis pulchritudinis amatores. * et bono christi odore de bona conuersatione fragrantés: non sicut serui sub lege. sed sicut liberi sub gratia constituti. Ut autem uos in libello hoc tamquam in speculo possitis inspicere: ne per obliuionem aliquid negligatur. semel in septimana uobis legatur. Et ubi uos inueneritis ea que scripta sunt facientes: agite gratias domino bonorum omnium largitori. Ubi autem sibi quicumque uestrum uidet aliquid deesse. * doleat de preterito. caueat de futuro: orans ut sibi debitum dimittatur. et in temptationem non inducatur.

A la Regla de San Agustín sigue en importancia—y en algunos aspectos le excede—el *Liber Consuetudinum*, obra de los tres primeros Generales, o por mejor decir, de los tres primeros Generalatos, en la cual se encuentra condensado el espíritu peculiar de la Orden.

Antes de copiar este monumento terminado por San Raimundo, veamos que nos dice Larrainzar de los Provinciales españoles anteriores a esa fecha, ya que de sus Capítulos nada pueda decirnos.

«*Capítulos Provinciales de la Provincia de España, Orden de Predicadores.*

»De los lugares en que constan los Capítulos y Provinciales de la Provincia de España, Orden de Predicadores.—Faltando en esta Provincia bastantes actas de sus Capítulos Provinciales del siglo I de la Religión, y muchos del II y III siglo, y no expresando las actas del I siglo los nombres de los Provinciales, pongo en el elenco, a más de los Capítulos y Provinciales de las actas que se hallan en esta Provincia, algunos otros que he hallado en algunos autores en los lugares que expresaré aquí.

»**Año 1221.**—Fr. Suero fué el primer Provincial de la Provincia de España, nombrado en el Capítulo general del año de 1221 por Nuestro Padre Santo Domingo. *Consta de todos los historiadores de la Orden.* Que su apellido fué Gómez, y que fué portugués lo dice el Maestro Quietif en su tomo I, *Script. Ord. Praed.*, fol. 15 in notis y folio 21 etiam in notis.»

Aunque el P. Larrainzar no pone los textos, hemos de procurar suplir ese requisito tan importante para los lectores, cuando la importancia de la acotación lo exija. He aquí el texto de Quietif y Echard, pues toda la obra del primero fué refundida y depurada por el segundo: «F. Guomitius (legunt alii Gomitius, quod agnomen fuisse volunt, nomen vero *Suerius*) vir nobili loco natus

lusitanus ortu, coenobium scalabitanum erexit, in eoque plures ad Ordinem adduxit, de quo legendi uterque Ludovicus Cacegas et Sousa, His. Prov. Portug. P. I».

Los lectores observarán que en el largo provincialato de Fr. Suero no se celebran Capítulos Provinciales. En realidad, no sabemos cuándo empezó este género de comicios regionales en España. El primer fragmento de *actas* capitulares que conservamos data de 1241. Es verdad que celebrándose anualmente Capítulos Generales, la importancia de los Provinciales no podía ser tanta como llegó a ser cuando aquéllos llegaron a ser más raros.

Sin embargo, el no conservarse *Actas Capitulares* hasta ese año no quiere decir que no se celebrasen *Capítulos Provinciales*; tampoco existen más que referencias de los doce primeros *Capítulos Generales*, y es cierto que se celebraron anualmente en todo el generalato del Beato Jordán, hasta el año de 1236 inclusive, que fué el último de su vida. Puede decirse que las primeras *actas* formales que existen son las de ese Capítulo último del Beato Jordán, que fué *Capítulo Generalísimo*, o sea con poder de hacer Constituciones, ya que estas de ley ordinaria exigen tres Capítulos continuados.

En este Capítulo hay disposiciones de las que debemos hacer mención por referirse a estudios. En una de ellas, aludiendo a la obra de corrección de manuscritos de la Biblia, que se estaba llevando a cabo en Francia bajo la dirección de Hugo de San Caro, ordenan los Capitulares: «Volumus et mandamus ut secundum correctionem quam faciunt fratres quibus hic iungitur in Provincia (Franciae), biblie alie Ordinis corriganur et punctentur». En otro lado se amonesta a todas las Provincias y Conventos, para que los hermanos se impongan en las lenguas de los países vecinos — quod in omnibus provinciis et conventibus fratres linguas addiscant illorum, quibus sunt propinqui. *Conf. Reicher-Acta Cap. Gen. Ord. Praed.*, vol. I, 12-36.

«Los *Anales de la Orden*, t. I, folio 368, dicen que fué de nobles padres, »portugués, muy virtuoso y reputado por Santo, y que vivió hasta el año »de 1233. Y hasta entonces fué Provincial, dice Medrano, folio 258 y 270 »del t. I de su *Historia de la Provincia de España, de la Orden de Predi-* »dicadores.»

Es en la página 257 del tomo II donde trata Medrano de Fr. Suero por estas palabras: «Mas, como ya dejamos escrito, y consta del mismo Breve (se refiere al que dió Gregorio IX el año de 1232, para que los Obispos y los dominicos combatesen la herejía albigena en España), fué despachado a 6 de Mayo del año de 1232, y habiendo el V. Fr. Suero fallecido en 17 de Abril del siguiente, no es creíble que un varón tan celoso y que tenía tanta experiencia de cuán pronto remedio necesitan los peligros de la Religión, tardase tanto en acudir a los que padecían los Reinos de Cataluña y Aragón». En el tomo I, página 683, había escrito Medrano: «Para Provincial de España eligieron al V. Don Fr. Suero Gómez, varón cuyo juicio y santidad acreditaban bien las experiencias y el mucho acierto con que había trabajado en las fundaciones de Portugal y Castilla». En otro lado, mas extensamente: «Fué este venerable varón natural del Reino de Portugal. Aunque el descuido de los primeros escritores de nuestra Orden, por la mayor parte extranjeros, no señale la ciudad de su nacimiento, convienen todos en esta noticia y en la nobleza de su sangre, que

también prueban escrituras y memorias de aquel tiempo, que refiere con erudición y puntualidad el cronista Fr. Luis de Sousa. Fué muy favorecido del Rey de Portugal D. Sancho. Dedicó sus primeros años a la ocupación de los estudios, que acompañaba con piadosos ejercicios. Llegó a Portugal la Cruzada que expidió Inocencio III contra los albigenses, y encendiéndose Don Suero Gómez en los deseos generosos de ofrecer su vida en defensa de tan ilustre causa, partió a Tolosa. Sus prendas de valor militar y celo católico le ganaron los afectos de Santo Domingo. Tratábale muy familiarmente el Santo, y como sus palabras eran unas dulces centellas, que, regalando con suavidad el entendimiento, introducían en el corazón las llamas del amor divino, fácilmente se apoderaron de Fr. Suero, desterrando con su pureza algunos vapores que aun mantenía del mundo y sus esperanzas. Resolvió abandonarle para siempre, siguiendo el camino y el ejemplo de Santo Domingo, en cuya compañía se alistó muy gustoso, y de cuyas manos recibió el hábito de la Orden en los principios de su fundación. Fué tanto el aprovechamiento que logró Fr. Suero en todo género de virtudes, que Santo Domingo, que medía sus acciones con celestial prudencia, creyó poderle fiar, sin riesgo, la empresa y superioridad de la misión de España, juicio que acreditó de discretísimo el tiempo, pues la santidad, prudencia y celosa circunspección de Fray Suero puso los altos fundamentos a la gloria, santidad, doctrina y observancia con que entre todas las de la Orden se descuella nuestra Provincia. En el capítulo X del tomo II es donde más extensamente trata de dicho Padre. Extractemos un poco: «Desde Barcelona, donde, como dijimos, logró ilustrar la Orden con un sujeto como San Raimundo, bajó a Zaragoza, y allí, con gran consuelo suyo, vió que en el nuevo convento de Predicadores florecía la rigurosa puntualidad de nuestras leyes. No solamente vivían aquellos frailes con la pobreza, retiro, oración, estudios y los otros empleos que prescribió el Santísimo Patriarca para la vida interior de nuestros claustros, sino que atendían igualmente a la salud espiritual de sus prójimos, que es el fin superior de nuestra Orden... Llenose, pues, de interior y santo regocijo el V. Provincial..., y, exhortando con grave y cariñosa eficacia a la continuación de aquel santo empeño, tomó el camino de Castilla... Mas cuando el V. Fr. Suero adelantaba con su persuasión y su ejemplo estas nobilísimas tareas, le sobrevino un sentimiento para que fué bien necesario toda la valentía de su resignación. Éste fué la noticia de haber fallecido nuestro gloriosísimo Patriarca... Entre todos sus discípulos y compañeros fué Fr. Suero especialmente querido. A su prudencia fió el Santo gravísimos negocios; tuvo la dicha de acompañarle en muchas de aquellas empresas de la caridad que dejamos referidas, y de que descansase en él muchas veces de sus espirituales aflicciones... Al mismo tiempo, poco después de esta sensible noticia, recibió también la convocatoria o patente para concurrir como Provincial de España al Capítulo General, que por la próxima Pascua de Pentecostés debía celebrarse en París para elegir sucesor a Santo Domingo. Pero faltando aún algunos meses, le pareció proseguir la visita de los conventos y atender a las ocasiones que se ofreciesen de fundar otros. Para proceder en este asunto con la prudencia y atención debida, solicitó la audiencia del santo Rey Don Fernando, que a la sazón se hallaba en Toledo disponiendo la guerra de Andalucía. No solamente logró luego la audiencia del Rey, sino que allá fué tratado con grande benignidad y

dulzura. Presentó Don Fr. Suero al Rey la Bula que antes del fallecimiento de Nuestro Padre despachó Honorio en recomendación de la Orden, y queriendo Fernando mostrar su veneración a las palabras del Vicario de Cristo, despachó un privilegio que manifiesta bien lo que apreciaba a la Religión de Predicadores, y es como sigue:

Ferrandus, Dei gratia, Rex Castellae et Toleti (*todavía no era Rey de León*) omnibus hominibus regni sui hanc chartam videntibus, salutem et gratiam.

Universitati vestrae notum fieri volumus, quod Dominum Suerium, Priorem Ordinis Praedicatorum in Hispania, diligimus et charum habemus, ejusque meritis exigentibus firmam de eo fiduciam gerimus et constantem. Unde rogamus vos propensius et mandamus, quod cum ad loca vestra venerint, tam dictus Prior quam praedicatores Ordinis sui (cum eundem Ordinem et fratres ad preces et mandatum Domini Papae sub protectione et defensione nostra receperimus et ad promotionem dicti Ordinis velimus intendere diligenter) eos benigne recipere, devote audire et cum reverentia debita tractare in omnibus studeatis; circa eos in omnibus taliter vos habendo, quod majorem apud nos mereamini gratiam invenire. Facta charta apud Madrid, Reg. exp. die XVIII Januarii. Era milesima sexagesima, anno Regni sui quinto». (Año de 1222). No quiso salir de Madrid sin visitar el convento de las monjas de Santo Domingo, que mereció la dicha de haber sido, y con tales circunstancias, fundación del Santo Patriarca. Gobernábale el V. Fr. Manés, hermano del glorioso Santo Domingo; vivían aún las mas o todas las monjas que recibieron el hábito de las manos del Santo fundador; conservábase la disciplina de sus principios, habiendo aumentado el número de religiosos. No se pudo detener mucho, porque le daban prisa las graves ocupaciones de su oficio. Salió, pues, de Madrid y se encaminó a Burgos, cabeza de Castilla, donde, como ya dijimos, es muy probable que hubiese ya convento de la Orden desde que estuvo en aquella ciudad nuestro glorioso Padre Santo Domingo». Habla después de su ida al Capítulo General de París en la Pentecostés de 1222, donde salió electo General de la Orden el Beato Jordán de Sajonia, de su regreso a España y detenida visita a Portugal, y fundación del convento de Santarén, que fué más bien un traslado, del laudo, que dió para avenir al Rey con el Arzobispo de Braga, de las paces logradas entre el Rey y los Infantes y de otras fundaciones que hizo ese año.

Los conventos que tenía la Provincia de España al terminar Fr. Suero su gloriosa carrera en 1233, eran los siguientes: Segovia, Palencia, Madrid, Barcelona, Santarén, Zamora, Zaragoza, Lérida, Salamanca, Burgos, Santiago, Pamplona, Toledo, Coimbra y Palma de Mallorca, fuera de algunos de religiosas.

Dícese que a sus ruegos compuso San Raimundo de Peñafort la *Suma de Casos de conciencia*, y, según el Maestro Saravia, gobernó la Provincia cerca de doce años, esto es, desde Pentecostés del año de 1221 hasta Abril de 1233.

«**Año 1234.** — San Gil, segundo Provincial, fuélo nueve años, hasta el »de 1245.»

No conocemos la forma de señalar Provinciales en los primeros años de la Orden, y, por lo tanto, pudiera ponerse en cuestión si este Capítulo, que el P. Larrainzar supone para dar sucesor a Fr. Suero, tuvo lugar, o si el entonces Fr. Gil de Santarén fué elegido sin celebración de Capítulo. Nombrado no

parece que pudiera ser ya el segundo Provincial, como lo fué el primero. Se advierte, desde luego, en las antiguas actas ese espíritu de democracia franca, que prefiere las elecciones de abajo a los nombramientos de arriba, y ha sido la característica de la legislación y del espíritu dominicano, más fecundo quizás por esa causa, en grandes individualidades que en obras colectivas.

En el Capítulo Generalísimo de 1236 se supone que los *Capítulos Provinciales* son anuales, y se determina que muerto o depuesto el Provincial (en lo cual parece indicarse que su duración es indefinida), el Prior que haga sus veces debe convocar prontamente a los electores para elegir, y celebrar Capítulo si no se hubiera ya celebrado. Los electores eran ya por entonces todos los Priores conventuales y dos religiosos de cada convento elegidos por todos los demás. Estas tendencias se iban señalando poco a poco, y no sabemos el año preciso en que empezaron por no tener de los Capítulos Generales anteriores más que leves referencias, y de los Provinciales ni eso siquiera, teniendo que contentarnos con determinar el hecho de su actuación en la vida religiosa, sin poder determinar cuántos se celebraron antes de 1241, qué año se celebró el primero y con qué regularidad los restantes. El lector, sabiendo que el año de 1236 se suponen en las *Actas del Capítulo Generalísimo*, anuales los comicios legislativos provinciales, puede colocar en los años inmediatos un Capítulo, prudentemente, aunque desconozca los asuntos tratados. La primera noticia oficial de ellos la hallamos en el extracto que se conserva del Capítulo General celebrado en 1233, al cual, por ser la traslación de los restos del fundador, habían concurrido más de trescientos religiosos (*plus quam trecentos*). En él leemos: «Item volumus et mandamus ut Prior Probinialis el diffinitores non addant nec minuant hiis quae a fratribus communiter tenentur. La primera resolución que se conserva de las Cámaras Generales acerca de las Provinciales es una llamada al orden para que no se extralimiten y embotellen el afán ordenancista. Este Capítulo fué el tercio décimo General. En el décimo sexto, que es el Generalísimo citado, hallamos cuatro disposiciones que merece la pena copiemos a la letra por ser las más antiguas conocidas acerca de los Capítulos Provinciales:

Magister aut Priores Provinciales non mutant acta capituli generalis vel provincialis nisi forte in speciali causa necessaria et utili...

Item. Nulla domus de cetero detur nisi a priore provinciali et diffinitoribus provincialis capituli fuerit postulata, nec concessa ponatur nisi ubi predicti decreverint expedire...

Item. Confirmamus hanc constitutionem quod electio prioris provincialis spectet tantum ad priores conventuales cum duobus fratribus de quolibet conventu ad hoc electis, omnibus fratribus ad illum pertinentibus si commode fieri potest convocatis...

Item. Priore Provinciali mortuo vel amoto, prior qui locum eius obtinet, teneatur convocare quam cicius poterit commode electores, et statim prior provincialis eligatur, et capitulum provinciale celebretur, nisi iam fuerit celebratum: si statim non elegerint qui debent eligere, potestas eligendi vel providendi ad magistrum ordinis transferatur.

«Año 1237. — Capítulo en Burgos. Provincial San Gil de Santarén» (*Cons.*, Medrano, t. II, fol. 258 y 270).»

Antes de este Capítulo de 1237 (en el cual se aceptó la fundación del Convento de Córdoba en dicha ciudad acabada de conquistar por el afortunado San Fernando, y se acordó dar principio a la fundación del Convento de Oporto, a ruegos del Obispo), antes de este Capítulo hubo de pretender celebrar, por lo menos, otro que no tuvo lugar por una desgracia que pasó a los Capitulares.

Estaba convocado el Capítulo para Palma de Mallorca, y en una tempestad se ahogaron veinticinco Padres que iban para el Capítulo, salvándose milagrosamente el Provincial con otros pocos. Este Capítulo consta con toda certeza por conservarse la carta del Obispo de Porto al Provincial y definidores del Capítulo de Burgos, pidiendo se estableciesen en la capital de su diócesis. Este año murió el General de la Orden Beato Jordán, siendo elegido tercer General San Raimundo en el Capítulo de 1238, al que debió asistir el Beato Gil de Santarén, o San Gil, como suele decirse. En los diez y seis meses de vacante gobernó la Orden el Beato Alberto Magno.

Los años 38, 39 y 40 hubo Capítulos Generales en París y Bolonia, cuyas actas se conservan, a falta de las de los Capítulos Provinciales, que no aparecen hasta el año siguiente. El año de 1240 renunció su oficio San Raimundo, siendo elegido en su lugar Fr. Juan Teutónico. La Orden iba alternando con jefes españoles y alemanes, y la Provincia de España, con haber salido de Castilla y Aragón Santo Domingo y San Raimundo, contaba como sus únicos Provinciales a dos portugueses.

Rigió la Orden durante la vacante, que duró un año, Fr. Hugo de San Caromás tarde escritor celebrísimo, el primer Cardenal de la Orden y el director de la obra de los quinientos años, llamada *Concordancias de la Biblia*, que llevó a cabo, según se dice, al frente de cien religiosos y durante cinco años.

En los Capítulos Generales de estos años hallamos algunas disposiciones referentes a estudios, dignas de consignarse. En el de 1239 se manda que los profesores no sean elegidos Piores, ni definidores, a no ser el Capítulo en su Provincia, ni se les ocupe en el confesonario. Statuimus quod lectores quamdiu possunt officium exercere, in Piores conventuales nullatenus eligantur sed nec in diffinitores nisi forte capitulum fuerit in eadem Provincia celebrandum nec passim in confessionibus occupentur. Esta disposición, buena para el estudio, pero terrible para el gobierno, hubo que revocarla pronto.

En el Capítulo de 1240, último de San Raimundo, se ordena envíen las Provincias estudiantes a París (*Studentes mittantur Parisius a Priore Provinciali de consilio diffinitorum*); se manda proveer de libros a los profesores y darles un trato que les haga posible el trabajo de la enseñanza (*Provideatur lectoribus in libris, ut scriptum est, et in cibis necessariis, ut possint laborem studii sustinere*); se dispensa a los estudiantes de París el rezo común de los días laborables, excepto las Completas (*Frates studentes Parisius qui sunt pro lectoribus assignati, in ferialibus diebus ad completorium tantum venire teneantur*); se concede a los profesores llevar sus libros, comentarios y cuadernos a las Provincias donde son destinados (*Frater qui in alienam Provinciam ad legendum mittitur omnes libros suos glosatos, postillas, bibliam et caternos secum deferat*). •

FR. LUIS G. ALONSO GETINO.

BOLETÍN DE TEODICEA

Introducción.

El Problema Religioso.—Nunca se habla tanto de higiene ni se dan más consejos para conservar la salud, como cuando hay epidemia. Cosa parecida nos sucede ahora tratándose de los asuntos religiosos. Es abrumador el cúmulo de obras que se han publicado en estos años, discutiendo desde todos los puntos de vista las ideas fundamentales de la Religión. Y en los países donde más se escribe, más se eclipsa. También el Sol preocupa más y se analiza con mayor detenimiento cuando lo obscurece la Luna.

La idea religiosa fundamental es la de Dios; y, sin embargo, no se le estudia aisladamente con aquel empeño y copia de razones que podía sospecharse, porque el *fenómeno religioso* se considera como algo íntimo, que cae bajo la jurisdicción de la Psicología, sometido a la experiencia consciente, como una de tantas sensaciones o estados de alma. Todos estos filósofos que discuten tal *fenómeno* interior, parece que han pactado el no preocuparse de la realidad extrínseca a que obedece la idea religiosa: es decir, para los tales es cosa baladí la realidad de Dios; les basta con el sentimiento, con la experiencia religiosa, no sujeta a convicción, sino a variabilidad, como lo dice en su mismo título el famoso libro de W. James, *The Varieties of religious Experience*. No falta quien considere el sobredicho fenómeno como un caso patológico, lindero con la locura... ⁽¹⁾. La Teodicea no puede penetrar en el bosque de estos tratados. Los mirará por fuera, y cuando vea en ellos algo que le interese, lo anotará con cuidado en su balance. Otra de las ciencias con las cuales comparte sus tareas, es la Apologética. Son buenas amigas, se prestan a menudo los argumentos y se defienden de los mutuos ataques. Parece que la Apologética había de estar más relacionada con la *Psicología religiosa*, y en vez de probar extrínsecamente verdades abstractas, enseñar prácticamente la defensa de esas verdades, según sean los espíritus que las niegan o las rechazan. Dios, como autor de la Revelación, el Dios sobrenatural (si así podemos hablar por claridad), debe ser el que estudie la Apologética, ario de la Teología, introducción a ella. Nosotros, en la Teodicea, hemos de tratar de Dios como autor natural de las cosas, según por ellas lo puede conocer nuestra razón, sin más luz que

(1) Cfr. M. DE MUNYON O. P.: *Introduction générale à l'étude psychologique des phénomènes religieux* (Art. en la *Rev. des Sciences Philos. et Théol.*—20 Janvier, 1914, página 5, y sigs). Es también muy notable el estudio de BOUTROUX, *Religion et Raison*, publicado en *Rev. de Mét. et de Mor.*, Janvier, 1914.

la del propio raciocinio. Tratándose de una Teodicea cristiana, viene la Revelación a confirmar los razonamientos y a esclarecer las sombras; pero el medio de demostración siempre es un elemento racional. De esas obras, libros y artículos se oirán los ecos por estas páginas.

En España.—A nosotros poco nos quitan el sueño estas cuestiones. En 1909 se publicó, traducida por D. Vaca, la obra de Höffding, *Filosofía de la Religión*, que es más bien un estudio de psicología y ética, como se sabe. El mismo año apareció el tomo I de *Los Orígenes de la Religión*, por E. González Blanco, libro formado de aluvión, como todos los suyos, y con el propósito de hacer «Teología crítica y herética, hoy que el Clero católico, incapaz de gobernar las almas, abandona casi en absoluto toda Teología, y, ávido de conservar su dominio sobre el pueblo, crea sin cesar Sindicatos agrícolas, Círculos de obreros y Asociaciones de todas clases.» Escritor que de esta forma se expresa, ya está juzgado; científicamente no se le puede descalificar, porque ya lo está por sí mismo.

Pues aquel mismo año se estrenó un drama, *La fe que muere*, de un tal Rovira y Sena; y al hacer la crítica teatral, otro González Blanco (D. Andrés), le reprochaba el gusto y le decía: «No llegan a mil las personas que actualmente en España han pensado alguna vez si Dios existe.» Y habla después de nuestra religiosidad *aparente y rutinaria* (1)...

Lo que haya de cierto se verá en estas líneas. Diremos cuanto en España y en el Extranjero se haya publicado en los últimos años acerca de Dios, de su existencia, pruebas que la manifiestan, atributos divinos y acción de Dios en las cosas. Primeramente indicaremos algo de las orientaciones en Teodicea y de las corrientes centrales que sigue el pensamiento contemporáneo cuando discurre acerca de Dios.

I

Orientaciones generales.

Idealismo y Realismo.—Cuando se celebró el Centenario de San Anselmo se publicaron numerosos escritos dilucidando el valor y aun la expresión exacta de sus célebres pruebas contenidas en el *Monologium*, en el *Proslogium* y en el diálogo *De veritate*. Entonces, generalizando de lo particular a lo universal, y elevándose a los principios, se empezó a discutir cuál era la posición más firme: la *idealista*, de San Anselmo, o la *realista*, de Santo Tomás. Todo cuestión de método (2).

La persona que no tiene fe puede de mil maneras convencerse de que hay un Dios. El camino más derecho y más sencillo es, según San Anselmo, el siguiente: Todos los hombres buscan el bien. Pero el bien se presenta en la va-

(1) V. *Nuestro Tiempo*, Oct. 1909, pág. 66.

(2) N. BALTHASAR: *La Méthode en Théodicée, Idealisme anselmien et Réalisme Thomiste* (Art. en «Annales de l'Institut Supérieur de Philosophie», aun. 1912, páginas 423 y siguientes).

riedad más pintoresca y más distinta. ¿A qué obedece esta variedad? ¿Tienen todos los bienes un origen común? Conocida cosa es, y muy clara (*certissimum... perspicuum*), que las perfecciones ordenadas de más a menos suponen una fuente de perfección y de bondad que las hace a todas perfectas en aquel orden que se considera. Si todas son *buenas*, algo hay general en todas que las hace *buenas*. E, indudablemente, este *algo* tendrá de bueno lo de todas, y más: será un *bien* grande, el mayor de todos, bien por sí mismo. Luego este *algo* existe, y le llamamos Dios. En este razonamiento hay, como se sabe, un tránsito de lo ideal a lo real, y en ese tránsito la llaga que lo enferma. Otros razonamientos análogos que hace San Anselmo tienen el mismo vicio de origen, flaquea el *método* y no llegan a concluir en realidad lo que indican en apariencia. Cree, sin embargo, Balthasar que en el fondo hay un realismo moderado en lugar del idealismo que ordinariamente se cree, y lo comprueba con textos variados y dispersos. Cree también que entre el argumento expresado y la *cuarta vía* de Santo Tomás hay paralelismo señalado, y aun por eso hubo quien tachó al Angélico Doctor de idealista platónico. Conviene examinar más despacio el espíritu que anima la prueba del *Dialogus de Veritate*. Es una demostración que se funda en la cualidad que hace a las cosas verdaderas, por la cual se llega a una suprema verdad. No hay idealismo, dice, supuesto que se trata de *verdad* ontológica extra-subjetiva. También Santo Tomás delineó esta prueba en su *cuarta vía*. El más conocido de los argumentos anselmianos es el expuesto en el *Proslogium*; ¿es idealista? Lo han completado, como se sabe, adicionándole oportunas reflexiones o con *variaciones* sobre el mismo tema, Descartes, Leibnitz... Parte San Anselmo de la idea de Dios, el *sér* más perfecto posible. Pero es más perfecto existir en el pensamiento y en la realidad que en el pensamiento sólo. Luego es contradictorio pensar que Dios no existe. Luego Dios existe (pág. 449). El argumento también claudica, llegando sólo a probar que Dios no puede pasar del no ser al *sér*, que *si existe*, es perfecto e inmutable en su omnímoda perfección. Pero no se puede poseer la certeza de que existe realmente, porque nuestra inteligencia no tiene fuerzas para tanto; limitada como está al dato sensible, sólo puede conocer lo que de él se deriva; y Dios, ni está contenido ni se deriva de él intuitivamente. De no saltar de lo ideal a lo real, no podemos dar por demostrada la existencia extramental; de lo que *pensamos* como la cosa más perfecta que se puede imaginar.

Santo Tomás siempre guardó la misma posición frente a San Anselmo, aunque alguna vez quiso interpretar sus palabras, diciendo: «La razón de Anselmo debe entenderse en este sentido: después de que entendemos a Dios, no cabe pensar que exista Dios, y pueda entenderse que no exista...⁽¹⁾». Con estas palabras evita el Angélico Doctor el salto mortal de dentro a fuera que daba San Anselmo. Por mucho que se hayan querido esforzar los comentadores del Santo Arzobispo en hacerle *realista*, no han logrado conseguir nada. La interpretación del más moderno y más ilustre de ellos, el benedictino Dom Adlhoeh († 1910) es más benigna que aceptable, y su empeño en hacer anselmiano a Santo Tomás es inútil mientras no se borre *La Suma Teológica*.

Los caracteres de la verdad humana demuestran *solamente*, según Santo To-

(1) SANTO TOMÁS: *In I Lib. Sent.*, d. 3, q. I, a. 2.

más, la espiritualidad de la facultad cognoscitiva. Todo, dentro del sér nuestro, en el santuario de la Conciencia. La existencia de la Causa Primera la deduce de las realidades existentes fuera de nosotros por las cinco vías conocidas, solidificadas por el realismo moderado. «Nosotros podemos, pues, caracterizar a *potiori* la teoría anselmiana comparada con la tomista, diciendo que la primera es *idealista*, y la segunda *realista*. Nada más lejos de un logismo puramente verbal y de un idealismo estéril que el tomismo bien comprendido en sus principios esenciales» (pág. 467).

Esas dos tendencias señaladas por el autor como predominantes en los siglos medios han tenido derivaciones en los modernos. La Teodicea tomista siempre ha conservado su carácter; la anselmiana sirvió como de tronco para diferentes injertos.

Su tendencia idealista, sobre todo, predomina grandemente, abarcando tan opuestas fronteras como son el ontologismo y el agnosticismo. Y aunque es propio de la Metafísica demostrar qué posición es la más firme para asentar en ella la *certeza*, el hecho es que hoy mismo ejercen poderoso influjo los métodos idealistas en las cuestiones de Teodicea, como se advertirá por los párrafos que siguen.

Derivaciones agnósticas.—Casi todas las preocupaciones contemporáneas acerca de Dios y de los sentimientos religiosos que se dan a conocer en numerosos libros y artículos de revistas siguen corrientes que, directa o indirectamente, se derivan del agnosticismo, tendiendo a la concepción de un Dios interior, que en las sombras, o, al menos, en la penumbra del alma, nace al hombre sin darse cuenta de su aparición, ni saber, por tanto, razonarla. No hay que pensar en el método realista, de considerar las cosas criadas como peldaños para subir a Dios: no hay más mundo que el interior, ni más Dios que el inmamente, el último, el contiguo interiormente a nuestro sér: como dos esferas tangentes por dentro.

Aunque sea ligeramente, me parece oportuno trazar un pequeño dibujo de esas corrientes o cauces principales de las ideas modernas tocantes a la Teodicea.

Para la *teoría sociológica*, cuyo padre y fundador es Durkheim ⁽¹⁾, la idea religiosa, y, por consiguiente, la idea de Dios no proviene del individuo, ni es algo que se impone al entendimiento por demostración; es un postulado *social* que nos lo encontramos hecho, sin que el individuo ni la sociedad puedan saber de dónde les vino. La teoría psicológica de Dios es falsa. La teoría utilitarista de la verdad, proclamada y defendida por el *pragmatismo*, cuyo corifeo saben todos que es James, un filósofo verdaderamente norteamericano, ha tenido influencia en la idea de Dios. Hemos indicado algo cuando recordamos arriba la *psicología religiosa*. Hay que confesar, después de las críticas kantianas, que fracasaron los intentos intelectualistas para demostrar la existencia y la naturaleza de Dios, por la finalidad de los seres y por la causalidad. Mirando en nuestro corazón, sentiremos aletear lo *divino*, preparándonos y sosteniéndonos para la acción. Ese sentimiento es algo vital para nosotros: ¿a

(1) El artículo fundamental de Durkheim, donde se contienen las semillas de los que escribió después, se titula *La définition des phénomènes religieux*, en «L'Année sociologique», de 1893.

qué preocuparnos de lo que es? Que el Dios de los teólogos o filósofos antiguos exista o no exista, eso tiene poca importancia *práctica*. El caso es que *dentro* llevamos algo, de cuya eficacia podemos juzgar por los resultados: *iluminación interior, satisfacción lógica y fecundidad práctica*. Esa iluminación sobreviene a las experiencias místicas, que también se realizan en la penumbra de lo divino. Es decir (podemos agregar nosotros), que el agnosticismo de Comte, que se extendía por el universo exterior y nos impedía conocer a Dios por raciocinio, se ha extendido también por dentro del alma, apareciendo un *agnosticismo psicológico* todavía más desconsolador y más falso ⁽¹⁾.

Además de ser insuficiente, aun para las necesidades morales del corazón, que no puede llenarse con sombras, ahonda el pragmatismo religioso la división que otros ingenios han abierto entre la ciencia y la religión, y nos arroja en brazos de lo fortuito y caprichoso.

La teoría de la subconciencia ensombrece más la cuestión; decir que nace de allí la idea de Dios, equivale a confesar que no se sabe de dónde nace.

De aquí se pasa por un deslizamiento suave a la teoría de la inmanencia religiosa, en que Dios no es ya *contiguo*, sino *interior* al mismo individuo. Los protestantes liberales, a cuyo frente está Sabatier, y los filósofos de la *acción* dirigidos por Blondel, adoptan esta situación, que tiene más de sentimental y religiosa que de filosófica o racional. No nos detenemos ya en más detalles, porque es tarea propia de la Psicología. Baste con las ligeras indicaciones precedentes para conocer tres de los cauces por donde va la razón humana cuando especula de Dios fuera de la Teodicea netamente cristiana ⁽²⁾.

Tendencias Bergsonianas.—Aunque el filósofo de moda en nuestros días no abordó el problema de Dios directamente, ni se preocupó mucho de asentarse sus bases, pero ejerce una influencia tan poderosa en todos los ramos de la especulación filosófica que me ha parecido conveniente diseñar algunas ideas, que se desprenden de sus doctrinas, acerca de Dios. Sin duda ninguna es el autor más criticado, más discutido, más impugnado y defendido y comentado de los contemporáneos nuestros. El secreto de su éxito está en la observación psicológica finísima con que analiza nuestras sensaciones y pensamientos, en el coeficiente científico, que en sus raciocinios introduce, y en el encanto de su bien decir. Pero de Dios no habla directamente casi nada.

Aunque mucho se desprende de lo que dice, me contento con entrelazar sus doctrinas expuestas con las mismas palabras suyas ⁽³⁾, citando entre paréntesis las iniciales de las obras y las páginas respectivas.

(1) La obra más completa en este asunto para conocer el pensamiento de James (W.) es la titulada: *L'Expérience Religieuse, Essai de Psychologie descriptive*. Trad. Abauzit, prol. de Boutroux. Deux. édit. Paris, Alcan., 1908. Otros libros del mismo autor y de innumerables escritores han desarrollado las consecuencias de esas ideas madres.

(2) Entre las distintas obras que sobre esto pueden consultarse, quiero citar, por lo clara, la de G. MICHELET: *Dieu et l'Agnosticisme Contemporain*. Deux, édit. Paris. Gabalda.

(3) Aparte de sus artículos y de su obra más ligera, *Le Rire*, y conferencias, conviene recordar que su labor filosófica se encierra en la famosa Trilogía, *Essai sur les données immédiates de la conscience, Matière et Mémoire* y *L'Evolution Créatrice*. Paris. Alcan.

Por cierto que a M. de Tonquédec, al estudiar esta obra, le pareció ver re sabios marcadísimos de panteísmo (1). Al leer Bergson estas apreciaciones le escribió dos cartas, en la última de las cuales le aseguraba que quedaban refutados en sus páginas tanto el Monismo como el Panteísmo, y en ellas se dibujaba con bastante claridad «la idea de un Dios creador y libre, generador, a la vez, de la materia y de la vida, y cuyo esfuerzo de creación se continúa del lado de la vida por la evolución de las especies y la constitución de las personalidades humanas». ¿Os parece claro este lenguaje? Efectivamente, esa es la idea de Dios, que se deja traslucir en las tendencias bergsonianas en las páginas de sus mejores libros.

Conviene advertir el parentesco que existe entre las ideas de Bergson y el Pragmatismo de James. Esta simpatía de familia la confiesa el mismo filósofo parisién (2), y explica puntos que de otra suerte permanecerían dudosos. Además tiene, un carácter psicológico marcadísimo las teorías de Bergson, aunque en sus libros se vean, fuertemente entretreídas, reflexiones de todas las ramas filosóficas. Esto hace que la ordenación aislada sea más difícil. Desde luego es indudable que las pruebas de la existencia de Dios, que por las cosas criadas fuera de nosotros va deduciendo la Teodicea clásica, no tienen valor ninguno. Todo lo que existe es un conjunto de imágenes (materia) que llegan a percibirse porque de algún modo se relacionan con una imagen determinada privilegiada, que es nuestro cuerpo (*M. et M.*, pág. 7). Sucede todo como si en ese conjunto de imágenes, que se llama Universo, nada pudiera producirse realmente de nuevo, más que por el intermedio de ciertas imágenes particulares, cuyo tipo lo suministra nuestro cuerpo... De aquí que el problema planteado entre el idealismo y el realismo consiste en explicar cómo pueden coexistir en dos sistemas las mismas imágenes: en uno variando por sí mismas, recibiendo las imágenes la acción de las que le rodean (*realismo*); en el otro variando por la acción de una sola y en la medida variable en que reflejan ellas la acción posible de esta imagen privilegiada, *idealismo* (*M. et M.*, página 11). En suma, si aun para el realista es el Universo un conjunto de imágenes gobernado por leyes inmutables, y cuyos efectos son proporcionados a sus causas, ¿cómo se ha de inferir de ahí un Dios, origen real de seres que no sabemos si lo son? Imágenes... cinematógrafos funcionando, pero en tan grandes lejanías que no se logra distinguir si funcionan solos. Todo es un ciego *devenir*... (*E. C.*, páginas 292-94). Verán mis lectores que estas ideas son incompatibles con un Dios personal, infinito, absoluto, causa creadora y final de todos los seres... Se dice que Bergson hace ir al Universo en una dirección — la vida — en que se encuentra a Dios. Y puede responderse: ¿al principio o al fin de la jornada? ¿Es un Dios — vida — pensamiento que se hace de continuo, y no será totalmente hecho hasta que la evolución dinámica haya terminado? El Dios de la Teodicea *actualmente* existe como distinto del mundo o

(1) Cf. J. DE TONQUÉDEC: *Dieu dans «L'Evolution créatrice», avec deux lettres de M. Bergson*. Folleto en 8.º, Paris, Beauchesne, 1912.

(2) De todos los estudios que sobre este aspecto particular de la doctrina bergsoniana se han publicado, nos parece el mejor el de PAUL NÉVE: *Le Pragmatisme et la Philosophie de M. Bergson* en los citados *Ann. de l'Inst. de Phil. de Louvain*, t. I, páginas 177 y siguientes.

conservador positivo de él. Las ideas de Bergson, por más que diga, no son claras, y *van por mal camino*.

Por razonamientos psicológicos tampoco se puede descubrir nada. Todo es vida, todo lo hace la vida. Aun cuando el espíritu toma de la materia las percepciones de que saca su alimento (*noirriture*), se las devuelve en forma de movimiento, en que ha impreso su libertad (*M. et M.*, pág. 279); la vida en su esencia es libertad, exigencia de creación. Pues bien, resulta que la inteligencia está caracterizada por una incomprensión natural de la vida (*E. C.*, página 179). Queda el recurso del instinto, que nos abre la intuición; pero ¿qué son la inteligencia y el instinto? Éste, cuando es perfecto (*achevé*), es la facultad de utilizar y aun de construir instrumentos organizados; y la inteligencia es la facultad de fabricar y emplear instrumentos inorganizados (*E. C.*, pág. 152). Claramente se ve que Dios no puede ser estas cosas ni por ahí se distingue la vía para buscarlo.

Finalmente hemos de decir, para no comprometer a Bergson, que no estudió el problema detenidamente, ni llegó a conclusiones precisas; que si se dice a los tomistas que pueden sacar mucho provecho de estudiar al filósofo de París (1), más ventajas sacaría Bergson profundizando las doctrinas de Santo Tomás; y que aun admitiendo aproximaciones *parciales*, no hay que pensar en una simbiosis de los sistemas, cuyas raíces son tan opuestas y tan encontrados sus desarrollos.

Orientación social.—Aunque de menos valor teórico, es, quizá, más interesante en la práctica una orientación, consecuencia, tal vez, de la anteriormente explicada, defendida por Durkheim. La expresa Belot en su artículo sobre la idea de Dios y el ateísmo (2), que voy a resumir, porque refleja sentimientos muy generalizados en nuestros días. La idea de Dios, viene a decir, es lo único que nos resta del naufragio de las creencias antiguas. La palabra *ateo* se aplica a quien agotó todos los calificativos. Esta acusación de ateísmo es tanto peor, tanto más temible, cuanto que es más vaga. La idea de Dios resulta contraria a la verdadera democracia, que no debe obedecer por miedo ni por cegueras. Dice que es un error llamar ateo, por el mero hecho de no confesar a Dios; como la Escuela laica no debe decirse que niega a Dios: es como si dijéramos que los ferrocarriles niegan a Dios, porque son *sin Dios*. Tampoco debe llamarse ateo a quien pide pruebas de la existencia de Dios. La idea de Dios se presenta bajo ciertas formas irreductibles; no hay una idea de Dios, sino muchas, y opuestas entre sí. Por lo menos, tres: el Dios *popular*, el de la *Metafísica* y el de la *Mística*. ¿Cómo han podido yuxtaponerse estas concepciones distintas? Hay, por tanto, tres ateísmos, correspondientes a las tres negaciones. Y cuando quiere probarse a Dios, debe decirse la existencia de qu Dios quiere demostrarse. Pero, ¿es práctica la cuestión de Dios? Desde luego hay que admitirlo o rechazarlo; no permiten adoptar una actitud crítica, espectral, dubitativa. Se proclama a Dios como fundamento de la disciplina social; e históricamente eso ha sido. Socialmente, no tenemos experiencia de que

(1) FR. FEULING (D): *Henri Bergson und der Thomismus* (Art. en *Jahrbuch für Phil. und Spek. Theol.*, t. XXVII, 1, páginas 33 y siguientes).

(2) G. BELOT: *L'idée de Dieu et l'Athéisme au point de vue critique et au point de vue social* (Art. en *Rev. de Métaphys. et de Mor.*, Mars, 1913, página 151 y siguientes).

ninguna Sociedad haya peligrado por el ateísmo, ni que la falta de Dios haya sido causa de que se suprimieran los contratos y la buena fe. Suelen aducir la experiencia interior, la confesión de los que dicen que si no fuera por Dios, no tendrían valor ni moralidad. *Je me défie beaucoup d'un homme s'il vient m'assurer que, sans Dieu, il serait une canaille. Si je croi qu'il dit vrai, je me défierai de sa moralité...*

Es inútil refutar lo que se dice sin pruebas, solamente con la frescura de quien habla por hablar. De la moralidad de las personas que temen a Dios, se podrá desconfiar; de las otras no hay que desconfiar, porque se ve su desenfreno. Termina con decir que el miedo del ateísmo es, quizá, el ateísmo más profundo: frase hueca, giro de palabras, que no dice nada.

II

La existencia de Dios.

El concepto de Dios.—Según se plantee un problema, así es generalmente la solución; y para plantearlo con seguridad, es necesario conocer bien los términos que lo motivan. No puede comprenderse ni la transcendencia ni el sentido que implican las pruebas de la existencia de Dios, sin fijar antes y claramente el concepto de Dios. Y como éste varía según los sistemas filosóficos, así también cambia el aspecto y el desarrollo de las dichas pruebas. Por esto me parece conveniente recoger aquí algunos trabajos referentes al concepto de Dios.

Al cual concepto, según Crespi ⁽¹⁾, es intrínseco el manifestarse no como un sér finito, aunque mejor que todos los demás, sino un sér en el cual todos los otros seres existen y viven con sus raíces fijas en lo íntimo de la Divinidad (*ciò divienne inconcepibile in caso contrario*). Es decir, no es solamente una hipótesis probable la existencia de tal Sér misteriosamente remoto. Ha de ser una Realidad Suprema. Las pruebas tradicionales de esa existencia no conducen a un sér meramente problemático. Si se discuten, no es porque se desvirtúe su valor lógico, sino porque se rechaza *à priori* esa Realidad como digna de suscitar y poderosa para exigir adoración de quien tiene de ella conocimiento. Y por eso se dice que no prueban nada real. Otros dicen que demuestran la existencia de un Absoluto, y que este Absoluto es espiritual. ¿Cómo lo demuestran? Analiza el autor las pruebas de la existencia de Dios: la *teleológica*, desportillada con la inmanencia finalista resucitada por el darwinismo; la basada en la *contingencia*, que si demuestra la existencia de un sér necesario, no se infiere que sea digno de adoración. Las pruebas ontológicas parece que podrían llenar este hueco. La crítica kantiana no aminora el mérito de esta demostración. La idea de Dios se ha revelado en la Historia no como una idea exclusivamente subjetiva, sino como una *Realidad* que constituye el fin último del hombre.

(1) A. CRESPI: *Il concetto moderno di Dio*. Art. en *Coenobium*, VI, fasc. IV, páginas 7-20,

Un estudio muy interesante puede hacerse acerca de las *fases principales* por que ha pasado el concepto de Dios en la inteligencia humana. Penetra el autor aquí en el campo de la Sagrada Escritura, hablando *humanamente*, con lamentables confusiones, de cosas que los profetas decían por inspiración. Aunque no es asunto de Teodicea, bueno es que advirtamos el falso criterio que le guía en este punto. El paralelo entre el Dios de los profetas y el de los filósofos griegos es un artificio irrespetuoso y fantástico, como el *Hijo de Dios* de San Pablo, comparado con el de Platón y Aristóteles. Esta divergencia exegética y teológica influye en sus consideraciones racionales sobre la *personalidad divina*, compatible con la *universalidad*. Santo Tomás deduce la existencia de un Motor inmóvil, de cierta causa eficiente, de algún sér necesario e inteligente. Probar que tal sér es transcendente, y los atributos que de ahí se siguen, es cuestión muy distinta, que Santo Tomás, con buen acuerdo, estudia separadamente. Caben, pues, todos los progresos científicos y filosóficos dentro de los moldes escolásticos. La *experiencia* religiosa no puede admitirse como fuente interior de conocimiento y de visión de Dios. El camino es deducirlo *razonando* sobre hechos, ya de los que ven los ojos del cuerpo por de fuera, ya sobre los que ven dentro los ojos de la conciencia.

—Análoga tendencia imanentista (y en esta parte de la Teodicea tocamos los límites de la Apologética) se manifiesta en muchos trabajos que estudian la Religión como hecho de conciencia y efecto o eflorescencia suya. Sirva de ejemplo el libro del protestante Watson, como escrito para uniformar y ponderar esas aspiraciones exageradamente *experimentales* (1). Dios parece que está immanente en las almas, no de forma que haya el abismo de la *transcendencia* entre ambos seres, sino como filtrados mutuamente, para obrar y pensar de modo armónico y perfecto. No quiere el autor que le llamen panteísta, pero con lo que dice, motivos da para llamárselo. Nuestras imperfecciones no impiden la unión con Dios, íntima y difusiva. El ideal es el lazo que nos une. Y por eso no hay que demostrar a Dios como no demostramos la existencia de una necesidad; la sentimos, y en lo posible la llenamos. Grandiosa unidad constituye el mundo, unidad de mosaico, cuyo fondo es Dios.

Todos los espíritus se sostienen en El por El, inmutados en El. Nuestros entendimientos por El entienden; nuestros corazones por El se mueven y cuando nuestros órganos obran, obran por El y en El. Es una aplicación equivocada de la frase sublime de San Pablo: *En El vivimos y nos movemos y somos...* ¿Cómo es posible que los ateos admitan esas visiones de fantasía, cuando no sufren ellas el soplo de la crítica más tenue? Esta obra no es para filósofos: es para creyentes, y no muy avisados. Pero como tipo de un modo corriente de razonar hoy, convenía citarla y por eso la mencioné ligeramente; como podía haber citado la de Boutroux *La religion et la vie intérieure* (2) y tantas otras de menor importancia.

Todo son corolarios de esa enfermedad endémica, enervadora de los espíritus, que invade ahora los campos de la filosofía: el panteísmo, atenuado a veces, con careta las más, incosciente con frecuencia, tejido con sueños teosó-

(1) J. WATSON: *The Interpretation of Religious Experience*, 2 tomos en 8.º, XIV-375; XI, 342 páginas. Glasgow, 1912.

(2) Artículos publicados en la Revista *Foi et Vie*, n. I, año 1914.

ficos en distintas ocasiones; pero en el fondo siempre igual, el mismo sistema degradante y opresor ⁽¹⁾.

—Una experiencia menos sentimental es la preferida por Hocking para fundamento de las ideas religiosas, y, por tanto, para la idea de un Dios *real* ⁽²⁾. El sentimentalismo vago, que es fruto de un idealismo inconsciente, no puede llevar a la existencia de un *Sér*, exterior a nosotros, transcendente, sumo como tiene que ser Dios. Esta idea de Dios se nos impone a la conciencia de una manera imperiosa. Conocemos el mundo, procuramos investigar sus secretos, nos hacemos otro en el interior, y vemos que en ese encadenamiento de seres que el raciocinio y la intuición nos muestran, va implícito como último eslabón de la cadena el Hacedor Supremo. Penetramos después en las brumas de nuestros sentimientos y hallamos la idea religiosa informando uno de los más notables, el que más sin duda. Pero el sentimiento religioso sin Dios no puede concebirse ni *experimentarse*. Allí sentimos a Dios, singularmente en los estados místicos, que el alma, purificándose, puede llegar a conseguir, como demuestra la Psicología transcendente. De esa armonía *experimentada* entre lo que llevamos en el alma y lo que de fuera nos viene, se infiere una palpable demostración de que Dios existe. Esta obra, de cuya orientación conservadora y noble no puede dudarse, es un tejido de ideas pragmatistas moderadas con vistas al realismo y al misticismo. En países racionalistas o donde se respire el ambiente anti-intelectualista e idealista, será de utilidad su lectura y difusión. En el nuestro carece de aplicación y de eficacia.

Demostrabilidad de esta existencia.—Antes de manifestar detalladamente las pruebas que se aducen para demostrar la existencia de Dios y las críticas que en la actualidad se hacen de ellas, cabe preguntar si *puede demostrarse* tal existencia. No vale decir que del *hecho* al *poder* hay consecuencia, porque muchos han exagerado tal demostrabilidad. Contra los cuales ha escrito el P. Garrigou-Lagrange la primera parte de su hermosa obra sobre Dios ⁽³⁾, que tocada de soslayo en el *Boletín de Apologética* del número anterior, tiene cumplido asiento en el presente.

La demostrabilidad de la existencia de Dios implica tres cuestiones: la *primera*, que estudia de qué género y especie de demostración se trata; la *segunda* comprende las objeciones que se le han opuesto y las soluciones; la *tercera*, prueba la demostrabilidad propiamente dicha.

Primera cuestión.—Pues se trata de una demostración metafísica hecha con más rigor que las llamadas hoy *científicas*, las cuales no salen del campo experimental. Ha de ser una demostración más absoluta *en sí*, aunque resulte me-

(1) Pueden leerse las Conferencias dadas por B. Gaudeau sobre *Le Pantheisme Contemporain* y publicadas en *Le Foi Catholique*, 1911.

(2) W. E. HOCKING: *The Meaning of God in Human Experience*. En 8.º, XXXIV-586 páginas. New Haven, 1912.

(3) Después de haber formado el artículo *Dios* del Diccionario Apologético de la Fe Católica, se publicó aparte algo ampliada en 1910 con el título *Les Preuves de Dieu rat tachées au Principe de non-contradiction* (En 8.º, páginas VIII-240). Mejorada todavía y aumentada, acaba de ver la luz en 1915 bajo el título *Dieu: Son Existence et sa Nature Solution thomiste des Antinomies Agnostiques*. Paris, G. Beauchesne, 1915. (En 4.º, 770 páginas.) Nos referimos siempre, como es natural, a esta edición definitiva.

nos accesible *quoad nos*. No puede ser demostración *matemática* porque Dios no está sometido, en modo alguno, a la cantidad. No será tampoco una demostración *a priori*, pues son insuficientes las pruebas ontológicas; y al ser *a posteriori* debe remontarse del efecto *propio* a la causa *propia*. Estas Causas, accidentalmente subordinadas, no son *pasadas*, sino presentes; hay que razonar sobre las que veamos hoy. Y en esta serie de causas debe llegarse hasta una, la última, sin afirmar nada de su manera de ser.

Segunda cuestión.— Los amigos del empirismo empiezan por decir que el principio de causalidad, piedra angular de la demostración, no tiene universalidad ni virtud probativa. Desde Hume se reproducen los mismos argumentos, añadiendo que el principio de causalidad no puede sacarnos de la esfera de los fenómenos para buscar una causa primera. Las páginas de Stuart Mill, Spencer, James (W), Comte, Littré, y también las de Lévy-Brühl, Durkheim y Le Roy reproducen, casi copiándose, los mismos conceptos. Total: que el principio de causalidad no es valedero sino en el mundo de los fenómenos; y aun en éste, nada nos asegura que se puede aplicar siempre y en todo caso.

Se añade la objeción de Kant sobre el valor ontológico del mismo principio de causalidad, que no pasa de ser un juicio sintético *a priori*, el cual nos lleva lógicamente a un fenómeno antecedente, pero no a una causa primera y absoluta. Las *antinomias* acaban de destruir la poca seguridad que inspirase todavía el principio de causalidad. El empirismo y el idealismo kantiano son dos formas del agnosticismo.

Tercera cuestión.— Para establecer la demostrabilidad hay que empezar por esclarecer y fijar bien el valor ontológico de las nociones primeras y de los primeros principios. Nuestra *inteligencia*, aunque de una manera confusa, *lee dentro de las cosas*, siendo su objeto la *quiddidad* o esencia de las cosas. Bajo los fenómenos sensibles está el *ser inteligible* y sus leyes más generales, que son los primeros principios. Esto es, una simple intuición. Esto hay que admitirlo por su misma evidencia. El lenguaje de los agnósticos confirma en este punto el de todos los hombres. *Indirectamente* puede esto demostrarse, porque su negación conduce a dificultades insolubles; se arruina la ciencia, la vida social, la inducción; y conduce finalmente al absurdo.

El valor ontológico de las verdades primeras se defiende porque las nociones de ser, esencia, unidad, verdad, bondad, substancia, causalidad, finalidad (que son las *primeras*, las *fundamentales*), tienen algo que de suyo es inteligible y accidentalmente sensible. Examina y demuestra el P. Garrigou-Lagrange estos extremos y contesta cumplidamente a las objeciones idealistas.

El fundamento remoto de las pruebas de la existencia de Dios está en el principio de identidad, cuya verdad percibe espontáneamente la inteligencia en el ser (*fundatur super rationem entis et non entis*, dice Santo Tomás⁽¹⁾). También le han opuesto dificultades, afirmando que es una tautología estéril, los tres sistemas hermanos, el hegelianismo y el héracliteísmo (que es un muerto resucitado) y el bergsonianismo. Las resuelve todas con certero juicio. A este principio va unido el de substancia, contra la cual tanto lucha la filosofía del *devenir*. Por una reducción al absurdo brota del principio de identidad, el de *razón de ser* o razón suficiente, que constituye un fundamento más próximo

(1) SANTO TOMÁS, *Sum. Theol.*, I-2, q. 94, a. 2; 2-2, q. I.

de las pruebas consabidas. Y el *inmediato* es el de causalidad eficiente hermo-seado y completado por el principio de la finalidad.

Contra todos los ataques del agnosticismo moderno, defiende el autor plenamente el valor objetivo y transcendente de todas esas nociones *primeras*. Si se pregunta cómo intervienen esas nociones fundamentales en la demostración de Dios, debe responderse que analógicamente. Tomando un ejemplo de las matemáticas podríamos decir que nos valíamos de la siguiente proporción:

$$\frac{\text{criatura}}{\text{su sér}} = \frac{\text{Causa primera}}{\text{su Sér}}$$

donde hay dos términos conocidos directamente en su modo de ser, y esa analogía con el Sér increado conocido indirectamente. De esa proporción puede deducirse el cuarto término. Y nos sirve para ir conociendo la naturaleza de Dios después de demostrada su existencia.

Con estos antecedentes queda ya bien probada la demostrabilidad de la existencia de Dios. Lo difícil estará en formular con exactitud las pruebas.

—La base de todas ellas, advierte Laminne en un notable trabajo ⁽¹⁾, está en el principio de causalidad, apoyado, desde luego, en el de contradicción. Este primero abarca dos ideas: que las cosas como causas producen efectos de tal manera, que estos las presuponen; y que esas cosas, consideradas a su vez como *efectos*, exigen otra causa superior que transcendentemente, pero real e íntimamente, obra lo que obran ellas. Y cuando los efectos de estas causas, que por eso se llaman *segundas*, traspasan a ojos claros la esfera de su potencialidad, entonces, más que prueba, es una señal de la *presencia* de la causa primera. Tal sucede en el Milagro, donde los hombres, las energías vitales y físicoquímicas no exceden la categoría de meros *instrumentos*. Para las pruebas de la existencia de Dios basta la consideración primera.

III

Análisis detallado de las pruebas.

Dios y la Naturaleza. — Entre los varios trabajos que se han publicado haciendo resaltar la idea de Dios en el Universo, tal como las ciencias contemporáneas directa o indirectamente nos lo enseñan, empezaré mencionando el del Dr. Murat, que ha querido seguir las huellas que dejó la Divinidad en sus obras. Las maravillas de la Naturaleza, las hermosuras de los cielos que nos revela la Astronomía, las leyes científicas que se observan en todos los cuerpos, en el desarrollo de las energías, en la metódica y uniforme aparición de los fenómenos según nos dicen la Física y la Química, incluso las moleculares, todo nos revela que existe una inteligencia ordenada y directriz de todo el Universo. La Botánica, la Biología, la Historia Natural, la Fisiología,

(1) Cf. J. LAMINNE, *La Cause et l'effet en la Rev. Néo-Scolastique*, Fév, 1914.

la Medicina, comprueban con nuevos argumentos las conclusiones de la Teodicea.

Los doctores Murat (Luis y Pablo), en esta obra colosal de tres volúmenes, pretenden agotar la materia. Voy a resumir los puntos de vista nuevos que observo en el primer tomo ⁽¹⁾. Empiezo a leer la *Introducción*, y a seguida veo estas palabras que definen el criterio y el ansia de los autores: «El estudio de naturaleza, aseguran, manifiesta a la razón humana, con certeza clara, rigurosamente lógica y diariamente confirmada con testimonios nuevos, que existe una Inteligencia, la cual ordenó soberanamente la materia, que obedece como esclava dócil, sus sabios y previsores designios» (p. XI). Cada una de las cosas criadas, peldaños son de escalera dorada por donde los sabios van subiendo hacia Dios. La ciencia de la naturaleza completa su poesía. Por libros áridos, por entre páginas erizadas de cálculos y fórmulas, descripciones de aparatos y resoluciones de problemas, puede el sabio teísta recoger flores de maravillosa hermosura, confesiones de la ciencia, parpadeos de la Teleología tras la neblina de la experimentación, nuevos aspectos de las pruebas tradicionales de la existencia de Dios, y aun de sus atributos *más visibles*.

Tiene sin duda esta manera de mirar las cosas un sentimiento vivamente apologético que no hemos de mencionar aquí. Defender la Religión *natural*, quiero decir, exigida por la *naturaleza*, es misión preliminar de la Apologética; y no se concibe Religión, si Dios no existe.

En la parte *astronómica* del libro, empieza Murat describiendo poéticamente el aspecto del firmamento, azul y estrellado, de día y de noche; las estrellas con sus movimientos girando como llevadas por invisibles ruedas que constituyen el reloj sidéreo, más seguro que el reloj solar, la manera misteriosa con que este reloj, de puro viejo, vendrá a descomponerse; la trama complicadísima de fuerzas que en el Universo actúan... Todo eso va mostrando al autor como con el dedo que hay un artífice, un *relojero* que todo lo gobierna por sus *leyes*. Aquí aparece la prueba *teleológica*, que es el *fuerte* de Murat, lo que más vistosamente puede presentarse en libros de esta índole. Desbroza el camino, cortando las zarzas de mil dificultades que oponen siempre los enemigos de la Providencia. Ellos riegan, con falacias, esos zarzales del pensamiento. Murat los quiere destrozár, convirtiéndolos en rosales, cuando expone las distintas leyes físicas y químicas tan misteriosas, tan constantes, lindantes con el misterio en los horizontes de lo infinitamente grande, y, en los no menos lejanos, de lo infinitamente pequeño. ¡Con qué cariño recoge sus esplendores! Parece que con una poderosa lente biconvexa quiere reunir los rayos de luz que de allí vienen, y proyectarlos sobre la razón, y que en el foco, brillando como cien soles, se lea el nombre de Dios...

Viene la Botánica, vestida de espléndidos tapices, coronada de flores, y en la mano, frutos magníficos. También la Botánica, con tejidos, con plantas, con raíces, nos pregona a Dios. ¡Si en la *hoja* de una planta se leen más enseñanzas de Dios que las *hojas* de la Teodicea! Los epitalamios de las flores tam-

(1) *L'idée de Dieu dans les Sciences contemporains. Le Firmament, l'Atome, le Monde Végétal...* por le Dr. Louis Murat, en collaboration avec le Dr. Paul Murat. — Paris, P. Téqui, LVII-468.

bién son himnos al Criador, en estrofas de perfumes y colores. La fecundación de las plantas en sus múltiples detalles, maravillosos, llenos de misterios, nos manifiestan de un modo atrayente la intervención de la Providencia divina. Dice el autor al concluir la exposición de esos detalles: «Hemos llegado al fin del estudio, que nos proponíamos hacer, de las enseñanzas de la Botánica. Nos hemos contentado con examinar breve número de cuestiones. Sin duda hubiéramos podido recordar muchas otras, en que el orden y la finalidad vivamente resplandecen. Pero bastan y sobran las mencionadas, así lo esperamos, para demostrar claramente la existencia de una Inteligencia soberana, que rige todas las manifestaciones de la vida vegetal, determinadas previamente por Ella misma» (páginas 449-450).

El fin de esta obra no puede ser más simpático para nosotros. Robustece la fe en los espíritus creyentes y ofrece a sus ojos panoramas de encantadora poesía. El entendimiento que no crea en Dios, recibe de esas páginas vislumbres que le llegarán a conmover. Si es crítico, empezará la labor negativa, destructora siempre, y más cuando se trata de ciencias humanas a medio hacer, como son la Física y la Química. Aquí está el *flaco*. Quizá el autor se entusiasme demasiado pronto con las teorías de los sabios; teorías que se balancean entre dos hipótesis contradictorias. Ya sabemos que la Física, fundada en la Mecánica clásica, está en peligro de caer: casi amenaza ruina. Y habrá que hacer, por lo menos, una reparación tan grande en todos los pabellones de sus teorías diversas, que más parecerán nuevos que los antiguos. Una vez restaurada la Física, por consecuencia debe hacerse lo mismo con la Química: porque realmente son dos fases de la misma ciencia. Por eso los argumentos en favor de Dios, sacados de datos físico-químicos, tienen un valor acomodaticio, algo transitorio y variable. Es un defecto del autor.

Más seguro es y más vistoso y más humano el aspecto que adquiere la prueba teleológica en manos de la Historia Natural, y principalmente de la Botánica en este libro. Nadie con tanta maestría como Fray Luis de Granada ha desarrollado en castellano esa demostración en su admirabilísima *Introducción al Símbolo de la Fe*. Y al ver lo que hizo entonces el Cicerón de España, se queda uno maravillado pensando lo que haría hoy con los elementos riquísimos que las ciencias naturales, históricas y prehistóricas, nos ofrecen en abundosa variedad y colorido. El Dr. Murat saca todo el partido posible de lo que ha visto y de lo que ha leído tratándose de cosas botánicas. Las consideraciones son muy ajustadas; y como parece que todo se ve y puede tocarse, la reflexión que brota del hecho viene a resultar espontánea, natural; y la prueba de la existencia de Dios se convierte en obvia, visible, humana. Habrá misterio, pero vemos que lo hay; y en sus brumas percibimos el aliento de Dios. Los misterios físico-químicos no se ven, son sombras precursoras de la noche de la ignorancia. Hechas estas consideraciones, no cabe duda de que es un libro que producirá gran bien en sus lectores. Como lo hará toda la serie de que forma parte.

Otra prueba científica original.—Me refiero a la expuesta por el doctor Elías de Cyon, en su *Dieu et Science* ⁽¹⁾, de la cual hice ya ligeras referencias

(1) BIBL. DE PHILOS. CORTEMP.—*Dieu et Science, Essai de Psychologie des Sciences*.—Deux. édit. Paris, F. Alcan. En 4.º XIII, 496 páginas.

en otro lugar. En sus páginas está envuelta la Teodicea en un ambiente científico denso, y no se manifiesta claramente hasta la parte cuarta de la obra, que se titula *Dios y el hombre*.

Hay un hecho lamentable que reconoce el autor a lo largo del siglo XIX; la escisión, el rompimiento de las ciencias exactas y naturales con la Metafísica, o, en general, con la Filosofía. Cuanto más avanzaba el siglo, más se agrandaba el abismo entre las dos manifestaciones del humano pensar. De tal separación brotaron mil inconvenientes, sobre todo para la moralidad y el espíritu público de las naciones; y también brotó de allí un fenómeno aparentemente paradójico, que es el siguiente: Mientras la Filosofía, de brazos del escepticismo y del racionalismo, se apartaba cada vez más de Dios y de la religión, la Matemática, la ciencia de la Naturaleza, iluminada con los horizontes inmensos que iba descubriendo diariamente, sobrecogida ante el espectáculo de las leyes inmutables del mundo, se acercaba a Dios de día en día. Mientras que los filósofos, desvariados con las neblinas metafísicas de Kant, persistían en su culto más o menos embozado a la razón-diosa, los naturalistas, los sabios, avanzaban en el conocimiento racional del mundo, sostenidos por el análisis matemático y por las comprobaciones de la experiencia, y siempre encontraban a Dios. Esta armonía científico-religiosa se turbó un instante: cuando sonaron los nombres Darwin-Haeckel; mas pasaron ellos, y se restituyó el equilibrio magnífico entre las verdades. Si alguna excepción se ve, es de sabios de segunda o tercera clase, pues sigue siendo cierto lo que dijo Voltaire, después de leer los escritos de Newton: «La ciencia falsa hace ateos; la ciencia verdadera hace que el hombre se arrodille ante Dios». Es una paráfrasis de la célebre sentencia de Lord Bacon.

De entre el grupo de filósofos descreídos se destacan los espiritualistas, minoría brillante, que desea acabar con las últimas, terribles consecuencias de la pérdida de Dios. Esas consecuencias se resumen en una sola palabra: *anarquía*. Como pruebas comprobantes de su aserción, menciona el autor las revoluciones de Rusia y otra... ¡que me da vergüenza! *l'explosion récente de la folie destructrice à Barcelone*.

Los filósofos suelen tener el prejuicio de que la Ciencia es incompatible con la Religión. Esta obra tiende a deshacer el prejuicio, singularmente bajo el aspecto más interesante para nosotros, que es el psico-fisiológico, demostrando que la ciencia moderna del hombre es un camino recto para encontrar a Dios, bajo el tejido de tantas maravillas como el organismo encierra. Otro prejuicio, afirma de Cyon, existe en teólogos y filósofos. Creen y afirman que los sabios son llevados a Dios por necesidad, porque los fuerzan los límites de la ciencia: Dios constituye el *más allá*. Pero la historia de los grandes sabios que en el mundo han sido desmiente esa afirmación, porque fueron creyentes los que más impulsaron y mejor crearon las teorías científicas. Estudiando la máquina del cuerpo humano, descubre el autor dos *sentidos matemáticos* para resolver la cuestión milenaria del tiempo, del espacio, del movimiento, del número, de lo infinito. Y con esto se descubre también el último escalón de los que llevan al trono de Dios.

Tal es, muy en compendio, la idea de este libro, la que se desarrolla en sus 500 páginas con brío y erudición discreta. En la *Introducción general*, que titula poéticamente *El crepúsculo de la Metafísica y el Renacimiento de la Filosofía*

científica, hace notar los inconvenientes del divorcio filosófico-científico, divorcio que es su pesadilla. A veces, dice, «yo hablo de los metafísicos puros y no de los filósofos»; y en ello está su equivocación. ¿Qué es la Metafísica si no es Filosofía? Los verdaderos filósofos, ¿no son metafísicos? ¿Son los metafísicos a los filósofos lo que son los astrólogos respecto de los astrónomos, como decía Helmholtz? Si por metafísicos se entiende soñadores, amigos de invenciones fantásticas y de aéreos razonamientos, que tejen telarañas con abstracciones y se pasan la vida sin mirar en lo real... entonces cabe esa interpretación. Pero tales seres no son los metafísicos. Y, por consiguiente, todo el raciocinio se cimbréa, se agrieta y se cae. Para el autor, el tipo del metafísico fantaseador es Kant. Y aun en este mismo sentido, y tomando por modelo a Kant, trabajo costaría demostrar que esos *metafísicos* han sido ateos, se han divorciado de la Religión, tanto como de la Ciencia. Kant era científico y religioso. Del positivismo y del materialismo han venido ataques más fuertes contra las ideas de Dios y de Religión, que de los soñadores.

Ampliando un poco lo que dije en otro lugar ⁽¹⁾ acerca de los sentidos geométrico y aritmético inventados por de Cyon, según afirma el propio don Elías, debo advertir lo siguiente: Admito, sin discusión, que el oído, por la especial disposición anatómica de los canales semicirculares, del caracol, del laberinto, por los dos nervios que allí van, por la diferencia con que la sangre circula en esas pequeñísimas regiones, por todo eso y mucho más, nos proporciona el sentido de la orientación, de la dirección y del sentido, es decir, nos da la sensación de las *tres* dimensiones, siendo una comprobación fisiológica de la Geometría euclidiana. Bien. No hay obstáculo en admitir tampoco que el mismo órgano del oído, convirtiéndose en aparato registrador de cálculo y medida, nos hace *sentir* la duración, la intensidad y la sucesión de las inervaciones. «Y así, el laberinto de la oreja comprende, no sólo los procesos relativos al espacio, sino también los relativos al tiempo.»

El sentido geométrico se transforma en sentido aritmético. Bueno; nos tiene sin cuidado, allá lo discutan los psicólogos. ¿Qué tienen que ver esas reflexiones con Dios, con la Teodicea? Mucho, como se verá en seguida. Porque, desde luego, se demuestra la existencia de una alma *espiritual*, dejadas aparte las fantasías darwinistas, haeckelianas, espiritistas, las que impugna el autor briosamente con armas de la propia ciencia. Muchas páginas de su libro ocupan en derrocar esos ídolos falsos del pensamiento, luchando en un terreno meramente científico (*La Lutte de la Science*).

Demostrada la existencia del alma *espiritual*, viene el estudiar las relaciones entre el hombre y Dios; es decir, una demostración *psicológica* de la existencia de Dios. Y aunque le llamo *psicológica*, no vaya a confundirse con la sintetizada hermosamente por San Agustín en estas pocas y briosas palabras: «Mens humana de visibilibus judicans potest agnoscere omnibus visibilibus seipsam esse meliorem. Quae tamen cum etiam se propter defectum profectumque in sapientia fatetur esse mutabilem, invenit supra se esse incommutabilem veritatem». La prueba que inicia de Cyon es muy diferente.

Al querer hilvanar las ideas, para entretener los raciocinios, se le vuelve a

(1) Cfr. *Boletín de Cosmología*, en LA CIENCIA TOMISTA, Marzo, 1913, páginas 111 y 112.

presentar el mismo fantasma filosófico, el antagonismo entre la ciencia y la religión. Y se pregunta de nuevo: ¿pero existe un antagonismo semejante? (Chap. VI). Este es el problema que oprime con mayor angustia a la razón humana en los momentos actuales. Hay multitud de testimonios que demuestran que en vez de antagonismo hay armonía. *De hecho* lo manifiestan así muchedumbre de sabios naturalistas y matemáticos con sus ejemplos y con su doctrina. Complácese de Cyon en acumular textos y textos, confesiones y anécdotas, de contemporáneos reconocidos como autoridades científicas y que eran creyentes fervorosos y así lo proclamaban.

Para demostrar, dice luego, la existencia de un Creador, el sólo conocimiento espiritual es suficiente. El espíritu creador se manifiesta en la perfecta armonía entre las leyes obtenidas por el conocimiento espiritual y las leyes inmutables que rigen los fenómenos del mundo real. Esta armonía demuestra, y todos los grandes descubrimientos de las ciencias lo confirman, que existe un Creador, Espíritu Supremo que creó el Universo y vela continuamente por el sostenimiento de sus leyes (p. 455; p. 248 sigs., etc.). El valor de las pruebas de esta existencia, las que dieron los filósofos griegos y esplendoró Santo Tomás de Aquino, ese valor se aumenta con cada progreso de las ciencias exactas. La Física, la Química, la Historia Natural, con todas sus conquistas modernas, amplían, nada más, la cuarta vía del Angélico Doctor, la finalidad de los fenómenos (p. 456 sigs.).

Una carta vigorosa escrita a Pablo Bert, con motivo de un discurso teófobo que pronunció el día antes de posesionarse de la cartera ministerial, cierra la obra que concluye con unas hermosas palabras de Ampère.

Confieso que con este libro me he quedado a media miel. Promete más de lo que por fin se escribe. A través de las páginas, como palpitando bajo la página que se lee, se nota el corazón del creyente, que a la vez es sabio. Es una lástima que no haga más que esbozarse la *nueva* prueba espiritual *psicológica*, cuyo nervio recogí en las líneas copiadas. Y casi no se ve más que ese nervio; pero se presta a una ampliación profunda y hermosa. Toda la obra podía servir de introducción al desarrollo de esta idea. La prueba teleológica está diseñada fragmentariamente, pero con buen enfoque, en puntos distintos de la obra. Los argumentos *ad hominem* contra los ateos, y los sabios que niegan a Dios, están muy bien escogidos y ordenados. Constituyen un arsenal de armas de buen temple. El autor merece los aplausos de los que tienen fe.

—En el Mosaico apologético, construido por Schanz e introducido en España por D. Modesto H. Villaescusa ⁽¹⁾, se ven diseños tomados completamente de la Teodicea. Pocas veces se advierte con tanta claridad cómo la Apologética se vale de todos los recursos para la defensa de las verdades religiosas. El capítulo V, *Tradicionalismo* y *Ontologismo*, después de describir con exactitud el conocimiento que *naturalmente* tiene el hombre de Dios, como no puede ser innata su idea ni recibida ciegamente por el cauce oscuro de la tradición, prueba que debe ser su conocimiento *analógico*, el cual se va reflejando en nuestro interior en lo que llamamos *conciencia*, pureza de corazón,

(1) BIBLIOTECA APOLOGÉTICA: *Apología del Cristianismo*, por el Dr. Pablo Schanz; traducida por M. H. Villaescusa. — Barcelona, Herederos de J. Gili. — Tomo I. *Dios y la Naturaleza*. — En 4.º, 436 páginas.

sentimiento del deber. Examina la prueba *ontológica*, con las modalidades distintas que le dieron los filósofos desde San Anselmo hasta Gratry. El Concilio Vaticano, advierte, no la rechazó. Pero la Filosofía no puede admitirla como *demonstración*. ¿Por qué? Porque «el *presentimiento* o *adivinación* del alma humana, solamente por la experiencia externa y de la abstracción se eleva a la idea de lo absolutamente perfecto y absolutamente real... Por lo cual, el conocimiento de Dios llega a ser una consecuencia del contacto del alma con el mundo exterior y de la reflexión efectuada por este medio sobre su propio contenido. Esto presupone ya un pensar discursivo y un estudio. Por esta causa, no puede considerarse esta prueba como una demostración en sí misma» (páginas 225-226).

Debe restituirse la verdad en su punto, dando al realismo y al idealismo el lugar que les corresponde. La cuestión ésta planteada como parte del problema acerca del principio y fin del Universo, de todas las cosas, ha sido siempre la más capital para los hombres pensadores, que han ido fluctuando entre el dualismo y el panteísmo. Podrá discutirse la *temporaneidad* del mundo, pero no que depende de otro sér. La Paleontología nos viene a esclarecer algunas sombras de los días primeros del planeta; y un poco más allá, todavía llegan la Geología y la Cosmogonía. Pero las Ciencias Naturales han de confesar, al cabo, su impotencia repitiendo lo de Kant: «Dadme materia y edificaré un mundo». Para que *den* materia, es preciso que haya *quien* la dé. No se tendría bastante para formar el mundo con *sólo* materia; pero, desde luego, se necesita eso. Y, además, fuerza y movimiento, cuyo origen tampoco se explica si no existe Dios. Esta prueba adquiere virtualidad nueva, fundando su exposición en la teoría mecánica del calor. Y aun se robustece más demostrando que *todo* tendrá fin, luego *todo* tuvo principio. El segundo teorema de Clausius, la degradación de la energía, da en tierra con la eterna rotación de procesos (*regressus in infinitum*).

El estudio de la vida conduce a la misma consecuencia; diríase otro nuevo camino para llegar a la demostración de Dios si no fuera tan amplia y tan hermosa la vía cuarta de Santo Tomás (*Ex gradibus quae in rebus inveniuntur*), que los abraza a todos esos caminos adornados por las Ciencias Naturales. En este capítulo VII estudia Schanz más bien la cuestión del *origen* de la vida. Es un hecho que hay seres vivos y que en un tiempo no los había. Pero las fuerzas físico químicas no pueden producir ni el más rudimentario de los seres vivientes. Luego un sér extramundano intervino entonces. Luego existe. Rechaza todas las teorías pseudocientíficas que han querido atribuir a la materia el origen de los vivientes, con sus variadísimas manifestaciones. Es leal exponiendo doctrinas y afortunado en rechazarlas. En esta demostración se manifiesta el Creador como viviente, como vida suprema. La quinta vía tomista *ex gubernatione rerum* ⁽¹⁾ se ve expuesta minuciosamente en el capítulo VIII *Plantas y Animales*, donde pinta el autor con vivísimos colores la variedad del mundo inorgánico y cómo se fué explicando esta variedad en los siglos sucesivos, desde que alboró el raciocinio humano. Rechaza el evolucionismo con todas sus fases, destrozándolo. Estudia todas las leyes de los organismos, desde las plantas más diminutas a los monstruos gigantes. Todo esto exige un

(1) SANTO TOMÁS: *Sum. Theol.*, p. I, q. II, a. 3, c.

Legislador de capacidad infinita, un Ordenador inmenso, un Conservador dinámico de cuanto existe que sea Omnipotente. Hay detalles en este capítulo preciosos, de honda poesía. Finalmente, indica otro *tercer estadio* del argumento cosmológico (que así lo llama en tecnicismo kantiano), en cuanto que no puede explicarse el tránsito de la planta al animal, ni del animal al hombre sin una causa *superior*, que así se nos revela como *espiritual*.

Se advierte en este libro gran lectura de obras científicas, sobre todo alemanas, acopio de pormenores, de textos y de confesiones. Y también se nota un orden algo confuso en la exposición de las pruebas, en la *colocación* (digámoslo así) de los argumentos, de las doctrinas opuestas y sus respectivas impugnaciones. Le hace falta empaparse en Santo Tomás, el gran ingeniero del mundo espiritual de la fe. Aquellas vías, más sólidas que si fueran romanas, que majestuosamente van subiendo en hélice de paso constante por el cilindro de las cosas crea las hasta llegar a vislumbrar lo infinito, a ver *que existe* aunque por el momento se desconozca su naturaleza; esa maravillosa sencillez, esa ascensión briosa y rápida que les dió Santo Tomás, no se ve en Schanz. No lo estudió bien, y efectivamente no lo cita. Quizá por esto sus *vías* se parecen a las carreteras que suben por los puertos, por ejemplo el de Pajares, que sabe uno gran trecho, da una vuelta y vuelve a contemplar, a diez metros, el camino por donde hace ya tiempo anduvo: vía sinuosa, en zig-zag, donde se repiten los mismos panoramas. No hay como encuadrar todos los progresos científicos en las cinco *vías* del Angélico Doctor. Debo advertir que en los capítulos *Religión e Historia*, *La Religión y el Hombre*, desarrolla con mucha abundancia de testimonios, que es en este punto lo esencial, aquella demostración moral que llaman nuestros autores, que consiste en probar que todos los hombres *semper, ubique et constanter* han creído y confesado a Dios. El examen detenido que acabamos de hacer, nos permite pasar casi de largo sobre otra obra de tendencia parecida, aunque tai vez más briosa en el fondo: es la del Dr. Rolfes, de Colonia. Filosóficamente, trata de demostrar las bases de la creencia, de la fe católica, y, antes que nada, de la Religión natural (1). Sigue las huellas de Santo Tomás, cuyo admirador y discípulo se muestra, a diferencia de Schanz. Y no solamente se manifiesta conocedor del Maestro, sino que también cita, con erudición excelente, a los príncipes de la Escolástica y a los principales filósofos griegos, romanos y árabes.

Demuestra con rapidez, sin largos rodeos, la existencia de Dios por las pruebas tradicionales. Estudia el concepto metafísico de creación, demostrando que así vino el mundo de la nada al sér, y también puntualiza las condiciones que abarca la conservación *positiva* de las criaturas por su Hacedor Supremo, y prueba que tiene que darse. Expone brevemente las doctrinas contrarias, y las refuta, dejando despejados los caminos de la investigación. Será una *apologética racional* digna de alabanza.

—Tampoco voy a detenerme recomendando un libro precioso escrito por el Dr. Aveling (2). El *Dios de la Filosofía* es para este autor el *Dios de la Filosofía*

(1) Dr. E. ROLFES: *Die Wahrheit des Glaubens durch gründliche Beweise ins Licht gestellt*, t. I. *Die Natur Religion*. En 8.º de V, 224 páginas. Brühl.

(2) Rev. Dr. AVELING: *The God of Philosophy* (second and revised edition). London, Cath. Truth Society, 1914. En 8.º, 168 páginas.

cristiana y tomista. Las tres preguntas a que responde el autor son estas: ¿Hay Dios? ¿Podemos *conocer* que existe Dios? ¿Lo podemos *probar*? El ansia de investigación *personal* que se nota en las especulaciones contemporáneas es nociva para la consecución de la verdad, porque los sistemas que organizan las verdades son obras de muchos años y de varias generaciones. Es muy fácil negar y también criticar las teorías buscándoles los flacos. Edificar, ya es más difícil. Nacemos naturalmente filósofos, y nos desvirtuamos, a veces, por locas pretensiones. Las tendencias del espíritu moderno, en general, son de crítica, de destrucción. Hay que consolidar los *primeros principios*, la armonía entre el orden real y el orden ideal, la sensación y la causalidad (*Ch. II*). Van apareciendo las distintas clases de causas bien definidas; lo que permanece en todos los cambios es la *materia prima*, que es pura potencialidad. La *Nota* sobre el valor del argumento de Causalidad es muy notable y exacta, defendiéndolo del criticismo kantiano. El método que el autor sigue en sus razonamientos para demostrar a Dios es de los efectos a la causa, y no al contrario. Demostrada la radical distinción entre potencia y acto, entre posibilidad y actual existencia, prueba la existencia de un sér necesario, *absolutamente* necesario, de un poder Motor primero e inmóvil, de la Primera Causa eficiente, del Creador de la Vida (demostrando la falsedad de la generación espontánea), del Autor del Plan y Armonía del mundo, del Legislador Supremo en el orden físico y en el moral... Aduce pruebas comprobantes de que así es: tales como la degradación de la energía, la acción de la gravitación entre la Tierra y la Luna, la esencia de la vida y la existencia del milagro. En el orden moral, *confirman* también esa existencia el ansia de felicidad que siente el hombre, los primeros principios de la moralidad admitidos por todos y el consentimiento unánime de naciones y pueblos. Es un libro que fluctúa entre la Teodicea y la Apologética, escrito medio oratoriamente, muy claro y muy hermoso. Su autor es Doctor en Filosofía por la Universidad de Lovaina.

—Plenamente oratorio es el libro del Canónigo Sr. Tortosa *Dios Creador y la Ciencia Moderna* ⁽¹⁾, donde intenta «examinar, a la luz de la ciencia positiva, la existencia de Dios Creador». Expone el consentimiento general del género humano brevísimamente, y deja «las cinco clásicas razones con que el Doctor Angélico, siguiendo a Aristóteles, demostrara la existencia de Dios». El único argumento es la confesión de la Ciencia Positiva. Hemos de advertir algunas cosas: que el principio de la Termodinámica *no* es ciertísimo (pág. 20); que la existencia de un Universo renaciente, si es misterio, *no* es absurdo (pág. 22); la nebulosa privativa *no* es hipótesis fecundísima (pág. 23); que tiene el autor un cariño exagerado por a teorías cosmogónicas, a la ley de la inercia...; finalmente, si *algo* vale esta primera Conferencia, es por seguir un poco los planos de la *vía segunda* de Santo Tomás: ¿no nos había dicho el autor que los dejaba? Las tres siguientes Conferencias hablan de la creación, obra de los seis días (con un concordismo algo artificioso y anticuado), el alma..., asuntos ajenos a la Teodicea. En la Conferencia quinta, desarrolla la finalidad en la Naturaleza, para demostrar al Arquitecto la inteligencia ordenadora. Entonces ¿es la *quinta vía* de Santo Tomás! O, si se prefiere, un cruce entre las vías *cuarta* y *quinta*; ¿no

(1) Dr. DIEGO TORTOSA: *Conferencias científico-religiosas: Dios Creador y la Ciencia Moderna*. 1914. Madrid. En 8.º, 182 páginas.

— quedábamos en dejarlo a un lado? También aquí hay demasiada oratoria, entusiasmo exagerado, por cosas científicas de poca consistencia, viejas ya muchas y desusadas. Bien es verdad que no se trata de una obra escrita con rigor filosófico, sino con briosidad oratoria. Bajo este aspecto, no la podemos criticar.

— Estudio profundísimo de las pruebas tradicionales, fundadas en la metafísica del sér, es el que hace el P. Garrigou-Lagrange en la obra que hemos ya citado (1). Analiza su carácter general y sus detalles particulares, las objeciones todas que se les han hecho. Las cinco *vías* pueden tener aspectos distintos, según dónde y cómo se las mire. El P. Garrigou-Lagrange, siguiendo siempre a Santo Tomás, presenta algunos muy notables. En las apreciaciones científicas de los modernos está el Padre muy discreto; las conoce bien, las juzga con serenidad y sin pasión. Dignas particularmente de notarse son las confesiones que Duhem hace en una carta dirigida al *Mon Père*, según se lee al final de la obra. El eje principal es la inercia, precisamente; y dice Duhem: «1.º Ningún principio de la teoría mecánica y física tiene, ni tendrá jamás, derecho de afirmar categóricamente que es verdadero. 2.º Ninguno de los principios sobre que descansa la teoría mecánica y física puede afirmar que es falso, en tanto que no se hayan descubierto fenómenos que estén en desacuerdo con las consecuencias de la deducción, una de cuyas premisas es aquel principio» (pág. 762).

— Antes de concluir este párrafo, mencionaré al P. Norberto del Prado, nuestro insigne colaborador, que ha consolidado todavía más la férrea trabazón de las pruebas tomistas, fundándolas todas en la verdad fundamental de la Filosofía cristiana: la identidad en Dios de la esencia y la existencia; en las criaturas, distinción real. Este es el punto en que convergen las cinco *vías*. «Quien haya penetrado y abarcado con su mirada la profundidad y anchura de las cinco *vías* por donde sube el Ángel de las Escuelas para demostrar la existencia del *Que es*, del sér subsistente, de Dios, cuya esencia es existir, sin duda alguna, que todo lo encontrará llano y deleitable y bañado de resplandores en la lectura y estudio de la *Suma Teológica*. Bajemos de Dios a las criaturas o subamos de las criaturas a Dios, siempre vendrá a resultar, si bien se considera, que los caminos recorridos por el discurso de nuestra razón son los seres mudables, contingentes, causados, finitos... Esos cinco caminos van a parar a la identidad de esencia y existencia del Primer Motor, de la Primera Causa, del Primer Necesario, del Primer Sér y de la Primera Inteligencia... Esos cinco caminos son los entes por participación, y el fin de esos caminos es el *Ens per essentiam*...; las cinco vías condensan toda su fuerza y la intensidad de su brillo en una sola vía, en esa vía cuarta *ex gradibus rerum*, donde los seres, ordenadamente escalonados, guían y conducen hasta el Sér Sumo, que resplandece con luz inaccesible *in vertice rerum*...» (2). Estas palabras condensan su pensamiento, que prolijamente desarrolló en latín, libro tercero de su *De Veritate fundamentalis* (3), y en castellano, en su obra *Escoto y Santo Tomás* (4), parte

(1) DIEU: *Son Existence et sa Nature*. Prém. partie, chap. III.

(2) DEL PRADO: *El Problema Ontológico* (Art. en LA CIENCIA TOMISTA, núm. 22, páginas 184-185).

(3) DEL PRADO (N.): *De Veritate fundamentalis Philosophiae Christianae*. Friburgi Helv., 1911. En 4.º, XLV-660.

(4) Serie de artículos en LA CIENCIA TOMISTA, publicados aparte. Madrid, 1915.

primera. En el P. del Prado constituye una persuasión íntima, que comunica a los lectores con la grandiosa elegancia de su estilo, y habla de ella cuando se le presenta ocasión. Y a un hombre así se le presenta siempre.

Historia de las Pruebas.— Este es un punto que ahora se desarrolla bastante, porque se han llegado a convencer de la influencia que ejerce el ambiente, la tradición, la lectura, en el filósofo que quiere formular *nuevos* razonamientos sobre una tesis cualquiera. Casi siempre son los mismos en el fondo, y sólo cambia el ropaje exterior. Además, se vé que estas pruebas, en el caso concreto que estudiamos, han pasado por muchas vicisitudes y han sido apreciadas con los más opuestos criterios.

Empezando por la prueba moral *de sentido común*, el testimonio constante de los pueblos, debo mencionar una obra que critica los orígenes de ese testimonio universal, precisamente en los pueblos donde la comprobación es más difícil. Me refiero al P. Schmidt, autor del libro *El origen de la idea de Dios* (1). Analizando todas las teorías lingüísticas y las observaciones personales y de los mejores etnógrafos, demuestra, con profunda claridad, que la idea primitiva que tenían los hombres de Dios era monoteísta; el politeísmo ha sido una corrupción de los antiguos sentimientos. La evolución de las sociedades, fuera del Cristianismo, en su aspecto religioso fué un verdadero retroceso.

Es una obra que se podría llamar de etnografía religiosa. Muchos de sus capítulos ilustran los orígenes de la idea de Dios en los albores de la humanidad. Únicamente, por deducción, puede calcularse lo que sucede en nuestro entendimiento cuando esa idea brota y cómo influye en nuestro sentir religioso la presión del medio ambiente.

Los racionalistas achacarán, tal vez, al P. Schmidt cierto apriorismo en sus conclusiones; pero deben cambiar las palabras y llamarle *apriorismo cierto*. Nadie podrá menos de reconocer el mérito inmenso de esta obra y los beneficios que puede reportar al Catolicismo, a la Ciencia y a la Cultura general.

—En el período de formación de la Escolástica toma el estudio de las pruebas un carácter de interés particular, porque entonces se formularon definitivamente, después de no pocos tanteos y vacilaciones. Es el asunto de un trabajo interesante de Henry (2), que adquiere su mayor importancia este trabajo cuando penetra, con Guillermo de Auxerre, en los umbrales del siglo XIII, brillando en el cielo de la Filosofía la aurora del renacimiento escolástico. Desvanecidas las preocupaciones ontologistas con que los Guillelmos, el de Auxerre y el de Auvergne, Alejandro de Hales y algún otro de menor cuantía, tropezaban en sus razonamientos, Alberto Magno y Santo Tomás unificaron el carácter de las demostraciones más reales, más exteriores, más metafísicas que las psicológicas de San Buenaventura. Con el Angélico Doctor tocaron el zenit de su claridad y perfección. Él aprovechó para formularlas to-

(1) P. W. SCHMIDT: *Der Ursprung der Gottesidee*. I. Historisch-kritischer Teil. En 8.º, XXIV-510 páginas. Münster in W., 1912. La adaptó, en parte, al francés el P. LEMONNIER, O. P., con el título *La Revelation primitive et les données actuelles de la science*, París, S. Gabalda, 1914, XV-320 páginas en 12.º.

(2) HENRY, P. B.: *Histoire des preuves de l'existence de Dieu au Moyen âge, jusqu'à la fin de l'apogée de la Scolastique*. Arts. en la *Revue Thomiste*, XIX année, n.º 1 et 2, pág. 3, pág. 141.

dos cuantos conocimientos y ensayos se habían hecho hasta entonces en los campos gentil y cristiano. Aerisó esas materias auríferas en su razón, y se derivaron los cinco hilos de oro, que son vías para que el pensamiento vaya de las cosas a Dios. Los ataques del nominalista Occam sólo sirvieron para manifestar su brillo y resistencia. Como los conceptualistas de nuestros días, que las atacan sin saber dónde dan el golpe.

—La prueba que Santo Tomás enuncia *ex gradibus qui in rebus inveniuntur* (*Sum. Theol.*, I. P. q. II, a. 3, c.) ha sido también estudiada por Kirfel (1), haciendo notar las fluctuaciones que ha tenido en el pensamiento escolástico; supuesto que mientras unos ensalzaban su mérito hasta las nubes, otros ni siquiera la mencionaban, despreciando su valor. La mejor exposición es la misma que da Santo Tomás en breves y admirables palabras. Puede amplificarse; pero decir *más*, en *menos*, no es posible.

—No quiero mencionar la *Memoria* que envié al Congreso celebrado en Vich, cuando el Centenario de Balmes, acerca de «La Prueba del Movimiento y la Existencia de Dios». Es la más evidente, según el Angélico, y la que mayores dificultades ofrece y ha ofrecido siempre. No hay más que leer a Suárez. Dieron de esta *Memoria* un amplio resumen las *Actas del Congreso*. Otras exposiciones parciales y discusiones de eco imperceptible, sobre si son *una* o son *cinco* esas pruebas, no creo oportuno mencionarias para no alargar en demasía este Boletín, de suyo tan pesado y monótono.

IV

Naturaleza y Atributos de Dios.

Naturaleza de Dios.—Las *vías* que llevan a Dios nos dan a conocer algo de lo que Él es. Como primera definición, según las ideas tomistas, es que la Esencia divina es la misma Existencia subsistente. Todos los autores que hemos mencionado, después de estudiar la *existencia*, estudian la *naturaleza* de Dios. Dios es el que es: *Ipsum esse subsistens*, y el mismo sér es principio de todos los Atributos divinos. Los cuales, según dice el P. Garrigou-Lagrange (2) en su libro de oro, pueden referirse al *Sér mismo* de Dios, o también a las acciones divinas. Entre los primeros, se enumeran: Unidad, Simplicidad, Verdad, Perfección, Infinitud, Inmensidad, Inmutabilidad, Eternidad, Invisibilidad, Incomprensibilidad, Cognoscibilidad. Todos estos se deducen con admirable lógica del *Sum esse subsistens*. Los Atributos relativos a las operaciones divinas son: Sabiduría, Presciencia, Providencia, Voluntad libre y Amor, Justicia y Misericordia, Omnipotencia... Por fin, la Vida íntima de Dios en la Trinidad. Las doctrinas de la presciencia y de la premoción, las antinomias aparentes entre los Atributos, todo lo estudia el P. Garrigou-Lagrange con gran profundidad y copia de razones. El Dr. Aveling solamente habla de la Naturaleza de Dios y su Personalidad (3).

(1) H. KIRFEL: *Der Gottesbeweis aus den Seinsstufen* (Art. en *Jahrbuch für Philosophie und Spek. Theol.*, 1911, núm. 4, páginas 454 y siguientes).

(2) P. GARRIGOU-LAGRANGE, obr. cit., *Deux-partie*, chap. I, a. 1 y 2.

(3) Dr. AVELING, obr. cit., ch. XV and XVI.

—M. Michel ha consagrado un cuidado especial al estudio de la *Esencia Increada*, afirmando que no solamente la esencia y la existencia se identifican en Dios, sino que el concepto de esencia implica en Dios la existencia. En las criaturas sucede lo contrario (1). De otras obras en que se estudian los *Atributos* de Dios bajo su aspecto teológico no puedo ocuparme en este Boletín. Por la misma razón dejo de mencionar un libro muy hermoso sobre los *Atributos de Dios* (2) contemplados en las perfecciones de María. Por desgracia, no puede usar la Teodicea, para ver a Dios, un espejo tan bruñado y tan claro como es la Virgen María.

Hay problemas transcendentales acerca de un atributo, que vamos a considerar despacio por las gravísimas consecuencias que entrañan.

La Personalidad de Dios.—Es uno de los problemas más debatidos en el campo de la Teodicea, aunque se haya trasplantado de la Teología. Esos dos aspectos, *conciencia y responsabilidad*, que abarca la idea de persona, han brotado de la experiencia humana; por eso la razón se pregunta si los puede atribuir a Dios. A veces se mezcla un poco de antropomorfismo en estas concepciones; pero la buena filosofía lo depura todo, antes de aplicarlo a Dios.

Aquellas exageraciones, que deben evitarse tratándose de la *Personalidad Divina*, creer que es un mero símbolo, o negarla por decir que es imperfección, por los límites que implica (3), son quizá derivaciones de los dos sistemas erróneos opuestos acerca de Dios: ateísmo y panteísmo. Turner ha estudiado concienzudamente esta hilación en filósofo, aunque dentro del Dogma Católico, según es natural. Veamos el enlace de sus ideas, comenzando por los principios, donde quizá se detiene más de lo justo, sin llegar al problema que fija el título de su trabajo (4).

Por exceso y por defecto, son igualmente erróneos; parece, sin embargo, que el ateísmo es peor que el panteísmo: de consecuencias más espantosas y de entendimientos más ruines. El panteísta resulta, muchas veces, de un exagerado misticismo. En su ansia de hermosear, de sublimar las cosas de la Naturaleza, las diviniza, las convierte en fragmentos de Dios, si así puede hablarse.

Es cierto, a pesar de todo, que Dios es un Sér Personal, distinto personalmente de todos los demás del Universo. El panteísmo es un error, como demuestra la Filosofía. Estamos frente a dos hechos. Conocemos cosas semejantes y que, siendo numéricamente distintas, persisten en sus semejanzas. Otras son diferentes y no se descolorean sus diferencias. Las escuelas filosóficas, combinando esos parecidos y llevándolos a la unidad, dijeron que todo era uno; vino el monismo, y de él el panteísmo.

¿Existe tal unidad? Nosotros admitimos y demostramos que todas las cosas

(1) MICHEL (A.). Art. *Essence* en el *Diction. de Théol. Cathol.*, fasc. XXXVI, col. 831 y siguientes.

(2) *The Attributes of God mirrored sur the perfections of Mary*. En 8.º, XV-208 páginas. Londres, Burs & Oates.

(3) GR. HÉBERT (M.): *Le Divin, Expériences et Hypothèses*. Chap. VII. *Le Problème de la «Personnalité Divine»*.

(4) *Catholic Philosophy and the Personality of God*, por W. TURNER; art. en *The Cathol. Univ. Bulletin*. Washington, Marzo, 1913, páginas 167 y siguientes.

tienen comunidad de origen y de fin: en esto son *unas*, constituyen el Universo. Además de esta unidad de destino, de Dios a Dios, hay la unidad de plan y de leyes. Estas unidades radican, pues, en Dios, sin que tenga razón, por eso, el panteísmo.

Este sistema sacrifica la personalidad de Dios, destruye la moralidad, niega la inmortalidad y mata, en su raíz, la libertad.

Si Dios tiene *personalidad*, será distinto, esencialmente, del Universo. Gozar de personalidad implica ser *consciente, individual, libre* y auto iniciador en todas sus acciones. Esto no lo puede admitir el panteísta, cuyo Dios no tiene más inteligencia ni libertad que una flor. Como irónica y cruelmente decía Spinoza, así había que glorificar a Dios por su Bondad y por su Inteligencia, como a un triángulo, por tener siempre la suma de sus ángulos igual a dos rectos. Se comprende que, quitada la personalidad de Dios, no necesita el panteísmo quitar la Religión, la cual se cae por sí misma.

Rechazada también esta Personalidad divina, desaparece la moral, y la conciencia queda reducida a un absurdo. Todo lo que hacemos sería propio de Dios y suya la responsabilidad de *nuestras* acciones, es decir, de esas que *parecen* nuestras. Las consecuencias inmorales de esta afirmación lógica claramente se dejan adivinar.

La inmortalidad sin personalidad no se concibe tampoco. Los cuerpos no son inmortales. Cuando por la muerte las almas se separen de ellos, realmente no habrá tal separación, porque todo es uno y lo mismo. Ese núcleo de acciones y de sentimientos que a través de los siglos perdura como distinto de todo, el sér inmortal, no puede imaginarse si no existe semejante núcleo individual, si no existe la persona. Como la libertad, es un jirón de niebla, si no es atributo de la persona, en cuya definición entra el concepto de posesión moral de los actos y de su ejercicio, es decir, la libertad.

¿No tiene, pues, verdad alguna el panteísmo? ¿No posee mérito ninguno? Desde luego nace de una noble tendencia del pensamiento humano, hermosa por la poesía pseudo-religiosa. La razón nuestra busca la unidad de las cosas, tiende a lo general, a lo abstracto, a lo universal. Cuánto es más poderosa una inteligencia, necesita de menos ideas para entender: menos en número, pero que abarcan más. La concepción panteísta se gloria de unificar las cosas y las quiere, poéticamente, ennoblecer, sobredorar, envolviéndolas en el manto de la divinidad, convirtiéndolas en Dios.

El panteísmo proclama la presencia de Dios en el Universo; pero no basta la presencia para deducir la identidad. También la Teodicea cristiana y el teísmo cristiano defienden la presencia íntima, vital de Dios en las cosas; pero no abrazan el panteísmo. ¿Cómo se explica todo eso? Nosotros decimos que Dios está presente en el Universo, como el agente está presente en sus obras; por ejemplo: el autor, en el libro que ha compuesto, en cuyas páginas se contienen los pensamientos y los sentires, y aun el carácter de quien las escribió; el arquitecto está presente en el edificio que planeó su ingenio, y así de los demás. Dios está presente al Universo, de un modo todavía más íntimo y vivificador. Además de *por presencia*, está Dios en todo lugar, por *esencia*, dando el ser, y por *potencia*, conservando las energías de todas las cosas. No es que haya *difusión* ni mezcla, ni la menor confusión. Dios obra en lo orgánico y en lo inorgánico, en el centro del Mundo y en sus más remotos confines,

por siglos y por minutos. Y, sin embargo, no es substancia material; es espíritu que no puede convivir con la materia. Por esto, ni siquiera puede servirnos de semejanza la acción del alma sobre nuestro cuerpo. Esa es la más popular de todas las comparaciones panteístas, y también la más falaz. Si aun se apura un poco, ¿puede decirnos ningún panteísta cómo obra el alma sobre el cuerpo? Sombras con sombras no se despejan bien.

Avanza más el panteísmo diciendo que Dios obra en el Universo y se *identifica* con él. La verdad es todo lo contrario, como asegura la doctrina de la transcendencia: Dios obra en el Universo, pero está infinitamente lejano de él, en cuanto al ser: es *transcendental*. Aún podrían deducirse más contradicciones del panteísmo, y todas por negar la personalidad de Dios: porque si todas las cosas son *uno*, y Dios es todas las cosas, entonces, evidentemente, Dios no es una Persona distinta del Universo. No basta con un Dios-idea; es necesario un Dios-fuerza, que sea el fin de todas las cosas y llene las aspiraciones del corazón humano. Añadamos lo que añade el autor. Que la Iglesia Cristiana no ha condenado el panteísmo. Quizá parezcan severas las medidas adoptadas para la represión de tal doctrina. Los que esto piensen, que reflexionen también en los beneficios inmensos que esa represión trajo al mundo. Además, recuérdese aquello de *Distingue los tiempos, y concorderás los Derechos*. Hay todavía otras explicaciones, que a los filósofos no interesan, tales como las que daban simbólicamente los predicadores para plastificar los misterios abstractos, la poesía del misticismo que explica *verdaderamente* esa vitalidad de Dios en el mundo, mal interpretada y entendida por el panteísmo. La Filosofía católica, ayudada por el Dogma, mejoró los razonamientos y las concepciones, se apartó de extravagancias y adoptó la fórmula verdadera: un Dios inmanente y transcendente. Así se vuelve a comprobar la sentencia consoladora; la Fe ayuda a la razón (*Faith aids Reason*). Por este resumen de ideas se advierte ya la sana doctrina del autor. Pero mucho hubiera ganado si llega a estudiar y meditar desde la cuestión 29 a la 41, por lo menos, de la Primera Parte de la *Suma Teológica*. No hay guía como Santo Tomás; y es una pena que ingenios ilustres, puestos a esclarecer esas verdades intrincadas, prescindan de tal foco de luz inextinguible. La parte negativa del estudio, la refutación del panteísmo está bien hecha, con claridad y solidez; la parte positiva, es decir, definir y establecer la *personalidad* en Dios, resulta muy deficiente.

FR. LUIS URBANO, O. P.



DE DERECHO ECLESIASTICO

La Bula para Portugal.—El boletín oficial *Acta Apostolicae Sedis* trae juntas las nuevas Bulas concedidas a España y Portugal, y son casi idénticas; de manera que lo que se diga de una vale para la otra. El elenco de los privilegios es igual a la letra, excepto unas pocas cosas que contiene la española y faltan en la portuguesa. La Bula para Portugal va dirigida al Patriarca de Lisboa y se concede por diez años (del 1.º de Enero de 1915 al 31 de Diciembre de 1924). El producto de la Bula portuguesa se destina, principalmente, al sostenimiento de los seminarios: lo que quede, a auxiliar a las iglesias pobres y obras pías. El ejecutor, en forma parecida a la de España, es el Patriarca de Lisboa.

Anotemos las pocas cosas que faltan en la portuguesa comparada á la española. En materia de indulgencias, la portuguesa no concede que se puedan tomar dos sumarios, y, por consiguiente, ganar las indulgencias dos veces; ni que las indulgencias parciales de las Estaciones se puedan elevar a plenarias confesando y comulgando. Tampoco trae la indulgencia plenaria en favor de los difuntos, orando *coram corpore praesente*, de donde se saca el Sumario de Difuntos para España. En el Indulto *quoad divina Officia* falta el apartado IV; en el cual se concede á los eclesiásticos el poder rezar maitines y laudes del día siguiente después del mediodía. En el Indulto de convalidación y composición falta el último párrafo del apartado V, en el cual se declara que bastará pagar la décima parte de lo mal adquirido, y que, tratándose de cantidades que no excedan de 100 pesetas, la composición queda hecha con sólo tomar el número suficiente de sumarios.

La parte de ayunos y abstinencia está igual en las dos, excepto que en la portuguesa se conserva el ayuno y abstinencia para la vigilia de todos los Santos y la abstinencia en todos los viernes de Adviento. Hay que tener presente que en Portugal, hasta ahora, obligaba la vigilia de todos los viernes del año, lo cual no dejaba de ser algo enredoso para los muchos españoles que van a tomar baños en sus playas. En la nación vecina se usa el pescado en la colación: la Bula nada dice del particular.

En el Indulto de oratorios privados falta el párrafo tercero de la española, por el que los que tienen la Bula de Cruzada puedan cumplir con el precepto de oír misa en un oratorio privado. Esto de los oratorios privados lo tomó la Bula española de la portuguesa, y, sin embargo, ya está más amplio en la española. Diré de paso que, aunque este apartado tercero se ha puesto en el Sumario de oratorios privados, con todo, para mí está claro que basta tener la

Bula de Cruzada sin dicho Sumario para poder gozar de este privilegio. Otra cosa son los dos primeros. Y con esto queda el lector enterado de las pequeñas diferencias que hay entre las dos Bulas, concedidas casi al mismo tiempo, á las dos naciones hermanas.

Decreto del Santo Oficio sobre el Secreto de la Saleta.—A continuación publicamos íntegro un decreto del Santo Oficio sobre el famoso «Secreto de la Saleta». Dos aplicaciones doctrinales, aparte del valor disciplinar, podemos sacar de este decreto del Santo Oficio. La primera es la desconfianza con que hemos de recibir las muchas profecías que en estos tiempos se hacen correr con miras más o menos políticas, o, por exceso de incredulidad, sobre los acontecimientos de Europa y su futuro desenlace, o también, con respecto al fin del mundo. La segunda, que el Santo Oficio hace independiente el culto de la Virgen en ciertos sitios o bajo ciertos títulos de la verdad que puedan tener los relatos que rodean sus orígenes. Cosa que deben tener muy en cuenta los que se escandalizan de que algunos no crean ciertas leyendas y pretenden hallar conexión necesaria entre el culto autorizado y las leyendas que quieren explicar el origen de los santuarios.

Decreto.—Ad Supremæ huius Congregationis notitiam pervenit quosdam non deesse, etiam ex ecclesiastico coetu, qui, posthabitis responsionibus ac decisionibus ipsius S. Congregationis, per libros, opuscula atque articulos in foliis periodicis editos, sive subscriptos sive sine nomine, de sic dicto *Secret de la Salette*, de diversis ipsius formis, nec non de eius præsentibus aut futuris temporibus accommodatione disserere ac pertractare pergunt; idque non modo absque Ordinariorum licentia verum etiam contra ipsorum vetitum. Ut hi abusus qui veræ pietati officiant, et ecclesiasticam auctoritatem magnopere lædunt, cohibeantur, eadem Sacra Congregatio mandat omnibus fidelibus cuiuscunque regionis ne sub quovis prætextu vel quavis forma, nempe per libros, opuscula aut articulos sive subscriptos sive sine nomine, vel alio quovis modo, de memorato subiecto disserant aut pertractent. Quicumque vero hoc Sancti Officii præceptum violaverint, si sint sacerdotes, priventur omni, quam forte habeant, dignitate et per Ordinarium loci ab audiendis sacramentalibus confessionibus et a missa celebranda suspendantur: et si sint laici ad Sacramenta non admittantur donec resipiscant. Utrique insuper subiaceant sanctionibus latis tum a Leone PP. XIII per Constitutionem *Officiorum ac munerum* contra eos qui libros de rebus religiosis tractantes sine legitima Superiorum licentia publicant, cum ab Urbano VIII per decretum *Sanctissimus Dominus Noster* datum die 13 martii 1625 contra eos qui assertas revelationes sine Ordinariorum licentia vulgant. Hoc autem decretum devotionem non vetat erga Beatissimam Virginem sub titulo *Reconciliatricis* vulgo *de la Salette* nuncupatam. Datum Romæ, ex Aedibus Sancti Officii, die 21 decembris 1915. Aloisius Castellano, S. R. et U. I. *Notarius*.

Los Regulares y el Indulto de abstinencia y ayuno.—Algunos tienen dificultad en lo que concede la nueva Bula en materia de ayuno y abstinencia en su aplicación a los Regulares. Vamos a resumir lo que nos parece cierto.

Es cierto, en primer lugar, que la Bula sufraga a los regulares como a los demás fieles en lo que se refiere a los ayunos y abstinencias de ley común eclesiástica, exceptuando sólo, por lo que toca a la abstinencia, a los que tienen voto especial de comer de vigilia, como los Cartujos. «Omnino excluduntur,

dice la Bula, ab eodem Indulto quoad legem abstinentiae Regulares qui ex speciali voto toto anno esuriales cibos servare tenentur». Los demás, por consiguiente, no se excluyen, y ya había declaración sobre esto: «Utrum in indultis apostolicis, quibus mitigationes vel dispensationes conceduntur ab abstinentia et ieiunio in regionibus infra et extra Europam, praesertim in America Latina, comprehenduntur Familiae religiosae ibi degentes.» «Affirmative quoad abstinentiam et ieiunium a lego Ecclesiae generali praescripta, nisi ab indulto excludantur religiosi» (1). Los religiosos, pues, que tengan Bula, por lo que toca a la ley general de la Iglesia, quedan como los demás fieles.

Pero la Bula nada dice de los ayunos de Regla o de Constitución, y éstos, por consiguiente, quedan, en cuanto a la existencia, como estaban. También esto está resuelto, pues a la misma pregunta anterior contesta la Sagrada Congregación de Religiosos: «Negative quoad abstinentiam et ieiunium a propriis Regulis et Constitutionibus statuta, nisi in indulto exprese de hac dispensatione mentio habeatur.» En el indulto concedido a España nada se dice sobre el particular, y, por lo mismo, los ayunos de Regla o Constitución siguen existiendo. Puede ocurrir que los ayunos de Iglesia estén mandados por la propia Regla, y en este caso seguirán obligando como de Regla. Aunque las Reglas y Constituciones no tienen por qué mandar lo que ya manda la Iglesia, puede ocurrir, sin embargo, que por su modo de hablar lo incluyan. Así, si una Regla manda ayunar todo el Adviento, es indudable que los que la profesan tienen que seguir ayunando los viernes y sábados de ese tiempo. Lo mismo los que tienen ayuno desde Santa Cruz de Septiembre hasta Pascua, como los Carmelitas descalzos y los Dominicos, tendrán que guardar, en virtud de sus Constituciones, los ayunos dispensados por la Bula, siempre que caigan dentro de ese tiempo. Los que guardan vigilia los miércoles, viernes y sábados, deberán guardar las vigiliass ahora dispensadas, si caen en esos días; no, si caen en otro. Los Institutos modernos que sólo están obligados a guardar los ayunos y abstinencias de la Iglesia, ahora sólo quedan obligados á los que conserva la Bula. En general, debe mirarse a ver si la Regla ó Constituciones respectivas, al hablar de los ayunos y abstinencias de la Iglesia, sólo intentan enumerarlos o quieren además mandarlos; en el primer caso, dejan de obligar los que dejaron de ser ayunos de Iglesia; en el segundo, seguirán obligando al modo de la Regla o Constituciones. La cosa no es tan fácil de distinguir en el texto de algunas Reglas. Así, algunos Regulares siguen guardando las vigiliass de los Apóstoles, las de Rogativas, la de San Lorenzo, etc., etc., y sin embargo, es más que probable que la Regla o Constituciones, al hablar de ellas, no intentaron mandarlasy, sino sólo mencionar las que entonces guardaban todos los fieles. Suprimidas para estas, podían aquéllos haberse creído también dispensados.

Los ayunos, pues, que por su Regla deban guardar los Regulares, quedan en cuanto a su existencia como estaban. ¿Pero pueden aplicarse a los ayunos de Regla las concesiones que se hacen en la Bula respecto de condimentos y uso de huevos y lactiños en la colación y en la parva? La Bula española nada dice sobre el particular. El Indulto concedido a la América Latina con fecha 1.º de Enero de 1910, trae una declaración favorable. Esto supuesto, me

(1) Acta ap. Sed., vol. IV, pág. 626.

parece que pueden darse dos casos: uno que la Regla o Constituciones expresamente hablan de la cantidad y calidad de los alimentos que se han de usar en los ayunos; y en este caso parece claro que deben seguir guardándose, mientras la Orden o Instituto no modifique lo prescripto. Porque, aunque se cae de su peso que no deben ser más rigurosos los ayunos de Regla que los de Iglesia, la Bula, sin embargo, no dice nada; y bien pueden querer algunas Reglas que los Religiosos guarden los ayunos con más rigor que el común de los fieles. Claro está que en este caso tampoco autorizará la Regla para usar las mitigaciones de la Bula en los ayunos de la Iglesia. Aun así, todavía es ventaja tener la Bula, porque la Regla y Constituciones no suelen obligar a culpa sino sólo a pena, y siempre se dispensan más fácilmente.

Otro caso puede ser que la Regla o Constituciones, expresa o tácitamente, se remitan a la costumbre o a las enseñanzas de los teólogos respecto de la cantidad y calidad de los alimentos en los días de ayuno; y en este caso no me cabe duda que los Regulares pueden usar de las concesiones de la Bula, tanto en los ayunos de Iglesia, como en los de su Instituto, porque tales concesiones pasan a ser costumbre general y enseñanza común, y los Superiores no tienen por qué estorbar el uso de los privilegios, si las leyes propias autorizan para usarlos. Este segundo caso es actualmente el de la Orden de Predicadores, según una concesión del Capítulo General de Gante de 1875 (*Consts.* núm. 164): «Quantum autem ad naturam collationis vespertinae in diebus jejunii, omnibus notum est quod per plura saecula nihil Fratribus in vespere harum dierum ministrabatur nisi potus; cui Capitulum Mediolanense, anno 1505 celebratum, aliquantulam addi cibi quantitatem prima vice permittit. Hodie vero immutatis Ecclesiae consuetudinibus, Fratribus nostris permittimus in jejuniis Ordinis aut Ecclesiae hanc collationem quae a theologis probatae doctrinae conceditur. Toleramus pariter collationem matutinam dummodo non excedatur cibi *quantitas et qualitas*, quae ab auctoribus probatis admittuntur». Téngase presente, para comprender el alcance de esta concesión, que tomaron parte en ella belgas, holandeses y alemanes; en cuyos países se usaba ya entonces el tomar lactiginios en la parva y huevos y lactiginios en la colación; y otros de los varios países en los cuales era corriente tomar pescado. El ser corriente el pescado en la colación, es, a mi juicio, el motivo de que no hable de esta Bula; porque la Bula sólo concede lo que es *praeter jus*. Por eso creo que la Bula no concede el uso del pescado, porque se supone que se usa; y así, la costumbre que aún existe en contrario en gran parte de España, no tardará en desaparecer, o por declaración explícita, o por varios privilegios que pasarán a costumbre.

Los pobres, no cabe duda que no necesitan tomar la Bula para gozar de los privilegios que concede en materia de ayunos y abstinencia. ¿Pueden algunos religiosos entrar en la categoría de pobres, y, por consiguiente, estar en el mismo caso? Tampoco en esto puede haber duda. Los franciscanos observantes y las franciscanas se consideran ya pobres en derecho, y muchos Conventos de clausura son indudablemente pobres de hecho. Ni los que el derecho supone pobres porque no poseen inmuebles, ni los Conventos y las Comunidades que realmente sean pobres, están obligados a tomar el indulto de ayuno y abstinencia para gozar de sus privilegios. Algunos dicen que las Comunidades de monjas necesitan que el Ordinario las declare pobres. No veo la ne-

cesidad de tal declaración para un hecho tan a la vista, ni la Bula exige tanto. De todos modos, poco importará a los Ordinarios darles la declaración, porque les será igual hacerles la limosna en una forma que en otra. El Sumario general necesitan tomarlo todos los pobres si quieren gozar de sus privilegios; y ciertamente que a las monjas, por pobres que fuesen, les costaría quedar sin él.

Octava del Corpus en España.—La Sagrada Congregación de Ritos ha resuelto, con fecha 23 de Junio de 1915, los siguientes puntos: I. La octava del Santísimo *Corpus Christi* se ha de considerar en España entre las seis privilegiadas, pero de segunda clase.—II. Las vigiliass de San Juan Bautista y de San Pedro y San Pablo, ocurrientes en ella, no se han de omitir, sino conmemorar.—III. Al recurrir la Octava del Corpus, no se deben interrumpir otras octavas particulares. (Resoluciones publicadas en el «Boletín del Obispado de Solsona» (1).

FR. E. COLUNGA, O. P.

(1) Nos han preguntado si rige para los dominicos el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 28 de Febrero de 1914 sobre las fiestas locales que pueden y deben celebrar los Regulares que tienen calendario propio (véase LA CIENCIA TOMISTA, t. IX, página 273); y si queda, por consiguiente, abolida la concesión de Benedicto XIII de 27 de Septiembre de 1725 (*Bull. Ord. Praed.*, t. VI, pág. 573). Como es cosa bastante clara y de interés particular, contestaremos en pocas palabras. Vale para el rito dominico dicho decreto, porque es materia en que nuestras rúbricas no tienen normas propias, sino que se guía por los decretos de la Sagrada Congregación, como está claro en las rúbricas del Breviario, s. XXXI. Y no sufraga la concesión de Benedicto XIII, porque el decreto de que hablamos trae revocación especial de privilegios «*contrariis quibuscumque indultis revocatis, aliisque etiam speciali mentione dignis non obstantibus*». Pero si alguno se empeña en que el privilegio de Benedicto XIII no está revocado, la conclusión viene a ser la misma, porque para poder los dominicos rezar de los Santos particulares de reinos, provincias o lugares, exige que se rece *universim tam a saecularibus quam regularibus*, y esta hipótesis, hecha la reforma de los calendarios diocesanos, ya no se da, no tratándose de patronos principales; pues los pocos rezos que han quedado en cada diócesis sólo son para los que siguen el calendario diocesano. A lo más se verificaría la hipótesis respecto de algunos santos españoles, que pertenecen al calendario de toda la Iglesia, y no se hallan en el dominicano, v. g., San Isidoro, San Pascual Baylón, Santa Isabel de Portugal, etc. No se debe olvidar que la Orden, ya antes de estas reformas, había manifestado su voluntad contraria al uso del privilegio del que tratamos. (Cap. Gen. viterb. 1907, *De cultu divino*.)



CRÓNICAS CIENTÍFICO-SOCIALES

ESPAÑA

Academias.— En la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales fué recibido el día 30 de Enero, como Académico de número, el Excmo. Sr. D. Bernardo Mateo Sagasta, quien leyó un discurso de entrada sobre el tema «El agua en la Agricultura», contestándole a nombre de la Academia el Sr. Castellarnau. Dejando de lado la parte puramente teórica del discurso, que es una excelente lección de clase, buscábamos con interés la parte práctica, que sospechábamos habría de ser densa y sugestiva, dada la significación política del señor Sagasta y los cargos técnico-políticos porque ha ido pasando, sobre todo, el de Profesor, y luego Director de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, Director general del Instituto geográfico y estadístico, Vocal del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio, y representante de España en varios Congresos internacionales. Sin embargo, el Sr. Sagasta, en esto apenas se detiene, añadiendo que es «por deficiencias en los datos». «Lamentable proceder el NUESTRO, continúa, no prestando la atención debida a la adquisición de datos, de los cuales se deduzcan útiles consecuencias.» Creo que la palabra *nuestro*, en boca del recipiendario, va aquí empleada en su más propio sentido; porque, si los ingenieros agrónomos, y más si son políticos a la vez, y el Instituto geográfico y estadístico no se preocupan de la adquisición de estos datos y de la formación de esas estadísticas, ¿quién ha de preocuparse? Por eso es bien triste la exclamación del Sr. Castellarnau en una nota de la respuesta: «Son muy escasos los puntos de España de los cuales se tiene noticia cierta de la cantidad anual de lluvia, y por eso es muy difícil trazar una verdadera carta de la distribución de las lluvias. Casi todas las que conozco son, más o menos, copia de la publicada por G. Hellman, en su estudio *Die Regenerverhältnisse der Iberischen Halbinsel*.» Al parecer, nuestros ingenieros agrónomos estudian mucho la Agronomía universal; pero se preocupan poco de la adquisición de los *datos necesarios* para constituir un poco de Agronomía española, aun cuando tienen en propias manos la dirección, y poder así empujar un poco hacia adelante nuestra vilipendiada agricultura.

— En la Real Academia de Medicina pronunció el 6 de Febrero un discurso inaugural el Dr. J. Codina Castells, de bien distinto carácter. El Sr. Codina propónese, desde luego, al querer tratar de la tuberculosis, que es su especialidad, prescindir de su descripción clínica, su diagnóstico, su anatomía patológica, formas, localizaciones, y, en fin, de todo lo que es trillado y conocido.

y exactamente igual y homogéneo en todos los países. Lo que varía es la etiología específica que, según los trabajos del bacteriólogo español Dr. Ferrán, ya no puede encerrarse en el bacilo ácido-resistente de Koch, y, en consecuencia, la profilaxis y el tratamiento, tanto específicos como sociales. Etiología, profilaxis y tratamiento sociales, aunque nutriendose de conocimientos de carácter general, están influidos por una serie de condiciones que han de ser otros tantos datos del problema: raza, costumbres, género de vida, profesión, vivienda, clima..., sin cuyo conocimiento, enteramente local y circunscrito, no se podrá llegar a ningún resultado práctico. El estudio de estos factores, por lo que hace a la capital de España, es lo que se propone el Sr. Codina en su gran discurso (200 páginas en 4.º), para lo cual se halla como pocos capacitado por su cualidad de Director del Real Dispensario antituberculoso Príncipe Alfonso. Su tema, en pocas palabras, es: «El problema social de la tuberculosis en Madrid»; y en su desarrollo estudia los cuatro puntos siguientes: «1.º Dónde viven los tuberculosos. 2.º Cómo viven. 3.º Cómo se les trata. Y 4.º Qué debe hacerse en su favor.»

La respuesta al primer punto se da con todo detalle, señalando las calles en que ha habido tuberculosos en el cuatrienio a que se refieren sus estudios (1911-1914), que son casi todas las de Madrid, pues sólo quedan unas 300 en que no ha habido ningún tuberculoso en esos cuatro años. En todas las grandes capitales ocurre una cosa parecida. De las 14.000 y pico de casas que tiene Madrid, más de 5.000 (casas, no viviendas o pisos) han tenido, en el transcurso de esos mismos cuatro años, algún tuberculoso. Los que en los cuatro años han llegado a tener más de 10 tuberculosos, se especifican con todas sus señas para conocimiento del público.

Lo primero que se hace notar con respecto al segundo punto, es el bajo alquiler que pagan las viviendas en que viven los tuberculosos, lo que es ya indicio de sus malas condiciones. Un 10 por 100 de estas viviendas paga un alquiler inferior a 5 pesetas mensuales, y sólo un 5,42 por 100 lo paga superior a 25. De estas viviendas, sólo un 17 por 100 tienen más de cuatro habitaciones; de dos habitaciones, sólo hay un 10 por 100; la inmensa mayoría consta de tres o cuatro piezas—más bien de cuatro—, promedio demasiado escaso para el número de personas que suele constituir una familia. Las 1.994 viviendas visitadas tenían un total de 7.381 piezas o habitaciones, y albergaban 9.303 personas, con lo que no sale a habitación por persona. El Sr. Codina da luego detalles sobre la cubicación de estas habitaciones y sobre los huecos que tienen para recibir aire y luz, encontrando todo esto en una proporción muy escasa, llegando a un 25 por 100 los dormitorios (no viviendas) que no tienen luz directa, y teniéndola otros muchos a patios o corredores mal olientes. No podemos seguir al laborioso y benemérito académico en sus observaciones acerca de la provisión de agua, retretes, personas que duermen en el mismo dormitorio, etc.

Los ingresos por todo concepto en las familias de los tuberculosos son: de una peseta, para un 10 por 100 de familias; de 2, para un 83 por 100; de 3, para un 35 por 100; de 4, para un 15 por 100; y de 5 o más pesetas, para un 8 por 100 de familias. «Dada la carestía actual de las subsistencias y de los alquileres, resulta milagroso cómo puedan ni mal vivir estas familias», de las que 7 decimos, o sea la gran mayoría, cuentan con ingresos de 5 a 16 reales. En cuan-

to a instrucción, no hay que preguntar cómo andarán estas familias, siendo la ignorancia, a la vez, causa y efecto de sus males. De 1.860 tuberculosos examinados, sólo un 64 por 100 saben leer y escribir. En cuanto a las profesiones u oficios, los que más candidatos dan a la tuberculosis son, por orden, los siguientes: jornaleros (es decir, los que, por no tener ningún oficio, no tienen tampoco, por lo común, ningún jornal), costureras, albañiles, criados, zapateros, carpinteros, dependientes de comercio, panaderos, cigarreras, etc., los cuales, todos, más de un 60 por 100, trabajan en local cerrado.

Es muy de notar lo relativo a las horas de trabajo, pues más de un 81 por 100 trabajan sólo ocho horas diarias, y solamente un 12,5 por 100 trabaja más de las ocho horas, trabajando, en cambio, menos de las ocho horas el resto, de un 6 y pico por ciento. Se ve, pues, que no es el mucho trabajar lo que hace tísicos, sino el poco comer y la mala vivienda, lo cual, quizá en muchos casos, dependa de querer precisamente trabajar poco. La tendencia del obrero debe, pues, más bien referirse a aumentar su jornal que a disminuir su trabajo, cosas que, sin embargo, suelen pedir juntas, aun siendo de todo punto incompatibles, y resultando consecuentemente el mismo obrero, por rehuir tanto el trabajo, prueba, al fin, de degeneración, perjudicado.

No menos daño que las viviendas insanas hacen el tabaco y el alcohol, «tóxicos tan generalizados como asociados protectores de la tuberculosis.» Si todos los españoles adultos fumarán, cada uno gastaría al año en tabaco, según las cuentas de la Tabacalera, 44 pesetas; pero como no todos fuman, resulta que lo que gasta por término medio cada fumador al año, es bastante más. Ahora bien: es ciertísimo que los no fumadores, sobre todo desde que comenzó la campaña contra el tabaco que en nombre de la higiene se viene haciendo, abundan más en las clases altas que en las bajas, en las que el vicio es generalísimo. Júntese a esto la malísima calidad del tabaco que en España fuman estas clases, y se tendrá un elemento eminentemente tóxico, que, además de la ayuda directa que presta a la tuberculosis, le presta otra indirecta de disminuir el alimento de toda la familia, divirtiendo una parte de los ya de por sí exiguos ingresos. Casi lo mismo que del tabaco se puede decir del alcohol; pero acerca de esto es mucho más difícil todavía adquirir datos concretos. Ateniéndonos sólo al vino, y aun con respecto a éste, teniendo solamente en cuenta el que entra en Madrid por línea férrea (unas 85.000 toneladas por término medio anual), resulta que *cada* habitante de Madrid bebe al año 141 litros de vino, aproximadamente, cantidad de por sí excesiva, y mucho más teniendo en cuenta que hay muchos que no beben. Y luego súmense los licores y la cerveza... En cambio, lo que se gasta de más en vino se gasta de menos en carne, cuyo consumo pasa poco de unos 23 millones y medio de kilogramos, dando un promedio para cada habitante de la Corte de unos 35 kilos anuales, o 100 gramos por día.

Considerando ahora la tuberculosis de Madrid (no ya la de la capital, de la que hasta ahora venimos hablando, sino la de la provincia) en relación con la de las demás provincias de España, resulta que la provincia de Madrid es la tercera en tanto por ciento de tuberculosos, aventajándola sólo—lamentable ventaja—las provincias de Cádiz y Sevilla. Entre los distritos de Madrid (Madrid-capital), el de Buenavista, todo nuevo y perfectamente urbanizado, es el que menos tuberculosos tiene, pues la mortalidad por este concepto no le llega al

2 por 1.000; y el de la Inclusa, el que más, pasando de 4 y medio por 1.000.

Respecto al lugar que ocupa España, por lo que hace a tuberculosis, entre las demás naciones europeas la encontramos en un lugar intermedio, teniendo menos tuberculosos Bélgica, Inglaterra, Holanda, Italia y Alemania, y más tuberculosos que España, Escocia, Francia, Suiza, Noruega y Austria-Hungría. Este estado comparativo con las demás naciones europeas está formado con datos relativos a 1908, año en el cual en España murieron de tuberculosis 18,5 por cada 10.000; pero en 1914, ya la porcentual de muertos por tuberculosis había bajado más de 3 enteros, no llegando a 15,5—lo cual prueba que progresamos—, con lo cual, si supusiéramos que las demás naciones europeas habían permanecido estacionarias, pasaría España a ocupar el cuarto lugar en sentido de menos a más, o sea en el sentido del progreso, vencedor de la tuberculosis.

A la tercera pregunta: «Lo que se hace en Madrid contra la tuberculosis» responde con una descripción al por menor, en la que no podemos detenernos. El Estado consigna en sus presupuestos anuales 100.000 pesetas para luchar contra la tuberculosis, de las que la mitad, próximamente, quedan en Madrid. El Ayuntamiento y la Diputación, nada especial. Casi todo, pues, queda al cargo de entidades y fundaciones particulares. La «Liga contra la tuberculosis» viene organizando cada año, desde 1913, la llamada «Fiesta de la flor», en la que recauda bastante más de 100.000 pesetas (144.000 en 1914)...; pero todo eso es muy poco.

Lo que se debe hacer, se desprende de todo lo dicho. Perseguir las malas viviendas; perseguir el tabaco y el alcohol, cargándolos con más impuestos, para desgravar las substancias alimenticias, castigando severamente a los taberneros que encabezan el vino, y premiando a los que lo aguan; llevando con más severidad los servicios de desinfección. A este propósito, el señor Codina, notando el relativamente escaso número de contagios que hay entre personas que viven en íntima comunicación con los tuberculosos, por ejemplo, sus cónyuges, defiende la existencia, así en ésta como en otras enfermedades contagiosas, de una especie de vacuna natural, que nos va poco a poco inmunizando. También insta para que se siga trabajando mucho hasta obtener la verdadera *vacuna antituberculosa*, insistiendo en su estudio en la dirección señalada por las vacunas ya conocidas de origen español, como la de Ferrán y la de Mayoral-Chicote. Y por encima de todo, se necesita más organización y también más dinero, bastante más del que actualmente se emplea en esta lucha bienhechora,

—Nos ha sido también muy grata la *Memoria* anual de esta Real Academia de Medicina, leída en la misma sesión que el anterior discurso por el secretario perpetuo de la Academia, Dr. M. Iglesias y Díaz. La Academia de Medicina trabaja mucho, y trabaja con provecho y gloria.

Para los años 1916 y 17 abre concursos sobre los temas siguientes:

1.º *Vacunoterapia en Cirugía*.—(Premio: 750 pesetas, medalla de oro, diploma y título de académico corresponsal. Accésit: medalla de plata y diploma. Mención honorífica: diploma).

2.º *Fisiopatología de la atención*.—(Premios: como en el tema anterior).

3.º (De Alvarez Alcalá).—*Examen e higiene de los sentidos de los niños en las Escuelas públicas*. (Premio: 500 pesetas, etc., como en los anteriores).

4.º (Alvarez Alcalá).—*Patogenia, formas clínicas, etiología y tratamiento de la linfadenia*. (Premios: como el anterior).

5.º (Martínez Molina).—*Histología normal y patológica de los ganglios sensitivos del hombre*. (Premio: 1.600 pesetas, etc.).

6.º (Iglesias y González).—*Geografía médica de una provincia, comarca o población importante de España*. (Premio: 500 pesetas).

7.º (Nieto y Serrano).—*Cooperación de España al progreso de la Medicina durante el siglo XIX*. (Premio: 5.000 pesetas).

8.º (Nieto y Serrano).—*La experiencia trófica y su intervención en la formación de las imágenes del mundo exterior, doctrina de las sensaciones tróficas y su relación con una teoría del conocimiento*.—Premio: 2.000 pesetas).

9.º (Roel).—*Geografía o topografía médica de un partido o término municipal de la provincia de Madrid, no estudiado*. (Premio: 1.500 pesetas; Accésit: 500 pesetas).

Hay aún otros premios de carácter general para estimular la mayor actividad científica o profesional de los médicos. La Academia facilitará detalles.

—En la última sesión celebrada por la Academia de la Historia, el secretario accidental de la misma presentó la traducción española de la obra del señor Charles F. Lumsden, titulada: *Los exploradores españoles del siglo XV. Vindicación de la acción colonizadora española en América*. Y el Sr. Becker: *Algunas ideas referentes a la política de España respecto a América durante el reinado de Felipe IV*.

—En la de Ciencias Morales y Políticas leyó D. Tomás Montejo y Rica su discurso de entrada acerca de la *Función judicial* el día 27 de Febrero de 1916, contestándole el Sr. Ugarte. Hizo el Sr. Montejo resaltar, analizando multitud de teorías, el nexo íntimo que une la función judicial con la legislativa, siendo aquélla en muchos casos «instrumento obligado para la determinación de esta última». Por esto, porque por mucho que se intente no se puede separar del todo la función judicial de la legislativa sin grave detrimento, aboga, cediendo a modernas doctrinas, porque se deje al árbitro judicial algo más de lo que se le deja en las actuales legislaciones. Es este clamor ya casi unánime entre los tratadistas de Derecho. Y no hay que advertir que como absolutamente indispensable se reclama la completa independencia de la jerarquía a la que está la función judicial encomendada. La contestación del Sr. Ugarte es interesante y linda, como todo lo suyo, y en ella hace un ligero análisis del concepto que de la justicia y de los jueces se tuvo en tiempo pasado, comparándolo con el prestigio, mayor sin duda, de que hoy gozan. Después del discurso del Sr. Montejo, obra de un técnico pero completamente desaliñado en la forma, sabe lo del Sr. Ugarte a mieles puras.

—En la Academia de la Lengua, por unanimidad, ha sido elegido académico de número el insigne periodista D. Mariano de Cavia.

Centenario de Cervantes.—Habiendo decidido el Gobierno aplazar este centenario hasta la terminación de la guerra, para que puedan tomar parte otros pueblos, el Comité ejecutivo del mismo, compuesto por los señores Rodríguez Marín, Gómez Ocaña, Cavia, Ortega Morejón, Auriol, Pérez Minguez y doña Blanca de los Ríos, dirigió al Presidente del Consejo una exposición, aplaudiendo en principio el aplazamiento del Centenario, pero enumerando a la vez los preparativos ya hechos, según sus proyectos, algunos de los cuales no deben aplazarse sin grave perjuicio. Entre es-

tas cosas planeadas y aun en gran parte preparadas, que no conviene aplazar, están: la edición popular del *Quijote*, profusamente ilustrada, con fotograbados de Ricardo Marín; el libro cervantino para las escuelas, con dibujos de Vivanco (200.000 ejemplares); el Catálogo ilustrado de la sala Cervantes de la Biblioteca nacional, redactado por G. M. del Rfo; el Album de fotograbados, con los 53 anteproyectos del monumento a Cervantes. Tampoco se deben aplazar, entre otros concursos, los destinados a premiar: 1.º, una Bibliografía crítica de Cervantes, adicional de la de D. Leopoldo Ríos; 2.º, un Romanero de Cervantes; 3.º, una colección de 10 o más artículos periódísticos de vulgarización acerca de la vida de Cervantes y de la importancia moral del *Quijote*. Ni tampoco convendría aplazar las series de conferencias proyectadas; la fabricación de sellos cervantinos, reproduciendo cuadros de Moreno Carbonero; las solemnidades religiosas, etc. Algunas naciones europeas, como Alemania, Francia e Inglaterra, se han adherido al Centenario, alegrándose de su aplazamiento hasta que vengan tiempos mejores, para poder concurrir a él libre y holgadamente.

Iberismo.—Llamémosle así, porque es el caso que esta palabra suena mucho, y cada día más, en conferencias, *interviews*, discursos políticos y artículos de Prensa. De *iberismo* han hablado recientemente Mella, Prat de la Riva, Gay, Sánchez de Toca, González Hontoria, Bullón, siempre a propósito del tema de la reconstitución nacional. Los tres ideales nacionales señalados por Mella, y en una u otra forma por todos aceptados, son, como es sabido: compenetración con Portugal; ídem con Hispano-América, y dominio de Gibraltar (estrecho) y del Norte de Africa. Claro está que al hablar de iberismo nadie sueña en cosa alguna que pueda menoscabar la absoluta soberanía de los dos Estados peninsulares. La unión o aproximación que se busca y se pregona es efectiva, de colaboración científica y literaria, económica y de defensa militar. Que de una aproximación de este género podrían resultar grandísimos bienes para las dos naciones, es indudable. Pero, ¿es factible esa aproximación? ¿Hay indicios siquiera de que se vaya hacia ella?

Pesimistas se encuentran, sobre todo, los dos últimos antes mencionados: Bullón y Hontoria. Bullón cree que hablar de intimidad hispano-portuguesa hoy por hoy, es engañarse a sabiendas. Hontoria cree que hasta es pernicioso hablar de eso, pues de ahí nace, por una parte, la desconfianza de Portugal respecto a España, que lleva a la primera de estas naciones a ver oculta intención en todo cuanto hace la segunda; y por otra, a esa blandura y dejadez de España en la defensa de sus propios intereses, siempre que de Portugal se trata.

Los optimistas, sin embargo, predominan, y aun no faltan indicios que alienten esas esperanzas. En la Prensa católica de ambos países se está estos días firmando una especie de solidaridad provechosa. La comunicación intelectual también es más frecuente, y el mutuo interés y respeto mucho más grande. En el Instituto de Coimbra, por ejemplo, dieron este invierno conferencias aplaudidísimas, y en medio de grandes solemnidades, varios españoles: Maluquer, Gómez Baquero... Y con este motivo se recordó la colaboración prestada por portugueses en nuestros Congresos de la Asociación española para el progreso de las Ciencias, la ley por la cual á los obreros portugueses en España se los reputa en un todo como si fueran españoles, en lo

referente a los accidentes del trabajo, etc., y se propuso, no sólo continuar estas conferencias de mutua compenetración cultural en los dos países, sino preparar, de común acuerdo, la celebración del cuarto centenario del primer viaje de vuelta al mundo, celebrando en Coimbra a Magallanes y Elcano juntamente.

Americanismo.—De una entrevista celebrada por el Sr. Martín Caballero con el senador Sr. Palomo, vicepresidente de la Unión Ibero-Americana, publicada en el *Boletín del Centro de estudios americanistas de Sevilla* (III, 16), tomamos las siguientes noticias. Dice el Sr. Palomo: «Una de las iniciativas del Centro de cultura (hispano americana), en cuya realización ponemos todos gran entusiasmo, es editar dos Bibliotecas hispano-americanas: histórica una, en la que se reproducirán documentos, libros y antecedentes, escrupulosamente seleccionados que con las historias de América tengan relación; y literaria, selecta, la otra. Comenzará la Biblioteca hispano-americana con la edición de un libro, verdadero monumento histórico, que en la Biblioteca nacional se conserva, *De Orbe novo Decades*, escrito por Pedro Mártir de Anglería, y cuya edición príncipe se hizo en Alcalá de Henares en 1493. La última edición conocida tiene la remota fecha de 1526. Para la Biblioteca literaria prepara el ilustre Rodríguez Marín un interesantísimo estudio sobre Gutiérrez de Cetina en Méjico. Tenemos otro gran proyecto: el de que hace falta y debería publicarse en Madrid un gran periódico, que se titularía *Diario hispano-americano*, donde habrían de recogerse todas las manifestaciones de cultura, arte y política de las Repúblicas americanas, en telegramas, correspondencias, artículos y notas diarias y exactas de las fluctuaciones de sus mercados... Muchas campañas descuidadas se harían con verdadero calor en ese *Diario*.» También habla de aprovechar la hora presente para establecer nuevas líneas de navegación, etc. Y añade ser proyecto suyo y de Labra influir para que se cree en España un Ministerio de Relaciones hispano-americanas, ya que se ha suprimido el de Ultramar «cuando hacía más falta».—La necesidad de este nuevo Ministerio de Relaciones hispano-americanas, creemos nosotros que no se sentiría tanto, si el Ministerio de Estado y todos los organismos que de él dependen se aproximasen un poco más a lo que debieran ser. ¿Qué diplomáticos, qué cónsules manda España a Hispano-América?... Sobre la respuesta a esta pregunta, muchas veces he oído a gente bien informada sentidas lamentaciones. Y a la vista están los resultados, aunque no se juzgue sino por el desamparo en que se deja a los emigrantes.

— En este mismo Boletín se da cuenta de que en una fiesta americanista, celebrada en el Ateneo de Sevilla, uno de los oradores (el Sr. Monge) protestó de la denominación de *latina*, dada a la América hispana. No es nueva ni infundada la protesta. Con eso del *latinismo*, palabra inventada y sostenida, no por Italia, lo que aún sería explicable, sino por Francia, con miras egoístas, ¿qué es lo que se trata de expresar? ¿Un concepto de raza? Pero, ¿dónde estaba la raza latina desde muchos siglos antes del descubrimiento de América?... ¿Un concepto de cultura? Pero quizá, seguramente, nuestra moderna cultura es más griega que latina. Y desde luego, está el fundamentalísimo elemento cristiano, que en cuanto *católico*, universal, no hay denominación local ni racional que lo encierre. Y ¿qué cultura moderna no reconoce como factores estos tres elementos?... Los reconocen, en mayor o menor grado y en combina-

ciones diversas, todas las *culturas* o todos los pueblos cultos: Inglaterra, Alemania, Austria, Suecia... En cambio, el concepto de América hispana o Hispano-América corresponde a una realidad histórica innegable, pues con sangre y espíritu españoles, combinados, modificados con el elemento y el ambiente indígena americano, están amasados todos los pueblos de Hispano-América.

El único terreno en el que puede hablarse de *latinismo* es el de la Filología; pero desde este punto de vista, Hispano-América es, no ya latina, pero ni siquiera, apurando mucho, española, sino más bien castellana.

A este propósito, leo en *El Correo Catalán* (3 de Febrero) un artículo bibliográfico de M. de Montolin sobre el libro de J. Draper, *Aures de Llevant*, donde acertadamente, en general, se discurre sobre esto del *latinismo*. A lo más, dice, se deberá hablar de *mediterraneismo*, que es lo que, al parecer, caracteriza la poesía de Draper.

—La Sociedad Hispánica de Nueva York ha encargado a nuestro gran pintor D. Joaquín Sorolla pintar unos grandes lienzos murales, representativos de las regiones de España, para adornar con ellos los espléndidos salones de su morada. La idea es hermosa y halagadora, y contribuirá a acentuar el ambiente español que en aquel hogar remoto se respira. Sorolla tiene ya pintados los correspondientes a Asturias, Castilla la Vieja, Cataluña y Andalucía, y está pintando actualmente el de Valencia, su patria.

Instrucción pública.—A fines de Enero (el 22), el ministro de Instrucción pública dió un decreto, universalmente aplaudido, suprimiendo las *agregaciones*, que tanto daño hacían a la enseñanza. El cargo de profesor es libre, dice muy bien el ministro, y el que no quiera desempeñarlo, que lo renuncie. El artículo 1.º del decreto, que es el fundamental, dice así: «Quedan caducadas todas las comisiones, agregaciones y licencias extraordinarias concedidas a los catedráticos, profesores, maestros, inspectores y funcionarios de todo género, dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.» En los demás artículos se especifica lo relativo a algunas justas excepciones y al modo de llevar a la práctica el presente decreto. Como ley, indudablemente, es buena; lo que hace falta, es que se urja de veras su cumplimiento.

—También poco antes había sido bastante bien recibido otro decreto del señor Burell, declarando libre la asistencia a la clase en las Universidades. Aunque algunos lo hayan combatido, no cabe duda que la dirección que señala es también plausible. La dirección que señala; pues el decreto, por sí, poca eficacia llegaría a tener mientras el profesor oficial y único de cada asignatura siga siendo señor de herca y cuchillo por lo que hace a los exámenes de la asignatura *propia*. Para que este decreto pudiera tener eficacia, se necesitaría: o bien suprimir los exámenes de asignaturas, o encomendarlos, por lo menos, a tribunales, en los que en ningún caso entrarán los profesores que las enseñan, o hacer, si no, que en toda Universidad hubiera varios profesores para cada asignatura, y que los alumnos pudieran elegir el que más les enseñase o les conviniera, como se hace en muchos sitios en el Extranjero. Roto así el cetro despótico del profesor, comenzaría a ser la libertad factible.

—Sobre la *autonomía universitaria* ha sometido este mismo ministro, cuya laboriosidad y deseo de acertar es evidente, al Consejo de Instrucción Pública,

un proyecto de decreto, concediendo la autonomía pedagógica, por vía de ensayo, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Según este proyecto, que no detallamos, por no ser naturalmente definitivo y por no extendernos, la autonomía que a esa Facultad se concede es completa, salvo lo relativo a provisión de cátedras, derechos económicos de los profesores dentro de su carrera y lo relativo a la legislación de Hacienda. Aprobado el proyecto en el Consejo de Instrucción, pasará a la Facultad interesada, la cual hará, de acuerdo con el ministro, los Estatutos por que haya de comenzar a regirse desde el curso próximo. También esta innovación era ardientemente deseada; y, o muy muertas están nuestras Universidades, o esta autonomía será, seguramente, principio de nueva vida y de un vigoroso resurgimiento.

—También ha presentado el Sr. Burell a informe del Consejo de Instrucción Pública otra novedad: la de crear en la Universidad Central una clase de Literatura moderna de las lenguas neolatinas, para encomendársela a la *señora* doña Emilia Pardo Bazán. Si el proyecto cuaja, lo que ya casi es un hecho, pues el Consejo lo ha aprobado, y sólo falta el beneplácito de la Facultad, será la primera profesora de nuestras modernas Universidades. En ello, así, por vía de excepción, y cuando se trata de personalidades consagradas en un orden cualquiera, no vemos ningún inconveniente.

Para la cátedra de Filosofía del Derecho, vacante desde la muerte de Giner de los Ríos en el Doctorado de Derecho de la Universidad Central, ha sido nombrado D. Fernando Pérez Bueno, que enseñaba Derecho natural en la de Oviedo. Por ello nos felicitamos, esperando que el nuevo cargo contribuya a hacerle desplegar una mayor laboriosidad científica, de la que tanto, indudablemente, puede esperarse.

Otro amigo nuestro, el joven Dr. Trías y Bes, acaba de llevar en dura oposición la cátedra de Derecho internacional de la Universidad de Barcelona, vacante desde el año pasado por la muerte de su inolvidable padre, de quien ya hemos hablado en estas columnas. Así van entrando en el Profesorado oficial elementos jóvenes, con ánimos y capacidad para trabajar, levantando nuestro prestigio y haciendo progresar la Ciencia.

Servicios postales.—La serie de mejoras planeadas desde los tiempos de D. Juan Lacierva en esta rama de la Administración, y tan hábilmente realizadas por el hasta hace poco director general de Comunicaciones, D. Emilio Ortuño, van a tener feliz coronamiento con el establecimiento de las Cajas postales de ahorro, que comenzarán a funcionar desde el primero de Marzo, y cuyas oficinas centrales se instalarán ya en la nueva y suntuosa Casa de Correos de Madrid. Giro nacional e internacional, postal y telegráfico; admirable organización, por lo que hace a los telegramas comerciales, de Prensa y de madrugada; lo mucho que se han extendido las redes telegráficas y telefónicas, y las numerosas y modernísimas *Casas de Correos* que por todas partes se están levantando; la utilísima medida adoptada en Madrid de que lleven los tranvías buzón exterior, que en cada viaje se desocupa, y del cual, por consiguiente, se puede hacer uso hasta para los alcances; mas ahora la Caja postal de ahorro nos ponen a gran altura en este orden.

La Caja postal de ahorro tiene por objeto fomentar, sobre todo, el pequeño ahorro. Salvo la primera imposición, que habrá de ser de una peseta como *mínimum*, para las demás se admiten imposiciones hasta de 5 céntimos; para

facilitar las cuales, se pondrán en las estafetas aparatos automáticos que, al recibir la moneda, entreguen el sello correspondiente. Las cantidades depositadas en la Caja devengarán un interés de un 3 por 100 mientras no pasen de 5.000 pesetas, pues desde esa cantidad para arriba dejarán en absoluto de producir interés, a fin de mantener a la Caja su carácter e impedir se convierta en un vulgar establecimiento de crédito, del que pudieran abusar los especuladores.

Mendicidad.—Ahora parece que se trata de tomar en serio esto de suprimir la mendicidad callejera. Ya se han abierto en Madrid muchos comedores de caridad, adonde podrán acudir todos los que tengan hambre y no hallen otros medios honrados de satisfacerla. Además, sobre la multitud de Asilos de todas clases que ya había, se están habilitando otros, destinados para este objeto de la recolección de los mendigos. Allí se los desinfecta y clasifica, y luego se los manda, o al correspondiente Asilo de inútiles, si lo están, o al trabajo, si son capaces, o a servir al Rey, como muchos que ya han pedido espontáneamente sentar plaza, o a la cárcel, si se los encontrase criminales y vagos de profesión. Con estas medidas preventivas, con las cuales se evita que nadie se muera de necesidad, se puede y se debe prohibir la mendicidad pública, como de hecho está ya suprimida en muchas provincias, sobre todo, del Norte de España. Desde luego, a las puertas de las iglesias, por disposición plausible del señor Obispo, no se permite pedir a los pobres, si no llevan una placa concedida por el párroco, que acredite su verdadera necesidad. La Policía es la encargada de recogerlos por las calles. Lo que hace falta es no cejar en la campaña hasta lograr lo apetecido.

Banco de León XIII.—Fundóse este Banco, como es sabido, hace once años, con el fin benéfico-social de crear ambiente económico en que pudiera fácilmente desenvolverse el movimiento sindical agrario, que por entonces en España comenzaba. La primera necesidad de los Sindicatos agrícolas es el dinero, y si no encuentran una institución que con un interés módico se lo facilite, su vida rápidamente se extingue, ahogando las más bellas esperanzas. El Banco de León XIII ofrece desde su fundación al Sindicalismo agrario ese suplemento económico que condiciona su vida.

Los progresos realizados por el Banco desde su fundación son admirables. Véanse algunas cifras indicadoras. Los préstamos realizados por el Banco a los Sindicatos, en 1905, ascienden, en números redondos, a 34.000 pesetas; en 1909, a 297.000; en 1913, a 628.000; en 1915, a 1.055.000. Los Sindicatos prestatarios, en 31 de Diciembre de 1915, pertenecen a 23 diócesis, repartidas por toda España. Hasta ahora, ni un solo préstamo ha habido que declarar fallido.

En 1915 se han suscrito 79 acciones por valor de 39.500 pesetas, y 579 obligaciones, por valor de 289.500 pesetas, siendo de advertir que en los primeros días del corriente año de 1916 se ha acabado de suscribir las pocas obligaciones que quedaban en cartera.

El suscribir acciones del Banco de León XIII no es ya hoy puramente una obra de carácter benéfico-social, sino, además, una buena colocación del dinero, pues produce un 4 por 100 segurísimo y exento de todos los peligros de otros valores de Bolsa.

El Banco acaba de resolver, para mejorar las condiciones de sus préstamos,

que los intereses se devenguen día por día y no por meses enteros, pudiendo el Sindicato en cualquier momento y sin un solo día de pérdida de intereses, reintegrar en todo o en parte sus préstamos.

Además, el Banco se propone, y quizá lo pueda realizar muy pronto, rebajar el tipo de interés de sus préstamos a los Sindicatos, que hasta ahora es del 6 por 100. Quizá al 5 por 100 podrá llegar a rebajarlo, a medida que su situación se consolide.

Certámenes.—El periódico *A B C* abre un concurso para premiar el mejor trabajo periodístico, inspirado en el siguiente asunto: «Evolución en la manera de ver el *Quijote*, desde su aparición hasta nuestros días.» Los trabajos serán inéditos, originales, y de una extensión no superior a tres columnas de *A B C* (unas 1.650 palabras). El plazo de admisión termina el 31 de Marzo próximo. Y a los tres mejores trabajos se dará, respectivamente, un premio de 1.000 pesetas, otro de 250 y otro de 100. Las demás condiciones, las acostumbradas en estos concursos.

Agricultura.—La Escuela Superior de Agricultura de Barcelona, creada y sostenida por la Diputación provincial, además de los 40 alumnos que prepara para ingenieros agrícolas, hijos casi todos de grandes propietarios, se ha propuesto extender la instrucción agrícola en el Pueblo, dando por toda la región una serie de cursillos, que han obtenido excelente resultado, pues a ellos han asistido más de dos mil alumnos. Además, se propone organizar las enseñanzas técnicas de la Floricultura, producción de esencias, perfumes, drogas, etc., promoviendo la creación de industrias, para las cuales tanto se presta nuestro suelo, y que están, sin embargo, tan abandonadas. Cuando, hace años, visitamos la famosa Granja-Escuela Agrícola de Friburgo (Suiza), encontramos allí, con agrado, algunos estudiantes españoles (7), y algunos también de los países hispanos de allende el mar. De la Escuela Agrícola de Barcelona esperamos, no sólo que haga innecesaria la salida al Extranjero por parte de los agricultores españoles que quieran explotar a la moderna, es decir, con un máximo de rendimiento sus haciendas, sino que sea un punto más de atracción para los países de Hispano-América, en los cuales la agricultura es factor de tan extraordinaria importancia.

—También van adquiriendo cada vez mayor y más provechosa importancia los Cursos de Expansión comercial (ya va el VIII), que en Barcelona hace años se vienen organizando, en los cuales se «llegó a constituir la Geografía económica española, que propiamente no existía» (*Revista Calasancia*, III, 36). De lo relativo a la Agricultura en este VIII curso, se hace un amplio resumen en la citada Revista, del que tomamos los siguientes datos:

La superficie total de España (incluso Baleares y Canarias) es de 50 millones de hectáreas, distribuidas en la siguiente forma: 4,6 millones de hectáreas de terreno enteramente improductivo (incluyendo el ocupado por poblaciones, caminos, cauces de agua, etc.); cerca de 24 millones dedicados a bosques, dehesas y tierras de nuevo pasto, que producen, aproximadamente, unos 200 millones de pesetas anuales; 16 millones, dedicados a cereales y leguminosas; 1,6, a viñedo; 1,4, a olivares; y el resto, 2,6, a hortalizas y demás cultivos. La producción global agrícola de España asciende a unos 5.000 millones de pesetas por año. De los 21,5 de terreno propiamente cultivado, más de las tres cuartas partes se dedican a cereales y legumbres. Pero con el sistema de

barbechos, resulta que el terreno anualmente cultivado no llega ni siquiera a la mitad del que en absoluto a ese cultivo se dedica. En 1914, por ejemplo, había sembradas de trigo, unos 4 millones de hectáreas, y 2,6 de cebada; casi todo el resto, hasta unos 16 millones de hectáreas, era de terreno que aquel año estaba *descansando*. Bien es verdad que este terreno de *descanso* se va reduciendo más cada año, pues en el invierno que corre van ya sembradas de trigo según los datos de los Ingenieros agrónomos, unos 5 millones de hectáreas. El promedio de la producción de trigo en España durante el último quinquenio ha sido de unos 35 millones de quintales métricos por año, con un rendimiento medio de 9 quintales por hectárea. Esta cosecha de trigo no basta para el consumo de España, aunque le falta muy poco, pues el trigo que cada año se importa suele pasar poco de un millón de quintales. Por donde se ve que, a poco que se forzase la producción, se nivelaría con el consumo. La cosecha de cebada alcanza unos 16 millones de quintales métricos; la de centeno, 7; la de maíz, 5; y la de avena, 4,5.

Son importantísimos los productos llamados de huerta. La exportación que hizo España de cebolla, por ejemplo, en 1912, ascendió a cerca de 16 millones de pesetas. La de conservas vegetales, a 9,3 millones. La de patatas, a 7 millones. La de pimiento molido, a 4,5. La de ajos, a 2,2 millones, etc. La exportación de frutas también es sumamente importante, ascendiendo, la de la naranja solamente, a cerca de 70 millones de pesetas. Por eso este año están tan aterrorizadas y tan amenazadas de miseria las regiones de Levante, en que la naranja se cosecha, por no poderla exportar. Es también importantísima la producción y exportación de la uva. Y más aún, la del vino, en el cual España es la primera nación exportadora...

Por aquí, por Madrid, también se observa cada vez más interés por el estudio y los asuntos relativos a la Agricultura, que es nuestra grande y primera riqueza, tan susceptible aún de intensificación y aumento. Contribuyendo a ello no poco la Asociación de Agricultores de España, que sobre las operaciones internas propias de su organización, da con mucha frecuencia conferencias autorizadas, haciendo llegar al público su voz y extendiéndola por medio de la prensa, abre concursos todos los años, etc. El Director general de Agricultura acaba de dictar también unas disposiciones encaminadas a organizar unos cursos de enseñanza agrícola que se darán por todas las provincias de España, de carácter eminentemente práctico y dadas en el mismo campo en que los labradores trabajan. En general, por toda España la Agricultura despierta y se mejora; y en este mejoramiento, cabe no pequeña parte al gran movimiento social de los Sindicatos agrícolas católicos y demás instituciones complementarias y afines.

El día de la Prensa católica.—El Director del *Ora et Labora*, de Sevilla, que tanto bien con sus compañías está haciendo, ha propuesto a la Asociación Nacional de la Buena Prensa el proyecto de dedicar un «día» cada año a la «Prensa católica», como se ha dedicado un día a la Bandera, otro a la Raza, otro a la lucha contra la tuberculosis, otro a la Agricultura, (Fiesta de la Bandera, de la Raza, de la Flor, Fiesta del Árbol...), etc. Para día de la Prensa, podría escogerse el de la fiesta de los grandes propagandistas del Cristianismo, los Príncipes de la Iglesia, San Pedro y San Pablo, o sea el 29 de junio. El cual se habría de consagrar á la Prensa por estos tres medios: «Ora-

ción, propaganda, colecta.» Oración con fiestas religiosas por la mañana (comuniones, misas, sermones...); Propaganda (manifestaciones por la tarde, meetings, veladas literario-musicales...); Colecta simultaneada con todos los actos u organizada en la forma especial que en cada localidad se juzgase más conveniente.

La organización de estas fiestas estará encargada a las Juntas diocesanas o locales de la «Asociación Nacional de la Buena Prensa» ya existentes o que de nuevo se creen—y ésta será buena coyuntura para ello—, de las cuales serán vocales natos los Directores de las publicaciones católicas de la localidad, siempre con la bendición y alta dirección de la Autoridad eclesiástica, o sea del Prelado respectivo. La Junta Central de esta Asociación, en la sesión celebrada en Sevilla el 22 de febrero, ha hecho suyo el proyecto en todas sus partes y ha publicado un manifiesto excitando a todos los católicos a trabajar en esta empresa. Para esto contaba ya con la adhesión del Sr. Nuncio de Su Santidad, del Primado y de otros 40 Arzobispos y Obispos, pudiendo darse ya por descontada la aprobación unánime de todo el Episcopado. En la Prensa católica no hay que decir que también ha sido muy bien recibido el proyecto.

Los productos íntegros de la «colecta» o cuestación se pondrán en manos del respectivo Prelado; el cual destinará, desde luego, un diezmo o décima parte para el «Dinero de San Pedro», o sea para el Sumo Pontífice, y lo restante lo repartirá a su arbitrio entre las publicaciones y obras de Buena Prensa de su diócesis y el «Tesoro Nacional de la Buena Prensa», de Madrid.

Respecto a esto del «Tesoro Nacional de la Buena Prensa», creemos que se necesita hablar al público muy claro, no sólo sobre las cantidades ingresadas, réditos que van produciendo, etc., sino sobre el destino inmediato o ulterior que se les asigne. No sabemos si se publican los balances de todas estas cosas, que en bien de la empresa que se persigue, deben sin duda, cuidadosamente publicarse; pero, es lo cierto que hay mucha gente, aun entre los «legionarios», que lo ignoran, que ignoran en absoluto, el empleo que a esas limosnas o a esos capitales se les da y el fin concreto a que se les destina. Legionarios hemos encontrado—y alguno de ellos hombre, y de carrera—que creía que la «buena prensa» era *El Iris de Paz* o la Agencia «Prensaasociada», o *El Universo...*... Y claro está que estos equívocos para nada son convenientes.

El 29 de Junio será pues, consagrado «Día de la Prensa católica», y es preciso que no quede pueblo en España, donde con todo el esplendor posible no se celebre. Y ojalá se propagase hasta el Extranjero, sobre todo a Portugal e Hispano-América. De los trabajos que se hagan para organizar esta fiesta conviene tener al corriente a la «Junta Central de la Asociación Nacional de la Buena Prensa (San Isidoro, 14, Sevilla) a la cual se pueden asimismo dirigir sobre este particular todo género de consultas.

Pastorales —Magnífica verdaderamente es la que del Excmo. Sr. Cardenal Primado acabamos de recibir: «Justicia y caridad en la organización cristiana del trabajo.» Es doctrinal y práctica a la vez, profundamente doctrinal y eminentemente práctica; y viene ataviada de ese particular encanto que el señor Guisasola y Menéndez pone en cuanto escribe, producido por la maravillosa unión de un pensamiento agudo, penetrante y sólido con una soltura y elegante familiaridad de estilo y formas, verdaderamente inimitables. Las

Pastorales del Cardenal Primado son sin duda «eminentísimas» por su fondo; pero están tan lejos de ese enquistamiento rígido tan frecuente en este género de literatura, que pueden muy bien pasar por lo que deben ser, obras accesibles a todo el mundo, folletos capaces de penetrar hasta las últimas capas populares.

Justicia y caridad: La justicia sola no basta. Por eso el socialismo es incapaz de resolver el problema. «La justicia es a veces compatible con aquel principio del más refinado egoísmo: ámate a tí sobre todas las cosas y a los demás por tí. «El que atienda sólo a la justicia pasará impávido junto al samaritano, que yace agonizante a la vera del camino. La justicia es muerta si no está informada, alentada, completada y perfeccionada por la virtud de la caridad, que da calor y vida y hermosura a toda sociedad humana.

Tiene hermosísimos párrafos sobre la situación de España y la obra del liberalismo en los últimos cuarenta años, obligando a la Iglesia a gastar sus energías en su propia defensa, oreando y alentando el socialismo, contra el cual hoy nada puede, quebrantando la unidad moral de la Nación y el prestigio de la monarquía, haciendo dudar de la justicia y abriendo las puertas a un destructor pesimismo. Y hoy la economía liberal nada puede. Y es la Iglesia la única que ofrece viables y eficaces soluciones: «non est in alio aliquid salus...»

«El trabajo es algo personal, propio del obrero, pero tiene además carácter de obligatorio y necesario; de donde se infiere que el justo salario debe ser determinado por una ley superior a la libre voluntad del patrono y del obrero que contratan; la necesidad proviene de ser el trabajo medio generalmente ordenado por la naturaleza para la propia sustentación.» Esta sustentación debe extenderse al obrero y a su familia, ya que el obrero solo no existe sin que la sociedad se destruya, habida cuenta de los demás ingresos que puedan sobrevenir en la familia de un obrero sobrio y honrado. La obligación de satisfacer este salario familiar que «es debido al obrero por justicia verdadera» pesa «inmediatamente sobre el patrono, y de una manera mediata sobre el Estado; pero de tal suerte, a nuestro entender, que estas obligaciones subsistan simultáneamente, y de ningún modo la primera sin la segunda...»; es decir, que el patrono no tiene directamente obligación de satisfacer un salario familiar si el Estado por su parte no crea el ambiente jurídico y económico necesario para hacer ese salario familiar posible.—Esta manera de plantear el problema es interesantísima, y a nuestro modo de ver la única sostenible.

El Sindicato es el elemento fundamental de la restauración que se busca; es el primer elemento de cohesión, el primer organismo que va en busca de más justicia y más caridad entre los hombres... «Si no se puede satisfacer el ideal, que es la unión en una misma entidad de todos los elementos productores, deberán constituirse urgentemente Asociaciones profesionales sólo con obreros, porque es la clase más numerosa y desvalida. Y el remedio de tanto daño no sufre aplazamiento por parte de la Iglesia.» «El desarrollo que puedan tener los Sindicatos aumentando su potencialidad no debe asustarnos, mientras se mantengan los principios fundamentales de la ortodoxia. El tiempo decidirá si el Sindicato es sólo un defensor de los intereses de la clase, o un elemento activo de hondas transformaciones en la economía general; y no

hemos de ser nosotros los católicos quienes pongamos obstáculos a cualquier cambio, por radical que sea, si tiende a distribuir entre el mayor número posible los bienes de la Tierra.» Estas palabras decididas y valientes harán su mella, y prueban bien claro que el Sr. Guisasola no necesita esperar a que el tiempo decida para comprender la enorme transcendencia del Sindicato.

Respecto a la libertad de los obreros en sus Sindicatos, sostiene que, pues «la organización nace de la facultad de los ciudadanos para asociarse, menester es que en su constitución interna se les reconozca la libertad y el derecho de elegir aquel reglamento, y aquellas leyes y aquellas personas que juzguen les han de ayudar mejor a los fines que se proponen, libres de toda extraña ingerencia.» Sin embargo, «para esa labor gigantesca de organización social, además del trabajo personal estrictamente obrero, se requiere un trabajo de dirección, de técnica, de auxilio material, que no están al alcance del obrero.» Esto que no está al alcance del obrero, lo prestarán todos los que puedan, y, sobre todo, «las grandes Federaciones, los Consejos permanentes, los Secretariados, la generosidad de los que abundan en bienes de fortuna»... ocultando la personalidad individual, con desinterés, con amor... Esa libertad de los obreros en sus Asociaciones «la reputamos tan propia de los hijos de Dios, que, aun previendo posibles rebeldías, no pretenderemos ahogarla en su cuna». Sin embargo, «aunque estas Asociaciones deben reunir a todos los individuos de la clase, en su admisión toda cautela es poca, sin que por esto peligre el éxito; antes se afianzará más... pues aún más que el número o la cantidad, es la calidad la que da la fuerza y lleva al triunfo. El Sindicato, además de sus fines económicos, «debe aspirar a otros más altos de educación y cultura; pero, principalmente... la perfección de la piedad y las costumbres, como a la savia que anima todo el organismo social... Nuestros Sindicatos sean manifestamente católicos y lleven con honor este nombre glorioso, que por sí mismo lo dice todo. Por razones poderosas no deberán formar parte de ningún partido político, ni mezclarse en cuestiones meramente políticas... Y no seguimos copiando más, porque tendríamos que transcribirla toda. Ni puede pedirse mayor claridad y decisión en las anteriores resoluciones.

Periódicos nuevos.—Acaba de aparecer *La Acción*, cuyo sólo título es un programa. Se propone decir la verdad por encima de todo, aun en aquellos casos en que *no puede decirse*. Se declara católico, monárquico, y altamente patriótico. No deja de ser consolador ver aparecer un nuevo gran rotativo, que empieza confesando solemnemente su catolicismo; esto apenas sería creíble hace todavía no muchos años. Es que ya no sólo no se tiene miedo de salir a la calle con la señal de la Cruz en la frente, sino que aun con ella se espera abrir mejor el camino. Aunque no lo dice expresamente, antes se proclama independiente de todo partido político, *La Acción* es de inspiración maurista.

La lengua nacional.—Hace unos meses, a un abogado del Estado que ejerce en Cataluña sus funciones, presentósele, para que informara, un expediente, escrito todo en catalán. El abogado se excusó de informar, por no venir redactado el expediente en la lengua oficial del Estado. Esto dió pie al senador anticatalanista, Sr. Royo Vilanova, para preguntar al Gobierno en el Senado qué medidas pensaba tomar para evitar casos parecidos. Dada, quizá, sobre todo la significación del senador que hablaba, los senadores catalanes

comenzaron a protestar, y la discusión tomó un carácter desagradable, sin finalidad ninguna, por lo demás, y sin llegar a ningún resultado.

Creyéase en Cataluña, sin gran fundamento, que con esto había sido agravada la lengua castellana; y en desagravio, organizóse una función solemnísimas, la *Diada*, en 1.º de Enero, en la que se adoptaron las siguientes conclusiones: 1.ª, enseñanza obligatoria del catalán en las escuelas; 2.ª, creación en las Universidades y Escuelas normales de la región de cátedras obligatorias de la lengua y literatura catalana; 3.ª, conocimiento obligatorio del catalán para desempeñar cargos públicos en la región; y 4.ª, reconocimiento oficial del catalán en todos los actos de la vida pública y privada. Acerca de este punto saltan a la vista algunas observaciones: Si el catalán es lengua viva, ¿a qué pedir con tanta insistencia su enseñanza obligatoria? ¡Ah! Porque a los primeros que hay que convencer para que estudien catalán, «es a esos padres catalanes, nacidos aquí, que menosprecian nuestro idioma» (palabras de un orador, el Sr. Iglesias, en un mitin de la *Diada*). Es decir, que en todo esto de la lengua catalana hay mucho de artificial; y no se pide reconocimiento y libertad, sino imposición, tiranía, de una cosa que el Estado no puede, en manera alguna, reconocer como necesaria, ni siquiera conveniente a la consecución de sus fines, cual es la pluralidad o confusión de lenguas, impuesta por las leyes. A Madrid están todos los días llegando catalanes en busca de puestos, por oposición o como sea, en la judicatura, en la representación diplomática, etc., sin saber dónde tendrán que desempeñarlos. ¿Qué les parecería si les exigiesen haber antes obligatoriamente estudiado el gallego, el bable, el extremeño, etc., en previsión de que dentro o fuera de España tuvieran que encontrarse en el desempeño de su cargo con gente de estas regiones?...

Cuando aún el revuelo anterior no se había calmado, el director de la Real Academia Española dirigió al ministro de Instrucción pública un comunicado, cuyo párrafo más substancioso es el siguiente: «Hay Centros oficiales donde se prescinde en absoluto del castellano; no se exige la traducción de los documentos que se presentan escritos en el dialecto de la región o provincia; los acuerdos de sus Corporaciones y los bandos de las Autoridades locales se redactan en igual forma, y hasta acontece que en gran número de escuelas está proscrito el idioma nacional o se enseña como si fuese una lengua extranjera, que es hacer perdurables y agravar los males públicos, cuyo remedio anhelará V. E., sin duda.» Todo esto dice, naturalmente, para que se ponga remedio. Y otra vez con ello se encendió el fuego en Cataluña, quejándose y protestando de que se quiere inicuamente y despóticamente ahogar la lengua catalana. Sería incomprensible todo esto con lo que todos pierden, y no es la que menos pierde Cataluña, si no supiéramos a qué extremos se llega cuando de hacer política se trata. Y, sobre todo, en vísperas de elecciones. ¡Y cuán grande responsabilidad la de los que de tales armas para su política se valen, empeñándose en poner veneno en toda cuestión grande o pequeña y de cualquier carácter que entre la gran madre patria y sus hijas las regiones surjan! ¿Por qué no han de querer los castellanos que el catalán brille y florezca? ¿Por qué no han de querer los catalanes que el castellano dominador, propio de dos mundos, se extienda, triunfe e impere?

Necrología.—La sección necrológica es esta vez, desgraciadamente, abundante. Comencemos por anotar la muerte santísima del gran tomista, gran

devoto y propagador del Rosario y Terciario dominico, el Obispo de Vich, Ilmo. Sr. Torras y Bages, de quien tantas veces, y siempre con encomio, hemos hablado en estas páginas. Lo que ahora sobre su tumba acerca de él tenemos que decir, no cabe en pocas cuartillas; por lo cual reservamos para el próximo número el hablar de él por separado.

—Pasó igualmente a mejor vida el 2 de Enero, a la avanzada edad de setenta y cinco años, el meritísimo apologista popular D. Félix Sardá y Salvany, a quien recientemente festejó toda España con ocasión de sus bodas de oro. Cuarenta y cuatro años llevaba dirigiendo infatigable esa gran obra suya, llamada *Revista popular*. No hay en todo este tiempo error ni corruptela salida a flote que no haya sido por la pluma del Sr. Sardá vigorosamente combatida. ¿Quién no recuerda sus campañas contra el liberalismo y sus argumentos, que llegaron a ser clásicos en la materia?... Sólo el índice escueto de sus obras y opúsculos ocuparía varias páginas, pues pasan de trescientos. Fué un gran luchador de la buena causa; y si hoy en España se respira un ambiente un poco más saludable, y pisamos, quizá, sobre terreno más firme, no será pequeña la parte que al insigne escritor en la definitiva cuenta corresponda.

—Otra sensible pérdida que tenemos que lamentar es la del gran orador y poeta, P. Francisco Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías, discípulo aventajado de Fr. Luis de Granada, como se confesaba él mismo. Tuvo, como buen andaluz, imaginación brillantísima y un delicado gusto, acrisolado por la constante lectura de los clásicos. En algunos géneros literarios, como el romance octosílabo, a la antigua usanza española, apenas habrá en nuestros días quien le supere.

Joven aún publicó su primera obra poética, titulada *Laud*, de la que más tarde hacía poco aprecio. Poéticas también, fueron siguiendo más tarde las siguientes obras:

«Gritos de Victoria», conglomerado de romances, odas, himnos, sonetos, etcétera; «Romancero de Santa Teresa», libro trabajado con amor y que es quizá su más hermosa producción literaria, con prólogo del Excmo. P. Cámara, que entrañablemente le amaba; «Romancero de San José de Calasanz», que revela el arraigo de su vocación escolapia y el amor a su Santo Fundador, y obra quizá no inferior al «Romancero de Santa Teresa»; «Héroes y Mártires», que pudiera ser un libro elegíaco a nuestras desventuras en las guerras coloniales y al heroísmo estéril de nuestros soldados en aquéllas; el «Canto de la Muerte», poema épico religioso de largas dimensiones, y en el que muestra una imaginación ardientísima, rica dentro de la más exigente ortodoxia; «Romancero del Dolor», tomo que se compone de 52 composiciones bellísimas; «Canto al Juicio Universal», alarde superado de dominar todos los metros.

Como orador publicó primero «Panegíricos y Discursos», donde se encuentran las principales piezas de su oratoria religiosa, mereciendo especial mención el tercero de los sermones con motivo de la Toma de Granada, los panegíricos del Beato Francisco Serrano, Dominico, el de San José de Calasanz, de Santa Teresa de Jesús y el de San Ignacio, todos ellos modelos de lenguaje, ricos de luz, sentidos, líricos..., como los demás trabajos, hasta 21 que forman el tomo, cualquiera de los cuales puede servir de modelo en antologías oratorias; «Sermones del Dolor», que contiene un septenario sobre Dolores y Gozos a San José, novenario doloroso de la Santísima Virgen y sermones de

Pasión, Mandato y Soledad; «En la Tribuna y en el Púlpito», con los hermosos discursos sobre Cervantes, la Oración fúnebre del «2 de Mayo», pronunciada en Bailén en las fiestas del centenario, etc. Sobre Cervantes, tiene otro estudio notable, sobre todo, por su estilo cervantino, mereciendo también citarse muchas y muy lindas leyendas suyas, aun dispersas, como «El balcón de la Reina» y «El Rey ciego»; la piececita dramática titulada «Cabo Noval»; en fin, su última producción en prosa; el discurso «Cisneros», que compuso para la inauguración de la estatua del mismo en la Universidad de Alcalá de Henares. La colección ordenada de todas estas obras sería sin duda bien recibida.

FR. ALBINO G. MENÉNDEZ-REIGADA.

REPÚBLICA ARGENTINA

Movimiento literario.— El año 1915 ha sido relativamente fecundo. Son numerosos los autores que han aparecido con sus producciones en el campo del saber, predominando las de carácter histórico y poético. La *novela criolla* puja por tomar alas; pero hasta ahora resulta un *género desdichado* en nuestra literatura. La *Maestra normal*, de Gálvez, pienso que puede reclamar carta de ciudadanía con justicia, por la tesis altamente moral que defiende. Su aparición levantó una polvareda entre los elementos liberales. Una carta-crítica de Unamuno, bastante severa para el normalismo y *pedagogismo* militante, y la réplica de Lugones, poeta de gustos anarquistas, encendió la mecha. Menudearon artículos y epístolas, protestas y *meetings*, llegando en una capital de provincia, feudo del normalismo, hasta a apedrear las casas episcopales y la imprenta del diario católico de la localidad. ¡Parva favilla!

Educacionales.— Las obras de enseñanza católica se desarrollan en todo el país. Puede asegurarse que no existe población importante que no sostenga alguna, así de mujeres como de varones.

Dará una idea aproximada de este movimiento educativo, como un ejemplo entre muchos, el Colegio de primera y segunda enseñanza que dirigen los hijos de San Bautista de Lassalle, Río Bamba, 650, al cual han asistido durante el curso de 1915 1.500 niños.

En iguales proporciones aparecen los laboriosos salesianos con más de 5.000 alumnos distribuidos en seis Colegios que poseen dentro de este radio urbano y los cuales abarcan diversos ramos educacionales, como son Artes y Oficios, Oratorios festivos, huérfanos, comercial, bachillerato, etc.

Los jesuitas con su afamado Colegio «Salvador», los dominicos con el «Lacordaire», los bayoneses con el de «San José» y otras instituciones sostienen honrosamente el cetro de la instrucción pública, si no totalmente, al menos en parte principalísima.

Población.— La capital del Plata sigue rápidamente creciendo. A fines de 1913 tenía 1.484.000 habitantes, y a fines de 1914 tenía 100.000 habitantes más, habiendo subido en más de medio millón en los últimos diez años. La natalidad desgraciadamente decrece, aunque es todavía de 31,9 por 1.000; pero más aún decrece la mortalidad, sobre todo, por lo que hace a enfermedades infecciosas, llegando sólo al 15,3 por 1.000. También disminuye la porcentual de

casamientos, debido, sin duda, al menos en parte, a la crisis económica porque atravesamos. Mucho más sensible y raro es el *déficit* con que cerró el 1914 por lo que hace a movimiento inmigratorio-emigratorio, debido casi exclusivamente a la guerra europea. Los inmigrantes de este año fueron 175.321 y los salidos de la república 178.684. En 1913 los inmigrantes habían pasado de 300.000 y los salidos no llegaron a 157.000.

Política.—Se aproxima la terminación del mando presidencial. Hemos entrado, de consiguiente, en plena lucha electoral. Los partidos que se disputan el sillón del mando supremo con más o menos patriotismo son el demócrata, el conservador, socialista y radical. Este último es, indudablemente, el de más arraigo y popularidad y que, según todas las probabilidades, se llevará la victoria?

Uno de sus portavoces define claramente los ideales del partido en este párrafo de un reciente y sonado discurso: «Nosotros, que somos esencialmente anti-socialistas, y que pretendemos restaurar y mantener el orden político restablecido en la Constitución, nada tenemos que ver con los radicales europeos. Tampoco tenemos frente a nosotros un régimen social y económico que destruir; antes bien, la ausencia de luchas de clases entre nosotros, la teórica unanimidad del republicanismo argentino, y la feliz templanza y libertad de nuestros sentimientos religiosos hacen, en verdad, inútil y peligroso imaginar divergencias de esa especie entre los partidos. Esos mal llamados *conservadores*, nada tienen que conservar, porque, sea dicho con énfasis, nada fundamental procuramos modificar en las instituciones que nos rigen, salvo los vicios y errores que en su práctica, y en manos de nuestros adversarios, las han desnaturalizado.»

Suicidios.—En 1914 llegaron los suicidios en Buenos Aires a 722, o sea a 5,48 por 10.000 habitantes. Esta estadística de suicidios viene por desgracia todos los años creciendo de una manera gradual. Es particularmente aterradora la proporción con que entran en esta estadística los menores de veinte años, que son 183, o sea más de un 25 por 100. Y aun es más de notar que de estos 183 jóvenes suicidas, eran mujeres nada menos que 127, es decir, en gran mayoría. En la cifra total de suicidas, aun sin ser mayoría, forman las mujeres una proporción bastante alta, pues llegan a 297 de los 722, o sea, más de un 41 por 100.

Consecuencias de la guerra.—Si la guerra europea estanca casi por completo el movimiento portuario, en cambio, nuestros artículos nacionales maíz, trigo, lino, ganado y sus derivados alcanzan precios fabulosos.

Este año la cosecha será de extraordinario y casi fabuloso rendimiento. Desde 1887 no se había obtenido una más productiva. Inglaterra compra todo lo que puede servir para abastecer á sus ejércitos en campaña activa.

Cuestión internacional.—Hemos estado abocados a un conflicto internacional. Un acorazado inglés apresó en aguas argentinas al buque «Presidente Mitre» que el Gobierno posee para las comunicaciones y transportes de las lejanas costas del Sud. La bandera nacional fué arriada. La embarcación arrastrada como botín de guerra. Un grito de general protesta se oyó de un extremo al otro. El Gobierno presentó de inmediato su reclamación por la vía diplomática, no permitió ni siquiera manifestaciones callejeras. Su actitud serena y enérgica, a la vez, le ha valido la terminación favorable del grave asunto que podía haber suscitado peligrosas complicaciones.

Necrología.—Ha dejado de existir el Sr. Luis A. Nougues, ex-gobernador de la provincia de Jucumán. Fué hábil é incansable promotor de de la industria azucarera, llegando a hacer de su establecimiento «San Pablo» uno de los modelos en su género. El Sr. Nougues ha muerto cristianamente como había vivido; pues durante sus días se mostró siempre católico práctico.

FR. R. DE LA CRUZ SALDAÑA RETAMAR.

Buenos Aires, Enero de 1916.

COLOMBIA

Los papeles se han cambiado de dos años para acá. El Viejo mundo, en guerra; el Nuevo, en paz. Todas las Repúblicas americanas, en crisis; la de Colombia, en suma tranquilidad y sosiego. No quiero decir con esto que aquí estemos en el Paraíso; pero, al fin, estamos mejor que en otras partes. El mes de Octubre ha sido fecundo en agradables acontecimientos, de los cuales voy a dar somera noticia:

Fiesta de la raza.—Ya hace años que el 13 de Octubre, aniversario del descubrimiento de América, se celebra aquí con entusiasmo. La Academia Nacional de la Historia tiene en esta fecha sesión solemne y elección de nuevos dignatarios. El nombre de Colón, España y Colombia salen entretreídos en discursos y poesías, y, sobre todo, el español se siente por un momento ciudadano del siglo xvi:

«Cupo a España el honor (perenne gloria
de sus blasones y su altiva historia)
de ofrecer a Colón su real tesoro.»

Hermosa fiesta, por lo culta y sencilla al mismo tiempo, fué el certamen de la Academia de la Historia. El broche de oro nos lo dió el excelente caballero y muy amigo de España D. José Joaquín Casas, con la semblanza del gran poeta Diego Fallon. Duró la lectura del discurso más de una hora, y bien pudo haber durado dos o tres, que el selecto público no se hubiera cansado de aplaudirlo. El disertante se mantuvo a la altura del hermoso tema.

Centenario de Santa Teresa.—Una semana de fiestas religiosas y literarias hemos tenido en Bogotá, en honor de la Doctora española, alrededor del 15 de Octubre. Al R. P. José María Campoamor, jesuita asturiano, debemos los españoles esta reciente glorificación de nuestra patria. La *Academia Colombiana de la Lengua* contribuyó, como ninguna entidad, al aplauso de Santa Teresa. En su hermoso salón de Grados se reunió la noche del 14 de Octubre lo más selecto de la sociedad bogotana, con el señor Presidente de la República y varios de sus ministros, el Rmo. Sr. Arzobispo de Bogotá, representante de la Sede apostólica, etc., etc. El sabio director de la Academia, Dr. Rafael María Carrasquilla, Canónigo de la Catedral, abrió la sesión. Lo que dijo y e modo de decirlo no está en mi pluma poderlo transcribir. Los españoles quedamos llenos de satisfacción y de entusiasmo. Reciba el Sr. Carrasquilla estas líneas como pobre testimonio de gratitud, por las cálidas emociones que aquella noche nos hizo sentir. Empezó diciendo: «Vuestra patria recibió la vida de España, quien la dió, junto con el sér, la cultura más avanzada de

que gozaba Europa en el siglo décimosexto.» Y terminó el magistral discurso con estas palabras: «Festividades de esta clase son más fecundas que banquetes y discursos para fomentar la deseada amistad entre América y España.» Mucha verdad, y muy bien dicha. Recordemos otra de las cláusulas finales: «Extrañarás, quizá, que no haya esmaltado el similar de estas palabras mías con el oro purísimo de algunas citas de la Santa Doctora. ¡Tan fácil como hubiera sido hacerlo!... Pero os acontecería a vosotros lo que me pasa a mí cuando veo un ornamento eclesiástico en que se han sobrepuesto macizos bordados de oro fino del siglo XVII a míseras mezcillillas de fabricación moderna. Ni el respeto debido a Santa Teresa permite incrustar sus palabras en el tejido de las mías, ni me consiente hacer figurar mis frases al lado de las suyas.»

Justa glorificación.—No habíamos acabado de saborear las fiestas teresianas, cuando se nos presentaron las que la nación ha tributado al Dr. Carrasquilla. El 14 de Octubre fué el panegirista de la Santa avileña dicho sacerdote; el 23, 24 y 25, él mismo fué el panegirizado. En su *Colegio del Rosario*, el Congreso Nacional colocó una lápida, con áurea inscripcíon; en el mismo, sus numerosos discípulos inauguraron hermoso busto de su rector, y la Prensa toda (aun la ultrarroja) le tributó loas merecidas. El Sumo Pontífice, Benedicto XV, le envió hermosas palabras, escritas de su puño y letra, en idioma castellano. Ló propio hicieron el señor Delegado apostólico, el Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, el Episcopado de la nación y todas las entidades y Centros de cultura y ciencia. Y ¿por qué todo esto? Porque sabiamente ha regido durante un cuarto de siglo el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado en Santafé de Bogotá el año de 1652 (no 53, como aquí creen) por el Arzobispo de esta villa, D. Fr. Cristóbal de Torres, dominico burgalés, el más ilustre Prelado de Bogotá, como lo repiten los colombianos. Sostenerse con brillo en estos países movedizos y no muy agradecidos, por espacio de un cuarto de siglo, en el puesto y con el prestigio del Dr. Carrasquilla, es digno de admiración y señal evidente de su gran valer.

Además, en esta apoteosis se ha loado al orador sagrado, al puro escritor castellano, al filósofo tomista. Las alabanzas a él tributadas iban entretejidas con las de D. Fr. Cristóbal de Torres, el inmortal Prelado.

Nota política.—Por lo dicho se infiere que en esta nación no es Belona la que hoy recibe pleitesía, sino Minerva. No quiero decir que no seamos algo revoltosos, pues lo es nuestra sangre. Aquí, como en toda la Tierra, unos son germanófilos, y otros anglófilos o de la *Entente*. La casi absoluta mayoría de la *gente de Iglesia* y de los conservadores, digamos católicos firmes, quieren, así, en general, el triunfo de los Imperios centrales, por las mismas razones que en España. Los liberales y minorías conservadoras desean que triunfe la *Francia*, con artículo y todo.

FR. ANDRÉS MESANZA, O. P.

Bogotá y Diciembre de 1915.

ITALIA

Las cajas rurales.—Forzados de la experiencia, tenemos que tomar en cuenta la lección recibida y limitar nuestra crónica a aquellas cosas que no

puedan excitar los rigores de la inapelable censura. La vida pública sigue absorta casi totalmente por la guerra, quedando muy poca parte para las otras manifestaciones de la vida nacional: por necesidad hemos de atenernos a estas últimas, que no por ser escasas dejan de ser menos interesantes. Y empecemos por las cajas rurales. La *Settimana Sociale* publica una estadística de las existentes en el reino. Son, en conjunto, 2.594 las cajas rurales y populares. De éstas, son neutras, 299; no clasificadas, 293, y 2.002 católicas. Del total corresponden al Véneto 436 católicas y 37 neutras; a la Emilia, 336 católicas, 13 neutras; a Lombardía, 236 católicas, 18 neutras; al Piamonte, 197 católicas, 1 neutra; a la Liguria, 16 católicas, 4 neutras; a la toscana, 123 católicas, 12 neutras; a las Marcas, 98 católicas, 8 neutras; al Lacio, 89 católicas, 17 neutras; a la Umbría, 25 católicas, 9 neutras; a Cerdeña, 9 católicas y 182 neutras; a Sicilia, 118 católicas, 122 neutras; a la Campania, 76 católicas, 81 neutras; a Calabria, 54 católicas, 10 neutras; a los Abruzos, 39 católicas, 51 neutras; a la Pulla, 30 católicas, 15 neutras; a la Basilicata, 7 católicas, 4 neutras. Todas las católicas conservan el carácter popular ajeno a la política, y en aquellos lugares en que antes eran dirigidas por sacerdotes, ahora, después del decreto de Pío X, éstos fueron substituídos por seglares de espíritu cristiano, que aseguran la buena marcha de las Instituciones. La guerra hizo en los comienzos sufrir a éstas, como las demás instituciones de crédito; pero, poco a poco, el público se repuso de su pasmo, y hoy funcionan como antes, y siguen prosperando.

Nuevo reglamento de la «Acción Popular». — En nuestras crónicas del año pasado fuimos dando cuenta de los cambios introducidos en la organización social católica de Italia. Estas se terminan con el nuevo reglamento de la «Acción Popular», sancionado por Su Santidad, y del cual queremos dar un resumen, lo más fiel posible a nuestros lectores.

Art. 1.—La Unión Popular es una Asociación de los católicos de Italia que, por sus fines generales, comprende todo el movimiento católico italiano y constituye la organización fundamental de ésta. A ella están subordinadas las otras instituciones particulares, y de ella reciben su dirección.

Art. 2.—La Unión Popular tiene por fin la educación de las conciencias en entera y franca observancia de los deberes religiosos, civiles y sociales, según las enseñanzas de la Iglesia, y la unión de las voluntades y energías de todos los católicos italianos para la defensa de los principios en que se funda la restauración social cristiana.

Art. 3.—La Unión Popular está constituida por todos los católicos que declaren aceptar su programa y concurrir a su realización con su labor y con la contribución de una lira anual, como *mínimum*.

Art. 4. — Todos los católicos militantes, a cualquier Asociación que pertenezcan, deben estar individualmente inscriptos en la U. P. Las asociaciones católicas deben prescribir en sus estatutos esta inscripción.

Art. 5.—La Unión Popular tiene un Presidente general nombrado por la Santa Sede, y que dura en su cargo tres años. La Junta directiva está formada por los presidentes de las cuatro uniones especiales nacionales, a saber: la Unión Económico-Social, Unión Electoral, Sociedad de la Juventud católica y Unión de las Damas católicas, más seis miembros del Consejo general de la Unión Popular. Esta Junta se reunirá una vez al mes.

Art. 6.—Esta Junta tiene por oficio imprimir a la acción católica una dirección programática, de reducir a unidad de pensamiento y a concordia de propósitos las varias organizaciones, previa la consulta de los respectivos presidentes, y de procurar el fiel cumplimiento de los acuerdos comunes. En modo especial cuida de recoger datos y estudia los problemas sociales y las aplicaciones más convenientes, según las normas pontificias, de la propaganda y de la organización de las Juntas diocesanas y comisiones *Pro-schola*.

Art. 7 al 16.—Trata de las Juntas parroquiales, diocesanas o interdiocesanas y regionales y de sus mutuas dependencias, de modo a mantener entre las varias categorías, la unidad, y fomentar la acción.

Ast. 17.—La Unión Popular tiene un Consejo general compuesto de diez y ocho miembros en representación de las Juntas regionales, de doce miembros más elegidos entre los socios de la U. P. y de los Presidentes de las cuatro uniones nacionales. El cargo de consejero es trienal.

Art. 19.—Este Consejo se reúne una vez al año, y su oficio es coadyuvar al de información de la Junta, aconsejar en las cosas más graves y procurar la ejecución de las decisiones de éste.

Los principios que a la formación de este estatuto han presidido, se echan fácilmente de ver: unidad efectiva en todas las manifestaciones de la acción social y autonomía de las varias asociaciones en su campo geográfico ó profesional.

Una Academia católica de estudios religiosos.—Ha sido fundada en la ciudad de Padua, con el fin de vulgarizar la doctrina cristiana y contribuir a la formación religiosa de los estudiantes universitarios. Consta de un curso de Apologética, que al espacio de cuatro años tratará todos los puntos principales de la doctrina católica; de un círculo académico para la discusión de los problemas apologéticos; de una academia de conferencias generales acompañadas de proyecciones luminosas, y, por fin, de una biblioteca apologética y sala de consulta.

Contra la pornografía.—En nuestra última crónica dábamos cuenta del recrudecimiento de esta plaga social desde los primeros meses de la movilización militar, de los daños causados al Ejército y de la voz de alarma dada por la Prensa, católica especialmente, por las asociaciones católicas y aun por muchos hombres políticos que hasta el presente habían predicado la plena libertad, y ahora, aleccionados por la experiencia, piden al Gobierno medidas represivas de la propaganda inmoral. La campaña ha tenido sus buenos efectos y ha venido a excitar el celo de las autoridades encargadas de velar por la moral pública. Ultimamente los prelados del Véneto han publicado una pastoral colectiva sobre el mismo tema. Es una expresión del sentimiento cristiano y nacional excitado en estas críticas circunstancias contra los traficantes del vicio, que no dudan en sembrar gérmenes de muerte, cuando toda la nación, la que combate en la frontera y la que sufre y trabaja en sus casas, da muestras de sacrificio y abnegación heroica.

La obra del Sumo Pontífice.—La Prensa de Italia nos ofrece sobre este asunto un extraño contraste. La sectaria, después de haber clamado al compás de la extranjera, porque el Papa usase de su autoridad suprema para condenar los Imperios centrales, hace ahora cuanto puede por desacreditarle, presentándole como partidario y factor de la *paz alemana*, de la paz favora-

ble a los Imperios Centrales. Cada día aparecen nuevas invenciones sobre este tema, sin que sirvan de nada el que al instante sean desmentidas, o por el buen sentido del público o por la Prensa católica. Otro signo de este mismo espíritu es la noticia, antes que comunicada como hecho, defendida como derecho, de que el Papa, a quien antes se atribuía la soberana autoridad moral en el mundo para condenar a los enemigos, sea excluido del futuro Congreso de la paz.—En contraposición de esto, el Papa continúa su obra de paz y de caridad. Los días pasados nos transcriben los periódicos la carta del Pro-Nuncio de Viena al Cardenal Secretario de Estado en que daba cuenta de su visita hecha por mandado del Santo Padre al campo de concentración en que se hallan los prisioneros italianos y serbios. Y la carta es verdaderamente consoladora para las familias de los prisioneros. Poco antes otros relatos nos marcaban otra semejante misión del Delegado de Constantinopla Mgr. Dolci. En todas partes los delegados del Papa aparecen para aliviar los males de la guerra y acelerar el día venturoso de la paz. Es la señal de que Jesucristo, Príncipe de la paz, está con el sucesor de San Pedro.

La defensa del Clero.—En otras ocasiones hablamos de la Campaña contra el Clero, llevada a cabo por la Prensa sectaria desde que comenzó la guerra. Esto ha hecho pensar a algunos en tomar algunas medidas contra la repetición de tales campañas calumniosas, y el único remedio es la Liga del Clero para su defensa a manera de la que existe en España desde hace años. El Canónigo turinense A. Berta trabaja con celo singular en difundir esta idea y propone los medios de llevarla a cabo. Su plan comprende dos puntos: buscar el medio de obligar a la retractación a los periódicos sectarios que publiquen noticias calumniosas contra el Clero, aunque sea acudiendo a los Tribunales, y procurar que la Prensa católica pueda desmentir con seguridad y conocimiento de causa tales noticias antes que se difundan y hayan ya causado el mal. A la verdad, el problema es de absoluta urgencia, y la solución no requiere sino un poco de buena voluntad y amor del buen nombre del Clero, tan necesario para el desempeño de su santa misión. Quiera el Señor que cuanto antes se lleve a efecto.

El problema de las provisiones.—Es el problema que se presenta en la actualidad a todas las naciones en guerra, y aun a las neutrales. Desde hace un año el Gobierno de Italia tomó medidas oportunas para atender a la provisión del grano, y gracias a ellos hemos pasado sin sentir molestia y sin que el pan subiera gran cosa de precio. Otro artículo de suma importancia es el carbón, el pan de la industria y del movimiento, y el problema relativo a su abastecimiento se presentó más agudo en los comienzos del año pasado, como tuvimos ocasión de notar más de una vez. En las pasadas semanas vimos aparecer dos decretos de singular importancia para atender a estas dos necesidades de la vida, el pan y el carbón. El uno impone la declaración de todas las cantidades de trigo y maíz existentes en el Reino, cualquiera sea su origen y título de posesión y la nota del consumo de cada familia a razón de 25^{os} kilos mensuales por persona. La falta de carbón parece más aguda, y para remediarlo, otro decreto ha limitado el consumo del mismo en la producción de la luz eléctrica reduciéndola a la mitad. Con estas medidas y otras que vayan viniendo según las necesidades, esperamos se irán remediando los males que el conflicto internacional trae, hasta que la aurora de la paz amanezca.

El nuevo empréstito.—Es el tercero que el Gobierno emite desde el principio de la conflagración europea y destinado a las necesidades militares. En esto el Gobierno ha hecho un esfuerzo supremo para fomentar la confianza del pueblo y su entusiasmo por el empréstito. Los ministros se han lanzado a perorar al pueblo para explicar el estado de las cosas y la necesidad del sacrificio. Entre todos, Barzilai, ministro sin cartera, está haciendo una gira de «misionero financiero» por todo el Norte de Italia. Comunicados especiales a las Asociaciones de todo género y al mismo clero, anuncios públicos de todas formas, colores y gustos y en todos los sitios de la ciudad, nada se ha perdonado para que el éxito corresponda a los deseos del Gobierno y a las necesidades del momento. Y porque la rendición de Montenegro habría enfriado un tanto los ánimos durante unos días, se prolongó por otros veinte más el término señalado para la inscripción. Ya se puede suponer que las condiciones serán las más favorables que el Gobierno podía ofrecer, el 5 por 100 con la exención de todo impuesto o reducción en diez años y una ganancia de $2\frac{1}{2}$ por 100 en la entrega. Según los datos, ya casi llega a 3.000 millones la cantidad inscripta hasta principios de Febrero, y esperamos que se aumentará todavía de modo respetable. Ya es algo, pero la guerra consume unos 500 mensuales.

FR. A. CUETO.

Roma, Febrero de 1916.

FRANCIA

Las Academias.—Tanto la de Ciencias como la de Medicina siguen preocupadas con asuntos de heridas de la guerra o semejantes. La ciencia abstracta puede cultivarse poco, cuando hay tantas inquietudes en la vida práctica.

En la Sorbonne.—Se ha celebrado una reunión muy solemne en favor de Servia, bajo la Presidencia de M. Poincaré. Asistían también varios miembros del Gobierno y publicistas eminentes de distintos países aliados y neutrales.

Se pronunciaron discursos de gran fogosidad y entusiasmo, rechazando hasta la idea de una paz, que pudiera parecer un poco vergonzosa. ¡O todo o nada! Lo que más llamó la atención fué que públicamente alabaran a Dios y a los Santos. Se celebraba aquel día la fiesta de San Sabas y el Rector de la Universidad de Belgrado, Dr. Strayevitch, cantó las glorias del monje educador y estudioso. Este cismático ortodoxo dió ejemplo a los católicos que le estaban escuchando, los cuales jamás toman en sus labios, aun ante los féretros de las víctimas el nombre de Dios. ¡Cuánto menos de los Santos! También un protestante M. Denis habló de Dios con respeto y elogio... Es vergüenza para los cobardes católicos que muchas veces juzgan imprudente aun nombrarle.

—La *Academia de Ciencias Morales y Políticas* ha elegido académico correspondiente al Ministro de Servia en París, Sr. Vesnitch. Es un homenaje rendido en honor de la nación aliada, tan duramente castigada por la guerra. Este homenaje se le hace en persona del ilustre jurisconsulto y pensador, que fué Ministro de Instrucción Pública en su país, autor de la renombrada obra *El Derecho Internacional en los Esclavos durante la Edad Media*. La elección se hizo

contra el acuerdo primitivo de no admitir a miembro ninguno durante la guerra, por atender a las circunstancias de Servia, la nación desgraciada; todos votaron al candidato propuesto.

Legado.—El Sr. Forestier ha hecho en favor del Instituto de Francia un legado de 195.000 francos. El Comité Director de la Asamblea de nuestras cinco Academias, para cuya presidencia ha sido elegido el eminente católico señor Joly, aceptó agradecido el Legado.

Conferencias.—Siguen las iniciadas en el Instituto Católico acerca de *La doctrina católica de la Patria, de la Paz y de la guerra*, cuyos asuntos generales esbozé en mi crónica anterior.

—En la *Sala de Geografía* empezó el Sr. Dimier una serie de conferencias sobre Bossuet, pintó su egregia figura, su estilo, su manera de ser, haciendo resaltar el buen sentido que en todo le guiaba. Le defiende también de las inculpaciones que se le hacen por su absolutismo que se exagera demasiado, para afearlo mejor.

—En la *Société des Conférences* ha dado una muy interesante el Sr. Michel sobre cómo hemos de reparar las ruinas y los derrumbamientos de nuestros Edificios artísticos, destruidos por la guerra. No falta quien prefiera dejarlos así, mutilados para ignominia perpetua de los bárbaros destructores. ¡No toquéis las ruinas! Es su grito y el lema de su bandera. Otros quieren que se acaben de destruir para levantar sobre los escombros otros Edificios nuevos y esplendorosos. Michel quiere que se conserve todo lo más y mejor que sea posible. Es él, Conservador del Museo del Louvre, Sección de Escultura; y siente hondamente lo que son las ruinas y la dificultad de restaurarlas bien, sin alterar el conjunto y los detalles de su hermosura. Prefiere que las estatuas sean conservadas con sus *heridas y mutilaciones*; la parte arquitectónica se puede y se debe restaurar con la mayor fidelidad posible y respeto al pasado. Los edificios, *totalmente* destruidos, se deben *reconstruir*, tal y como estaban antes sin modificar nada.

Todo esto motivará estudios especiales para cada caso concreto.

—También el P. Sertillanges, apóstol incansable del patriotismo, pronunció una conferencia sentidísima sobre *las Iglesias mutiladas*... ¡Pronto, pronto! Decía; en cuanto veamos que los alemanes marchan arrastrando la espada, vayamos con nuestros tesoros a levantar ruinas, y con los incensarios en las manos para quitar el olor fétido de la guerra miserable... Tuvo párrafos conmovedores, como en toda la serie de conferencias que ha dado el docto dominico.

—En la *Sociedad de Conferencias* ya citada dió el día 12 de Febrero una conferencia sobre *Francia y la Santa Sede* el conocido publicista M. Laudet, director de *Revue Hebdomadaire*, abogando porque se reanuden las relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano. Hay argumentos irrefutables, no precisamente desde el punto de vista religioso, sino patriótico y humano. Si esto no se hace, ¿para qué se quiere la unión sagrada, por qué se llama *sagrada*?

Cartas Pastorales.—Aunque las más hermosas Pastorales se publican aquí por Cuaresma, me ha parecido conveniente recoger algunos ecos de las que han aparecido en estos días.

Con motivo del Año Nuevo y otras consideraciones bellísimas de las tristezas presentes y lo rápido de la vida, dice Mgr. Touchet las impresiones que

recibió de S. S. Benedicto XV, cuando lo vió en su viaje a Roma. Le manifestó la simpatía que le inspiraba la canonización de la Beata Juana de Arco. Les recomienda mucho las plegarias, especialmente los 30 de cada mes, por haber sido quemada en Rouen el 30 de Mayo. Tiene grandes esperanzas de que pronto será un hecho.

Con motivo del Aniversario de la Aparición de la Santísima Virgen en Pontmain, han publicado pastorales varios Obispos, estimulando peregrinaciones y súplicas. De París fué una peregrinación numerosa el 23 de Enero. El Sr. Obispo de Amiens publicó una hermosa pastoral basada en la historia de la Aparición y pidiendo que la invoquen de todo corazón:

Mère de l'Espérance
Dont, le nom est si doux,
Protegez notre France
Prier, prier pour nous...

Otra Pastoral notable sobre el mismo asunto ha publicado el Sr. Obispo de Amiens. Ahora decimos con todos los países aliados con mayor confianza que nunca: Nosotros venceremos. Ensalza la eficacia de la plegaria que da resignación al que sufre y coraje al soldado. Ahora ruega la Francia con más fervor y esperanza que jamás oró.

—El Sr. Obispo de Autun escribió una Pastoral de Año Nuevo sobre el *espíritu de sacrificio* que imponen las circunstancias actuales. Especialmente habló contra el abuso alcohólico y contra ese crimen que tan gráficamente se llama *la supresión del hijo*. Sin Dios no puede exigirse sacrificio ninguno.

Los Manuales Escolares.—Se recordará que hace tiempo produjo gran revuelo una carta Pastoral de los Prelados franceses, prohibiendo cierto número de *manuales* de Instrucción Primaria que andaban corriendo por las Escuelas nacionales. Esta reclamación no dió resultado oficial. Particularmente, los padres de familia trabajaron mucho por desterrar con medios legales esos perniciosos libros de texto. El Parlamento había, efectivamente, concedido a los padres de familia el derecho de denunciar, colectivamente o en particular, aquellos libros que les pareciesen nocivos para sus hijos, atentatorios a sus conciencias. La protesta debía hacerse al Gobierno; en muchas ocasiones la hicieron..., pero sin éxito satisfactorio. Los Ministros se callaban, y los libros seguían envenenando.

Los padres de familia de Gamard-les-Bains, que constituyen una vigorosa asociación, hicieron esa denuncia y obtuvieron la llamada por respuesta. Determinaron apelar al Consejo de Estado, fundándose en un artículo de la Ley (17 Julio 1900), en que autoriza el recurso ante el Consejo de Estado contra los Ministros que en el plazo de *cuatro meses* completos no den curso o respuesta a una reclamación legalmente presentada. Había una dificultad, por la cual no se atrevían: ¿Admitiría el dicho Consejo tal reclamación? Ahora se ha visto que sí, que las admite. Porque si es cierto que falló el Consejo, en este caso de Gamard, que los padres de familia «no tienen derecho a quejarse de que no se haya atendido su reclamación por el Ministro (texto de la sentencia)», es porque la protesta la fundaban en «la pastoral colectiva del Episcopado prohibiendo los manuales» y no en ser contraria a sus conciencias. Es decir: que hubo defecto de prueba jurídica, y por eso *legalmente* no podían quejarse

de que no hubieran sido atendidos. Pero el Consejo admitió el recurso, indicando el camino que debe seguirse para evitar los abusos ministeriales, que cada vez son más sensibles porque está el alma de la Patria más dolorida.

Carta del P. Lagrange.—Es muy notable la que nuestro sabio hermano ha dirigido al Director del *Journal des Débats*, y ha sido reproducida por casi todos los diarios franceses. Quiero que conozcan mis lectores de España las impresiones del gran exégeta. «*Le Matin* del 8 de Enero, dice, en una correspondencia de Roma habla de las sevicias cometidas en Oriente por nuestros enemigos. Seguramente que el triunfo de Alemania significaría allí la ruina de la mayor parte de los establecimientos católicos. La cual ruina es ya un hecho cumplido. No podrían restaurarla los católicos alemanes y austriacos unidos. Y aunque lo pudieran, ¿estarían autorizados para ello? Las misiones protestantes que luchaban con dificultad contra nosotros, ¿verán con buenos ojos los nuevos adversarios religiosos, a quienes habrán de tratar como compatriotas? Todo fuerza a creer que la esclavitud de los otomanos a Alemania, hecho también cumplido, señala en Oriente la ruina de la situación recíproca de católicos y protestantes.

Dicho esto, conviene advertir que la comunicación publicada en *Le Matin* es exagerada, al menos por lo que toca al trato que ha recibido nuestra Casa de Jerusalén (*La gran Escuela Internacional Bíblica y Basilica de San Esteban*). Y no se saca nada con exagerar. Nosotros tenemos conciencia de poseer más que los alemanes el tacto exquisito y la mesura. Seamos, pues, franceses hasta el fin.

Desgraciadamente es verdad que nuestra Escuela Bíblica ha sido suprimida y nosotros hemos sido expulsados, como los otros religiosos franceses. Pero yo no sé que la casa haya sido saqueada. La Iglesia está todavía consagrada al Culto; únicamente la Biblioteca ha sido cerrada bajo sellos. Uno de nuestros Religiosos quedó allí, por ser maronita de origen, y por tanto, súbdito otomano; le acompañan algunos hermanos legos que son Suizos. Otros religiosos de naciones neutrales se han refugiado en nuestra casa. Se los deja tranquilos en una parte del edificio que no está ocupada por el Serrallo. La Casa fué algún tiempo habitada por el Estado Mayor Alemán, que robó un piano, ¡Si ellos no hicieran más que tocar la música!

Se creerá sin dificultad que no tengo intención de contemporizar nunca con vuestros encarnizados enemigos. Como dije otra vez, la Escuela Bíblica ha sido destruida por ser francesa. Nosotros volveremos con gusto a Palestina, aun con los turcos, cuando ellos se vean libres del yugo de sus tiranos, pero nunca para llevarlo en su compañía...» Nosotros podemos afirmar que el padre Lagrange lo hará como lo dice.

Del ambiente social.—*Papel para revistas y periódicos.*—Empieza a sentirse una crisis que se va agudizando cuanto más tiempo pasa, que ha de influir mucho en el desarrollo de la Prensa. Aunque ya se ha reducido mucho el tamaño y el número de páginas que los diarios publicaban en tiempo normal y el color del papel, tendiendo a amarillear, se ha convertido en más fúnebre, aunque muchas Revistas se han dejado de publicar y otras se van apoyando por la movilización de sus redactores e impresores, lo cierto es que nada es bastante para conjurar la crisis que con ademanes de amenaza se presenta. Algunos diarios de París no lo confiesan públicamente, pero entre los amigos

lo hablamos. De Inglaterra, de Holanda, de España y de Rusia llegan noticias semejantes. De Petrogrado comunican que el príncipe Ouroussof, jefe del Comité Oficial de Prensa, ha ordenado a todos los directores de periódicos y Revistas, y a todos los editores de libros que economicen el *papel* y tomen para ello todas las medidas posibles. La importación, les advierte el príncipe ruso, es imposible y la fabricación dificultosísima. Les recomienda las siguientes preventivas, que son de sentido común, que deben aplicarse en todos los países: 1.^a, hacer la impresión en tipos de letra más pequeños; 2.^a, reducir el tamaño y el número de las páginas de las publicaciones; 3.^a, que los diarios no salgan los lunes.

Otra de las quejas que más vivamente se refleja en la Prensa es la censura rigurosísima que se ejerce en todos los periódicos, salvo en algunos, cuya excepción hace más instante la regla general. Cuando se lee un artículo interesante, no es raro hallarse con una laguna blanca, al llegar a lo mejor del comentario o de la noticia. Aunque puede favorecer a la Patria, también es verdad que ese rigor puede suscitar recelos y ansiedades, como de hecho los está suscitando.

Los Senadores y Diputados oyendo Misa.—Fué un acto conmovedor el día 11 de Enero, ver tantos representantes del pueblo al pie de Nuestra Señora de las Victorias. El Sr. Arzobispo de París había invitado a los Parlamentarios a oír esa Misa de súplica por el triunfo de las armas nacionales. Presidió el elemento seglar el Ministro de Estado, el insigne Denys Cochin. No bajaban de 100 los senadores y diputados, consejeros generales... que asistieron. La concurrencia era mucha. El Cardenal Amette, con esa emoción vibrante que tiene cuando habla de estos asuntos, pronunció una arenga recordando la batalla del Marne, nuestra gran victoria, y columbrando por ella, si lo pedimos a Dios con humildad y pureza de costumbres la victoria final, indiscutible.

«Francia, exclamaba, confiando en el valor indomable de sus ejércitos, lucha por la justicia y la civilización contra el paganismo y la fuerza bruta.» Actos como este, los legisladores postrados ante Dios, dan muchos consuelos al corazón del patriota.

La Marina Mercante.—Un proyecto de ley importantísimo acaba de publicarse por el Gobierno, autorizando y regulando la compra de buques de propulsión mecánica, hecha por armadores franceses a las naciones aliadas o neutrales. Las líneas generales de este proyecto que tanto ha de influir en el desarrollo de nuestra Marina Mercante, son las siguientes: Se destina un crédito de 100 millones de francos para adelantar a los armadores franceses que proponga el Ministro de Marina, de acuerdo con el de Hacienda, a fin de que puedan verificar compras de barcos de propulsión mecánica a los países aliados o neutrales. Estos capitales que adelanta el Estado devengarán un interés módico, según lo exijan las condiciones de la Banca francesa. Todos los armadores que lo deseen podrán solicitar autorización del Ministerio de Marina para este fin. Esta ley regirá hasta los doce meses que sigan a la firma de la paz. Se exigen a los armadores determinadas condiciones de seguridad y compromiso nacional.

¡Guerra al alcoholismo!—También sigue esta lucha incansable contra nuestro terrible enemigo interior. La «Liga francesa contra los peligros nacionales» constituida por las personas más eminentes de la nación aprobaron una serie

de enérgicas medidas contra el alcoholismo. Propone dicha *Liga* que se aumenten los derechos sobre el alcohol, supuesto que es un producto superfluo, y según la Medicina nocivo y de funestísimos resultados, así como todos los licores fabricados a base de alcohol. En Inglaterra se ha cargado en 700 francos los cien litros. Este aumento debe ser urgente y muy grande (*Il est nécessaire et urgent qu'une très grande augmentation des droits sur alcool...*, etc. Así dice el acuerdo). Piden que se supriman todos los privilegios de los cosecheros perjudiciales a esta medida y que se supriman todas las pequeñas destilerías *dans la France entiere*. Manda También que se castigue con mano de hierro la borrachera y se lamenta de que esta ley sea débilmente aplicada por los Jueces. Verdaderamente, todo cuanto se haga en este sentido es poco, porque son muy profundas las raíces del mal.

Los enfermos de Lourdes.—Si todos los años es emocionante la reunión de los enfermos curados en la peregrinación nacional a Lourdes, este año revistió caracteres más conmovedores. Se celebró el 30 de Enero bajo la presidencia del Mgr. Schopfer, Obispo de Tarbes y Lourdes. Asistieron multitud de enfermos y de médicos. Entre todos los casos que presentaron, son más dignos de mención los siguientes: 1.º El Dr. Le Bec presentó un caso interesantísimo, el del Sr. Vicain de París, de edad de cuarenta y dos años, atacado de varices, con las venas horriblemente hinchadas, con trece úlceras... Fué algo incrédulo a Lourdes. *De repente* curó *del todo*, hasta de las úlceras. El doctor Le Bec, gran médico, atestigua del hecho y lo reputa milagroso. 2.º La señorita Silvia Bienaimè, tuberculosa, con tres hermanos muertos y una hermana enferma de gravedad. Ella se halla avanzadísima en la enfermedad; en 1909 tres doctores le pronosticaron una suerte pronta; *instantáneamente* recobra la salud, sin volver a sentir el menor síntoma de nada. La presenta el Dr. Chardin. 3.º La Srta. Susana Moreau. Curada radicalmente en el intervalo de seis días de *dos* enfermedades mortales: una coxalgia y una úlcera terrible del estómago. Los rayos X demuestran la perfecta y súbita reconstitución de los tejidos. Tres médicos lo afirman y la presenta el Dr. Marchand. 4.º Señorita Clara Moreau, de Nîmes. Desde niña sufría una osteitis múltiple de origen bacilar y una artritis tuberculosa en la rodilla, comprobadas por *tres* doctores. *De repente* sanó en Lourdes y salta ya a la cuerda con sus amigas. La presenta el Dr. Leclerc. 5.º La Srta. Rivière, de Lyon. Era un cadáver. Tuberculosa, llena de ulceraciones intestinales, curada radical y repentinamente en las piscinas de Lourdes. Los testimonios no podían ser más veraces ni más concluyentes. La emoción del auditorio no podía ser tampoco más profunda ante los relatos de la ciencia y a la vista de las mismas personas que habían sentido *vivamente* la acción sobrenatural de Dios. Habló el Sr. Obispo de las peregrinaciones *que en* estos días se celebran en Lourdes, de las plegarias fervorosas que allí se dirigen al cielo, de las peregrinaciones espirituales que soldados franceses e ingleses, por muchos miles, verifican a menudo, enviando sus firmas... Confíen en María, la Señora de Francia.

Los Pupilos de la Nación.—Por mucha que sea la caridad y la beneficencia privadas, estamos en tiempos en que todo resulta pobre e ineficaz. Las víctimas que en las trincheras de la Patria y lejos de ella nos causa la muerte, dejan familias abandonadas, hijos en la miseria, que los orfelinatos particulares no son capaces de contener. Es preciso conservar con todo cariño

esas débiles plantas, hasta por egoísmo nacional, porque serán los hombres del mañana, los defensores de nuestra independencia. Comprendiéndolo así el Gobierno ha presentado un *Proyecto de ley* que creo será inmediatamente aprobado, y cuyas disposiciones, de mayor interés, quiero copiar aquí para cerrar la crónica con esta página de caridad.

Empieza por declarar que la Patria se hace cargo de todos los hijos huérfanos de padres muertos en la guerra de 1914.

Toda persona muerta o invalidada por las heridas causadas en la guerra, de tal modo, que sufra una disminución total o parcial de su capacidad para el trabajo, debe ser considerada como víctima de la guerra. Cuando el padre o el sostén de la familia haya muerto o quede inútil, la Nación atenderá a las cargas de la familia. Si puede ganarse algo, la Nación le dará lo que le falte, para el desarrollo normal del pupilo. Agregado al Ministerio de Instrucción Pública se levantará un *Office national des pupilles de la nation*; y en los Departamentos se abrirán oficinas oficiales destinadas a este servicio especial.

Para reglamentar todo lo relativo al sostenimiento material y educación de los pupilos se crea un Organismo Central, que también se encargará de distribuir y reglamentar las Asociaciones particulares *filantrópicas* o profesionales (no se dice *de Caridad*). El Consejo Superior de este Organismo Central estará presidido por el Ministro de Instrucción Pública. La parte dispositiva del Proyecto consta de cuatro partes o *Títulos*: El primero, resumido ya, trata de «Los organismos destinados a asegurar la protección de los pupilos de la nación», atribuciones de los mismos, personas que los deben de formar, manera de constituirse. Advierto con dolor, aunque sin extrañeza, que el elemento eclesiástico está absolutamente excluido, como de todos los servicios del Estado. *Título II*: «De las medidas jurídicas de protección tomadas en favor de los pupilos de la nación.» Habla principalmente de las *Tutelas* y del Consejo de familia. *Título III*: «Del alojamiento de los pupilos.» Pueden colocarse estos niños huérfanos, a petición de los tutores delegados o de los miembros de los *Offices* en Establecimientos Públicos o Privados o en casas de ciudadanos que ofrezcan garantías. Tendrán una inspección constante sobre ellos. Cuando tiene al niño una persona particular más de tres años gratuitamente, esa persona puede ser Tutor oficioso del niño, con consentimiento del Consejo de familia, y pasando la persona de cincuenta años. *Título IV*: «Disposiciones complementarias.» Respecto de la Instrucción gozarán de matrículas gratuitas en todas las asignaturas de los Establecimientos oficiales, Liceos, Umanidades, Normales, Escuelas Especiales.

Este beneficio es extensivo a los hijos de extranjeros, que estuvieran en filas durante la guerra. Todos los asuntos judiciales, referentes a estos asuntos, se tramitarán sin impuesto alguno, ni de papel timbrado. Con esto se cree remediado un mal que es muy grave. En Francia hay mucha caridad. En ella debemos confiar no en la *filantropía* oficial, que, aunque hace mucho, sin el concurso del corazón cristiano, es un esfuerzo pequeño y casi estéril. A los huérfanos franceses se han unido muchos huérfanos belgas. Esperemos: que para todos nacerá el sol.

P. L. JEANNIN.

París, Febrero 1916.

BÉLGICA

La Pastoral de los Obispos belgas.—Aunque de nuestros corresponsales no recibimos noticias, sin duda porque algunos estarán movilizados, y de otros se perderán las crónicas, parécenos conveniente recoger las impresiones más importantes que fluyen de la célebre Pastoral dirigida por los Obispos belgas a los Obispos de Alemania, de Baviera y de Austria-Hungría. El texto lo tomamos fielmente del acreditado *Le XX^e Siècle*, entresacando los párrafos más notables y compendiando los demás.

Empieza el documento recordando las primeras acusaciones venidas de Alemania contra Bélgica, según el telegrama del Abad Dom Herwegen, de Maria-Laac, en que suplicaba al Cardenal Arzobispo de Malinas que protegiera a los soldados alemanes de las torturas de los compatriotas belgas. Todos estos ciudadanos tenían instrucciones concretas sobre las leyes de la guerra, y no se dejaban llevar de instintos violentos... que una era de paz habrá extinguido en sus corazones. ¿Hubo crímenes? Hechos aislados fueron, no ley general. Los Obispos de Lieja y de Namur protestaron ante el comandante Bayer de las detenciones y fusilamientos... Se contestó a su carta, llenísima de detalles, con el silencio.

Las calumnias contra sacerdotes belgas tachados de levantiscos y sanguinarios eran acogidas por el órgano del Centro Católico, que es el *Kölnische Volkszeitung*.

Los prisioneros belgas que eran obligados a internarse sufrían horrores en las estaciones y en los caminos, recibiendo insultos y desprecios, no sólo de sus enemigos los protestantes, sino de sus amigos los católicos. Esto les daba mucha pena. No hubo una voz en Alemania que se levantara a defender las víctimas. En el *Libro blanco* del Imperio alemán (10 de Mayo de 1915) órgano oficial del Imperio alemán, se estamparon y se dejaron correr por los países neutrales, crueldades sin nombre, atribuidas al pueblo belga, con heridos alemanes; los mutilaban horriblemente (decían), les cortaban los miembros, sacaban las entrañas, les abrían el cráneo... «Poneos por un momento en nuestro lugar, queridos hermanos en la fe y en el sacerdocio. Pues nosotros sabemos que las acusaciones imprudentes del Gobierno imperial son, del principio hasta el fin, calumnias: NOSOTROS LO SABEMOS, Y NOSOTROS LO JURAMOS.»

Tribunal de investigación.—No de caridad, sino de estricta justicia es para el Episcopado belga deshacer esas afirmaciones desdichadas. Es deber suyo esclarecerlas ante el Episcopado alemán, tanto más cuanto que un sacerdote de Paderborn, el profesor Rosenberg, ha escrito un libro rebatiendo las acusaciones mentirosas de los católicos franceses contra Alemania.

Así como al publicarse el libro *La guerre allemande et le catholicisme*, los eminentísimos Cardenales Arzobispos de Colonia y de Munich protestaron ante el Kaiser, así también Nosotros, Arzobispos y Obispos de Bélgica, ante las calumnias contenidas en el *Libro Blanco* del Imperio y reproducida en la respuesta de los católicos alemanes a los católicos franceses, «sentimos la necesidad de expresar el sentimiento de nuestra dolorosa indignación a Nuestro Rey, a Nuestro Gobierno, a Nuestro Ejército, a Nuestro País.»

Para que esta protesta no sea estéril y se la suponga exagerada, proponen

los Obispos belgas a los alemanes la creación de un Tribunal de investigación, completamente imparcial. Los alemanes designarían cierto número de miembros a voluntad en el número y en las personas. Los belgas escogerían número igual; y para presidir el Tribunal como *superárbitro* pedirían al Episcopado de alguna nación neutral, como Holanda, España, Estados Unidos, Suiza, la designación de un Obispo de la propia nacionalidad. Separadamente ya han solicitado este Tribunal algunos miembros del Episcopado belga; pero inútilmente. Se han constituido Tribunales *parciales, locales* mejor, en distintas ciudades. Pero eran todos *unilaterales*, sin valor jurídico ninguno. Esto lo piden antes que nada, para vindicar la memoria del pueblo belga. Y desde luego:

» *Nosotros afirmamos que no hubo en parte alguna de Bélgica una organización de franco-tiradores (franc-tireurs), y reivindicamos, en nombre de nuestro honor nacional calumniado, el derecho de demostrar los sólidos fundamentos de nuestra afirmación.*

» Vosotros debéis de tener el mismo interés por la constitución de este Tribunal que tenemos nosotros: porque Nosotros sabemos y afirmamos que el Ejército alemán se ha entregado en mil sitios diferentes al pillaje, al incendio, a las matanzas y sacrilegios... Nosotros afirmamos y hemos denunciado los hechos en las pastorales de Namur y Lieja, a Su Santidad, al Sr. Nuncio en Bruselas y a los Ministros en Bélgica de los países neutrales...» Les dicen que ellos, los Sres. Obispos alemanes, en ese Tribunal deben deshacer esos infundios (si creen que lo son) y por eso han de querer que se constituya el dicho Tribunal. También se debe ventilar allí la injusticia de la invasión de Bélgica por los ejércitos alemanes...

Excusas y olvidos.—Nadie puede negar que Bélgica ha sido martirizada: que consten ante ese Tribunal las actas de su martirio. No deben los Obispos alemanes aducir como excusa la inoportunidad del momento por prematuro. Si por algún lado está el disfavor, está por Nosotros, dicen los Obispos belgas, porque Nosotros somos los más débiles, y apenas *podemos hablar en lo interior de Nuestras Iglesias*. Nuestros éxitos se detienen como artículo de contrabando. Vosotros gozáis de libertad en la palabra y en la pluma. Si queréis podéis conseguir un poco de esa libertad para los acusados; así se cumplirá el viejo proverbio jurídico, inscrito, según dicen, en el frontis de muchos Tribunales de Alemania: *Audiat et altera pars*: o como dice el pueblo: *el que no oye más que una campana no oye más que un sonido...*

No pidáis a Bélgica, añade el Documento, que olvide: eso sería añadir la ironía a la injusticia. Alemania sigue violando todavía en Bélgica el Derecho internacional; comete graves transgresiones de lo decretado por la *Convención de La Haya*.

Además de estas razones, que podemos llamar nacionales, hay otras de interés general para que se constituya el Tribunal de investigación. Deben cesar las palabras y excitaciones de sacerdotes católicos que en Alemania predicán contra los belgas. Eso no cesará hasta que la verdad se imponga a todos. No pueden saberse las ventajas o contratiempos que el espíritu religioso ha de sacar de la presente guerra. Eso, Dios lo sabe. A Nosotros, como Obispos, nos incumbe la misión social de dar testimonio de la verdad: *Veritatem diligit, oímos al Consagrarnos; neque eam unquam deserat aut laudibus aut timore*

superatus. Trabajemos en esta labor hermosa; el Tribunal a que os invitamos contribuirá a deshacer muchos equívocos. El Santo Padre llama a la paz, y quiere que todos la pidamos. «*Nosotros responderemos, pues, al voto de Nuestro Padre común, trabajando de concierto, porque birilley triunfe la verdad, sobre la cual debe apoyarse la justicia, el honor de las naciones, y, finalmente, la paz.* Firman la carta: D. J. Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas; Antonio, Obispo de Gante; Gustavo J., Obispo de Brujas; Tomás Luis, Obispo de Namur; Martín Huber, Obispo de Lieja; Anaedo Grooy, Obispo nombrado de Tournai.

No queremos añadir ningún comentario al Documento que acabamos de traducir y resumir en parte. El tiempo se encargará de escribirlo y nosotros lo leeremos con serenidad.

FR. L. D.

IRLANDA

La guerra y la agricultura. — La industria más importante, por no decir la única, del pueblo irlandés es la agricultura. En las faenas del campo estará empleada la mitad de la población, y los productos agrícolas vendrán a representar el 80 por 100 de la riqueza pública. Y esta industria ha aumentado después de la guerra, y los productos del campo obtienen hoy más altos precios. Por extraño que parezca, la guerra ha favorecido a Irlanda: hay más prosperidad, más ingresos. Es verdad que muchos hombres que podían trabajar los campos están, voluntarios, peleando en el frente; pero el sistema de pensiones que paga el Gobierno a las esposas, hermanas o padres de los soldados, hace que no haya escasez de dinero para las necesidades de la vida.

El Gobierno formó un Comité de Agricultura para intensificar la producción agrícola. Estos Comités tenían que informar sobre las condiciones actuales y sobre las medidas que se podrían tomar para favorecer las industrias del campo. El problema de los aprovisionamientos es capital para Inglaterra: sabido es que su sustento ha de ser de importación. La primera medida propuesta fué la garantía, el seguro agrícola, para arriesgarse a dedicar prados y tierras baldías al laboreo; pero esto les pareció demasiado proteccionista. El Gobierno puede subvencionar y garantizar de pérdidas a la navegación, a la minería, a la fabricación de hierro y otras industrias, pero asegurar los riesgos del campo, proteger la agricultura... es contra el *free trade*, el comercio libre, uno de tantos ídolos que adora el pueblo inglés.

También propuso el Comité que el Gobierno estableciese un sistema de préstamos a los agricultores para que éstos pudiesen aumentar la producción; pero esto lo hemos hecho los irlandeses solos, en el Oeste; los Bancos locales han adelantado las cantidades necesarias para compra de maquinaria, abonos, etc., al módico interés de 4 por 100. De manera, que la acción del Comité se ha reducido a unos cuantos discursos en mítines y a unos cuantos informes.

Mientras se conserven los precios actuales y los subidos salarios que hoy se ganan, Irlanda prosperará materialmente. Los malos tiempos vendrán

cuando cesen las pensiones de guerra, cuando se cierren las fábricas de municiones, cuando los contratos con el Gobierno para proveer de subsistencias vuelvan a la normalidad, cuando vuelvan los centenares de miles de soldados y busquen ocupación pacífica... Además, los gastos de guerra de hoy tendremos que pagarlos mañana por el aumento de las contribuciones. En algún sentido podemos decir que la paz traerá escasez y confusión. Pero, Irlanda, pueblo sobrio y laborioso, con la lección de agricultura de los tiempos presentes, sabrá sacar de su suelo el sustento de sus habitantes. Faltarán ciertas cosas exquisitas y caras; pero no los elementos necesarios a la vida. La lección que la guerra nos enseña es la de aumentar la producción, no sólo en lo que se refiere al campo, sino también en las industrias relacionadas, como son la ganadería, la cría de animales domésticos, la industria del queso y la mantequilla. Bien aprendida esa lección, el día de mañana tal vez no podamos hacer ahorros ni tener depósitos en los Bancos; pero podremos atender a las nuevas cargas que sobrevendrán, como consecuencia de los actuales gastos de guerra; podremos atender a nuestra subsistencia y laborar por el engrandecimiento y emancipación administrativa de nuestra patria amada.

Los soldados irlandeses. — Todos los días se comenta la guerra, lo mismo en la Prensa que en las conversaciones particulares. Los irlandeses se preocupan de averiguar y clasificar las cualidades guerreras de las diferentes provincias y aun de los distintos *counties* o distritos. Esta relación que hay entre el suelo que nos vió nacer y las cualidades psicológicas que nos adornan, está muy poco estudiada. Ahora podremos averiguar si los hijos de la alegre Cork son más intrépidos en el ataque, si tienen más resistencia los de la reposada Wexford, o si son mejores estrategias los elegantes de Simerick, y si los de la industriosa Belfast tienen cualidades militares, o son a propósito para las ambulancias.

Un escritor inglés ha dicho que «Irlanda tiene plétora de genios, una plaga extraordinaria de hombres grandes». Aceptando esta desgracia, no sé por qué no hemos de aprovecharnos de las ventajas que ofrece. Así no es de extrañar que Mr. O'Donohue haya empezado a estudiar este asunto y esté tabulando las diversas cualidades y aptitudes que despliegan nuestros regimientos en el frente de batalla. Como ejemplo de sus estudios, presento el fragmento siguiente sobre lord Kitchener:

«Aunque nacido y educado en Kerry, lord Kitchener no tiene sangre irlandesa en sus venas, y su nacimiento en Kerry puede calificarse de un accidente, una casualidad. Sin embargo, es digno de estudiarse el problema de si hubiera sido soldado en el caso de que el accidente de su natalicio hubiera ocurrido en Inglaterra, o también si hubiera sido mejor soldado perteneciendo al grupo de los nacidos en Simerick». También estudia el caso de lord Northcliffe, «el amo de la Prensa», otro irlandés accidental, que, aunque adora a su compatriota Kitchener, a veces se permite algunas originalidades poco ortodoxas.

Los más grandes escritores humorísticos ingleses — los Steeles, los Goldsmith, los Sheridans, los Bernard Shaws—nos pertenecen. En los tiempos pasados, Irlanda ha producido grandes hombres en todos los órdenes; cortesanos, magistrados, guerreros, teólogos, médicos, alquimistas, de los cuales hablan las crónicas refiriéndonos su influencia y sus hazañas, lo mismo en la

antecámara de la Sublime Puerta, que en el palacio imperial de Méjico; lo mismo en los Tribunales de la India, que en los Consejos de guerra de Francia y España.

Esperemos que Mr. O'Donohue clasifique a estos irlandeses por regiones, y no olvide a los que hoy en los campos de batalla ganan heridas y cruces.

Renacimiento literario. — En esta etapa de nuestra vida nacional se nota un incremento en la producción literaria. Un librero me decía hace poco: «Yes, the book trade is getting on its feet again». Muchos de los libros son ediciones nuevas de autores que hablan de nuestra historia, de nuestro folklore, de nuestra poesía; no puedo citar títulos para no ser largo; pero no hay duda que todo este movimiento será provechoso para nuestro porvenir, para conseguir la resolución a nuestro favor de la cuestión irlandesa. Han pasado ya los tiempos en que los ingleses decían que la única solución de la cuestión de Irlanda, cuestión de religión y nacionalismo, sería que el Atlántico anegase nuestra verde isla por solas veinticuatro horas. Ahora tenemos en perspectiva el «Home Rule» y el Parlamento irlandés. La guerra vino a interrumpir nuestra lucha por el ideal nacionalista en el momento mismo en que íbamos a coronarnos con la victoria. Ahora, con este resurgir de nuestra literatura, se prepara el pueblo para exigir al día siguiente de la paz el cumplimiento de sagradas promesas. Sabido es que los tres caracteres de la literatura irlandesa son: religión, nacionalismo y... rebelión.

Sir Bertram Windle, el sabio presidente del «University College», en Cork, acaba de publicar una serie de estudios sobre el darwinismo, la antigüedad del hombre y otros asuntos de apologética moderna. El libro, de conformidad con su título, «A century of scientific thought», pasa revista a todas las teorías que en el siglo XIX se han sucedido en el campo científico, más bien podríamos llamar racionalista; está escrito con amenidad y galanura de estilo, cosa muy necesaria para resistir las soporíficas concepciones de Huxley, Herbert Spencer, De Uries, Driesch y otros sabios, que pretenden hacernos insoportable la vida con sus descubrimientos, con que si el hueso A o B, encontrado en cualquier terreno, aunque sea terciario, demuestra nuestro humillante parentesco con el mono. Aceptamos las enseñanzas del «maestro» Sir Windle, aunque no nos entusiasmen esas delicadezas del protoplasma y su desarrollo. Incluye también en la colección de ensayos uno titulado «¿Quiénes eran las hadas?», y lamentamos que, habiendo dedicado tantas páginas al hombre mousteriano, dedique tan pocas a asunto tan bello como el de las hadas.

C. J. P. O'SULLIVAN.

ESTADOS UNIDOS

El deseado diario católico. —Hasta ahora no se ha podido conseguir un diario católico. Muchas veces se ha hablado de la necesidad de fundarlo, y hasta se han adelantado, a veces, proyectos y promesas. Antes de llegar a la Prensa diaria debíamos mejorar nuestra Prensa semanal y mensual. Aunque nuestros semanarios y *monthlies* son bastante buenos, sin embargo, hablando en general, carecen de influencia. No ha mucho decía un prominente hombre de negocios, que ha tomado parte en la propaganda de la literatura católica y

conoce bien nuestra Prensa, que, a su parecer, apenas un diez por ciento de la población lee nuestros periódicos. Muchos suscriptores—añadía— lo son más bien por cumplir con un deber que por interés que tengan en su lectura. Esta afirmación, que deja de ser verdadera en muchos casos, aunque hay también muy honrosas excepciones, se presta a consideraciones importantes. La primera, que, para llegar al deseado diario, es preciso poner los medios convenientes para que el público acoja con cariño, con interés, nuestras publicaciones periódicas. En nuestra vida moderna, el periódico nos pone en comunicación con el mundo social, mercantil, religioso, literario y hasta el científico; cuando encontramos deficiente en algún aspecto *nuestro* periódico, busquemos otro que satisfaga nuestros deseos. Y nada más necesario que un periódico que lleve nuestros ideales a todos estos complejos modos de ser de la vida moderna, que discuta y explique todas las cuestiones que agitan nuestra vida pública, desde el punto de vista del dogma y la moral cristianas, creando así una atmósfera católica. Debemos reconocer que la atmósfera católica que nos rodea y respiramos no es cristiana: el materialismo del vivir moderno, que se traduce en lujo extravagante, en comodidades materiales exageradas por el sensualismo, en afán inmoderado de amontonar riquezas, en inmoralidad, en egoísmo, en olvido de los intereses espirituales, ese materialismo es el que forma la atmósfera de nuestras grandes ciudades y centros de industria y comercio. Para purificar esa atmósfera, que a tantas almas envenena, sería excelente medio la Prensa diaria católica. Hablamos muchas veces de conversiones a nuestra fe, de ovejas que vuelven al redil de Cristo; pero no consideramos las ovejas descarriadas que prácticamente han perdido la fe. Así, por ejemplo, en muchos Estados ha aumentado en gran número la población de origen católico y, sin embargo, la vida pública no es lo que debería ser donde hay tan gran núcleo de católicos. El *Pacific*, publicación protestante, reconocía que aun en los estados del *New England*, tenidos como el baluarte del protestantismo, están en mayoría los católicos sobre los protestantes. «Plymouth—dice—, donde los peregrinos (cuáqueros que hufan de la persecución en Inglaterra) desembarcaron al principio sobre las rocas, está hoy convertida en una ciudad portuguesa. Los franceses venidos del Canadá ejercen verdadera influencia (Control) en varias poblaciones. Los polacos, emigrados por millares anualmente de su patria, para ocupar los campos del *New England*. Boston está gobernado por los irlandeses. Casi un tercio de la población de *New Haven*, la casa solariega de la Universidad de Yale, son italianos.» Proporcionalmente, puede decirse otro tanto de otros Estados. ¿Por qué para esta población numerosa e influyente no ha de haber una Prensa diaria que, al mismo tiempo que mantenga incólumes los ideales cristianos, preste el servicio de información que hay que buscar en periódicos profanos, cuyo único ideal es, muchas veces, aumentar los ingresos para repartir los mayores dividendos? Todos lo reconocen así y tal vez no esté lejano el día en que veamos realizado este deseo general de un diario católico.

El niño Bollinger.—He aquí un asunto en el que la Prensa católica ha cumplido su misión. Expliquemos el caso. El 17 de noviembre de 1915 nació en Chicago un niño con una constitución orgánica anormal. Se llamó al doctor Haiselden para que le examinase y mediante una operación quirúrgica salvase o prolongase su vida. El doctor creyó que, con todos los cuidados de

la ciencia, el niño sería siempre un sér anormal, tal vez imbecil, un sér inútil en la sociedad, cuya vida debía ser gravosa a los demás, y resolvió dejarle morir sin ninguna asistencia. Este caso repugnante de materialismo salvaje ha encontrado en la Prensa defensores, que defienden la conducta del doctor Haiselden, no sólo como un derecho del médico para dejar morir a los niños que nacen deformes, sino un deber para mejorar la raza y el porvenir de la humanidad... El doctor, colocado frente a este gran problema de la humanidad, aboga por la muerte de los niños defectuosos, la esterilización de los imbeciles, la euthanasia (muerte sin dolor) de los enfermos desahuciados y los locos.

Lo más grave del caso es que, examinado el cadáver del niño por seis profesores de Medicina, declararon que el niño podía haber sido curado y que no era cierto que presentase claramente estigma de la imbecilidad.

Miss Catherine Walsh, excelente señora católica que se dedica a la acción social, bautizó al niño y hace esta conmovedora descripción de la pobre criatura:

«Fuí al hospital para pedir que llevasen el niño a su madre. Estaba condenado a muerte y sabía que su madre sería su juez misericordioso. Encontré al niño solo en un cuarto vacío, desnudito del todo; su mejilla, amoratada por estar acostado en la misma posición.

Mandé llamar al doctor Haiselden y le rogué no quisiese tomar sobre su cabeza la responsabilidad de la muerte del niño.

No era un monstruo este niño. Era una criaturita hermosa. Yo no ví deformidades. Le acaricié. Sus dos ojos, abiertos; moviendo sus manecitas, lloraba amargamente. Besé su frente. Me parecía que si su madre le hubiese visto no hubiera permitido nunca que lo dejaran morir.»

Este hecho, que tantos comentarios ha tenido en la Prensa, ha sido juzgado y condenado por los periódicos católicos. *The Northwest Progress*, de Seattle, publicó un resumen de los principios cristianos sobre esta cuestión. Dejando aparte los más generales, copiaremos los últimos: «Sostenemos y confesamos... Que es ilícito privar de asistencia médica y dejar morir lo mismo a los niños que a los adultos, sean normales o defectuosos. Que el deber del médico no es procurar el futuro mejoramiento de la raza, sino aliviar al enfermo en su actual enfermedad. Que los seres humanos «hechos a imagen y semejanza de Dios», no deben ser colocados en la misma categoría, ni juzgados de la misma manera que los animales inferiores. Que, como cristianos, no debemos adoptar los principios y prácticas de los paganos o salvajes. Que, por el contrario, según las enseñanzas del Evangelio, debemos «buscar primero el reino de Dios y su justicia», prefiriéndolo al mejoramiento fisiológico de la raza».

Para propagar estas ideas, debe favorecerse el desarrollo de la Prensa católica, debe, por todos los medios, ampliarse su esfera de acción en todos los órdenes sociales.

La Sociedad de San Vicente de Paúl.— Como resultado de la reorganización de la Sociedad de San Vicente de Paúl, se ha formado un nuevo Consejo Nacional, que tendrá su residencia y oficinas generales en Wáshington, D. C. Este Consejo Nacional tiene la dirección y supervisión de trece Consejos metropolitanos, que están extendidos por todos los Estados Unidos. Una publica-

ción mensual, con el título *The National Catholic Monthly Magazine*, va a comenzarse a publicar, en sustitución del antiguo resumen trimestral que publicaba la Sociedad. Esta nueva organización extenderá más nuestras obras de caridad y sociales, dándoles nueva vida y prestándose unas a otras mutuo apoyo.

Para que se vea lo que puede hacerse en el campo de la beneficencia social citemos sólo la institución benéfica «Brownson House», de Los Angeles, California. Estableció un dispensario ortopédico, donde el año pasado se ha asistido gratuitamente a 200 pobres. Todas las semanas, en día señalado, abre una consulta gratuita para las enfermedades de los niños, siendo la «Child Welfare Station» la salvación de muchos niños pobres, no sólo por la asistencia médica, sino también por distribuirles después, gratuitamente, leche pura y en buenas condiciones.

De la Universidad de Norte Dame, Indiana.—Se está construyendo en los terrenos de la Universidad un pabellón más. Por sus proporciones y por el estilo arquitectónico armonizará con los demás edificios o pabellones que constituyen la Universidad. Se calcula el gasto de la obra en millón y medio de pesetas. El nuevo edificio contendrá la biblioteca general, en la cual se colocarán unos setecientos mil volúmenes. Téngase presente que cada Facultad tiene su biblioteca especial, con muchos miles de volúmenes. Además, en el nuevo edificio, se instalará el archivo oficial de la Iglesia católica en los Estados Unidos. También será instalado en sus salones y galerías el Museo Histórico y las colecciones de arte, de cuadros y esculturas. La obra cultural de la venerada Universidad es grandiosa; sus efectos se extienden a todos los órdenes de la vida: los millares de católicos que han recibido y reciben allí la más alta y completa instrucción constituyen un timbre de gloria imperecedero. LA CIENCIA TOMISTA figura en sus salones de lectura, al lado de centenares de Revistas científicas de todo el mundo. Su ilustre y sabio presidente, el P. Juan Cavanagh, el orador más ameno y elocuente de Estados Unidos, conserva gratísimo recuerdo de la visita hecha a la Redacción de la misma en su viaje por España.

FR. J. C. V.

Christmas.—Este es el nombre con que se designa en este país la fiesta de Navidad, una de las que más conmueve al pueblo norteamericano y que es celebrada en todos los Estados Unidos con edificantes demostraciones de fervor religioso, acompañado de los más hermosos actos de caridad y beneficencia para los pobres y niños, a la vez que contribuye en gran manera a estrechar más y más los lazos de familia y las buenas relaciones de la amistad.

Desde luego, no falta la *Misa del Gallo*, a la cual he asistido varias veces en diferentes poblaciones, llamándome poderosamente la atención ver en los fieles, no obstante su mucha concurrencia y la circunstancia de la hora, tal compostura, reverencia, silencio y devoción, que difícilmente hubiera podido formarme idea de estas cosas sin haber sido testigo de ellas. La primera vez que, recién llegado de España y fresca la memoria de los actos de irreverencia e incultura que allí, tantas veces había presenciado en la iglesia durante la *Misa del Gallo*, asistí a una de estas Misas en los Estados Unidos me parecía una ilusión lo que veían mis ojos, no pudiendo apenas comprender tal

grado de formalidad, orden, actitud reverencial y silencio tan absoluto. Recuerdo que entonces pensé espontáneamente en alguna Comunidad de religiosos o religiosas que, ajustándose estrictamente al más riguroso ceremonial, se hallasen en el mismo acto e iguales circunstancias. Es de advertir que aquí, en la *Misa del Gallo*, siempre hay sermón, lo mismo que en todas las Misas de los domingos de todo el año, sean cantadas o rezadas: pues en los Estados Unidos, no hay católico que vuelva a su casa, después de la misa del domingo, sin haber oído una breve y sencilla, pero substanciosa y práctica del Evangelio del día, aunque para ello sea necesario, como de hecho así sucede, que el mismo párroco tenga que predicar en una serie de mayor o menor número de Misas que se celebran sucesivamente, a horas de antemano señaladas, con asistencia de nuevo personal, que siempre es muy numeroso, porque no hay ningún católico que se quede sin oír la Misa de precepto.

También se oyen en estas hermosas y grandes solemnidades de Navidad cánticos alusivos a este tan admirable y tierno Misterio; pero la música es muy distinta de la de los Villancicos de España. No obstante, a mí me ha causado muy buena impresión y he disfrutado de modo extraordinario, la que acabo de oír, el día de Navidad, y especialmente en la *Misa del Gallo*, que el presente año he celebrado yo mismo en la ciudad de Hammond. Lo que por aquí se canta más generalmente y con mayor entusiasmo es el «Adeste, fideles», que alguna vez he oído en la tarde del día de Navidad, nada menos que en pública *calle del Canal*, de Nueva Orleans, que es como quien dice en la Puerta del Sol, de Madrid, recibiendo, como puede suponerse, una impresión tan honda como consoladora, al pensar en el ambiente religioso que semejante hecho supone, en el sitio más céntrico y concurrido de una de las principales ciudades de los Estados Unidos.

La felicitación de *Christmas*, es cosa de la que no se puede prescindir en esta tierra. No hay nadie, empezando por los niños de dos años, que no felicite a sus parientes y amigos y que no sea, a su vez, felicitado por ellos. Para este objeto se ponen en circulación millones de tarjetas muy hermosas, de tanta variedad de tamaños y formas, que sería cosa bastante curiosa ver reunido en un album todos los diferentes ejemplares de las mismas. Dichas tarjetas llevan impresa, generalmente en verso, la felicitación, que suele encerrar pensamientos muy delicados y propios del caso.

Otra nota en extremo simpática es la que se refiere a los aguinaldos. Acerca de este punto, como la presente Crónica va resultando ya larga, atendidas las condiciones de la Revista, solamente diré que, en los Estados Unidos, no hay ningún pobre ni grande ni pequeño que no reciba su *aguinaldo* de Navidad, merced a una vasta y admirable organización de las obras de caridad que existen con ese solo objeto. Entrar en detalles acerca de este particular sería lo mismo que empezar a escribir un libro; pues no menos hace falta para dar idea de los actos de caridad y beneficencia que se practican en todos los Estados Unidos con motivo del *Christmas*.

FR. PASCUAL BROCH, O. C.

REVISTA DE REVISTAS ⁽¹⁾

Anales de la Sociedad Española de Física y Química. Año XIV-1916-t. XIV.—Este número de la benemérita Revista merece especial mención por contener la memoria descriptiva del estado actual de la «Sociedad Española», una de las que más constantemente laboran en el desarrollo científico de España. Esto, sin ruido, con la silenciosa laboriosidad de los laboratorios. La Junta directiva de este año, según dicen los *Anales*, estará presidida por el profesor Dr. Blas Cabrera, tan constante y tan profundo investigador.—*El profesor Hugo Schiff.* Necrología del profesor de Florencia, muerto a los ochenta y un años, después de una vida de investigación y estudio. Lo que no nos parece bien es la frase que usa *Anales*: «se extinguió Schiff...» Por lo menos, es muy poco correcta y exacta.—*El profesor Rafael Meldola.* Este Sr. Profesor de química en el *Technical College*, de Frisburg, amigo y adepto de Darwin y Spencer, era, por su familia, hijo de Toledo, aunque nació en Inglaterra. Era un investigador de valía, sobre todo acerca de substancias colorantes. Ofrece *Anales* una lista de los *Pesos atómicos* para 1916 de los 83 cuerpos simples reconocidos ahora. En la *Memoria reglamentaria* pide el Sr. RODRÍGUEZ MOURELO que desaparezca el divorcio entre la ciencia y la industria, «mejor diríamos el desprecio que ésta hace de aquélla, de donde proviene el casi irremediable atraso industrial de España». Deben aprovecharse las circunstancias presentes por que atraviesa el mundo para poner remedio a este mal. Entre los trabajos técnicos mencionaremos: M. MAESTRE: *Empleo de los fermentos solubles para la determinación cuantitativa de la urea.* R. LLORD Y GAMBOA: *El ácido carbónico en las aguas minerales.* J. GUZMÁN y T. BATUECAS: *Electroanálisis del cobre sin electrodos de platino.* B. CABRERA: *El estado actual de la teoría del magnetismo.* Ordena y organiza todo lo que se ha publicado en las Revistas científicas de última hora acerca de este asunto. En el número actual se ocupa en la fase segunda del problema: *Paramagnetismo, su variación con la temperatura.* Lo mejor para explicar los fenómenos es suponer que cada átomo se comporta como un imán microscópico permanente; y mejor un imán elemental, en cuya masa circula una corriente eléctrica permanente. Eustein y Ilaas, en su trabajo clásico, han demostrado que los electrones no pierden energía por radiación; las corrientes de Ampère obtienen realidad indiscutible. Estas corrientes están constituidas por electrones negativos que describen órbitas cerradas. Hay otras notables conclusiones referentes a cómo se penetran los átomos al constituir las moléculas y la teoría de los cuántos (cuante) de Planck.

Catholic World (The), January 1916.—S. A. PARKER: *John Cuthbert Hedley.* Biografía de este Obispo de Inglaterra, entretejida en la historia del catolicismo en Inglaterra.

(1) Esta sección ha sido redactada por los PP. F. Barbado, P. Bueno y A. Santa-maria (Roma); J. Corbató (Santa Maria de Nieva); L. Urbano (Valencia); M. Menéndez (Vergara); Beltrán, Cuervo, C. García y Menéndez-Reigada (Madrid).

ra durante gran parte del siglo XIX y de los comienzos de éste.—Ed. T. SHANAHAN, S. T. D.: *The genesis of Kant's Criticism*. Origen del criticismo kantiano, estudiado en la evolución de las ideas del filósofo de Königsberg.—K. BREGY: *Straws and cannonball: impresions of some recent poetry and drama*. La poesía, la novela, el drama han sentido ya la influencia del cañón de guerra. Los varios autores ingleses que han escrito sobre asuntos bélicos, desde un punto de vista literario se analizan y se citan fragmentos de sus obras.—W. H. RENT, O. S. C.: *Religion and literature in war time*. La religión y la literatura, que de hecho son neutrales, han querido usarse en esta guerra como si los alemanes peleasen bajo las banderas de Kant o de Lutero. El autor muestra un gran espíritu de justicia y conciliación, muy de admirar en un inglés que escribe de la guerra en estos tiempos. Confiesa que *semel insanivimus omnes*.—James J. WALSH: *Andrew J. Shipman*. Memorias de la vida de este excelente abogado católico de New-York, recientemente fallecido. = *Idem*, February. — May BATEMAN: *The catholic view in modern fiction*. Los ideales católicos que informan las novelas de escritores católicos: el autor compara novelas con novelas para ver la solución que dan unos autores y otros a problemas tan trascendentales en la vida como la vocación: la tentación del amor ilícito, para hacer resaltar el punto de vista católico, sin que por eso deje de estudiarse el proceso psicológico y pasional en los personajes que intervienen en la fábula.—ELBRIDGE COLBY: *Saloniki: Where St. Paul Preached*. Impresión de una visita a Salónica, donde predicó San Pablo, en los tiempos actuales.—Th. ME MILLAN, C. S. P.: *The Cath. Summer School*. La escuela católica de verano, institución de ampliación de estudios, que en veinticinco años que lleva de existencia ha dado magníficos resultados.—E. T. SHANAHAN: *Putting an end to Skepticism*. Estudio sobre la filosofía de Kant y sus relaciones con el escepticismo.—Joyce Kilmer, Lion EL JOHNSON: La personalidad de L. Johnson en el campo de la poesía.—R. F. O'CONNOR: *The Centenary of the Oblates*. Un siglo de historia, de virtudes y celo apostólico de la Congregación de Oblatos de María.

Ciudad de Dios (La), 5 de Febrero. — T. RODRIGUEZ: *La civilización moderna*. La civilización moderna, a pesar de todos sus adelantos materiales merecedores de aplauso, está muy lejos de llenar las aspiraciones del hombre a procurarse la paz y la felicidad: más bien ha contribuido a que se aumentasen las penalidades de la Humanidad; y es porque esa civilización lleva en sus entrañas un germen de muerte, el espíritu positivista anticristiano e irreligioso. La religión cristiana es la que ha de dar vida a todos esos elementos de progreso. J. ZARCO: *Documentos para la historia del Monasterio del Escorial*. Testamento de Felipe II. = *Idem*, 20 de Febrero. — T. RODRIGUEZ: *La civilización moderna*.—V. BURGOS: *Guillermo Wundt, psicólogo* (continuación). III *El paralelismo psico-físico*.

Dublin Review (The), January 1916. — W. LEFRID WARD: *Bishop Helley*. Datos biográficos del Obispo inglés Mons. John Cuthbert Helley. — A. GERMAN: *Catholics and the war*. Analiza y reproduce dos folletos en francés, en los que se ataca a los católicos alemanes, a causa de la guerra actual. ¡Es triste tener que acudir a este terreno para defender el patriotismo! Esperemos que «his quoque dabit Dominus finem», como dice el autor. — Rev. F. CUTHBERT, O. S. F. C.: *A Plea for Nationalism*. A propósito de un libro de C. E. Fayle sobre «El gran arreglo» (The great settlement) después de la guerra, aboga por la constitución de las nacionalidades, según las condiciones étnicas, geográficas e históricas. — Rev. Th. J. GERRARD: *Art after the war*. Espera el autor que, después de la guerra, el Arte, en todas sus manifestaciones y en las relaciones de un arte bello con otro, han de mejorar y darle un nuevo espíritu de belleza. El principio regulador del nuevo arte tendrá que ser una aplicación más exacta del carácter artístico, que llama sacramental, por constar de un signo externo y de una belleza interior. Todo esto explicado con numerosos ejemplos de obras de artistas modernos. — BERNARD HOLLAD: *Aristocracy*. Analiza y critica un libro de A. M. Ludovici «A defense of Aristocracy».

tocracy».—T. STUART BAUCE: *The use of Aircraft in the present war*. La aeronáutica militar ha dado ya en esta guerra excelentes resultados en el ejército inglés. Se estudia la acción de aeroplanos y dirigibles como descubridores del enemigo, como medios de dirigir y corregir el tiro de artillería y como arma ofensiva. — Sir GEO PIERSTON BAKER: *Catholicism and International Law*. Al analizar los estudios sobre derecho internacional de Westlake, al mismo tiempo que describe la historia del derecho de gentes, hace notar que es preciso rehacer el derecho internacional; al Pontificado romano compete, como único poder imparcial, el reconstruir, sobre las bases del derecho y de la justicia, la nueva ley internacional. — John RICKABY, S. J.: *The Gifford lectures of Mr. Balfour*. Comentarios sobre las conferencias de Mr. Balfour, tituladas: «Theism and humanism». — Rev SIDNEY F. SMITH: *The eastern Churches and the war*. Describe la historia y estado actual de las iglesias orientales cismáticas, y aunque no se ve claro la acción de la guerra, parece que no ha de resultar un orden de cosas peor, sino tal vez mejor.

Ecclesiastical Review (The), January 1916. — J. R. FRYAR: *Catholic benefit clubs of the middle ages*. Las asociaciones o ligas industriales de la Edad Media en Inglaterra fueron instituciones de beneficencia, no sólo por ser la protección y tutela de los obreros, sino también por promover la justicia entre el capital y el trabajo. Su lema era: «fiat justitia, ruat cælum». Los datos históricos aportados son curiosos e interesantes. — Experto CREDS: *The priest and the advertising agent*. Da la voz de alerta sobre ciertas propuestas de los agentes de publicidad al clero para evitar abusos. — Rev. J. C. BYRNE: *The Halachot of St. Paul. III A hindrance turned into a help*. Explica el texto de la epístola a los romanos, cap. 2, v. 17, poniendo delante la interpretación protestante y la de los expositores católicos, especialmente la de Santo Tomás, y la confirma con su distinción entre la ley — el mosaísmo — y la ley — el fariseísmo. — Rev. E. BONNEY: *The problem of «extempore» preaching*. Consejos sobre la predicación. — Rev. H. SPALDING, S. G.: *The case of the Bollinger baby*. Sobre la inmoralidad de la muerte procurada de un niño que nace defectuoso, a propósito de un célebre caso acaecido en Chicago, y del cual se ha ocupado la Prensa y los Tribunales. = **Idem**, Febrero 1916. — Rev. William P. H. KIRCHIN, Ph. D.: *The Pope and the War*. El Papa, Benedicto XV, que ve con amargura a sus hijos combatiendo en esta guerra, ha conseguido, sólo con su poder moral, el caje de heridos inválidos, la repatriación de prisioneros civiles, la hospitalización en Suiza de enfermos de ambos grupos beligerantes, el establecimiento de centros de información para las familias sobre el paradero de los seres queridos que están prisioneros en país enemigo, ha intercedido por los armenios y puesto fin a la persecución que sufrían de parte de los turcos: el Papa es el sostenedor de la caridad en esta guerra de odios. — Rev. Edward F. CROWLEY: *Christian civilization in the sixth century*. El siglo VI, en que cayó por completo el Imperio romano y los bárbaros amontonaron ruinas sobre ruinas, empezó la nueva era, en que la Iglesia, salvando la civilización, le infundía espíritu cristiano. San Gregorio, el Grande, desde el Pontificado; San Benito, con sus monjes; Clodoveo, con su conversión y las consecuencias de ella; Justiniano, codificando el Derecho romano; Boecio, Casiodoro y San Isidoro de Sevilla, salvando los restos del saber del mundo antiguo, contribuyeron en todos los órdenes a crear la civilización cristiana de los tiempos medios. — R. M. V. RELLY: *Is the Parish School undertaking too much?* Las escuelas parroquiales tienen por objeto educar cristianamente a la juventud: esta obligación de educar a los hijos compete a los padres. ¿Es una intrusión excesiva esta educación religiosa por parte de los maestros? No; los padres cristianos la cumplen precisamente enviando sus hijos a la escuela donde se les enseña y educa religiosamente. — Rev. J. C. BYRNE: *The Halachot of St. Paul. IV. Pharisaic Work were Works of human Faith and human endeavor*. Continuación del estudio de San Pablo: en qué sentido deben tomarse las obras de la Ley. — John R. FRYAR: *Catholic benefit clubs of the middle Ages. II*. Diferentes clases de asociaciones benéficas y sus fines en Inglaterra durante la Edad Media.

España y América.—15 de Enero.—P. G. MARTÍNEZ: *Por entre la psicología nacional: El culto del carácter.* Se cultiva el carácter formando la voluntad, y cuando a ello contribuyen sanos principios, y en el hombre hay poderosas energías que se reparten por todas sus facultades, y la voluntad administra rectamente para grandes ideales, tenemos el carácter bello, magnífico. Hay también caracteres perversos, voluntades que todo lo atropellan por satisfacer sus ambiciones. Son varios los elementos interiores y exteriores que influyen en la formación de cierto carácter natural; pero el verdadero carácter está en la educación de la voluntad y en una labor continuada y enérgica de ésta sobre todas las facultades del hombre, pudiendo siempre dominar las inclinaciones del carácter natural. Esa labor es dolorosa, porque se ha de luchar consigo mismo por toda la vida; pero la gracia de Dios nos ayuda, y así llega a feliz resultado. El conocimiento propio es por donde se debe empezar, y el ascetismo cristiano nos da las reglas para conseguirlo. Nota el articulista que en los claustros es donde mejor se puede trabajar para la formación del carácter, y, citando algunos ejemplos, se vale de ellos para vincular a los hombres de carácter nuestro engrandecimiento, como lo prueba la historia de los antepasados. Alentados por el ideal patrio, debemos trabajar sin descanso contra la inercia espiritual y el individualismo, que son vicios muy marcados entre nosotros. La Historia nos debe alentar y en ella se deben formar la inteligencia y el corazón de los niños desde la escuela, infundiendo en ellos aspiraciones a los nobles ideales.—P. P. N. DE MEDIO: *Consideraciones acerca del tiempo. I, Parecer de Aristóteles y Santo Tomás sobre lo que es el tiempo.*—Se fija en la idea de movimiento «secundum prius et posterius», incluida en la definición del tiempo que dan Aristóteles y Santo Tomás. II, *Idea del tiempo.* Al par que se entiende bien lo que es el tiempo en la aplicación ordinaria que de él se hace a diferentes cosas, envuelve, en su concepto, ideas muy oscuras. III, *El tiempo y el movimiento.* El tiempo se representa como algo a que se aplica la idea de cantidad, y así se sujeta a medida.—*Idem*, 1.º de Febrero.—P. G. NÉGRETE: *Los problemas fundamentales de la filosofía bergsoniana: La libertad.* Expone brevemente las razones fundamentales objetiva y subjetiva con que se demuestra y explica la existencia de la libertad, oponiendo a su concepto esencial el razonamiento determinista de Bergson, al cual va refutando alternativamente con ideas más cimentadas en la realidad. P. M. P. Y GELI: *Polémica ligera. Providencia de Dios.* La Providencia aparece ordenándolo todo, el bien y el mal, ya directamente, ya por medio de sus creaturas a nuestro mayor bien, y, finalmente, a glorificar al Supremo Señor, haciendo inútiles los esfuerzos del hombre para trastornar ese orden.—*Idem*, 15 de Febrero.—P. ANGEL MONJAS.—*Los Estados Unidos y la América Latina.* Con empeño, hace ver cómo los Estados Unidos han procurado extender su influencia en las repúblicas del Sur, excluyendo la influencia europea. Las circunstancias de la guerra les favorecen extraordinariamente, y bien se saben aprovechar de ellas.

Foi Catholique (La), Nov. Dec. 1915.—*Revue Critique, Anti-Kantiste.*—*L'Allemagne actuelle, ennemie de Dieu et de toute Religion* (Suite) III. Los pies de arcilla del coloso alemán. Germanismo, patriotismo y nacionalismo. Principal argumento de los alemanes contra Francia cerca de los neutrales: el anticlericalismo francés. Respuesta.—En dónde está la raíz del mal. Resumen.—Una victoria alemana sería la victoria de la doctrina masónica, antirreligiosa y revolucionaria. Conclusión.—El secreto de la decadencia y de la ruina del coloso, dice el canónigo B. Gaudean, está en la fragilidad de sus pies de arcilla, simbolismo de la antigua estatua de Nabucodonosor. La doctrina del egocentrismo ateo y subjetivista es lo que constituye el elemento primordial de su vida y de su acción. Un abusivo exceso de nacionalismo, sintetizado en el *Deutschland über alles*, ha sido la causa de ese intolerable patriotismo, fuente y raíz de la gran catástrofe actual. Desde el punto de vista religioso en que intenta demostrar su aserto el articulista, aduce textos y autoridades en confirmación de su tesis, más o menos pertinentes al caso. Reconoce que el esfuerzo «diabólicamente hábil de las sectas antica-

tólicas, del liberalismo y del laicismo» ha sido de terribles efectos en Francia; que los mismos católicos franceses han tenido sus faltas de «clarividencia y energía» en atajar el mal; pero hay que reconocer, habla siempre Gaudeau, que la *joyer doctrinal*, la fuente intelectual de los males todos presentes, está en la filosofía alemana. Para ilustrar la materia se sirve de la siguiente comparación: así como, teológicamente hablando, en el pecado original hay que distinguir el manantial y el río, la fuente y las ramas, y, como dicen los teólogos, el pecado original *originante* y el pecado original *originado*, así también, en ese gran mal actual, la fuente, la raíz, el originante está en la nación alemana, porque es la enemiga de Dios». ¿Cómo y en qué? «En sus actos, en su doctrina de la guerra, en el concepto del *Kultur*, en su filosofía, que es el alma de todo lo demás. De aquí que «una victoria alemana sería la victoria de la doctrina antirreligiosa». — J. A. BERNON: *Deux Peuples, deux Esprits*. Con motivo de la publicación de la *Historia de dos pueblos*, de M. J. Bainville, se extiende en consideraciones sobre el carácter, mentalidad, *esprit* de los franceses y alemanes, resultando, como es natural, la superioridad del *esprit* francés sobre el alemán.—*La doctrine Catholique de la Patrie, de la Paix et de la guerre*. Son diez lecciones que sobre dichas materias de actualidad se han dado en el Instituto católico de París. En la primera, el ya célebre polemista Gaudeau trató de la *Patria celeste y la Patria terrestre*. Origen del nombre.—Patria celeste.—Explicación de la doctrina de San Pablo.—Simbolismo de la patria judía.—Las tres patrias del cristianismo y de todo hombre.—«Christus via et Patria».—La teología de la Patria celeste es el panegírico más hermoso y la más alta recomendación de la patria terrestre. ¡Lástima grande que en medio de una doctrina sólida, en general, entre una erudición nada común, se manifieste el apasionamiento del escritor-conferenciante, y el ardor bélico del atleta por otra parte, explicables en la actuales circunstancias!

Harvard Theological Review, January, 1916.—C. H. TOY: *Thomas Rely Cheyne*. Datos biográficos y una crítica general de sus obras sobre la Sagrada Escritura.—GILBERT REID: *Confucianism. An appreciation*. La apreciación del autor consiste en que «no debería existir antagonismo entre el confucianismo y el cristianismo», y que «los dos deben unirse en la unidad de Dios». Para hacer pasadera su tesis, cita varios textos de Confucio en los cuales exalta las virtudes morales; pero está muy lejos de probar su peregrina apreciación.—JOHN F. MOORS: *Ethics in modern business*. La moralidad en el mundo de los negocios, no desde el punto de vista de los principios, sino tal como se desarrolla en la vida mercantil norteamericana. El autor reconoce que, poco a poco, mejoran las condiciones éticas en las grandes operaciones de los *trusts* y Compañías.—JOHN P. PETERS: *Hebrew Psalmody*.—NORMAN WILDE: *Scepticism and faith in the philosophy of Pascal*. Estudio sobre la filosofía de Pascal, tal como puede deducirse de sus «Pensamientos». Afirma que Pascal, al negar valor absoluto al raciocinio y reconocer verdades del corazón y hacer resaltar el valor práctico de las verdades religiosas, es, en cierto modo, escéptico, y viene a ser un pragmatista de la escuela de William James.

Journal of Philosophy (The), January.—HOWARD C. WARREN: *A Study of Purpore, II. Purporine Activity in Organism*. La actividad con un fin en las acciones vitales de los seres vivos. «Hay actos que anticipan y preparan otros actos futuros. La adecuación de esta anticipación objetiva la expresa el biólogo por un juicio de preparación y adaptación, cuyo fin o cumplimiento es la prolongación de la vida o el mantenimiento de la serie orgánica.» «Esta actividad con un fin puede explicarse en el sistema mecanista» (procura explicarlo en 20 páginas). «Suponer una entelegía (un principio vital, sistema vitalista) es gratuito y contrario a la evidencia general.» Esto queda sin probar.—*Reviews and Abstracts of Literature: The soul of America: Irving King*.

Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods (The), Diciembre, 26.—MARVIN MARX: *Comparative Study of Espinosa and Neo-Realism as Indicated in*

Holt's «Concept of Consciousness» (701-713). Estudia comparativamente el paralelismo psicológico de Holt y el empirismo radical de Spinoza (III); la inteligencia, la memoria, la voluntad, haciendo resaltar las semejanzas entre Holt y Spinoza (IV); el error, la belleza y el cambio (V), y termina diciéndo que «si el humanismo de Spinoza y la precisión de Holt fueran sintetizados en una filosofía común, basada en sus comunes principios, la estructura sería en alto grado consistente, inclusiva y estéticamente admirable. En cuanto a los principios comunes, que Holt aparentemente heredó de Spinoza, puede ser considerado o como un reproche o una gloria para la filosofía que las teorías de una generación han visitado en gran parte y que lleva por delante el neo-realismo. — ULSIE CLEWS PARSONS: *A Communication in regard to «The Discovery of Time»* (713-715). = *Idem*, Enero, 6. HOWARD C. WARREN: *A Study of Purpose* (5-24). — Febrero, HOWARD C. WARREN: *A Study of Purpose* (57-72). En tres artículos analiza el autor finalidad en tres campos distintos: la experiencia consciente, los fenómenos biológicos «objetivos» y en el esquema general de la naturaleza.

Mind, Enero. — I, A. A. BOWMAN: *Kant's view of Metaphysics* (1-24). — II, W. R. BOYCE GIBSON: *The Foundations of Character* (25-41). Es un artículo crítico acerca de la obra de Alexander F. Shand: *The Foundations of Character*. — III, P. E. B. FOURDRAIN: *The Flying Arrow: An Anachronism* (42-55). En los nueve primeros párrafos expone los argumentos de Zenón contra el movimiento y critica algunas interpretaciones que se han dado de ellos; en los dos párrafos últimos generaliza el argumento de la *saeta* por ciertos agregados de cualquier densidad e intenta probar que la *flecha* no se mueve por un espacio y tiempo *continuos*, lo cual es rechazado por las modernas teorías de los *agregados*. — IV, P. S. BURRELL: *The Plot of Plato's Republic* (56-82).

Month (The), Enero, 1916. — Prof. W. F. P. STOCKLEY: *Trust the Church*. La confianza que nos debe inspirar la Iglesia, a la que llamamos Madre, debe ser tal, que llene toda nuestra vida y nos indique la norma para juzgar de los hechos y de las opiniones. Rev. H. THURSTON: *Truth and falsehood about crime in Germany*. Comparando estadísticas y afirmaciones hechas por escritores ingleses, procura descubrir la verdad y la falsedad que hay en ciertas afirmaciones sobre los crímenes en Alemania. — W. H. GRATTAN FLOOD: *Ireland's contribution to English hymnody*. Los himnos de origen irlandés, que están incorporados a la colección inglesa. — Edith COWELL: *Some novels of Matilde Serao*. Crítica literaria de la novelista napolitana. Are they few that are saved? by the editor. Establece los principios que deben tenerse presentes para responder a la pregunta de si son muchos o pocos los que se salvan. = *Idem*, Febrero, 1916. — Rev. SYDNEY F. SMITH: *Is the war a failure for Christianity?* La presente guerra, ¿representa el fracaso del cristianismo? A esta pregunta, que algunos racionalistas han respondido afirmativamente, responde el artículo, haciendo ver que no el cristianismo, sino el alejamiento de sus enseñanzas ha causado la guerra, y que uno de los efectos de ella, que ya se ve en el horizonte, es el retraso a los saludables principios del cristianismo, olvidados unas veces, negados otras. — Rev. J. B. Mc LAULING: *Discontinuity: an unexplained tradition*. Una refutación de la teoría anglicana de que la iglesia de Inglaterra no se distingue la de hoy de la de los primeros siglos; es decir, que la iglesia de Inglaterra nunca estuvo unida con Roma: por absurda que parezca esta *continuación* se propaga incesantemente entre los protestantes y la defienden sus escritores. — Rev. HERVERT THURSTON: *The story of St. Hildegund, maiden and monk*. De un manuscrito de la época parece probarse la historicidad de Santa Hildegunda, que, ocultando su sexo, murió llevando el hábito de monje. Hay varias leyendas de casos semejantes.

O Instituto. Revista científica e literaria (vol. 62, n. 8). — FERRER DE SERPA (Antonio): *Antonio de Figueiredo e outra, «o terror dos Ardiões», General do Estreito de Ormuz e do Mar Roxo*. Los envidiosos se levantaron contra este héroe de la Marina por

tuínguesa. *Em todos os tempos os hipócritas, os farçantes e os especuladores tiveram boas palavras.*—G. RAMOS: *O Fausto de Goethe*. Estudia el aspecto filosófico y literario de la obra magistral de Goethe; demuestra que una de las fuentes más directas fué el libro de Walter Scott *Letters on demonology and witchcraft*. Va comparando las páginas de esta obra con las expresiones de Goethe. Llega a concluir en este artículo que en el acto quinto del drama contradice el poeta de que la educación estética era suficiente. No es bastante esta educación; el hombre, guiado por el sentimiento de lo bello, no puede llegar a tener noción de sus deberes, ni, menos, fuerzas para cumplirlos. —P. J. BTA. PEREIRA, Prior de Carinde: *Memorias de Carinde*.—T. DE ALMEIDA: *Historia da instituição da Santa Ordem da cavalaria e das Ordens militares em Portugal*. Hay quien ha buscado los orígenes remotos de esas Órdenes de caballería en las divinidades mitológicas (!); otros como Vasconcellos en Indias; otros como el P. Hermant en los Estados de Faraón, y José, no fué sino una especie de *Gran Maestre*; otros dicen que fué regida por Moisés y Josué. ¡Caballeros, eso es muy remoto! Así por el estilo van desfilando otras opiniones pintorescas, de las cuales se aparta, como es natural, el autor.—Idem, n. 9. G. RAMOS: *O Fausto de Goethe*. Analiza el final del drama, y después de copiar el famoso coro místico *Alles Vergänglichhe*, lo compara con la Canción del Petrarca *Virgine Saggia, e del bel numero una*. Reconoce cierto parentesco lejano entre Goethe y el Dante.—A FURBERIA DE SERPA: *Antonio de Figueiredo*... Continúa la publicación de documentos acerca de este insigne General.—T. DE ALMEIDA: *Historia da instituição da Santa Ordem da cavalaria*... Continúa el desfile de opiniones respecto al origen de la caballería en distintos pueblos «Os elementos que deviam produzir a Cavalaria Cristã, facto grandioso, único na História, condensaram—se e definiram—se no mundo feudal.»—Idem, n. 10.—G. RAMOS: *O Fausto de Goethe* (continúa). Este día los tipos filosóficos de los dramas de Goethe «Prometeo» y «Fausto». En el primero se revela un espinosismo poético bastante marcado. Compara este drama con los de Esquilo, Byron y Shelley, principalmente desde el punto de vista doctrinal-filosófico.—F. MANUEL ALVES: *Memorias arqueológico-históricas do distrito de Bragança*. Publica extractos de los pergaminos conservados allí. Datan desde 1322.—E. M. S. NAVARRO NEUMANN: *Essai de quelques formules applicables aux macrosismes*. T. DE ALMEIDA: *Historia da instituição da Santa Ordem*... (continúa). Describe con exactitud y brevedad las organizaciones jurídicas y las costumbres populares de los tiempos medios.—Idem, n. 11.—A CABRAL: *Éça de Queiroz em Coimbra*. A. *Questão Coimbra*. Emocionado por el recuerdo de los «unios amos verdadeiramente alegres da minha vida» pasados en Coimbra, describe el autor la obra de Éça de Queiroz, el afamado historiador contemporáneo.—G. RAMOS: *O Fausto de Goethe*... (Continuación.) Fausto recuerda palabras y doctrinas de Fichte y Schopenhauer, consecuencias de las tendencias kantianas. El mismo Goethe escribió que ningún sabio, a no ser un arqueólogo, puede sustraerse impunemente al movimiento inaugurado por Kant. La filosofía de Prometeo es de un hombre que no reconoce límites al pensamiento ni a la actividad humana. A Goethe le entusiasma la acción más que la contemplación: es un partidario de la filosofía de la acción, aun antes de que se presentara con el colorido que ahora se presenta.—T. DE ALMEIDA: *Historia da instituição da Santa Ordem*... (Cont.) Afianzamiento y progresos del feudalismo, que unifica las instituciones populares, y, en parte, las destruye.—J. M. DE NORONHA: *Documentos Pombalinos* (1777-1782). Continúa publicando cartas autógrafas e inéditas del célebre Marqués de Pombal. Las de este número abarcan desde el 14 de Junio de 1778 al 25 de Enero de 1779.—Idem, n. 12.—J. MALUQUER Y SALVADOR: *Unión internacional del Seguro*. Es una conferencia pronunciada y muy aplaudida en la Universidad de Coimbra, donde describe el proyecto de unión internacional de Seguros mediante a una organización semejante al régimen oficial de relaciones establecidas para la propiedad literaria o artística, correspondencia postal, telégrafos, etc. Defendió la creación de un Comité central en Suiza, donde colaboren individuos de todos los países. Estas aspiraciones son convenientísimas para España y Portugal, principalmente. —J. M. DE NORONHA:

Documentos pombalinos. Cartas desde el 20 de Noviembre de 1720 hasta el 3 de Febrero de 1779.—F. M. ALVES: *Memorias arqueológico-históricas...* (Cont.) Resumen de pergaminos desde 1521 a 1574.

Razón y Fe, Enero.—J. UGARTE DE ERICILLA, *El espiritismo moderno. Exposición.* El espiritismo, separándose de la doctrina espiritualista cristiana, adopta implícita o explícitamente estos cuatro capítulos: Preexistencia de las almas, metempsicosis, supervivencia en los planetas y negación de las penas eternas. En medio de sus errores, el espiritismo es bajo algún punto de vista beneficioso, en cuanto contradice a los positivistas y materialistas e induce a creer en la comunicación del alma con Dios. Algunas prácticas y experiencias del espiritismo con su calificación ocupan lo restante del artículo. R. VILLADA, *Sobre la caridad en la guerra.* A. ASTRAM, *San Ignacio de Loyola y la Liturgia.* A. PÉREZ GOYENA, *La Teología dogmática entre los Benedictinos españoles de la Obsequencia.* F. G. OLMEDO, *De unos apuntes sobre la sencillez en el arte.*—**Idem, Febrero.**—J. UGARTE DE ERICILLA, *El espiritismo moderno. Crítica.* Entre las teorías para dar razón de las causas que explicuen los fenómenos espiritistas, sólo una es aceptable; la espiritualista cristiano-científica, en la cual se distinguen diferentes matices según los criterios calificando los hechos. En atención a miles de fraudes en todos estos fenómenos, es preciso andar con exquisita prudencia para admitirlos. Aunque la posibilidad y el hecho de la comunicación de los espíritus en absoluto no se puede negar, atendidas las condiciones que acompañan a todos o casi todos los fenómenos espiritistas, son muy pocas las probabilidades a favor. Habiendo explicación natural no se ha de buscar en el orden sobrenatural, la cual en todo caso se atribuirá al demonio. Las sesiones espiritistas son ilícitas, pero en cuanto a la explicación de los fenómenos hay libertad. Las consecuencias del espiritismo son funestas, física, intelectual, moral y religiosamente. Z. GARCÍA VILLADA, *Estudios históricos: Osio, Obispo de Córdoba.* No hay certeza acerca del lugar de su origen. Su influencia fué grande en los concilios y como consejero de Constantino. F. M. PALMÉS, *La doctrina de la gracia en las «Odas de Salomón».*

Revue Canadienne, vol. XVI, n. 6 de Diciembre de 1915.—L. E. COUSINEAU: *M. l'Abbé Lafrance.* Biografía del insigne fundador del Lazareto de Tracadia y fundador del colegio de San José de Memramcook, verdadero prodigio de caridad.—M. TAMISIER, S. J.: *Encore un Brin de Philosophie a propos de la guerre.* El mayor desastre que puede sufrir un pueblo en guerra no son los daños que el enemigo le infiera ni el honor que le mancille, sino que sus hijos no se aperciban a defenderlo. En las naciones aliadas, en ciertos momentos, se ha visto eso. Los heridos causan compasión admiradora; los cobardes, compasión despectiva. Es hermoso decir, con el viejo Horacio: *Dulce et decorum pro Patria mori*. Esa abstención popular se explica, en parte, porque las guerras se fraguan en las sombras por conveniencias de Gobiernos, pero sin ambiente nacional.—E. BLANCHARD: *Le Français et l'Annonce.* Es un artículo curioso acerca de las ingerencias de voces extranjeras en los anuncios franceses.—**Idem**, Janvier, 1916.—M. TAMISIER, S. J.: *Encore un Brin de Philosophie a propos de la guerre* (III). Aunque reconozcan los aliados que tienen faltas que purgar, deben consolarse pensando que les asiste la justicia. Con esta ventaja, dice el Padre jesuita, se compensan todas las artillerías y gases asfixiantes. *Je voudrais que nos amis s'en contentent.* Pero ellos ¡no lo quieren así! Lo que no deben hacer, según el P. T., es proclamarse como campeones de la civilización y de las libertades del mundo, ni apellidar, vociferando, bárbaros, hunos, visigodos, salvajes a nuestros terribles adversarios. Ellos son de la misma especie que nosotros; cuando les aplicamos un epíteto infamante, ¿no recae también sobre nosotros? Si los alemanes han cometido atrocidades que afrontarían a los tigres, nosotros hemos de pensar que de ello también somos capaces, pues los instintos de venganza fiera en el fondo del corazón también nosotros los llevamos. Hojeemos la historia

de nuestros países y veremos páginas muy parecidas a las que nos espantan ahora. Decir que la civilización se veía comprometida por la victoria germana; es decir, un contrasentido. Ni cabe apelar a oposición de razas, puesto que los germánicos, civilizados fueron por los latinos al constituir Iglesias; se hallan, pues, impregnados de la cultura latina. Lo mismo debe decirse de los líricos panegiristas de Alemania que dicen locamente: «el mundo no puede salvarse si no es curado con inyecciones de la esencia alemana» (A. Brausewetter), que proclaman la necesidad de un salvador alemán y afirman que «en Cristo todo es alemán hasta la médula». Refiriéndose a países *católicos neutrales* (oído al parche, españoles), dice que le extraña que haya muchos (*nombre d'entre eux*) que deseen la victoria de Alemania, como victoria del orden, de la justicia, del principio de autoridad contra el principio revolucionario; aún hay cándidos que esperan además del Kaiser la restauración del poder temporal del Papa. Cadenas de mentiras para cautivar incautos... La guerra ha hecho despertar en los pueblos el amor al sacrificio terrible que en los tronos desesperados demanda el patriotismo.—M. BOUCHER DE LA BRUERE: *La Fontaine (Documents inédits)*. Estudia en este artículo, con buena copia de documentos originales e inéditos, la intervención de Sir Luis Hipólito en la insurrección de 1837-38. Las cartas juegan el papel más principal.

Revue Catholique des Institutions et du Droit, Septiembre-Diciembre, 1915. Gustave THÉRY: *La France aux Français*. ¿Qué se precisa acometer después de la guerra para evitar el peligro de una nueva infiltración germánica en Francia, que ha expuesto a los franceses a verse expulsados de su Patria y convertido el suelo francés en tierra alemana? Tal es la cuestión que se propone resolver Théry. I. Si los extranjeros han invadido y ocupado Francia, aún antes de la guerra, es señal manifiesta que allí había lugares vacíos que ocupar, y la causa de ello está en la insuficiente natalidad francesa. Proclamadas como insuficientes las leyes humanas, así las penales contra célibes, como las remunerativas—primas a la reproducción—, la sola y única doctrina salvadora es la católica: «Formad cristianos y tendréis hijos.» Los esposos que respetan la ley divina, crecen y se multiplican, y sólo la Iglesia Católica es la que actúa la realidad y el respeto de esa ley divina. En vano el legislador, aun colocándose en el punto de vista económico y patriótico, favorecerá las numerosas familias, eximiéndolas de cargos y premiando su desarrollo; siempre será más económico para los padres el no tener más que un hijo. Más de medio siglo que los Gobiernos masónicos, al descristianizar a Francia, están asestando golpes terribles a la natalidad, y el hecho patente se manifiesta que precisamente en los departamentos en donde la irreligión ha hecho más prosélitos, es donde más ha decrecido la natalidad. II. La infiltración extranjera lleva, con consecuencia, la adquisición del suelo francés, y con ello una expropiación del patrimonio nacional. Contra ese cosmopolitismo imprudente que se venía predicando es necesario establecer y aplicar esta ley universal: sólo los franceses y sus indígenas pueden ser propietarios y dueños del suelo francés. Y no sólo hay que *interdecir* a los extranjeros todo derecho de propiedad del suelo francés, si que también el derecho usufructuario a plazo largo, es decir, mayor de nueve años, a no ser por sucesivas renovaciones del contrato. «¿Qué importa—dice Théry—si los Gobiernos extranjeros, usando del derecho de reciprocidad y de represalia, establecen lo mismo en sus respectivos países?» Lo esencial es conservar *La France aux Français*. III. Medios para hacer efectiva la ley: la confiscación, tratándose de individuos, por el Ministerio público; la revisión de las Sociedades anónimas; la limitación y hasta la supresión de los títulos y acciones al portador.—*A propos de la guerre*. Emmanuel LUCIEN BRUN. Con motivo de esta gran catástrofe europea, se han estudiado los diferentes aspectos que presenta, los problemas que plantea y la solución, más o menos acertada, que pueden dársele. Que las profecías y previsiones humanas han fracasado es un hecho: que el cosmopolitismo y el pacifismo no han tenido finalidad práctica es indudable, y la justicia y el derecho están en crisis. Mas sobre tantas ruinas se levanta la ley de la Providencia Divina: ¡la guerra es un castigo

de Dios? Esta cuestión de orden teológico y sobrenatural es discutida por todos, y mientras los que niegan a Dios encuentran ocasión de blasfemar contra Él, los católicos la admiten como ley providencialista en la Historia. Esa justicia Divina que pesa sobre las naciones en este mundo, porque las colectividades no tienen un más allá, contrariamente al fatalismo antiguo es también misericordiosa, y oye las plegarias y abrevia los sufrimientos. La guerra es una educadora implacable, y entre las muchas lecciones que nos ha dado, si existe una clara y evidente, es, la necesidad de restaurar la autoridad y la disciplina. — Lucien Grousil: *L'Individualisme et la Famille*. (Suite et Fin). Seguramente puede afirmarse que las doctrinas protestantes han preparado la ruina de la familia cristiana. De este principio arranca el presente artículo. Lutero, ya desde 1520, había negado que el matrimonio fuera un sacramento, despojándolo así de todo lo que tiene de sagrado e ideal a los ojos del cristianismo. Posteriormente, lógico con sus principios, llegó a admitir, en determinados casos, el divorcio, y hasta la bigamia, es decir, el amor libre. La Reforma, no solamente ha destruido el carácter sagrado del matrimonio; ha sentado también el antecedente *práctico* del matrimonio civil, cuyo antecedente *teórico* fué la doctrina gobiana sobre la materia y la forma del sacramento del matrimonio. Fundados en las dos escuelas, de la Reforma y del Renacimiento, los filósofos del siglo XVIII trabajaron en la desorganización de la familia. Rousseau, sin llegar a la negación de la constitución natural y esencial de la sociedad familiar, limitó y restringió de tal manera la naturaleza y oficios de la misma, que viene a ser una especie de unión estéril y ridícula. De aquel individualismo de los enciclopedistas se ha llegado a la irreligiosidad oficial del laicismo que atañe a la familia en una constitución íntima, desconociendo el Código civil su carácter sacramental, la jerarquía conyugal y los efectos de la misma. El remedio está en la reorganización de las ideas, y más aún de las costumbres. Siendo una sociedad *jerárquica* hay que restaurar en ella la autoridad marital; *autónoma*, y, por tanto, hay que afianzar los derechos y deberes de los padres en la dirección y vigilancia de la familia; *estable*, y por ello es indispensable luchar contra el divorcio y el matrimonio civil: sobre todo, es *santa*, lo cual requiere que esté informada la familia del espíritu cristiano. Al mismo tiempo, tratándose de las familias pobres, hay que recabar para ellas la actuación de las leyes sociales en pro de las casas baratas e higiénicas, las leyes beneficiosas de sucesión, las del descanso dominical, etc.: Paul ABONIN. — *Le Culte Protestant*. Con motivo del libro de M. Armand Lods, *Nouvelle législation des cultes protestants en France*, se extiende el articulista en atinadas consideraciones sobre el origen y la naturaleza del sistema de las asociaciones culturales en Francia, que los autores de la malhadada ley de separación quisieron, a viva fuerza, imponer en Francia a los católicos, en 1905, sustituyéndola a la antigua por que se regían los establecimientos eclesiásticos. Por su origen protestante y por sus tendencias democráticas, contrarias a la constitución misma de la jerarquía católica, prueba de una manera irrefutable con cuánta razón el Sumo Pontífice Pío X no quiso de ningún modo admitir aquella ley que se quería imponer a la Iglesia como régimen legal. — Hippolyte LAUZUNT: *La Criminalité Infantile*. Desoladora y precoz se manifiesta la criminalidad infantil en Francia. En menos de un siglo se ha elevado al 150 por 100, con la particular agravante de ser mayor el número de crímenes contra las personas, especialmente homicidios y asesinatos. Extractando M. F. Daguín lo más selecto de las obras que sobre el particular se han escrito, propone como un gran principio de reacción anticriminal «inculcar en el espíritu y en el corazón del niño los principios de la moral universal». En el fondo todos estos principios, para que sean prácticos, se pueden resumir en la siguiente fórmula: la religión, que es la fuerza moral por excelencia, constituye la norma de dirección esencial de salvaguardia contra la criminalidad infantil en Francia. Medios preventivos: a) una primera educación esmerada; b) preservación contra la ociosidad, pornografía, vagancia, etc.; c) establecimiento de obras post-escolares y de preservación; d) preservación contra ese ejército de peligrosos contactos (exclusión de *apaches* e incorregibles); e) fomentar los Poderes públicos el

trabajo en el período que transcurre de la adolescencia a la virilidad. Tales son los excelentes métodos *preventivos* preconizados por Dognin. ¿Y los *coercitivos*? Los Tribunales de justicia, después de la ley de 1912, pueden pronunciar las siguientes decisiones judiciales: 1.º Absolución, confiando el niño a los padres o a las Asociaciones privadas o públicas. 2.º La prisión, alguna vez. 3.º La libertad condicional. Ciertamente es necesaria la sanción para asegurar la disciplina y hacer efectiva la ley. M. Sanrent, sin negar una cierta efectividad a la *maison de correction* y a la cárcel, se pronuncia partidario decidido de los castigos corporales *et du fouet aux jeunes coupables*.—*Chronique*. Louis SAINT-SERRE. En la crónica de la guerra expone los principales sucesos acaecidos hasta Diciembre.

Revista di Filosofia Neo-Scolastica, Diciembre, 1915.—G. A. ELRIGTON. O. P.: *L'interpretazione della vita*. El misterio es el fundamento de la vida y de todas sus manifestaciones. El progreso de las ciencias, después de treinta años, declárase impotente para resolver las dificultades que origina la concepción *mecánica y físico-química* de la vida. El *vitalismo*, en sus múltiples formas, señala un progreso en el verdadero camino, pero se detiene antes de llegar al fin. Y el *hylemorfismo* o concepto aristotélico de la vida, que parece llenar todos estos vacíos y explicar todas las dificultades, es, o ignorado, o despreciado por los filósofos modernos. Esta última teoría es, según ellos, anticuada e ineficaz para afrontar los progresos de las ciencias modernas. Partiendo de este punto de vista, pretende el articulista rehabilitar la doctrina de la Escuela. Para lo cual sienta las tres siguientes proposiciones: a) *El mecanismo* considera la vida como un resultado de las fuerzas *físico-químicas*, excluyendo como superfluo todo principio vital independiente. b) *El vitalismo* niega la suficiencia de tales fuerzas y proclama este principio independiente. c) *El hylemorfismo* va más allá que el vitalismo, y defiende la unidad substancial del alma y del cuerpo en el ser y en el obrar.—F. OLGIATI: *L'organicità del real*. Aunque creen algunos que la *organicidad* no tiene relación alguna con la filosofía, gracias a ella se puede afrontar el problema del conocimiento en toda su amplitud y gravedad. ¿Quién nos asegura de que nuestros sentidos no nos engañan? ¿Cómo puede demostrarse, contra Kant, que nuestras ideas no sean categóricas *à priori* sin valor objetivo alguno? ¿Cómo puede pasarse del *yo* al no *yo*, de lo subjetivo a lo real y objetivo? «A questo spaventoso problema della conoscenza» que tanto preocupa a los filósofos modernos, pretende el Sr. Olgrati responder en artículos posteriores, partiendo del punto de vista de la *organicidad* de lo real.

BIBLIOGRAFÍA

Ensayo de una Biblioteca ibero-americana de la Orden de San Agustín, por el P. Gregorio de SANTIAGO VELA.—Vol. I.—A.-C. Madrid. Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, 1913. XXVI-742 págs. 4.º mayor a dos columnas.

Ya hace tiempo que las Revistas anunciaron la salida de esta obra, que sólo por modestia pudo llamar *Ensayo* su laborioso autor. La nuestra la anunció también, como era de justicia, con las que se le envían. Pero no hizo de ella aquella presentación que se estilaba con las obras maestras y que muchas veces se concede a las que no lo son. Este *Ensayo* lo es verdaderamente, y más bien que un *Ensayo* debe denominarse a secas una *Biblioteca* ambulante de la Orden de San Agustín en España, Portugal y América. Son tantos los datos, tan curiosos a veces, tan minuciosos, que todavía es poco llamarla Biblioteca: es Bibliografía al par que Biblioteca. Por ventura, es este su defecto, si alguno tiene, de conjunto esta obra, que bien puede llamarse indispensable en el estante de las personas eruditas. Yo encontraría preferible una o dos obras separadas: una con libros y adiciones, y otra con la vida y milagros; pero es tan difícil al que escribe una de ellas desestimar los datos que halla siempre para la otra, que en la práctica de escribir es preferible eso, aunque en la de leer resulte algún dispendio de tiempo. Cuando el bio-bibliógrafo contrae las noticias a lo más interesante de la vida, llega uno a agradecer el tiempo que contra la intención primera invierte en ella. Muchos y muy curiosos son los esparcidos en esta monumental biblioteca agustiniana.

Como la influencia de la Orden de San Agustín en nuestra Patria ha sido grande, a cada paso se tropieza el lector, el indagador de los tiempos pasados, con personajes agustinianos, y es de una verdadera necesidad para el trabajo encontrar recopilados en tres o cuatro tomos las noticias más interesantes de sus hombres ilustres, que fueron, en más o en menos, escritores. Esta obra, si continúa como va—yo aconsejaría al autor abreviarla un poquito—, será una de las herramientas corrientes e indispensables de trabajo para los que se dedique al histórico con solidez en nuestra Patria. Y digo *con solidez*, porque para los eruditos de perro chico, que creen saber algo de Historia y hablan de toda ella por haber leído un compendio de Historia Universal, para esos están demás tan concienzudas estadísticas, verdaderos museos de lo que merece estudiarse en la Historia.

Dios siga dándosela gloriosa a la Orden de San Agustín, que no le faltarán Padres Vela que continúen este monumento, mucho más expresivo que todos los monumentos de piedra.

¿Defectos? ¿Descuidos? Sería una niñería andar contando en un bosque de hermosos álamos las ramas que salieran torcidas. En la parte biográfica tenemos señaladas una porción de rayas, que pueden dar lugar a otros tantos reparos. Queremos ver en el magno volumen sólo una sección bibliográfica que, desde luego, nos es necesaria—de pocos libros puede afirmarse eso con entera verdad—, que agradecemos en lo que vale, y la consideramos necesaria en toda biblioteca que merezca este nombre.

P. LUIS G. ALONSO GETINO.

De la connaissance de l'ame par A. GRATRY. — 2 vol. in 8.º de XL-362 y 439 páginas.—P. Tiqui, París, 1915.

Las obras del célebre P. Graty son de sobra conocidas para que nos detengamos á detallar la elevación, vigor y viveza de su pensamiento. Graty es un alma mística, que lleva su visión de lo sobrenatural á todas las esferas de la realidad que escruta con su pensamiento. Así, el *alma*, de que trata este libro suyo, no es la substancia espiritual estudiada *more metaphysicorum*, encarnada en un cuerpo con las relaciones correspondientes..., sino el alma cristiana, que suspira por desligarse de la materia y se esfuerza por vivir en contacto con Dios. Y Graty procura sostener en toda la actividad del alma humana esa imagen, ese sello que le fué impreso en el momento de ser creada.

Aun cuando el autor habla como científico, da á sus palabras entonación de místico y poeta, pasión y vida de predicador y moralista. Tiene muchos puntos de semejanza con el modo de hablar de San Agustín, que es su autor predilecto, y de San Buenaventura. Sus obras, y en particular la que aquí ofrecemos á nuestros lectores, instruyen y edifican á la vez; pero á veces el rigor filosófico queda oscurecido por la efervescencia pasional del amor. Abundan en ella las imágenes brillantes, las ideas paradójicas. Todo ello contribuye á impedir que sea un guía seguro en las grandes cuestiones que agita.

Fr. J. M.ª G.

1. **Catechisme de la Vie Religieuse**, por Mgr. LELONG. —211 páginas en 12.º—P. Tequi, París, 1914.
2. **Corazón de Reina** ó sea Reinado, Culto é Instituciones del Corazón de María, por el M. R. P. Manuel Lima. —238 páginas en 8.º; 2.ª edición.—Editorial del Corazón de María, Madrid, 1915.
3. **Vida popular de San Vicente de Paul**, por Monseñor Enrique DEBOUT, traducida del francés por el P. Pablo Simón, S. J.—VI-148 páginas en 8.º—E. Herder. Friburgo (Alemania), 1915.
4. **Vida de San Antonio de Padua**, por el P. Samuel EIJÁN, O. F. M. — 2.ª edición. 274 páginas en 12.º—Gustavo Gili, Barcelona, 1915.
5. **Primeros viernes y sábados de mes**, consagrados respectivamente á los sagrados Corazones de Jesús y María, por el P. Ramón RIVERA, Misionero del S. C. de María. —Un vol. de 317 páginas en 12.º—Editorial del Corazón de María, Madrid, 1916.
6. **María, Auxilio de los Cristianos**, por D. Federico ROLDÁN.—147 páginas en 8.º, Luis Gili, Barcelona, 1915.
7. **El Sermón de la Cena**, por el P. José M. BOWER, S. J.—Librería Católica, Barcelona, 1915.
8. **El Sepulcro del Pío IX in Roma**. Monografía ilustrada por el P. Lodovico FREBETTI, de la Orden de Predicadores.—114 páginas, en 4.º—Firenze. Tipografía Dominicana, 1915.

1. El Catecismo de la vida relegiosa nos parece un modelo en su género. Se hallan en esta obra póstuma de Mgr. Lelong, muerto obispo de Névers, en 1903, todas las buenas cualidades de doctrina, método, precisión, claridad y sabiduría, que el autor ha manifestado en otras obras, sea para sacerdotes ó para religiosos. Su lectura se recomienda por sí misma.

2. *Corazón de Reina* es un librito dedicado á propagar la devoción al Inmaculado Corazón de María. Su fin es excelente, aunque más nos gusta la devoción á María Santísima en todo su purísimo ser, que la devoción á sólo el Corazón. En su primera parte estudia el autor los fundamentos del Reinado del Corazón de María en el mundo. En la segunda compendia las ideas teológicas referentes al culto del Corazón de María. La tercera parte está dedicada á las instituciones del Corazón de María, enumerando algunos monumentos de arte. Tiene su mérito, como libro piadoso de propaganda.

3. Este librito es una vida muy compendiada del gran Apóstol de la caridad. Sin pretensiones de ninguna clase, con un lenguaje sencillo va relatando metódicamente los hechos principales. Creemos que su lectura será de gran utilidad, sobre todo para aquellos que consideran á los eclesiásticos ajenos á toda obra social y á las disposiciones é iniciativas que á esta clase de obras se refieren. Lejos de eso, San Vicente organizó unas instituciones y cofradías, como nunca las han podido llevar á cabo las sectas, ni los que de la Iglesia han prescindido. Un aplauso al autor y traductor.

4. Contiene, además de la vida, algunos medios para propagar su culto entre los fieles. Esta segunda edición está notablemente corregida y aumentada. Constituye, pues, para los devotos del Santo, una verdadera joya, especialmente hoy que «su devoción está tan extendida y es tan universal por la propagación de las varias obras puestas bajo su patrocinio, en especial la popularísima y bienhechora del Pan de San Antonio». Esto ha obligado á dar una segunda edición en poco tiempo.

5. Es un libro útil para personas devotas, sobre todo para los amantes de Jesús y de María. La obrita «está dividida en dos partes: La primera se dedica al Corazón de Jesús; la segunda al Corazón de María, y lo mismo los viernes que los sábados tienen todos una meditación, una comunión reparadora, un ofrecimiento y un obsequio escritas en sencillo y correcto lenguaje y llenas de mística unión». Al principio de cada parte tiene una hermosa lámina. Deseamos que produzca abundantes frutos espirituales en las almas.

6. Es «un homenaje á María Auxiliadora y á D. Bosco en su común centenario». María es *auxilio de los cristianos* en el plan divino de la Redención y en todos los otros misterios de su vida santísima. Es también María Auxiliadora, la Virgen de D. Bosco. A esto, podemos decir, se reduce el contenido del trabajo lituario del canónigo y Fiscal General del Arzobispado de Sevilla.

7. *El Sermón de la Cena* es una exposición breve y popular del sermón que Nuestro divino Salvador dirigió á sus discípulos después de la última cena, empezado en el Cenáculo y terminado en el camino del Huerto de las Olivas. Hemos leído esta exposición con verdadera complacencia. Tiene un sabor místico tan acentuado, que en algunos párrafos nos eleva sin sentirlo á esas regiones ultrasensibles, que hacen olvidarse por completo de este mundo. No es esta exposición una paráfrasis, ni tampoco un trozo de exegética, es algo parecido á lo que hace Santa Teresa con algunos textos de la Escritura. No podemos menos de dar al autor el parabién por su acertada, al par que sencilla exposición.

8. Como el mismo título indica, esta Monografía es una descripción del Sepulcro de Pío IX en Roma, en la Basílica de San Lorenzo extramuros. Trae al principio la planimetría general de la Basílica, la vista general y parte superior del interior de ella, la ornamentación con otros detalles. Refiere también la parte histórica de la primera idea del monumento. Como el autor es persona tan acreditada en materias de arte, sobre todo, después de escribir *Manuale di Storia delle Arti Belle in Italia*, no dudamos que su obra tendrá todas las cualidades de concisión y exactitud que deben reinar en trabajos de esta índole.

Poesías Catequísticas, coleccionadas por los Catequistas del Seminario de Comillas, con un prólogo del Arcipreste de Huelva. — Un vol. de VIII-289 páginas en 8.º — Luis Gili, Barcelona, 1915.

La crítica literaria de estas amenas poesías la hace el prologuista por estas palabras: «Yo no te digo, lector, que esos versos, que vas á leer, sean un modelo de poesía y de métrica, aunque por saber de qué horno salen esos bollos y en qué manos anda el panadero, ya puedes presumir, como yo lo presumo, que no irán muy mal de aquellas cosas».

Los asuntos, muy simpáticos ciertamente, pues se refieren al Niño-Dios y á su Madre Santísima, están tratados con gran facilidad y desembarazo, haciendo la relación ame-

na, pero, ¡ay! la métrica y la mezcla de asonantes y consonantes, sin regla ninguna quitan gran parte del mérito literario á esos versos. Son, por lo tanto, versos propios para catequesis, en donde lo que principalmente se busca es el efecto religioso y la emoción sagrada.

A pesar de estos escrúpulos poéticos, las *Poesías Catequísticas* se leen con gusto, debido esto á otras buenas cualidades.

Septenario de Dolores y Sermones de Semana Santa, por D. Bernardo Bacáicoa TURISO, Presbítero.—Un vol. de 334 páginas en 8.º—Luis Gili, Barcelona, 1915.

Empezamos a leer este libro, como era natural, por el prólogo. Y vimos ya lo que podían ser los sermones que le seguían, pues el autor se retrata en él de cuerpo entero. Muchos textos, no sólo de la Escritura y santos Padres, sino hasta de Ovidio. Todo para probar que hoy casi nadie predica la palabra de Dios, sino á sí mismos. Nosotros creemos, que lo que él pone como regla general es sólo una excepción. No aplaudimos—¡cómo lo hemos de aplaudir!—que en toda una Novena de Corazón de Jesús se tome por tema *Los batracios* ó *La electricidad*, pero para un sermón ó novena de esta clase, ¿no se predicán ciento, mil sobre el Evangelio y la moral cristiana?

Tampoco estamos conformes con que se falte á las reglas gramaticales para hacerse entender, pues resulta todo lo contrario; á más que con esto se desprestigia el predicador y pierde el ascendiente que tiene sobre sus oyentes. Los textos que cita de San Gregorio y San Agustín en apoyo de esta afirmación, son sólo, supuestos, que en la lengua latina tenían lugar alguna vez por el excesivo hipérbaton, que admite esta lengua, pero nunca puede constituir regla.

Ya en el primer sermón, el Sr. Bacáicoa, dice que Jesús fué llevado al templo á los ocho días para ser circuncidado. Para esto tendrían sus padres que ir desde Belén á Jerusalén, y no parece posible, cuando el día 6 de Enero, es decir, cinco días después de la Circuncisión, adoraron los Magos á Jesús en el mismo portal de Belén. No era necesario ir al templo para realizar esta ceremonia, pudiendo ser ministro de ella el padre, la madre ó cualquiera persona. Séfora, mujer de Moisés, circuncidó á su hijo Eliazar con una piedra. Josué se sirvió también de ella para circuncidar á los israelitas en Gálgaba. (Exod. IV, 25. V, 2). Por tanto, no hubo tal viaje, ni el Evangelio habla de él. En fin, pasando por alto otras muchas inexactitudes, podemos decir, que tenemos un sermonario más, luego que el autor concluya de publicar sus sermones, pues este es sólo el primer tomo.

Primer Congreso Nacional de la Prensa no diaria, celebrado en Barcelona del 8 al 11 de Febrero de 1915.—Un vol. de 348 páginas en 4.º, con varios fotograbados. Imprenta de Borrás Mestres y Compañía, Barcelona.

Se trata de una obra interesante, pues comprende todos los importantes temas sometidos á discusión, la labor de las secciones, los brillantes discursos, tomados taquigráficamente, pronunciados el día de la clausura por el Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Tarragona y por el Excmo. Sr. Gobernador civil de la Provincia D. Rafael Andrade; las conclusiones votadas y lista de los periódicos, entidades y personalidades adheridas y Congresistas.

El libro está ilustrado con los retratos de los ponentes y algunos otros. Con esta base es de esperar que la campaña iniciada en Barcelona, tenga digna continuación en el II Congreso que se celebrará en Madrid el año próximo.

Procedimientos de Derecho Penal Canónico, por el M. R. P. fr. Serapio TAMARO, O. P.—406 páginas en 8.º—Tip. del Colegio de Santo Tomás. Manila.

Aunque el autor, nuevo Rector de la Universidad de Santo Tomás, de Manila, escri-

bió este libro por la falta que de él se sentía en Filipinas, es un libro muy útil para los estudiantes de Derecho Canónico, y no sólo para éstos, sino para todo Sacerdote, y muy cómodo para los Tribunales Eclesiásticos. Está trazado el plan según la Instrucción de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares de 11 de Junio de 1880. Habla de los diversos procedimientos canónico-penales, de los delitos y penas y añade algunos procedimientos especiales según sus normas propias. Las definiciones que suele poner al principio de los capítulos son breves y claras, y ordinariamente en latín por prestarse mejor a ello; también son buenas y precisas las divisiones y distinciones que suele poner después de aquéllas. Todo ello va acompañado de innumerables fórmulas que pueden facilitar tanto la inteligencia de la materia cuanto la práctica judicial. En fin, es un libro que debe tener todo eclesiástico.

FR. A. SANTAMARÍA.

Mélanges d'Histoire religieuse, por el P. M. J. LAGRANGE, O. P.—Un vol. en 12.º de 333 páginas.—Paris.—J. Gabalda.—1915.

Es una serie de artículos publicados en diversas Revistas, especialmente en el *Correspondant*. Algunos de ellos se refieren más o menos directamente a la historia del pueblo de Israel, que «tiene el honor de que su historia sea siempre un poco de historia de religión» (pág. 27). He aquí los títulos de los principales artículos: «La colonia judía de la isla de Elefantina».—«Palmira».—«Las religiones orientales y los orígenes del cristianismo a propósito de libros recientes».—«Las excavaciones de Susa según los trabajos de la Delegación en Persia», etc. Inútil recomendar la lectura de este precioso librito: la competencia del autor en estas materias es de todos conocida. Merece especial mención el artículo V sobre «San Jerónimo y San Agustín a propósito de la Vulgata». Expone las razones que movieron a San Jerónimo a traducir del texto hebreo la Sagrada Escritura, las dificultades que encontró y las razones que San Agustín opone a las innovaciones del solitario de Belén. «Vieja historia cuya moraleja no es difícil de sacar». «En el fondo reinaba entre los dos grandes hombres la oposición del dogmatismo y de la crítica, con idénticos principios de fe e igual adhesión a la Iglesia» (página 178). Los dos ilustres defensores de la Iglesia no llegaron a ponerse de acuerdo: cada uno siguió en sus trece con sus propios criterios. San Agustín reina aún sobre la teología católica: su triunfo en este campo, que era el propio, fué completo.

Por otra parte, la Santa Sede no tomó partido contra San Jerónimo, pero tampoco pretendió, desde luego, imponer su traducción. Dejó que los prejuicios se calmaran y que el tiempo hiciera su obra. Poco a poco la Biblia de San Jerónimo fué ganando terreno hasta su triunfo definitivo en el Concilio de Trento (pág. 183). «Ciertamente el recuerdo de la gran revolución que pacíficamente se realizó en el siglo V es suficiente para hacer comprender a todo el mundo que el vino viejo no siempre es el mejor y que la Iglesia jamás ha negado su simpatía a la crítica que no pretende otra cosa que defenderla y servirla» (pág. 184).

FR. F. B.

La libertad de cultos ante el Catolicismo y la Filosofía en sus relaciones con el momento presente del Perú, por el P. Pedro M. VÉLEZ, O. S. A.—Lima, Imprenta de *La Unión*, 1915.

Con este título, y con el de *Deberes de los católicos en los momentos presentes del Perú*, el conocido publicista agustino P. Martínez-Vélez acaba de dar a luz una serie de profundos y convincentes artículos en el reputado diario peruano *La Unión*, haciéndose luego de algunos de ellos numerosa tirada aparte. Su ocasión ha sido el reciente proyecto de las Cámaras peruanas, que modifica radicalmente el artículo 4.º de la Constitución e introduce la libertad de cultos en aquel católico país. El P. Vélez, con una

admirable exactitud y seguridad de doctrina y criterio en esta delicadísima cuestión teológico-social, y con su conocimiento profundo de las actuales condiciones de la sociedad peruana, ha sabido poner en palpable evidencia no sólo la inmoralidad teórica de tal medida, sino también los daños que de ella amenazan seguirse al pueblo del Perú, así como la forma poco sensata y decorosa con que tal sendero reforma del artículo 4.º de la Constitución ha sido propuesta en las Cámaras por ciertos diputados sectarios. Son dignos de notarse el vigor y contundencia con que el P. Vélez deshace la antigua y siempre nueva objeción de que las naciones librecultistas son más progresivas y civilizadas que aquellas en que el Catecismo es la única religión del Estado. Los remedios, en fin, que el P. Vélez propone para contrarrestar en lo futuro las funestas consecuencias de librecultismo en Perú no pueden ser más acertados ni más prácticos, y esperamos que estos luminosos artículos del sabio Agustino, juntamente con la actitud valerosa y decidida de que las nobles damas limeñas han dado ya gallarda prueba en esta ocasión, han de ser el principio del resurgimiento del algo dormido espíritu de los católicos de la gloriosa nación peruana.

F. M. S.

Propaganda católica, por D. Félix SARDÁ Y SALVANY.—Tomo III.

Es un tomo de conferencias, opúsculos y artículos, que debiera llamarse de oro, si no merecieran igual nombre los tomos precedentes. Fruto de celosas observaciones, como los demás libros del venerable publicista, revela tan vigorosa inteligencia y tan ardorosa voluntad al servicio de la Religión como los publicados en épocas anteriores.

Dedicado casi por completo el tomo a las cuestiones sociales palpitantes, singularmente es digno de ser leído el opúsculo «Deber electoral», donde se afirman, en relación con la causa católica, los tres puntos siguientes: votar, es obligación; abstenerse, es desertión; votar mal, es traición.

FR. S. F.

El alma de todo Apostolado, por D. J. B. CHANTARD, abad de Sept-Fons, O. C. R., traducida de la 4.ª edición francesa por Natalio Saraza, provisor de Orense. Obra recomendada a las personas dedicadas al apostolado, sean sacerdotes, religiosos o seculares, por los Emms. Cardenales Vives, Luçon, Mercier, Ficher, Vico y Guisasaola. Un vol. en 8.º de xxxviii-264 págs.—Valladolid, 1915.

La presente obrita es una verdadera joya que debería llevar consigo o tener muy a mano y leer como alimento diario... todo el mundo. El alma de todo apostolado y más en general de toda la vida cristiana, que es la única vida verdadera, nuestra propia alma, nos habla con suavidad y dulzura, sí, pero volviendo enérgicamente por sus derechos, a través de todas y cada una de las páginas de este librito de oro. Se pone uno a leer y quisiera uno citarlo o copiarlo todo para infundir y trasladar a los lectores la delicadísima y espiritual atracción que el librito infunde. No hay en él nada demás, nada que no esté lleno de vida y luz, hondísimamente sentido.

La traducción es excelente y muy bien adaptada al carácter de sencillez y concisión serena del original. Hay, además, en esta segunda edición castellana un prólogo del traductor sobre la *piedad cristiana*, que no desdice del original del libro, y con esto está dicho todo. Tiene el traductor arranques como estos: «Hay que combatir la piedad puramente natural, hoy tan en boga, la piedad mundana, piedad deísta... que no tiene a Jesús (crucificado) como principio, medio ni fin.» «Escollos que hay que evitar: 1.º, sentimentalismo; 2.º, formulismo, y 3.º, desconfianza y decaimiento...» «El egoísmo es la ruina total de la piedad...» «Nada contribuye tanto a la propagación del cristianismo como la bondad de los católicos.» Que lo lean, que lo lean todos mis lectores, que nunca habrá de pesarles.

FR. A. G. M.-R.